

Selecta

Mile Bluett

AMOR AMOR, 1

UNA ESPOSA

para el

HEREDERO

Una esposa para el heredero

Amor amor 1

Mile Bluett

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A mi heredero, mi hijo, mi sol, Gianni Aleix, para que nunca olvide sus raíces y el
delicioso aroma a costa de nuestra isla.

A mis abuelas Ana Guerra y Dolores Palau, que me permitieron crecer rodeada de sus
historias, de sus amores y de sus ilusiones; dos mujeres guerreras, apasionadas y
soñadoras.

A la hermosa familia donde me tocó crecer.

El amor todo lo soporta.

Corintios 13

Prefacio

Amor:

Antes que el sol vuelva a nacer necesito su atención; si usted se rehúsa a regalarme una mirada, mi corazón se negará a seguir latiendo. No puedo sacarla de mi cabeza; mis pensamientos giran alrededor de sus ojos, su sonrisa, sus cabellos... Soy un tonto enamorado, feliz de un modo masoquista. Respirar duele. La esperanza es lo único que me mantiene vivo porque sé que usted me ama con la misma intensidad.

Amor

La Habana, Cuba. Abril de 1856

¿Se puede morir de amor? El amor todo lo soporta, el sacrificio innombrable, el paso del tiempo, aunque el dolor se apelmace en el pecho y los ojos se llenen de lágrimas.

Hugo Buenaventura Morell y Sequeira había dejado de jugar, justo cuando su tutor, el marqués de Morell de Santa Ana, le puso un alto a sus correrías de señorito de cuna noble, que no usaba el tiempo para algo de provecho. Su benefactor le hizo la pregunta a la que temía el joven desde su adolescencia, cuando sellaron ese trato para el que a sus doce años no estaba preparado. Ya con veinticuatro sentía nuevamente la presión del marqués.

—No podemos seguir esperando por tu decisión, mis hijas deben tomar esposos o se quedarán para vestir santos. ¿Cuánto más tendré que esperar? ¡Llevamos años en esto! Eliges o escojo por ti. ¿Te has retractado de tu palabra? ¿Acaso no tienes honor?

Al interpelado se le apretó el pecho, no quería enfrentarse a esa decisión, se había convertido en su mayor tormento cuando entendió el significado de la palabra casamiento. Bajó los ojos para que la oscuridad que se acentuaba en ellos no lo delatara, la coacción lo inquietaba. Se acomodó el oscuro cabello, ganó tiempo al alejar unos mechones revoltosos que se acercaban a sus mejillas; puestos en su sitio y manteniendo intacta su compostura, como acostumbraba, recordó cada una de las condiciones que toleró al aceptar convertirse en el heredero del primo de su padre, su excelencia Rómulo Morell y Ramírez de Aguilar, el actual marqués de Morell de Santa Ana, quien además gozaba de la Grandeza de España. El marqués lo aceptaba como su heredero siempre que después de su mayoría de edad desposara a una de sus hijas. Siendo casi un niño, huérfano de padre, con su madre enferma y una hermana pequeña por quien velar, Hugo Buenaventura firmó con mano temblorosa aquel documento que el noble le había extendido; aceptó tomar el barco con él y su familia desde España a la isla de Cuba donde había pasado la mitad de su vida.

Su firma la ratificó más tarde al alcanzar la mayoría de edad. El señor marqués había cumplido, se había ocupado de todo. La madre de Hugo, gracias a las medicinas, una cama caliente y una buena alimentación se había fortalecido, y su hermana menor había crecido rodeada del lujo y la comodidad a la que estaban acostumbradas las hijas de su protector. El joven había sido formado

en los más costosos colegios de La Habana y de España. Justo al regresar, concluida su educación, su excelencia le exigió trabajar por el patrimonio que heredaría y cumplir con una de las obligaciones de los hombres virtuosos: el santo matrimonio. Lo primero lo hizo con ahínco; el marqués estaba orgulloso de su habilidad para los negocios, de su ojo crítico para elegir los mejores proyectos, de su discurso convincente para cerrar un trato, de su responsabilidad. Lo segundo lo pospuso.

Aunque el marqués estaba urgido por casar a una de sus hijas con el heredero, terminaba por ceder, y la mano dura que siempre había tenido para exigirles a todos, frente a ese joven impetuoso, se volvía mansa. Le recordaba a sí mismo en su juventud, revivía sus años mozos al contemplarlo, pleno, seguro, irguiéndose poderoso sobre el destino que le había trazado, como si fuera el hijo varón que la vida le había negado. Pero también estaban sus hijas y su esposa; Hugo heredaría la fortuna familiar, tenía que asegurarse en vida de que el joven no las dejaría desamparadas más adelante. Usó su poder para doblegarlo:

—Vamos, Hugo. Solo tienes que decir un nombre, ¿con cuál te casarás? Te doy hasta mañana, muchacho —le dijo con esa palabra que usaba para dirigirse a él desde que lo había conocido como un chico mal vestido y pobre, al que le dio la oportunidad de su vida.

Un día más y la decisión que le robaba la soltería a Hugo, de la que no quería desprenderse, estaría tomada, sabía que no podía rebelarse. Durante la cena se las quedó mirando con disimulo a las señoritas, no era la primera vez que lo hacía, pero en ese momento su intención era sopesar con quién se desposaría.

—¿Así que pronto habrá boda? —preguntó su excelencia Lucrecia de la Concordia García de Lisón de Morell, la marquesa de Morell de Santa Ana—. Ya era hora. El señorito se ha tomado su tiempo y nos ha hecho esperar; con lo que nos gustan las fiestas.

La madre de Hugo, doña Alma Sequeira, viuda de Morell, la miró displicente; sabía que la celebración era lo último que le preocupaba, pero, como la mayoría de las veces, no dijo nada; a ella no le importaba romper con esa familia y regresar a España. La reticencia de Hugo no venía dada porque sintiera repulsión por unirse a una de las candidatas, al contrario, las hijas del marqués eran bellas. La decisión sería muy difícil y Hugo temía fallar, iba a elegir a la compañera para toda su vida y, aunque esta, en los últimos años había dado un giro hacia la diversión y la banalidad, tomaba muy en serio el matrimonio. Su difunto padre, don Héctor, siempre le había inculcado casarse por amor. A diferencia de su excelencia, que había aceptado un casamiento arreglado, según las costumbres, y lo incitaba a seguir sus pasos.

Altagracia era la mayor, tres años menor que Hugo; su hermosura era exquisita, su cabello castaño rojizo cual cascada crecida no pasaba desapercibido, su rostro parecía haber sido labrado con el cincel de la perfección, una piel tan blanca que dejaba traslucir sus venas azules y que contrastaba con sus ojos oscuros, como la noche y el día. Con un efecto embriagador en los caballeros, pero con el mismo carácter impetuoso de su madre, lo que volvía cualquier propuesta de matrimonio temeraria. Era la más dominante de las tres. Hugo sabía que podría encontrar

placer entre sus sábanas, pero no estaba dispuesto a soportarla más allá; ya había probado cuan asfixiante podía ser durante doce años, así que decidió resistirse a sus encantos; era una fruta muy tentadora pero peligrosa. Le gustaba contrariarla, ver el mohín de desagrado que hacía con la boca cuando no se salía con la suya, pero no estaba dispuesto a dejarse atrapar por una mujer que sería una perfecta domadora de hombres. Cuando intentó girarse a la siguiente hermana, Altagracia bebió un sorbo de agua con tal premura que cautivó su mirada; Hugo se perdió en ella tan indiscretamente que doña Alma, a su lado, le dio un ligero codazo para rescatarlo del embrujo de los grandes ojos de la primogénita.

La segunda, apenas de veinte años, era Úrsula, también preciosa; sus ojos verdes y angelicales eran custodiados por frondosas pestañas que siempre bajaban hasta rozar sus mejillas cuando él osaba hacerle algún cumplido. Poseía una personalidad opuesta a la de su hermana mayor. De las tres, era su mejor amiga, con quien podía conversar con verdadero gozo y la que tenía el corazón más noble. Su piel cetrina y su cabello castaño también rojizo, pero aún más rebelde que el de su hermana, la hacían lucir como el fruto prohibido; solía elegir los conjuntos más cubrientes y los peinados más recatados para no revelar la sensualidad que poseía. En alguna ocasión, le había suplicado a Hugo que no la eligiera como futura esposa porque su vocación era la religiosa y, aunque sus padres, a pesar de ser muy creyentes, no estaban de acuerdo, ella quería luchar por su fervor. Él le había asegurado que no interferiría en sus planes.

Las había podido conocer bastante. Cuando la familia estaba a solas, les daban suficientes libertades para que interactuaran. Algún día él tendría que casarse con una y querían propiciar su inclinación hacia las señoritas. Eso sí, siempre tenían la supervisión de la marquesa, que no se les despegaba a sus hijas ni a sol ni a sombra, y señalaba cuando el tono o la familiaridad sobrepasaban las buenas maneras.

En cuanto a la tercera, María Teresa, hacía años que no la veía; sus problemas de salud hacían que el clima húmedo de la isla le desfavoreciera, así que el marqués resolvió el conflicto mandándola a estudiar a España. La hermana de Hugo, Margarita, la había acompañado y estaban bajo el control estricto de la abuela materna de la señorita. Él emitió un suspiro al evocarla. La recordaba como una chiquilla alegre, flacucha, sobreprotegida, que sacaba lo peor de la madre tras el estado de nervios en el que la ponía cada vez que se enfermaba. No pudo profundizar en sus rasgos, Altagracia le robó la atención una vez más con una pregunta:

—¿Es cierto lo que dicen, que el señor Carlos Enrique del Alba se ha casado con una dama de dudosa reputación y que su boda fue en el extranjero, de una forma peculiar, para esquivar lo que opinaría la alta sociedad habanera?

—Excúseme de hablar de ese tema, señorita Altagracia —pidió Hugo y volvió a despegar sus encarnados labios, que contrastaban de manera pecaminosa con su piel nívea, para agregar—: Sabe que el señor del Alba es un gran amigo y no acostumbro a discutir sobre quienes aprecio.

—Valioso, amigo —espetó la señora marquesa entornando sus hermosos ojos—. Mira cómo ha terminado; su padre ha de estar revolcándose en su tumba. Nunca estuve de acuerdo con que te

llevara a los sitios que frecuentaba, pero, claro, son temas de hombres en los que no me concierne opinar.

—Entonces no te sientas obligada a hacerlo, querida —le sugirió el marqués para silenciarla. Había consentido la amistad entre su protegido y el señor Carlos Enrique del Alba, había sido muy unido al padre de este y le pareció adecuado que guiara a Hugo para que terminara de convertirse en hombre, luego le pesó cuando el libertinaje de los dos se fue a los extremos, pero él mismo no había sido diferente en su juventud, pensaba que su muchacho se asentaría cuando contrajera matrimonio; solo esperaba que lo hiciera de una buena vez.

La cena concluyó y, a duras penas, Hugo logró zafarse de los sugestivos y hechiceros ojos de Altagracia y de sus preguntas sobre este o aquel tema, que terminaban involucrando a todos los comensales. Antes de escabullirse, le dedicó un lánguido pensamiento a María Teresa, la tercera opción, que recién había cumplido sus dieciocho años y, sin reparar en detalles de la más joven de las hermanas, subió a refugiarse en su alcoba. Aunque la prisa lo acompañaba, su madre llegó hasta él y logró sorprenderlo; lo miró como solía hacer, con esa fuerza que amenazaba con desnudarle el alma. Era la única a la que no le podía mentir.

—Hugo, hijo mío —dijo preocupada.

—Madre, ¿qué la atormenta?

—Te acercas a los veinticinco años y, aunque tienes tres señoritas a tus pies, continúas resistiéndote. Sabes que me daría dicha verte casado, con hijos, pero nada de eso vale la pena si no eres feliz. No lo hagas por tu hermana ni por mí, ya has entregado doce años de tu vida por nosotras. Si el futuro que su excelencia te ha trazado está lejos de lo que clama tu corazón, no tienes que conformarte. ¿Acaso estás enamorado de otra joven? ¿O temes renunciar a tu libertad? Tu padre jamás consentiría tu matrimonio sin amor, no luchamos tanto para sacrificarte al final.

Hugo tomó las manos de su madre, esas que tantas caricias le habían prodigado, y las besó, luego intentó calmarla:

—Jamás pisotearía mi propio honor. Le he dado mi palabra a su excelencia y no pienso defraudarlo. Nos ha cobijado y nos ha procurado las mismas atenciones que a los de su familia.

—Pero su protección tiene un precio.

—¿Le llamas sacrificio a tener un techo, comida, educación? Y sin remilgos, el marqués nunca nos ha hecho sentir que vivimos de su caridad. Mi hermana goza de igual trato que sus hijas, es toda una señorita.

—Incluso una jaula de oro por lujosa que sea es una cárcel para un ave que lo único que desea es volar. Vives con lujos, heredarás su fortuna, pero solo tienes tres opciones para elegir esposa. ¿Podrás vivir toda la vida con una de ellas?

Y lo último que hizo Hugo esa noche fue dormir; el insomnio y las palabras de su madre, repiqueteando como las teclas de su instrumento musical predilecto en su conciencia, le hicieron levantarse abrumado en medio de la noche. Bajó al amplio salón, donde el nuevo piano que el marqués le había comprado a sus hijas descansaba. Era de los fabricantes *Steinway & Sons*, lo habían adquirido tres años después que la compañía se había afianzado en Estados Unidos de América. Era la adquisición preferida de la casaquinta, lo tocaban sin cesar.

Hugo lo observó desde su silencioso rincón, con el tono de madera más oscuro por la negrura de la noche, con su cola imponente. Se acercó y tomó asiento sin levantar la tapa, simuló dar vida a *Nocturno op. 9 No. 2*, de Chopin, esa pieza musical que las señoritas se esforzaban por dominar una mejor que la otra y que cada quien interpretaba de forma grácil. Ese tema que él había aprendido desde la más tierna edad, y el que su tutor le reprendía por interpretar, porque deseaba que ocupara su tiempo en la esgrima, la que le aburría sobremanera, pero con la que tenía una habilidad digna del elogio de sus compañeros de práctica. Hubiese deseado estar solo esa noche para dar rienda suelta a sus dedos sobre las más de ochenta teclas. Suspiró y pegó la frente sobre la superficie pulida y pensó: «¿Qué vale más, una mujer que con una mirada me vuelve un volcán a punto de erosionar, pero por la cual mi instinto me susurra peligro; una amiga, cuyos brazos son como un remanso de paz y con un rostro tan cándido que no me cansaría de besarlo; o una...?». Un ruido a sus espaldas le hizo volverse de golpe e indagar su procedencia. No encontró a nadie y decidió abandonar el salón.

Cogió una botella de vino, una copa y se dispuso a encerrarse en su recámara, antes que la presión le hiciera reaccionar como la última vez, cuando tomó su caballo y se perdió por más de diez días, hasta que el marqués le propuso marchar a España a estudiar para terminar de madurar. De eso habían pasado seis años y tanto él como las hijas de su benefactor volvían al punto de partida, en que una palabra de sus labios cambiaría el destino de los cuatro. Y, mientras arrastraba sus pesados pies rumbo a las escaleras, una sombra salió de detrás de una columna. Hugo iluminó el rostro candoroso de Úrsula con la vela que traía en un candelero. Ella se cruzó un dedo sobre los labios para darle a entender que no hiciera ruido y le susurró:

—Recuerda tu promesa.

—¿Tampoco puedes dormir? —le preguntó Hugo.

—¿Lo crees posible? ¿Dejar mi suerte en manos de un insensato como tú? —le hizo ver y, aunque su madre reprobaba que lo tuteara, siempre que aquella no los podía escuchar se trataban con familiaridad.

Y tras cumplir su cometido, Úrsula desapareció. Hugo ni siquiera alcanzó a procesar sus palabras ni a seguir con la vista el rastro del exceso de tela que acostumbraba a cubrirla. Pensó que Úrsula deliberadamente se había eliminado y solo le quedaban dos alternativas. En su lecho, pensando cuál sería la adecuada terminó el vino y se dejó vencer por el sueño.

A las cinco de la mañana el insomnio le dio un golpe en el rostro y, tras luchar contra él durante una hora, se puso de pie, enjuagó su cara y la secó con un paño de algodón. Se vistió con prisas: camisa blanca de finísima seda, chaleco de casimir color caña, chaqueta negra y corbata de raso del mismo tono; aprisionó su rebelde cabello y lo perfumó con esencia de bergamota. Como una sombra se escurrió hacia el establo donde bufaba su caballo e ignorando el afanoso andar de los esclavos que comenzaban sus labores, agitó al potro y partió.

Llegó a intramuros a las siete de la mañana; el silencio era cortado por la voz de arreo de los esclavos que llevaban los animales a beber. A paso lento, los cascotes de su corcel repiquetearon sobre los adoquines, recorrió las calles de aquella ciudad que lo vio hacerse hombre y donde acumuló sus mejores experiencias. Las mansiones señoriales, las iglesias y demás construcciones modernas hacían que La Habana se erigiera orgullosa desde la bahía atestada de embarcaciones, abrazando su mar zafiro, no tenía qué envidiarles a muchas ciudades europeas. Hugo se preguntaba si doce años viviendo como indiano, ese término despectivo que odiaba que usaran para referirse a su persona, bastaba para entregarle a la isla los demás años de su vida. Pensó en las hijas del marqués y la fortuna que le deparaba de elegir a una; se apretó el puente de la nariz, levantó la vista hasta que las poderosas fortalezas levantadas sobre las rocas quedaron atrás, y su mirada se repletó del azul; quedó perdido en sus reflexiones hasta que el rumor de la ciudad hacia las nueve de la mañana lo sacó paulatinamente de ellas. Ver el mar le recordaba su tierra, la madre patria, que le traía de vuelta su niñez y las palabras de su amoroso padre. Agitó al potro para alejarse de allí. Las plazas estaban ocupadas por las volantas y los quitrines de alquiler; el pregonar de los mercaderes aderezaba el ambiente. Se abrió paso entre el gentío, decidido a irrumpir en la quietud de la morada de su mejor amigo, quien, después de conducirlo por el camino de la perdición, tras redimirse con el matrimonio, fungía para Hugo como una especie de conciencia.

Cuando a la hora del desayuno el marqués de Morell de Santa Ana preguntó por la ausencia de Hugo en el comedor, Juliana, la esclava de Úrsula dio razones: se había levantado muy temprano, había ensillado él mismo su montura y había desaparecido sin dar explicaciones.

—Pero, ¿qué le pasa a este muchacho? Espero que no empiece todo de nuevo —dijo el marqués y verdaderamente exasperado dio un puñetazo sobre la mesa, comportamiento que nunca se había visto en la casaquinta—. ¿Acaso me ciega el amor de padre? Quíteme la venda de los ojos, usted

misma, doña Alma, que no tiene por qué ponerse de mi lado. ¿Son tan repulsivas mis hijas que Hugo me causa una afrenta así? Huyendo como la última vez. No miento cuando aseguro que he recibido proposiciones que otro padre en su sano juicio no se dignaría a rechazar. Dígame, no se quede callada, ¿son hermosas mis hijas o vivo engañado?

—Son preciosas las tres —se entrometió la marquesa—. Faltaba más que ese mozalbete nos haga un desaire después de todo lo que hiciste por él, que si no fuera por nosotros estaría... ¡Qué digo mozalbete! Ya es un hombre y su proceder dista mucho de la forma en que debe conducirse un caballero.

—Su excelencia, perdone a mi hijo, no es su intención ser descortés y por supuesto que sus hijas son tres beldades, no podría definir cuál supera a la otra, Hugo ha de sentirse abrumado con tanta hermosura —lo justificó doña Alma para suavizar el ambiente.

En otra mesa lejos de allí, en el palacete de don Carlos Enrique del Alba, Hugo Morell conversaba sobre el asunto con su mentor.

—Hugo, mi estimado amigo, es tu eterna disyuntiva. ¿Te has preguntado por qué te ha rescatado de las garras del infortunio tu benefactor y por qué su insistencia para proclamarte su heredero teniendo tres hijas?

—Me ha dicho que es una tradición familiar, dispuesta por mi bisabuelo; solo un Morell varón y legítimo puede heredar el marquesado y a este se debe todo el patrimonio.

—Entonces, el día que el marqués deje de existir, serás el nuevo dueño del título, las propiedades y el dinero. No le debes nada, él te ha protegido todo este tiempo porque es su deber tutelar al heredero; si hubiese tenido un hijo varón, no se hubiera ocupado ni de tu familia ni de ti.

—¿Y sus hijas? ¿Es justo para ellas y sus derechos? Recuerda que su excelencia recibió el marquesado de nuestros antepasados, pero la Grandeza de España la ganó por mérito propio, merece legarla.

—Entonces que lo haga; él te ha elegido a ti por sus prejuicios o sus razones. ¿Ha sido la vida justa contigo? ¿Si los dos parten del mismo linaje, cómo es posible que él lo tenga todo y tu padre haya muerto en la pobreza? Serás muy poderoso, podrás escoger libremente esposa. ¿Es que no lo entiendes? No tienes que casarte con una de las hijas del marqués.

—Pero lo haré, sería un tonto si no lo hago. No hay señoritas casamenteras con más encantos en toda La Habana; una será absolutamente mía —aseguró y dejó a su amigo con la siguiente frase atorada en la boca, tomó su caballo y a toda prisa emprendió la vuelta a la quinta.

Su excelencia Lucrecia de la Concordia García de Lisón de Morell, marquesa de Morell de Santa Ana, amaneció de mal humor como de continuo, cuando recordaba lo que el destino le deparaba. Ni siquiera su gesto adusto podía opacar su belleza casi llegando a la mediana edad. Cuando su esclava de compañía, Josefa, terminó de acicalarla como a un pavo real, con el talle fino como señorita casamentera y la falda tan ancha que le costaba transitar por los pabellones de su propia morada, lo que la obligaba a ocupar un sofá completo sin poder compartirlo, tomó la cadenita de oro de su bisabuela, con la medalla de la virgen María y la colocó sobre su bien dotado escote. Fue en busca de su primogénita y la de repuesto, las únicas que podían sacar la cara por ella después de la vergüenza que la carcomía por no haber engendrado un hijo varón. Abatió la ira que la consumía, producto de sus propios temores y sinsabores, y con un tono amainado se dirigió a sus hijas mayores.

—Espero que entiendan la gravedad de la situación en la que nos encontramos; Hugo Buenaventura ya tiene veinticuatro años, tarde o temprano sentirá algo más que lujuria por una mujer; sino es que se ha enamorado ya, su esposa será la siguiente marquesa de Morell de Santa Ana. ¿Están dispuestas a bajar la cabeza y vivir de forma comedida de la caridad de los nuevos marqueses el día que su padre abandone este mundo?

—¡Lo siento, madre, si mis esfuerzos no son suficientes! Lo intento con todas mis fuerzas; en verdad sería feliz si Hugo pidiera mi mano, pero él es difícil de contentar —manifestó compungida Altagracia.

—Intentas..., pero sacarlo de sus casillas, al final terminas contrariándolo. ¿No puedes ser un poco más dócil? Los hombres no quieren a un igual, expresas con demasiado ímpetu tus convicciones. Hemos invertido tanto en tu educación y no has aprendido cuál es tu lugar como mujer.

—Perdóneme, madre —pidió la señorita sorprendida por la recriminación.

—Si en verdad deseas hacerte con el título, esfuérate más.

—No es solo el título; en verdad, le he tomado afecto. A veces me desespera su arrogancia, pero en el fondo creo que podríamos formar una familia.

—Y tú, querida, pasarás con la modista mañana mismo —se refirió a Úrsula.

—¿Me haré nuevos vestidos, madre? —indagó ilusionada la aludida.

—Supervisados estrictamente por mí; te cubres más que las hermanas de la Caridad, no hay nada en tu guardarropa que alimente las ansias de un caballero. Eres dulce y Hugo se siente cómodo contigo, pero no puedes dejarle todo a la imaginación. No te estás preparando para tomar hábitos y sí para salvar a esta familia de la ruina. Debes esforzarte un poco más —propuso intentando bajar con el abanico cerrado el alto cuello del vestido de Úrsula—. Además, en esta isla hace tanto calor, te renovaré la vestimenta por salud, necesitas que te entre el aire al cuerpo.

—Pero, madre... —replicó Úrsula, quiso reafirmarle sus deseos de dedicarse a la vida religiosa, pero prefirió callar sus anhelos, recordó que la vez que expresó su vocación sus padres se opusieron, a pesar de ser devotos católicos. Se escudó en algo que le parecía más lógico—. No podría desposar a Hugo, siempre ha sido la aspiración de mi hermana mayor.

—Si Altagracia no logra pescarlo, no estás en obligación de considerar sus sentimientos; se trata de la familia y hasta ella te lo agradecerá cuando no tenga que vivir supeditada a la piedad de una nueva dueña de casa. Son hermosas, ya Dios hizo su parte al darles con qué seducir a un hombre, usen lo que tienen y no dejen escapar al heredero.

Y antes que el mandato de la señora fuera obedecido sin titubear, llegó a los aposentos la algarabía de los bajos, el galopar de caballos, el sonido de las ruedas sobre el empedrado de la entrada, la voz del calesero, el murmullo de los esclavos. Los rostros de las señoritas se iluminaron ante lo que significaba e intentaron persuadir a su madre para que las dejara descender por las escaleras para abrazar a las recién llegadas. La marquesa, con el rostro contrariado y sopesando si pasaba por alto la falta de eficacia de sus hijas para conquistar al futuro marqués, manifestó:

—Vayan a recibirlas, pero que el incidente no se repita; juiciosas todas y no abrumen a su abuela con sus desdichas.

Y, a excepción de Altagracia, que sentía que las duras palabras de su madre, junto al rechazo de Hugo, habían ralentizado su vida, la otra salió marcando el paso al límite permitido por la buena etiqueta y ahogando en el pecho las ganas de correr. El reencuentro fue emotivo, doña Prudencia Benavides de García de Lisón entró precedida por sus dos esclavas de compañía, le siguió Margarita, la hermana de Hugo, con un flamante vestido y las nuevas maneras adquiridas que la equiparaban a su mejor amiga en clase y gracia, después arribó María Teresa, con una enorme sonrisa por volver a abrazar a los suyos, precedida por su esclava personal Perla; al final entraron los del servicio de la quinta que cargaban sobre sus espaldas el extenso equipaje.

Margarita corrió a los brazos de doña Alma, luego de hacerle una reverencia a los marqueses y saludar con efusión a las señoritas.

—Madre, ¿dónde está Hugo? Muero por verlo —le preguntó.

—Cumpliendo con sus obligaciones, pero vendrá temprano, igual está impaciente por reencontrarse contigo —le hizo saber la interpelada.

—¡Qué alegría verlos y estar de vuelta en casa! Creo que es el último viaje que hago a la madre patria, que ya no estoy para permanecer por largos períodos en un vapor —emitió doña Prudencia,

quien no llegaba a los setenta años.

—Bienvenida, querida suegra. ¿Cómo dejó nuestras propiedades? —la saludó con respeto el marqués.

—Todo en magníficas condiciones, excelencia; su administrador es muy eficiente. Extrañaré el palacete y sobre todo el clima. —Luego se volvió a la marquesa—: ¡Hija estás radiante! ¡Cada día más bella, los años son generosos contigo! Te eché tanto de menos.

—Igualmente, madre querida. ¿Cómo está la niña? ¿Qué tal su salud? ¿El nuevo médico fue de provecho?

—Mírala tú misma y dime, se ha repuesto por completo y ya no es una niña, está en edad casamentera al igual que sus hermanas; me siento muy orgullosa de ella y honrada de la labor que me encomendaron.

—¡Madre, ha hecho usted un trabajo estupendo, María Teresa se ha convertido en una flor tan preciosa como lo son sus hermanas! Pero ya evaluaré sus progresos en el cursar de los días. Margarita también ha progresado. ¿No está contenta, doña Alma? Sé que con dolor la dejó marchar.

Doña Alma, tranquila de tenerla ya consigo y de verla feliz, volvió a agradecer:

—Gracias, doña Prudencia, por velar también por mi hija.

—Ha sido un verdadero honor, Margarita solo me ha dado satisfacciones —dijo la señora.

—¡Madre mía! ¡Querida abuela, se ha traído media España en las maletas! —fue lo primero que dijo Úrsula al tenerla enfrente.

—Medio París, que no me pasa desapercibido que como buenas habaneras optan por la moda parisiense. He mandado a traer los regalos desde Francia solo para darles gusto. Tener cuatro nietas en edad casadera a quienes mantener vestidas y calzadas con exquisita elegancia es toda una responsabilidad —declaró la señora mayor, que seguía viéndose hermosa a pesar de las canas que adornaban su cabeza. Y al decir cuatro incluía a Margarita, a quien había aprendido a querer —. Margarita y María Teresa han cargado sus baúles con lo suyo, así que la mitad de mi equipaje es para ustedes, Úrsula y Altagracia. ¿Y por qué esas caras largas? ¿No se alegran de verme?

—¿Cómo no va a ser, querida suegra? —manifestó el marqués luego de aclararse la voz—. ¿No ha visto el revuelo de encajes que ha desfilado por las escaleras?

—Estás muy callada, Altagracia. ¿No te emociona ver los vestidos, los sombreros, los mitones, los guantes, las tiaras?

—Por supuesto, madre —admitió la marquesa—. Todas están felices. Terminemos los abrazos y el recibimiento para que descanse. Ordenaré que preparen su baño y le lleven la cena a su recámara para que se reponga del viaje. A no ser que esté repuesta para la hora de la cena, nada nos dará más gusto que escuchar las peripecias de su estancia en España de su propia voz.

La señora notó el atisbo de tristeza que se escapaba de la expresión de sus nietas mayores, aunque la algarabía inicial por su regreso había a florado, no concebía a Altagracia sin ahondar en las últimas recomendaciones de la moda y a Úrsula sin preguntarle sobre su visita a los

magnánimos templos de la metrópoli.

—Estaré lista para la cena; con tantas atenciones, me recuperaré. He añorado con creces que estemos reunidos alrededor de la mesa.

Hugo estaba desesperado por dejar sus asuntos; Carlos Enrique del Alba, que lo acompañaba, notó su impaciencia. Tomó al equino a la par de su amigo y avanzaron durante el trecho que solían acompañarse, antes de la desviación a sus respectivos destinos. Iba con una sonrisa, su corazón palpitaba más fuerte que el sonido de los cascos del caballo sobre las calles pavimentadas con el sistema Mc Adam. El señor del Alba ya no aguantó la curiosidad y pese a parecer indiscreto trató de averiguar.

—Hombre, tu rapidez para cerrar el trato me ha dejado pasmado. ¿Pero qué prisa traes? ¿Qué orgía estás tramando de la que no me has comentado? —preguntó el señor del Alba con una cínica sonrisa.

—Una a la que no estás invitado. Solo piensas en pecar. ¿Acaso un hombre no puede estar feliz por otras razones? Hoy regresa mi hermana. La he extrañado muchísimo y mi madre ni se diga. Tengo tantas ganas de verla. No permitiré que la vuelvan a arrancar de mi lado. Ya debe estar en la casaquinta. —Ansiaba tener delante a Margarita, habían sido muy unidos de niños, pero desde que el marqués de Morell de Santa Ana había cambiado sus rumbos, hubo muchas ausencias, primero de él y luego de ella.

—También regresa la hija menor del marqués. ¿La has contemplado?

—¿Para matrimonio? —interpeló indiferente.

—Sí, estás entre Altagracia y Úrsula devanándote los sesos. Refieres que la primera es de cuidado y la segunda quiere ser monja. Yo apostaría por la primera, te atrae, pero tiene carácter, eso se resuelve en el lecho, solo tienes que enseñarle quién lleva los pantalones. Una aspirante a monja te helará las madrugadas y tú, mi amigo, no eres tan santurrón. La tercera hermana puede ser tu salvación. ¿Es bonita?

—Lo era la última vez que la vi, aunque muy delgada y algo remilgosa. Todas las hijas del marqués son agraciadas, imagino que con los años ha embellecido.

—Podría ser la alternativa segura, así logras un matrimonio un tanto decente con una mujer que no te inquiete a corto plazo. Quedas en paz con Dios y con el diablo. Escapas de los encantos de Altagracia, permites que tu buena amiga siga el camino de la contemplación. —Hizo una pausa para brindarle una impúdica sonrisa y luego se persignó—. ¿Qué edad tiene la menor? Según mis cálculos ya no es una niña.

—Dieciocho recién cumplidos.

—Interesante.

—No me casaré con una mujer que no me parezca atractiva.

—¿Entonces es fea?

—No lo es, pero era demasiado joven y me prohibí mirarla con otros ojos.

—Puedes aprovechar ahora para examinarla.

—Demasiado delicada de salud para mi gusto, por eso la enviaron lejos, no le favorecía el ambiente de la isla, todo era un incordio para ella: los insectos, el calor, el sol, las lluvias, las plantas.

—Eso suena engorroso, podría tener que regresar a Europa para cuidarse y quedarías solito a merced de tu amante. No puedes descuidar los negocios de la isla. ¿Crees que tenga oportunidad?

—Francamente lo dudo.

Hugo arribó antes que el marqués abandonara la quinta rumbo a sus asuntos, lo interceptó en el salón y sin entender por qué, en vez de correr a darle la bienvenida a Margarita, aprovechó la ocasión para zanjar su dilema de una vez; le dijo con firmeza:

—Excelencia, ya he hecho mi elección.

El marqués se quedó boquiabierto, le había puesto en varias ocasiones entre la espada y la pared y ni así había conseguido arrancarle la tan ansiada propuesta. Lo animó para que terminara de decirlo de una vez:

—Soy todo oídos.

—Me casaré con María Teresa —afirmó convencido de que no había vuelta a atrás. No la eligió por el plan maquiavélico de su amigo Carlos Enrique, de deshacerse de ella a corto plazo; estaba convencido de no perjudicar a Úrsula, a quien en verdad apreciaba, y no se iba a esclavizar ante las demandas de Altagracia. Así que María Teresa se le hizo la opción más confiable.

Hugo esperó unos segundos por la reacción de su futuro suegro, hasta que aquel se dignó a despegar los labios.

—¿María Teresa? Pensé que elegirías a... —Hizo una pausa para recobrase de la sorpresa—. Sé qué ha pasado, la has visto y has quedado prendado de ella. ¿Es eso? Europa le ha asentado, está esplendorosa, ha florecido.

—Aún no la he visto, pero la recuerdo... es mi elección. Creo que de las tres es la que puede hacerme feliz.

—Muchacho, es la única que no podrás desposar. He comprometido mi palabra y he aceptado unir la en futuro matrimonio con León Villavicencio, el sobrino del Capitán General, el que será conde de Marmosa cuando su padre deje este mundo. Es un acuerdo pactado y no puedo faltar a mi palabra. Debiste decidirte antes.

—¿Antes? Pero si la señorita es la más joven de sus hijas, su excelencia. ¿Cómo es posible que esté comprometida primero que sus hermanas?

—León Villavicencio la conoció en España y quedó prendado de la pequeña; a su regreso le pidió a su padre que pidiera su mano y él ya ha hablado conmigo, también el Capitán General ha intercedido, no puedo rechazarlos, es una proposición que nos honra. ¿Por qué crees que la he

hecho venir de Europa?

—¿Y nuestro acuerdo?

—Pensé que no afectaría nuestro trato, te he visto más cercano a Altagracia y a Úrsula. Creí que decidirías por una de las dos. Mi preocupación ahora es procurarles un buen matrimonio a mis tres hijas. María Teresa ya no es un problema para mí. Decide: Altagracia o Úrsula.

Hugo sintió un hacha caer y cortar de golpe sus ilusiones; tanto tiempo debatiendo la idea y con esas palabras el marqués le quitaba todo. «María Teresa es la opción segura, la más joven y más tierna de las tres, la que más despierta mi curiosidad, como un libro cerrado cuyo contenido no he podido develar. Úrsula es hermosa, pero seríamos infelices, me lo ha advertido, no me perdonaría alejarla de su vocación religiosa; se supone que, precisamente yo, tengo que luchar a su par para ayudarla a convencer a su señor padre. Solo me queda Altagracia», pensó. Se persignó. Altagracia, tan bella, la dueña de sus sueños húmedos de la adolescencia, esa que despertaba su más profunda lujuria con un batir de pestañas, esa que con sutileza lo empujaba a elegirla, pero a quien resistía entregar su corazón, porque era como el fuego y temía no poder contenerlo cuando el fervor del deseo pasara y solo quedara el hastío. De lo único que estaba seguro era de no querer un matrimonio similar al de los marqueses, la primogénita era muy parecida a su madre. No podía terminar con una esposa tan agraciada como asfíxiante y padecer el martirio del marqués, quien terminaba por perder la cordura cuando la insistencia de la señora lo metía en apuros.

—Su excelencia, sé que la única que puede hacerme feliz es María Teresa, exijo que le ofrezca la mano de otra de sus hijas al sobrino del Capitán General; usted tiene un trato conmigo — reclamó su derecho.

—Muchacho, eso no lo haré. Perdiste tu oportunidad. Altagracia es hermosa y Úrsula también. ¡Por Dios, eres tan exigente!

Su excelencia Rómulo Morell estaba nervioso; si su protegido se rehusaba a casarse, sus descendientes tendrían que renunciar a la riqueza que venía amarrada al marquesado, patrimonio que engrosó con su habilidad para los negocios. Poseía propiedades en España que le daban frutos, pero su mayor riqueza estaba en la isla caribeña: sus dos ingenios azucareros en Trinidad, los tres cafetales, las vegas de tabaco al extremo más occidental de la isla y la tabaquería que enaltecía la marca Morell, que se había vuelto muy popular en España. Sus ganancias le permitieron asociarse a partes iguales con una recientemente inaugurada compañía naviera, de la que se sentía orgulloso, como todo un pavo real. Un imperio que había amasado desde que había pisado la isla. Incluso cuando su esposa dejó de pasar sangre y se extinguieron sus esperanzas de tener un heredero varón directo al cual transferirle el apellido, no cesó de trabajar y acumular fortuna. Recordó a su primo Héctor y su triste destino, el padre de Hugo, a manos de quien tendría que ir a parar todo, debido a la voluntad del primer marqués de Morell de Santa Ana, su venerado abuelo, su ilustrísimo Archibaldo Buenaventura Morell González, quien había recibido el título de su majestad Fernando VII, gracias a su arrojo, sus méritos militares y su lealtad.

Él, a diferencia de su abuelo y su padre, no se había dedicado a la carrera militar; le

apasionaban los negocios, así que, cuando se vio con el patrimonio familiar en las manos, no lo pensó dos veces: vendió sus terrenos para saldar las deudas familiares antes de quedar en la ruina, a pesar de las murmuraciones de su estrato social que prontamente lo apodaron el Marqués sin Tierra. Se volcó en los negocios y comenzó a prosperar. Lo único que dejó intacto fue el palacete familiar en Madrid, donde residió hasta que movido por la ambición decidió probar suerte en la isla de Cuba y fue tal su prosperidad que sus arcas se quintuplicaron. Lo que le valió para apoyar a la isla en urbanidad e infraestructura, así como para expedir donativos con la finalidad de adquirir navíos para fortalecer la armada española. Y a su vez fue recompensado con la Grandeza de España por parte de la Corona. Miró al joven para hacerlo entrar en razón, había mucho en juego, pero Hugo estaba impactado por la noticia.

—Excelencia, usted me prometió que podría tomar a una esposa entre sus hijas y yo he elegido. No es mi culpa que haya comprometido su palabra con dos hombres a la vez —le retó Hugo mirándolo a los ojos. Desde que había mejorado en posición social, jamás lo habían contrariado, ni siquiera su benefactor, por lo que no toleraba la frustración con mucha soltura; le gustaba salirse con la suya—. Pido la mano de María Teresa. Ahora soy yo quien le exige una respuesta.

El sonido de un jarrón de porcelana al estrellarse contra el suelo les hizo volverse de golpe. Los dos se quedaron inmóviles al ver a las señoritas formadas en el orden de nacimiento: Altagracia, Úrsula y María Teresa. La mayor de las hermanas estaba más pálida que de costumbre, no por el costosísimo ornato que acababa de romper cuando su ancha falda tropezó con este, y sí por el impacto emocional que le ocasionó el intercambio de palabras entre los dos señores Morell; solo consiguió llevarse una mano a la boca. Verdaderamente afectada por la demanda de Hugo, pidió disculpas por el incidente y abandonó la estancia. Úrsula, que conocía de sus sentimientos, intentó seguirla, compadecida, y la ofendida se negó. Así que las hermanas menores se quedaron expectantes de la respuesta de su padre, sabían que la elegida sería la siguiente marquesa y madre de los futuros herederos.

Hugo no podía salir de su fascinación al contemplar la belleza con la que exigía desposarse. «¡Por Dios, qué maravilla ha hecho el tiempo con sus facciones! Hace unos años era linda, delgada pero agradable de ver; ahora su rostro ha logrado la tonicidad de la fruta cuando es más atrayente para morder y su figura es desquiciante», pensó. A Hugo le dolió verla, más porque se la prohibían; era como si Carlos Enrique hubiese conspirado en su contra, como si supiera que al intentar ponerle orden a su vida causaría un desbarajuste peor. María Teresa era de una hermosura que lo descolocaba, ni siquiera pudo procesarlo. El marqués arremetió:

—Ya te he dicho que no puedo, será la esposa del sobrino del Capitán General —indicó contrariado. De inmediato llamó a una esclava y le ordenó limpiar el desastre.

—Yo no quiero casarme con el joven León —intervino María Teresa con un tono de voz muy firme, que le recordó a Hugo que el destino que se discutía en aquella sala también era el suyo. La respuesta de ella lo dejó sin palabras; no era bien visto que una señorita de su posición se atreviera a contradecir a su padre, por lo que cuando agregó la siguiente frase captó la atención

del heredero con una fuerza que él desconocía que existía—: Padre, usted no puede obligarme, el tiempo en que nos casábamos a ciegas ha pasado. Debe tomar en cuenta mi opinión.

María Teresa se puso al lado de Hugo, y con solo ese gesto dejó muy claro que, aunque apenas era una jovencita, la propuesta del heredero no le era indiferente. Hugo dejó de fulminar con su mirada al marqués al escucharla; algo se le rompió en el pecho al ver que la que hasta ayer había sido una niña le enviaba una señal contundente. No pudo evitar mirarla, con esas madejas rubias de cabello largo peinados en copiosos bucles, tan rebeldes como su objeción, con aquellos ojos de un azul tan cristalino como el mar en verano, con las mejillas ligeramente sonrosadas por el disgusto y los labios del tono de las frambuesas rebosantes de vida, que contrastaban de una forma única con su piel blanquísima. Ella, la pequeña de la familia, lo desarmó por dentro, y comenzó a temblar al darse cuenta de que la opción segura se convertía en la desafiante, porque, si había crecido a la par de Úrsula y Altagracia, al punto de conocer sus virtudes y sus defectos, María Teresa, era con la que menos había convivido por su diferencia de edades y de la única que no sabía qué esperar. Se acercó más a ella y en un arranque pasional le susurró, con su hermana y el marqués de espectadores:

—¿Está dispuesta a casarse conmigo? Solo tengo dos condiciones: que yo no le resulte desagradable físicamente y que desee ser feliz a mi lado. Me niego a una boda por conveniencia; aunque no lo parezca, quiero encontrar la dicha en mi matrimonio. ¿Cree poder enamorarse de mí? ¿Aceptaría, si su padre lo permite, convertirse en mi esposa? —pronunció la última oración con la voz entrecortada, pero sintiéndose más vivo que nunca y seguro de que marchaba en la dirección correcta.

—Acepto —convino María Teresa sin ocultar su sonrisa y una leve carcajada jovial se escapó de sus labios.

—¡Hasta el día que me muera en esta familia se hará lo que yo diga! —gritó el marqués—. ¡Hasta el día que me saquen con los pies por delante seré el marqués de Morell de Santa Ana! Aún te falta mucho para reemplazarme, muchacho. No se te ocurra jamás volver a desafiarme porque conocerás mi lado menos amable. Y tú, María Teresa, a tus aposentos, no salgas hasta que lo ordene y eso será cuando olvide que me has ofendido.

Ante sus gritos aparecieron su esposa y la madre de Hugo.

—Por favor, hijo. Sube con tu hermana, está deseosa de verte —propuso doña Alma para sacarlo de allí; conocía el carácter explosivo de su vástago y sabía que solía estallar en el momento menos adecuado, solo quería evitar que el enfrentamiento llegara a mayores.

—No entiendo, ¿qué está sucediendo aquí? —preguntó la marquesa desconcertada.

María Teresa desobedeció a su padre, se negó a moverse de donde había permanecido de pie. Hugo tampoco acató las sugerencias encubiertas de su madre; salió llamando a su esclavo de confianza, Matías, y le ordenó que volviera a ensillarle el caballo para salir. Con pasos enérgicos, María Teresa le siguió detrás y lo llamó por su nombre:

—¡Hugo!

Él respiró hondo y se volvió para mirarla, tanta belleza prohibida lo desgarraba, y más cuando venía con un corazón tan fuerte, capaz de desafiar por primera vez la autoridad que con mano dura hasta ese día había mantenido el marqués.

—¡Pequeña! ¡Lo siento! ¡Lo intenté! No sabía que habían ofrecido su mano al mejor postor.

—Ni yo lo sabía, pero mil veces lo prefiero a usted. Estoy dispuesta a aceptar cada una de sus condiciones si usted también acepta la mía, que no se rinda —le planteó con una voluntad de hierro y extendió sus dedos para rozarle el rostro con la punta de los dedos.

—¡María Teresa! ¡No te atrevas! —gruñó el marqués que le seguía detrás junto con su esposa y doña Alma.

—¡Cálmate, esposo mío! —suplicó la señora marquesa alterada.

—¡Mujer, dispón que alisten el equipaje de María Teresa! ¡De inmediato! ¡Cambiaré la cárcel de su recámara por la de un convento! Y ahí permanecerá hasta el día de su boda con el sobrino del Capitán General, para que reflexione y jamás ose volver a contrariar a su padre. Y usted, doña Alma, haga lo mismo con el equipaje de su hija. Margarita la acompañará. Desde ahora la dote que puedo ofrecerle será para entrar a un convento; si desea otra, tendrá que esperar a que su adorado hermano se convierta en marqués. Me temo que, para ese entonces, la pobre ya no esté en edad casadera. Si Dios dispone otra cosa, que me lleve a su lado.

Doña Alma se llevó una mano al corazón al escuchar el destino que el marqués le deparaba a su hija, sabía que sin dote no había matrimonio. Deseaba tomar a sus hijos y desaparecer, no le importaba la pobreza, pero Hugo era terco y más cuando era desafiado. Era la primera vez que su obstinación se topaba con la dureza de su excelencia; hasta entonces, nunca le había alzado la voz ni se había negado a sus demandas.

Hugo desquitó su rabia contra la fusta que llevaba en su mano, la que azotó repetidas veces contra el muro que tenía cerca hasta destrozarla y apretando los dientes escupió:

—¡No las mande al convento, su excelencia! —trató al marqués con una frialdad descomunal, como si un abismo se pronunciara entre benefactor y protegido—. Me retracto y le pido perdón. No volveré a importunar a la señorita María Teresa y, en cuanto a mi hermana, yo mismo trabajaré para conseguir una dote que le permita un buen matrimonio.

—Si te retractas, de su dote me encargo yo. Esperaré a que te calmes y decidas de una vez a cuál de mis hijas desposarás. Cásate y serás mi heredero en forma legal. —Hugo hizo una reverencia con la cabeza ante el marqués y, sin reparar en nadie más, intentó alejarse dejando a María Teresa con el corazón destrozado. Previo a que abandonara la estancia, el marqués volvió a abrir la boca con tono arrogante—: ¡Hugo, detente! No me convence tu súbito arrepentimiento. No olvides que tenías doce años cuando te rescaté a ti y a tu familia del infierno en que los dejó tu padre, recuerda que te agobiaba no saber qué darle a tu hermana de comer, que tu madre estaba al borde de la muerte y que nada me obligaba a socorrerte, mi única obligación contigo era hasta después de mi muerte. Convénceme de que estás agradecido. ¿Cuál de mis hijas será la futura marquesa de Morell de Santa Ana? Responderás ahora o nuestro trato se rompe.

Hugo apretó la mandíbula, lo único que deseaba era estallar en mil pedazos, salir a todo galope en su caballo, evaporarse, lo que fuera con tal de no responder. Era verdad que el marqués les había provisto una vida holgada, incluso ostentosa, pero no era menos cierto que él le había retribuido, con trabajo, con estudios. También era cierto que no tenía nada, todo su esfuerzo lo había puesto a merced del marquesado que iba a heredar y aún no tenía bienes a su nombre. Tenía estudios y podría esforzarse para sacar adelante a su familia, aunque no fuera con la misma suntuosidad a la que se habían acostumbrado en los últimos años. ¿Por qué no tomaba a su madre y a su hermana y desaparecían de una vez? La suerte de María Teresa, de Úrsula, incluso de Altagracia pendiendo de sus manos, tanto como la de su madre y su hermana. Su maldito orgullo, su ponderado honor y la nada sutil presión que ejercía el marqués lo empujaron a mover sus labios para decir:

—Si le complace, excelencia, me casaré con... Úrsula.

Dos lágrimas resbalaron por el rostro de María Teresa, la que con dolor sostuvo:

—¡Es un cobarde! ¡Ahora soy yo la que me avergüenzo de usted! ¡Por nada de la vida vuelva intentar acercarse! Ni, aunque suplique o se ponga de rodillas volveré a considerar sus atenciones. Estoy lista, padre, para desposar a su elegido, con tal de que no sea Hugo Buenaventura Morell y Sequeira.

Úrsula, por su parte, se quedó boquiabierta, hasta que se armó de valor e intentó defenderse de aquella injusticia, tal como se había revelado su hermana menor:

—Padre, excúseme del matrimonio —imploró—. Sabe que toda la vida he querido ser monja. Mándeme a mí al noviciado, consienta mi dote para ingresar al convento de Santa Clara, se lo imploro.

—Si Hugo te ha elegido, no puedo hacer nada; podría reconsiderar tu petición si él consiente casarse con Altagracia.

—La mayor es tan bella y educada como sus hermanas, Hugo. ¿Qué opinas? —intercedió su excelencia Lucrecia de la Concordia, que hasta el momento había permanecido de espectadora.

—Es bellísima, mucho, no es por falta de atributos, pero no puedo casarme con ella —admitió.

—Exijo saber por qué —demandó la marquesa ofendida—. No soporto esta situación en que mis hijas tienen que competir por los caprichos de tu heredero, esposo mío.

—Dispéñeme de dar mis motivos, su excelencia, no sería cortés, yo... me retiro. —Tenía que irse, necesitaba espacio para respirar antes de perder aún más los estribos.

—¡Alto! —terció el marqués—. Satisface la curiosidad de mi esposa, ahora también es la mía.

—Altagracia y yo no somos compatibles, la aprecio, pero no la desposaré. Ambos somos voluntariosos y explosivos; quiero un matrimonio sosegado, como le aclaré al principio, no quiero un arreglo que a la larga me traiga infelicidad.

—No tienes que seguir explicándote, estás en tu derecho —concordó el marqués—. Conozco a mi hija. Si te falta carácter y no crees poder doblegarla es la mejor elección. Pero no te engañes, la esposa dócil no la encontrarás, que Úrsula no te embauque con su rostro de ángel. La mujer es

volátil, muchacho, y más si estás hablando de mis hijas, por eso toda su educación va enfocada a recordarles cuál es su papel en la vida. El deber del esposo es amansarlas, así como con los caballos. Al menos de Altagracia sabes lo que puedes esperar. ¿Es tu última palabra?

—Ya le he dado mi respuesta, excelencia. ¿Me permite retirarme?

Las hermanas se adelantaron para desaparecer antes que él. Úrsula se sintió tan traicionada que en ese instante no pudo emitir palabra. María Teresa continuaba contrariada. Hugo solo pudo seguir a ambas con la mirada mientras se perdían en el interior de la mansión, a la par que el marqués le hacía una señal para despedirlo de su presencia.

María Teresa respiró profundo para contener el pesar que se le quería colar en el alma; su secreto había sido develado, el que había protegido bajo siete llaves, incluso de Margarita, por pudor, por temor a ser rechazada, un miedo que había vencido al escucharlo pedirla... para luego ser humillada, se sintió presa de la ira. Se reprochó haber flaqueado. Evocó.

Tenía seis años cuando su padre llegó con un chico de unos doce y su familia. Recordaba la primera vez que lo divisó, desaliñado y con ojos soñadores, había sido amable con ella. Como Margarita se convirtió en su compañera de juegos, Hugo terminaba haciéndolas reír a las dos; desde ese momento le tomó un cariño especial. A los diez años, todo cambió, Hugo ya tenía dieciséis y sus responsabilidades trazaron un abismo entre ambos y la diferencia de edades y de género se hizo notar. Cuando ella cumplió trece, su corazón le dio un vuelco, un sentimiento la invadió como una hiedra y él era el detonante, desde entonces nada lo detuvo, comenzó a crecer y a hacerse insoportable, más con aquella verdad que tarde o temprano la haría desdichada: Hugo desposaría algún día a una de sus hermanas, a ella solo la veía como a una niña, no tenía oportunidad. Así que, cuando lo oyó pedir con tanto ímpetu su mano, por las razones que fueran, se dijo que iba a desvivirse por hacerlo el hombre más dichoso del mundo. La desidia del pretendiente la destruyó por dentro. Fue directo a encerrarse en sus aposentos, solo quería estar sola y se sorprendió al notar que la esperaban.

Altagracia estaba de espalda, con las manos apoyadas en el alféizar de la ventana mirando al exterior y no hacía más que llorar. Había crecido soñando desposar al heredero de su padre y que eso la llevara a convertirse en marquesa. Era la primogénita y sentía que una de sus hermanas se estaba apoderando de su destino. Advirtió su presencia y se volteó con tanta prisa que su amplia falda volvió a amenazar con arrasar con lo que se le interpusiera.

—Por ti aguardaba, pequeña Judas. Te cobijé a mi abrigo desde que eras una mocosuela difícil de contentar y me has robado lo que más anhelaba, lo que por derecho me pertenece. Jamás noté tu interés, nunca pensé que de ti tenía que protegerme —le soltó con el rostro cubierto de lágrimas.

—Perdóname, —le susurró—, hermana querida, pero mi osadía ha sido castigada, mi padre no ha consentido darle mi mano. Si te complace, ya la vida me está castigando. Déjame superar mi humillación a solas, te lo ruego.

—¿Qué dices, no se casará contigo?

Úrsula entró como la sombra de la desgracia, se podía ver su congoja. Altagracia se compadeció de inmediato, pero, cuando de sus labios brotaron estas palabras, su hermana mayor enfiló su resentimiento hacia ella.

—¿Cuál de las dos quiere quedarse con ese ingrato? Me muero si tengo que casarme y no servir al propósito para el que el Señor me ha creado.

—¡No puede ser! ¡Tú, insípida, malagradecida! Me juraste mil veces que no...

—¡Y no lo quiero! Estoy dispuesta a aliarme a la que desee convertirse en su esposa.

—¡No lo quiero, así se arrodille o me suplique! —aclaró María Teresa—. No pretendo comprometerme con ese cobarde. Ahora buscaré paz en algún sitio de esta enorme mansión, al parecer hay reunión de candidatas para el futuro marqués en mi alcoba.

Y, antes de atravesar el dintel, la marquesa hizo su arribo intempestivo, como acostumbraba cuando tenía la intensión de corregir un comportamiento fuera de lugar de una de sus hijas. Las tres quedaron petrificadas. Las observó detenidamente amenazando con arrancarles los pensamientos más profundos.

—¿Saben qué sucede si las señoritas no se comportan a la altura y dan rienda suelta a sus emociones como vulgares campesinas?

—Dispéñeme, madre —suplicó Altagracia.

—Madre, igual le ruego que me perdone —se aventuró a decir Úrsula y la señora levantó una mano para exigirles silencio.

—No solo ponen en entredicho las enseñanzas que les he dado, ocurre lo que te ha pasado, Altagracia, el señorito piensa que no serás una esposa dócil y a los hombres no les gusta que le lleven la contraria. Espero que aprendas de este terrible desenlace. ¡María Teresa, acércate! —ordenó y cuando la tuvo a su alcance le tomó el rostro con una mano para evaluarlo—: ¡Bella! He estado tan centrada en tu hermana mayor que no he visto el potencial en ti. Casi te me escurres entre los dedos y yo distraída, primero el sobrino del Capitán General y después el heredero, pero sin dudas la afortunada será Úrsula; ven con nosotras, querido ángel, déjame darte mi bendición, bueno, a cada una; mis dos hijas menores se comprometerán pronto, he cumplido con ustedes. Una marquesa y una condesa... me llenan de orgullo, así que dispensaré sus arrebatos si dejan ese comportamiento petulante de una vez. Ahora me queda la que siempre pensé que menos trabajo me daría para asegurarle un buen matrimonio. Veintiún años y ha llegado el momento de que nos replanteemos en qué hemos fallado, preciosa mía. Si una será marquesa y la otra la condesa, tú debes aspirar más alto, porque no veo en ti la vocación religiosa.

—Madre —imploró Úrsula con la voz anegada—. No me obligue a casarme, siempre he querido servir a Dios.

—¡Calla! ¿Qué pretendes? ¿Desobedecer a tu padre o que Hugo busque esposa en otra parte? ¿Sabes cuál sería nuestra suerte? Quedaríamos a merced de la caridad del nuevo marqués.

—Pero Altagracia podría ocupar mi lugar, esto es un malentendido, es ella la que quiere ser marquesa —insistió Úrsula.

—¡Úrsula! Tus palabras son duras y humillan a tu hermana. ¿No es suficiente haberle quitado todo? Cada una a sus habitaciones, recen el rosario, mediten, tienen mucho en qué pensar y bajo ninguna circunstancia osen contrariar a su padre.

Doña Prudencia estaba agotada, como era de esperar, pero la angustia que se le coló en el corazón, luego de mandar a su esclava de confianza a pescar el cotilleo de la servidumbre, la hizo estar lista a la hora indicada para la cena familiar. Los comensales no podían disimular lo ocurrido, aunque trataran de enfrascarse en degustar los manjares criollos. La señora lamentaba que su sueño profundo la hubiese mantenido ajena al desencuentro en el que sus nietas habían salido lastimadas.

—Paula ya ha desempacado —dijo para referirse a su esclava, buscando la forma de aliviar su pesar—. Mañana abriremos los regalos y cada uno de los encargos que me hicieron antes de partir. Están muy calladas —advirtió que las muchachas no la sofocaban a preguntas sobre los presentes, como habitualmente hacían.

Detalló el rostro desconsolado de Altagracia y que la mano con que tomaba el tenedor no dejaba de temblar. La mirada de Úrsula estaba perdida y, si en ocasiones se cruzaba con la del joven Hugo, lo inmataba con los ojos, a lo que este respondía constriñendo los labios disimuladamente, sin conseguir ocultar su descontento. María Teresa, su niña de guedejas rubias y ojos de ángel, en cambio, no reflejaba nada, como si el alma le hubiera abandonado el cuerpo. Doña Prudencia no lo podía creer, culpó a su yerno por su terquedad y por traer la manzana de la discordia al hogar, ese Hugo Buenaventura Morell, el que no terminaba de simpatizarle; tal vez lo hizo en un inicio cuando aún rebozaba de inocencia. A pesar de venir a invadir un lugar que no le correspondía, tras el fracaso de la marquesa al no concebir un varón, no podía responsabilizarlo del latrocinio, al fin y al cabo, fue su yerno quien tomó la alocada decisión de atravesar los mares para ir a arrancarlo de su destino. Tras convertirse en adulto, ya podía recriminarle; con el tiempo terminó siendo tan prepotente como su protector, tan seguro de sí mismo y del poder que heredaría que olvidó sus raíces. No podía tolerarlo ni sentir la compasión que en un inicio albergó en sus ojos cuando lo vio arribar a la residencia muerto de miedo, con la madre moribunda y la hermana indefensa.

En oposición a su nombre, habló hasta por los codos como no era su costumbre, querían oír de Europa, de la civilización, de las buenas nuevas y las no tan nuevas a las que el marqués de Morell de Santa Ana se aferraba como un patriarca e insensible vejestorio, a pesar de no pasar de los cincuenta años que tenía, pues ella lo diría sin remordimientos.

—De lo que uno se entera al viajar al otro lado del mar, el mayorazgo ha perdido vigencia, sabemos que hay familias que se resisten a seguir el camino de la ley. ¿Qué es más importante, que un patrimonio se amarre a un título o que todos los hijos puedan heredar lo que les pertenece? — Por supuesto que lo sabía desde antes de viajar, no iba a dejar la suerte de su única hija y sus nietas en manos de la testarudez de su yerno y sus antepasados.

El marqués también lo sabía, pero se aferraba al deseo de su abuelo. Dio un puñetazo sobre la mesa que sobresaltó a los comensales. No era insólito su mal genio, pero sí que con este perjudicara la formalidad de una cena y más con todos presentes. Hugo carraspeó al entender el motivo de su arranque. Él estaba al tanto de las leyes al respecto y también lo hacía trastabillar.

—Una copa de coñac de inmediato —ordenó el marqués al servicio, el vino no era suficiente para calmar su sed.

—¿Lo ofendí con mi descubrimiento, su excelencia? —preguntó doña Prudencia—. Pensé que sería acogido con más efusión.

La señora era enemiga de lo que pretendía hacer el marqués, no soportaba que el mayorazgo regulado por las Leyes del Toro hacía tanto tiempo, en mil quinientos cinco, viniera a perjudicar la serenidad y el futuro de sus nietas, más aún, porque la figura legal instaurada durante el reinado de los Reyes Católicos había perdido vigor y los antepasados de su yerno se habían valido de subterfugios legales para mantener una vinculación entre el patrimonio y el marquesado de Morell de Santa Ana, que desfavorecía a las descendientes en línea directa, todo por la grandeza del apellido y el título.

—Madre, por favor —solicitó doña Lucrecia—. Comamos en paz, esos no son temas para la cena.

—Por supuesto, querida. Faltaba más —aceptó doña Prudencia, pero ya había sembrado la duda.

—¿Es eso cierto, padre? —preguntó Altagracia con el corazón en un puño—. Porque de ser así yo... y mis hermanas...

—Hija, ¿no recuerdas nuestra conversación de hoy? Me prometieron las tres... —exigió su progenitora.

Una mirada lasciva del marqués sobre los asistentes bastó para que ingirieran los alimentos sin aventurarse a abrir la boca para otro fin. Altagracia quiso levantarse y pedir permiso para retirarse; si seguía aferrada a tragarse su desconcierto, tenía terminar arruinándolo todo y hacer una escena que sería reprobada por sus progenitores, y bajo ninguna circunstancia quería verse débil ante Hugo y su familia. Un gesto de su padre le advirtió abstenerse de sus intenciones y la cena transcurrió en silencio hasta el último de los platos que desfilaron por el comedor.

Los señores se retiraron a tomar una copa y a fumar un habano en la sala contigua, las damas se dirigieron a otro de los salones donde acostumbraban a tomar un digestivo y conversar antes de irse a dormir. Doña Alma se rehusó a acompañarlas, se sentía avergonzada por la discusión de sobremesa y mencionó:

—Me da mucho gusto que esté de vuelta, doña Prudencia, le ruego que me disculpe por retirarme temprano, pero creo que es mejor dejarlas en familia. Margarita, por favor, acompáñame.

—Perdone si mis palabras la han inquietado, sé de la nobleza de su corazón, solo me preocupa la suerte de mis nietas. Al final de cuentas, una tendrá que desposar a Hugo y no veo que el muchacho tenga vocación para el matrimonio, con todo respeto —se justificó la abuela de las señoritas.

—Conozco las virtudes y los defectos de mi adorado hijo, es joven aún y no es que lo justifique, pero estoy segura de que cambiará cuando madure, créame que mi esposo y yo lo educamos con esmero y su difunto padre era un caballero en toda la extensión de la palabra.

—No lo pongo en entredicho —dijo doña Prudencia y omitió que don Héctor estuvo a punto de desposar a su hija antes que las negociaciones del compromiso aportaran a don Rómulo como el elegido—. No sé hasta dónde influyó en el carácter de hoy en día de Hugo la educación de su padre, pero era más centrado cuando llegó a sus doce años. Lo que sí me consta es que el marqués lo echó a perder por completo endilgándole como mentor a don Carlos Enrique del Alba, al cumplirle todos sus caprichos y al tratarlo como al hijo varón deseado.

Doña Alma con Margarita de la mano se escurrieron por los corredores directo a la escalera y desaparecieron.

—Madre, con todo respeto, no sé qué le sucede, me está dejando en vergüenza delante de todos. Tal vez debería recostarse; el viaje la ha de tener muy agotada, tiene la lengua más avispada que nunca —hizo ver la marquesa y tomó un sorbito de su licor de anís, era sabido que era agradable para el estómago.

—No permitiré que me hables de esa manera, Lucrecia, ni, aunque seas marquesa, antes eres mi hija.

—Hoy su nombre no le hace justicia, primero opina en asuntos de hombres y luego atormenta a doña Alma con esos vergonzosos asuntos.

—No olvides por qué don Héctor rechazó la posibilidad de casarse contigo y terminó con la dama que hoy cobijas en tu casa.

—Al final mi padre y usted querían casarme con el heredero al marquesado y así fue.

—¿Se iba a usted a desposar con el padre de Hugo, madre? —preguntó estupefacta Úrsula y las tres señoritas se quedaron expectantes.

—No iba a casarme con él; su ilustrísimo Archibaldo de Morell, su bisabuelo, que Dios lo tenga en su santa gloria, tuvo la intención de pedir mi mano en nombre de don Héctor, pero se retractó y la solicitó en nombre de mi querido esposo, lo que en verdad me hizo feliz.

—Si lo que dice la abuela es cierto —intervino Altagracia—, ¿por qué mi padre sigue enfrascado en que Hugo sea el futuro marqués?, me correspondería a mí por ser la primogénita y no tener hermanos varones. No sería la primera mujer en heredar el título de su difunto progenitor.

—¡Ahora la que no tiene decencia eres tú! —reprendió la madre a Altagracia—. ¿Acaso me

quieren provocar un soponcio? Ve derecho a tu alcoba y no salgas hasta que decidas tener mejor talante. Jamás te atrevas cuestionar las decisiones de tu padre. Él decide lo mejor para nosotras, tiene sus razones.

—No veo otra que el orgullo —insistió doña Prudencia.

—El honor —defendió la marquesa.

—¿De qué honor estás hablando? —continuó la abuela de las señoritas.

—Hijas, retírense las tres, de inmediato —ordenó desesperada la marquesa para poder enfrentarse a su madre sin el escrutinio de sus tres hijas y cuando estas se enfilaron hacia los escalones, lejos de su presencia continuó—: No se entrometa en asuntos que solo competen a mi esposo, por favor, madre.

—No entiendo que para otros temas te hagas valer, pero para algo en lo que tienes legítimo derecho dejes que...

—No nos están despojando de nuestra fortuna, Rómulo se encargará de casar a una de nuestras hijas con el heredero y dejarnos a su cuidado.

—Tu padre no dio una dote tan cuantiosa para esto, para que al final te quedaras a merced de ese mocoso.

—Ese mocoso como le llama es... el futuro marqués de Morell de Santa Ana.

—Y el que desposará a una de tus hijas y terminará por hacerla desdichada. No me entrometería si Hugo fuera menos mimado y tuviera un corazón más noble. Es que no entiendo nada, si fuera Altagracia la que estuviera a punto de desfilar al altar con ese engrdeído lo soportaría, al menos es la más fuerte de las tres, y es la que por derecho le corresponde el marquesado, estaría en un matrimonio difícil, pero sería su suerte y le quedaría el consuelo de estar defendiendo su derecho.

—¡Madre, por Dios! ¿A dónde quiere llegar?

—Úrsula es demasiado sensible para lidiar con un prepotente de cascos ligeros, conocedor de cada lugar donde yace la podredumbre en esta ciudad, le romperá el corazón a la primera oportunidad.

—Ella no lo ama, no sufrirá.

—Se perderá de amor cuando cohabiten; el futuro marqués tiene los atributos para dejar en ruina el alma de quien ose poner sus ojos en él.

—No sucumbirá, quiere tomar los hábitos.

—¡Jesús misericordioso se apiade de ella!

—¿Qué puedo hacer? Pensé que el muchacho se decantaba por Altagracia, bastaba con ver cómo la devoraba con los ojos cuando todos estábamos distraídos. Me sorprendió que no la eligiera, es más, que la dejara al final. Prefirió a María Teresa.

—¡Eso nunca! Dios nos guarde de que ese garañón ponga sus manos sobre nuestra pequeña, es la más inocente.

—No estoy tan segura, ella desafió a su padre, quería aceptar que la cortejara.

—¡Niña ingenua!

—No se pudo porque mi esposo ya había otorgado su mano a un santo varón, el sobrino del Capitán General, León Villavicencio.

—Y esperemos que ese cortejo sea muy largo aún, primero hay que procurar matrimonio a sus hermanas. ¡María Santísima! Es que de pensar que ese tarambana hurtará la virtud de Úrsula ya estoy abrumada.

—No la robará, será su esposo.

—¡Porque su padre se la ha vendido! ¡Es deshonroso! Me quedaría más sosegada si al menos Altagracia fuera la escogida para desposarse con él, tiene el coraje para enfrentarse a un marido que le hará derramar muchas lágrimas.

—Respire, madre, terminará por darle el soponcio a usted y yo estoy al borde de colapsar —le rogó la marquesa.

—Te exijo que dejes esa actitud que no te va, enfrenta a tu marido y pon las cosas en su lugar.

—Lo que me pide es imposible.

—Si lo fuera no te lo exigiría, sé que te sobran las maneras para hacer entrar en razón a tu esposo. No me hagas más desdichada de lo que soy y no te quedes impávida mientras tus hijas corren directo al despeñadero. Nunca vi con buenos ojos que su excelencia trajera a ese chico a la casa, ni por las razones que lo hizo, ni porque venía marcado por el pecado, es el hijo del deseo y eso solo puede significar que el fuego arde dentro de sus venas.

Hugo siguió al marqués al salón, no tenía deseos de beber y menos de conversar, pero a su benefactor se le había ocurrido la estupenda idea de brindar por la futura unión, una celebración privada, que pronto sería precedida por una fiesta colosal, como ameritaba a los Morell. Hugo tomó la copa sin ser consciente de ello y asintió ante las frases entusiastas del marqués; él solo podía reparar en las cortinas de seda azul importadas de Europa del color exacto de los ojos de María Teresa cuando el panorama era gris.

—¿Qué te sucede, muchacho? Estás distraído.

—Perdone, usted.

—Las palabras de mi suegra no te han dejado indiferente. No te aflijas, doña Prudencia está preocupada por su hija y sus nietas, cuando asientes cabeza y te conviertas en un señor de familia se contentará. Porque lo harás, ¿verdad? —inquirió en tono amenazante—. No quiero a mi hija llorando por los rincones. Eso no significa que te prives de tus queridillas, pero con discreción. Y nada de llegar a altas horas de la noche una vez que se fije el compromiso, así que despídete en grande de tus correrías, que luego tendrás que ser más precavido.

—Pensaba que lo había sido hasta el momento, excelencia.

—Pues no tienes idea de lo que se refiere a cautela.

—¿No aprueba mi comportamiento? Bien recuerdo que fue usted el que me condujo al primer burdel para que me hiciera hombre y luego me soltó como un cachorro asustado ante la tutela de Carlos Enrique para que terminara de...

—Y me siento orgulloso de ti, pero no ibas a estar de parranda toda la vida, es hora de que sientes cabeza. A mí tocó en su momento, claro que alivio tensiones cuando es necesario, pero con...

—Discreción, me ha quedado clarísimo.

—¿Brindamos?

—Aún sigo pensando que haría mejor matrimonio con María Teresa.

—Será la mujer de tu prójimo y deseársela sería un pecado.

—Úrsula y yo somos demasiado compatibles y Altagracia y yo parecemos el agua y el aceite. Me habría gustado descubrir cómo coexistiríamos María Teresa y...

—Ya te he dicho que entre mis hijas mayores puedes elegir la que desees, y has tomado una

decisión, no cancanees.

—No puedo casarme con Altagracia es muy voluble y yo no me quedo atrás, no quiero que mi matrimonio se convierta en un infierno. —Iba a agregar «como el suyo», pero decidió no terminar la frase.

El marqués no dijo nada porque no quería que el muchacho se retractara y quedaran como al principio, sin nada, solo le dio un sorbo a su bebida mientras recordaba la mirada lasciva con que Úrsula había fulminado a Hugo durante la cena; aquella elección había terminado irreductiblemente con su naturaleza benevolente.

Josefa interrumpió para traer un recado de su señora, el marqués le permitió hablar:

—Mi ama le pide que la excuse por interrumpirlo, pero requiere conversar con su merced.

Hizo un gesto de fastidio, sabía que esa noche tendría una larga disertación con su mujer sobre el avispero que había destapado su suegra, un asunto que le había tomado años de disputas matrimoniales, porque Lucrecia no estaba de acuerdo con dejar la herencia en manos de un Morell que no había salido de su vientre. Sin contestarle la despidió con un gesto de la mano, antes de irse le dejó una advertencia al joven:

—Estás al tanto de mis negocios, muchacho. Serás el dueño de todo, solo tienes que casarte con una de mis hijas, hacerla feliz y brindar amparo a mi familia cuando me llegue el final.

Y lo dejó con el trago en la mano. Hugo Buenaventura se observó en la luna de espejo que tenía delante, su porte refinado era el de un señorito de buenas maneras, con el cabello recién cortado a la última moda en los caballeros, la vestimenta de las más finas telas importadas y confeccionada a la medida por el sastre personal del marqués. Tomó el líquido ámbar hasta el final, sin dejar de mirarse, después se sirvió otro trago, que le hizo arder la garganta y, despotricando sobre su suerte, salió a toda prisa a pedir a su esclavo de confianza que le ensillara el caballo. Mientras el mulato joven, alto, esbelto, de musculatura recia acudió por la silla, Hugo dio un respingo de impaciencia, maldijo y golpeó el suelo con sus lujosas botas de cuero. Se dirigió a los establos y, de un salto, se trepó en el corcel y cabalgó a pelo, desenfrenado, como alma que llevaba el diablo, dejando una estela de polvo que hizo toser a Matías, quien boquiabierto se quedó con la silla en sus brazos.

Arribó al palacete de la única persona que en verdad podía escucharlo y comprenderlo.

La servidumbre irrumpió en la alcoba del señor Carlos Enrique del Alba para anunciar a Hugo Buenaventura Morell. El señor ya se había preparado para dormir, así que ordenó que le trajeran una bata, que colocó por encima de su ropa de descanso.

—¿Saldrás así? —le preguntó doña Carmen, su joven esposa.

—¿Qué puedo hacer? Algo urgente debe haberle robado el sueño al futuro marqués.

—No eres su nana, que se ocupe su protector.

—Es mi amigo y no la está pasando bien, tranquila, Carmelita —le dijo luego de depositarle un beso decoroso en la frente—. Recuerda que, ante el golpe de moral que ha asolado La Habana tras nuestro apresurado casamiento, es uno de los pocos que no me ha dado la espalda y que al menos

no es hipócrita en su trato conmigo.

—Siento que mi reputación haya terminado de corromper la tuya —indicó con sorna—. Ahora resulta que soy impropia de ti, cuando fuiste tú el que me arrastró a la mala vida.

—Ya sé que todo es mi culpa y que te castigan con su indiferencia, cuando fui yo quien te deshonró y te abandonó a tu suerte.

Él la había corrompido con sus vicios. Sus familias habían sido muy amigas y ella confió en Carlos Enrique, por eso cuando se vio huérfana a los veinte años y con un futuro incierto se refugió en él, a quien no le importó seducirla y desvirgarla, aprovechándose de su ingenuidad para luego abandonarla. Carmen había subsistido convirtiendo su hogar, el único bien que le legaron sus padres, en una casa de citas, la más exclusiva de La Habana, donde convencía a jóvenes educadas con similar suerte a la suya para dejarse proteger por un acaudalado proveedor, a quien a su vez recompensaban con todos los placeres inimaginables. Años después, Carlos Enrique, arrepentido, la sacó de esa vida y la desposó sin importarle que la sociedad capitalina le cerrara sus puertas, pero más pesaba el dinero y las influencias de los mismos señores que habían frecuentado en el pasado la casa de Carmela, los que en muchas ocasiones hacían la vista gorda, sobre todo entre hombres y en asuntos de negocios; solo ante las señoras encopetadas y puritanas lo desconocían.

No habían pasado quince minutos cuando Carlos Enrique volvió a la recámara y dio orden a su esclavo para que lo ayudara a vestirse.

—Pero... —replicó la señora desconcertada.

—El muchacho está mal, saldremos un rato, intentaré distraerlo, necesita hablar y alguien en quien confiar.

—¿Regresarás a las andadas de las que me sacaste? Te advertí que...

—Calma, mi dulce Carmela, no dejes que nada robe tu sueño, me comportaré, te lo prometo. ¿Acaso no he dejado esos vicios por ti? ¿Me crees tan tonto como para echarlo todo por la borda? Sé que tienes ojos en los lugares que frecuentaré; si cometo alguna fechoría, no faltará un informante y entonces me podrás reclamar.

—Intentaré tenerte paciencia. Cúidense, no beban demasiado.

—No temas por mí, me he reformado, voy a cuidar del futuro marqués, siento que también es mi responsabilidad que haya torcido el rumbo, intentaré enderezarlo.

Cuando Carlos Enrique del Alba vio el corcel sin silla de montar que había traído Hugo negó y mandó a preparar un carruaje.

—No puedo andar en coche como una señorita. ¿Ahora le tienes aversión a los caballos? —reclamó Hugo.

—Parece que has olvidado la silla, esa parte donde acomodas tu retaguardia. ¿La conoces?

—Tenía prisa —se disculpó Hugo con una carcajada—. Expeles alcurnia por donde quiera que se te mire, no seas tan remilgado. Nada se compara con correr a campo traviesa con un excelente caballo.

—Con una montura decente, bien provista y sin unos tragos encima. Cabalgar y beber no hacen buena mancuerna, sé cómo te pones cuando salimos de fiesta.

—¿Me estás cuidando?

—Si no te devuelvo en una pieza al marqués, terminaré con el último amigo encumbrado que aún me es leal. Vamos, en el carruaje conversaremos a gusto, mañana te envío el potro a la quinta. Mientras, cuéntame qué te tiene tan afligido, mi calesero es tan callado como una tumba.

—Ya hice mi elección —reveló.

—Te felicito, has cumplido con tu parte del trato, ahora nada impedirá que seas el siguiente marqués de Morell de Santa Ana.

—Hay un problema.

—¿Otro?

—Creo que estoy enamorado —admitió.

—¿Y es eso un conflicto? Serás uno de los pocos afortunados que tendrán un matrimonio arreglado y amor al mismo tiempo.

—No amo a mi futura esposa, la quiero, pero como una hermana.

—¡Válgame Dios! ¿Y quién es la infortunada?

La quinta del marqués de Morell de Santa Ana estaba ubicada en el Cerro, frente a la calzada del mismo nombre, que unía Marianao con Vuelta Abajo. Situada en extramuros por sus calles anchas y sus mansiones, permitía a sus habitantes llenar sus pulmones de oxígeno, por eso, en la primera posibilidad, el marqués ordenó su construcción para luego asentarse allí y abandonar su palacete en el corazón de intramuros, la muralla que inició su construcción en el siglo diecisiete para proteger a La Habana de los ataques que llegaran por mar. Unos arcos de piedra brindaban la bienvenida a la casaquinta y daban cuenta de la riqueza de la prominente familia que residía en su interior; tras recorrer un corto trecho en calesa, se accedía a diversas construcciones, entre las que refulgía la casona principal. La edificación era sobria y moderna para la época, estilo neoclásico, con inmensos portales al frente y en los laterales, con una cochera detrás para la entrada de los carruajes. Tres plantas de lustrosos mármoles y puntal alto, para combatir el calor, daban comodidad. En la primera tenían la sala, el despacho, la biblioteca, el salón de recepciones y la saleta que daba al patio central; al fondo estaban el comedor, la cocina, los baños y las habitaciones del servicio doméstico. Los dos pisos consecuentes eran los nobles, constituidos por cuantiosos aposentos, otros sanitarios, salas de estar para la familia y pabellones.

En el patio interior, donde pululaba la brisa y donde convergían todas las habitaciones, justo en el centro de este, el marqués había mandado a levantar uno de los jardines más prolíficos de la capital. No era el más grande, pero sí el que más especies exóticas albergaba, donde destacaban las orquídeas, la mariposa blanca, los jazmines, naranjos, dos árboles de granada y una fuente con peces de agua dulce. El más extenso estaba ubicado en las inmediaciones de la mansión, a varios metros de la capilla; había sido diseñado a propósito como un laberinto, con numerosas bancas donde sentarse a tomar el sol de la mañana y con un cenador inmenso en el centro.

María Teresa acudió a verificar que las flores fueran atendidas, con ayuda de su esclava; amaba ver el jardín florecido, al que de niña, por sus continuos sofocos, le tenían vedado; más tarde un médico relacionó su enfermedad con las rosas y el marqués las desterró de la propiedad. Las echaba de menos; desde que aquel doctor sugirió que padecía una extraña hipersensibilidad a esa flor, ella misma había tomado distancia con tal de evitar los síntomas que luego la aquejaban. Perla, una mulata encantadora que la seguía a todas partes, la más joven del servicio, con apenas dieciséis años, le traía la regadera con la que apaciblemente daba de beber a las plantas.

Fue entonces cuando notó que el esclavo del señorito era requerido por el calesero de la familia. Como Hugo no había acudido a desayunar y ya daban las diez, le pidió disimuladamente a Perla que husmeara y le viniera a notificar de qué se trataba. Así supo que él había regresado hasta las tantas de la madrugada, ebrio, en un carruaje de don Carlos Enrique del Alba, el que había mandado a uno de sus esclavos a traer el caballo que había permanecido toda la noche en su propiedad. María Teresa hizo un mohín con la boca ante la información que le resultó desagradable. Ni siquiera sabía por qué se interesaba; a Úrsula era a quien debía preocuparle las escapadas de su inminente prometido. Y, mientras negaba con la cabeza y trataba de despejar su pensamiento, una extraña conexión le hizo alzar la vista.

Recostado en el barandal del segundo piso, con un sombrero en una de las manos y una expresión afable, el heredero la contemplaba. No sospechaba cuánto tiempo él había permanecido ahí, observándola; solo rogaba por que no la hubiera escuchado. Se preguntaba si Perla y ella habían sido lo suficientemente discretas. Hugo le sostuvo la mirada y ella evitó el contacto por puro recato, como había sido educada. Aunque el joven vivía bajo el techo de su familia, su madre las había instruido para mantener la distancia cuando ella no estaba presente para supervisarlas, por tres simples razones: era hombre, era soltero y tenía todos los atributos para arruinarle la reputación a una señorita. Decidió continuar con su labor e ignorarlo.

—Ya se fue, niña —le dijo Perlita—. ¡Ay, qué susto! Casi nos pilla. ¿Quiere que le averigüe algo más?

—Nada, no tengo interés en saber en qué desperdicia el tiempo el señorito; pensé que le había sucedido algo.

—¡Gracias a Dios no fue así! —masculló la esclava.

—Solo estaba divirtiéndose; pobre de Úrsula, a ella es a quien debería preocuparle dónde pasa las noches su futuro prometido.

—¡Debería usted alertar a la niña Úrsula, para que le diga al marqués y le ponga un correctivo al señorito Hugo antes de la boda! ¿Quiere que le diga a su hermana?

—No, ni se te ocurra, mi padre lo solapa y no queremos que Úrsula sufra.

—Pobrecita su hermana, con lo buena que es, pero si usted quiere yo lo mantengo vigilado.

—¡No, no, no! ¡No es nuestro asunto! —apuntó decidida y luego sin poder evitarlo añadió—: Mejor sí, pero ni una palabra de esto a nadie.

—En boca cerrada no entran mos... cas.

Perla se quedó como una estatua y señaló hacia la escalara con disimulo.

—¿Qué te pasa?

Hugo acababa de pisar el último escalón, continuó con paso seguro e ininterrumpido hasta donde estaban ellas. Perla aún seguía como una piedra y a María Teresa se le abrió una hoguera en el pecho, comenzó a temblar, hizo acopio de sus fuerzas para que él no lo notara, le sostuvo la mirada y la bajó instintivamente como resultado de su educación, pero, al sentirse devorada por la suya, la levantó a medias. Él, experto en comportamientos indecentes, le hizo una seña a Perla

para que vigilara y avisara si alguien se les acercaba. Independientemente de los esfuerzos de la esclava, estaban en una zona riesgosa; si otro de los moradores se asomaba desde los pisos superiores, los podrían descubrir. María Teresa trató de aliviar la ansiedad en un suspiro. Tampoco era la primera vez que compartían algunas palabras, pero nunca lo había tenido tan cerca y menos había asumido la desvergüenza de detallarlo de pies a cabeza. El tiempo había hecho maravillas con él. Sus labios rojos, llenos y perfilados, parecían haber sido dibujados con un pincel en aquel rostro elegante y varonil, incitaban a pecar; sus ojos castaños oscuros parecían indulgentes, nada impidió que la abrasaran como una llamarada. Ella intentó huir y él le suplicó:

—Escúcheme, por favor. He venido a pedirle perdón, sé que lo que hizo fue un acto de valentía, enfrentarse así a su padre, aún no puedo quitármelo del pensamiento, me da vueltas y me llena de dudas. Espero que entienda que no la desprecio y que no me guarde rencor, solo quería protegerlas a usted y a mi hermana. No tendría corazón para verlas encerradas en un convento en la flor de sus vidas.

—Continúe su camino y no me avergüence, bastante humillante es tener que soportar que me haya elegido por el trato que tiene con mi padre; estoy segura de que de no ser por la promesa de hacerlo marqués ni siquiera habría reparado en una de nosotras.

—No lo insinúe, me ofende. Tuve suficiente con el desdén de su abuela, quien me acusa de usurpar un lugar que no me corresponde. La elegí por...

—Porque ha vendido su alma al diablo. No creo en su interés por una de mis hermanas ni por mí. Usted solo está al servicio del marquesado. ¿Por qué me prefirió? Es lo único que me pregunto, y ya me aclaró la respuesta: buscaba a la más dócil, la que hiciera la tarea menos insoportable, a la que pudiera manipular sin tanta dificultad. Lo único que me preocupa es que se aproveche de la bondad de Úrsula.

—Jamás lo haría, Úrsula es mi amiga y nunca la perjudicaría.

—¿Está seguro? Porque creo que ya lo está haciendo. —Lo miró desafiante.

—Es más difícil hacerle entender mis razones que amansar a un caballo; pensé que Altagracia era un incordio, pero usted sin duda la supera.

—¿Cómo se atreve? No se lamente, será León Villavicencio quien tenga que lidiar con mi carácter; afortunadamente se le adelantó y usted se libró de esta penitencia.

—Le deseo un estupendo matrimonio y no me dé las gracias por salvarla del encierro —bramó perdiendo los estribos.

La esclava se acercó y avisó que Úrsula se aproximaba. Hugo dio tres pasos hacia atrás para alejarse de María Teresa y esta negó con la cabeza decepcionada por la revelación de sus sentimientos del día anterior.

—¿Interrumpo? —preguntó Úrsula. Como los dos se quedaron callados prosiguió—: Ustedes desean comprometerse y yo entrar a un convento, así que tienen una aliada.

—No es tan fácil —advirtió él y María Teresa se sorprendió al comprender que aún daba cuenta de sus intenciones—. Traté de hablarlo anoche con su padre y no cede.

—Al parecer el futuro marqués quiere evitarnos a todas terminar al exclusivo servicio del Creador —le insinuó María Teresa con malicia a su hermana antes de disponerse a dejarlos—, solo que se le olvidó que es tu anhelo más deseado.

—Aguarde. Aún no me ha contestado. ¿Me perdona? —le suplicó Hugo mordiéndose la lengua por tener que soportarla, pero odiaba los asuntos inconclusos.

María Teresa le dio una última mirada, una reprobatoria, y le respondió:

—Creo que sí, me libra usted de toda una vida de incertidumbre; al menos ya sé que mi futuro esposo no me ha elegido por un título, ni la riqueza que trae consigo. Como dice mi padre, León Villavicencio se ha prendado de mí y ha sido tan insistente que no ha podido negársele. Quiero casarme con él y descubrir qué se siente ser amada.

—Me equivoqué al elegirla, tiene razón —soltó Hugo dando rienda a la furia que había tratado de contener—. León Villavicencio me ha salvado de una esposa con una lengua demasiado intrépida.

—Parece que ese León es un héroe, un salvador —intermedió Úrsula—. El detalle es que a mí no me libra de desposarme y soy la última que ansía casarse. No hay quien procure auxiliarlos, ustedes son dos testarudos.

La marquesa apareció como ave de rapiña al acecho, como serpiente sigilosa que no se nota hasta que ataca. Cuando saludó les hizo llevarse un susto tan grande que las señoritas casi pegan un brinco; no dio tiempo a que Perla las alertara porque estaba tan distraída con la discusión que ni siquiera la vio venir.

—¿Hay reunión y no lo sabía? —preguntó la recién llegada mientras cerraba de golpe el abanico.

—Su excelencia —la saludó Hugo con un breve movimiento de cabeza en señal de respeto.

—Solo nos dábamos los buenos días —se adelantó Úrsula a decir para dejarles en claro a los dos tórtolos que estaba de su lado.

—Tienen una forma extraña de saludarse, parecía que reñían. Aún se ven sofocados.

—El calor, madre querida —abogó Úrsula. Los otros dos no podían despegar los labios.

—Con el próximo compromiso entre Hugo y tú tendremos que extremar precauciones, no es correcto que una señorita decente viva bajo el mismo techo que el caballero que va a desposar.

—Siempre hemos vivido como familia —le recordó la segunda hija.

—Impropia. Ahora la situación es distinta y nuestras amistades solo buscan un motivo para dar rienda suelta a las murmuraciones, que es mejor evitar. Será bueno también para Altagracia y para ti —dijo para referirse a su hija menor y le alzó el rostro con el abanico para estudiarlo y descubrir sus más secretas emociones—. León Villavicencio vendrá a cortejarte, sería inteligente que nadie lo ponga al tanto de la petición de Hugo, la que fue desestimada por tu padre; resultaría incómodo para él saber que convives con un joven que aspiró a tu mano. Hugo, tal vez convenga que viajes a Trinidad y supervises los ingenios, mientras nos ocupamos de los preparativos de la boda —agregó con saña, sabía que el joven detestaba el campo y cualquier

palabra que saliera de sus labios para mortificarlo le daba placer.

—Estaré dispuesto a seguir las instrucciones de su excelencia —accedió circunspecto.

—¿Por qué tienes la falda del vestido mojado? —inquirió la marquesa devorando con la mirada a su hija menor.

—Madre, solo le daba de beber a las plantas.

—¿Has perdido la cordura? —preguntó asustada.

—Me siento estupendamente, el doctor refiere que...

—Mantén la distancia, ya tu abuela me ha puesto al tanto de los progresos de tu tratamiento, pero no me fío. No querrás que todo empiece de nuevo. León Villavicencio no tiene intenciones de abandonar la isla una vez casados, no quiero que vea tu enfermedad como una complicación para sus planes.

La marquesa siguió de largo, no sin antes cerciorarse de ver marchar a Hugo a sus quehaceres y de dejar a sus hijas en la intimidad del patio central. María Teresa soltó el aire con alivio cuando se marcharon y Úrsula la miró incrédula.

—Estás enamorada de Hugo —la confrontó llevándose las manos a la boca.

—Por supuesto que no —rebatía la hermana menor.

—Pensé que era solo Altagracia, pero también has perdido la cabeza por él.

—Tu próxima boda te está haciendo delirar, no me interesa en lo más mínimo.

—Entonces, ¿por qué aceptaste su proposición, por qué desafiaste a nuestro padre?

—Si hay algo que me ha atormentado desde los doce años es que me casaran con un ser horripilante o viejo solo porque sea un buen partido. ¿Recuerdas la ceremonia en la iglesia cuando se casó Agustina Montemayor?

—La pobre lloró desde que entró a la iglesia hasta que salió con su esposo del brazo, el cura no podía dar continuidad a la misa por sus incesantes sollozos.

—Desde ese día me atormenta la idea de un futuro similar, cuando el alcornoque de Hugo le pidió mi mano a nuestro padre me pareció mejor que un heredero regordete, sin gracia, de una de las familias que frecuentamos. No es horroroso, es alguien que podría soportar, no tiene nada que ver con el amor. Créeme.

—Si lo dices —dudó.

—Además, estamos hablando de tu futuro esposo, no podría verlo con otros ojos más que con los de una hermana.

—Así mismo lo veo yo. Aunque me ha defraudado, lo sigo estimando como a un amigo. Al menos tu mayor temor no se ha cumplido, León Villavicencio no es ni viejo, ni gordo, ni soporífero. A más de una le ha robado suspiros, es galante, debes sentirte dichosa porque haya reparado en ti entre tanta joven casadera.

—¿Estás segura de no querer descubrir qué se siente ser amada?

—Nada me llena más por dentro que servir a Dios y secretamente poder dedicarme a la caridad, a servir al prójimo, lejos del yugo de un padre o un esposo.

—Tal vez lleguen a quererse, al menos se llevan bien. Si te eligió es porque no le eres indiferente.

—Pero después de ti. Eso no me reconforta, creo que Hugo es el tipo de hombre que ninguna mujer le pasa desapercibida —admitió y se persignó ante lo que le vino a la mente—. No me casaré con Hugo ni con nadie, no permitiré que un hombre profane mi cuerpo. Hablaré con el sacerdote del llamado que el Señor me está haciendo; nuestro padre tendrá que ceder, no puede desafiar a Dios.

—A Dios no creo que se atreva, pero ¿estarás tú dispuesta a enfrentar a nuestro padre?

Contrario a lo que todos esperaban, el primer compromiso que comenzó a planearse fue el de la hija menor. La desaprobación de doña Prudencia no tardó en aparecer.

—¿En qué familia de buen nombre se ve eso, que comiencen casando a la hija de menos edad?

—Estimada suegra, los Villavicencio han estado presionando; recuerde que la solicitud de León llegó primero que la de Hugo. Con respecto a Altagracia, ya estamos en tratos, sobran los interesados, pero aún no encuentro al candidato idóneo.

—No tiene que engañarme, excelencia —agregó la señora—. Mi hija me ha puesto al tanto de las providencias que está tomando. Ya sé que dejará a Altagracia en reserva, que si en un tiempo prudente Úrsula no engendra un hijo buscará la forma de anular el matrimonio y ofrecerle a otra de sus hijas. No descansará hasta tener un heredero, es todo lo que le importa, preservar su estirpe, como si Hugo fuera un semental y sus hijas fueran unas yeguas de pura sangre.

—¡Señora! —gritó el marqués e *ipso facto* gradualmente bajó el volumen—. Nunca le he alzado la voz, pero me va colmando la paciencia; no le dije cómo educar a su hija ni con quién casarla, así que le ruego que no se entrometa. Me debo a mi linaje y a mi herencia, no permitiré que se extinga porque su hija no logró darme un varón.

—Terminaré por tomar el próximo vapor a España —se lamentó doña Prudencia mientras el marqués se esfumaba como alma que llevaba el diablo, luego de dejar advertido que se haría su voluntad—. No quiero ser testigo de esta debacle. Tu esposo ha perdido la cordura.

—En eso tienes razón, madre mía, lo hizo desde que no pude engendrar un varón y se lo achacó a la maldición que arrojó sobre la familia su difunta tía.

—¿La difunta? ¿La que fue monja?

—Esa misma, que en paz descansa.

—¿De qué maldición estás hablando?

—Secretos inconfesables de familia; tras haber dado a luz a las niñas, concluyó que era por la maldición de sor Inmaculada. Se obsesionó tanto con el tema que terminó por ir en busca de Hugo a España y desde entonces lo ha tratado como su sucesor.

—No puedes dejar que por un mal razonamiento arrastre a tus hijas. Esa manzana de la discordia tiene a mis nietas suspirando por los rincones, ¿es que no te das cuenta? Altagracia tiene veintiuno, la hicieron esperar a merced de los caprichos del señorito, que al final de cuentas no se

decantó por ella. Exijo que se le busque un marido, ella no es mujer que sirva para quedarse a vestir santos, como su hermana, la pobrecita, que tendrá que pecar con los placeres de la carne muy en contra de su voluntad —dijo santiguándose.

—Úrsula no puede quejarse de su suerte, será la marquesa de Morell de Santa Ana y el sinvergüenza de Hugo tiene sus propios méritos; le dará dolores de cabeza, pero al menos no será un suplicio yacer en su lecho, que le cumpla como esposa al menos hasta engendrar al heredero y uno de reemplazo, que nunca se sabe, ya después podrá desahogar su culpa en sus oraciones y Hugo podrá tomar una querida o dos para contentarse.

—¿Y que deje la amenaza de bastardos empañando la tranquilidad de mi nieta? ¡Qué solución tan apropiada se te ha ocurrido!

—Madre, por favor. ¿Qué quiere? No lo planeé así, siempre creí que Hugo se casaría con Altagracia.

La marquesa huyó de los reclamos de doña Prudencia, dejando una estela de desolación.

La maldición de sor Inmaculada torturó al marqués una vez más, aquella pronunciada en España con tanta furia que había hecho temblar los cimientos de la estructura de la mansión Morell porque la vida o, más bien, la ley de los hombres, la sacrificaba en pos de perpetuar un apellido, al favorecer al primer hijo varón, negándole heredar el marquesado. Rómulo lo recordaba como si fuera ayer, era apenas un crío, pero las palabras de su tía sor Inmaculada, enviada a un convento en respuesta a su osadía, negándole tener descendencia, que opacara los planes del primer marqués, Archibaldo Morell, si el destino se encargaba de dejar a sus hijos como únicos herederos, se repetían en su memoria, al principio era un leve quejido, pero, cuando el destino de los caballeros Morell se fue sellando uno a uno, como naipes que se desploman en sucesión, el lamento se transformó en un alarido:

—¡Maldigo a cada hombre Morell que ambicione tener mi marquesado y a su descendencia! — había pronunciado María Inmaculada antes de volverse monja.

Su tía fue una mujer que nació en una época que no estaba lista para recibirla; apasionada, llena de vida, que se desenvolvía en la sociedad con una gracia y una avidez impresionante, cuyo género no la amilanaba ni la definía. De haber sido marquesa, habría sido una mujer visionaria, que habría apostado por el adelanto y luchado por la liberación femenina, pero sus ansias de vivir tuvieron por destino la clausura, impuesta por un padre al que le importaba más la sangre y su legitimidad. Rómulo recordaba como si hubiera sido ayer el discurso que el difunto marqués le había repetido hasta el cansancio:

—¡No permitiré que mi apellido Morell se pierda! ¡No quiero que nuestro nombre se extinga y termine siendo marqués de Morell de Santa Ana otro hijo de Dios que esté ligado a nosotros por la unión con una de mis descendientes, y menos aún que el fruto de ese matrimonio defina mi estirpe, sería como si otro hombre me arrebatara el título de las manos y yo no hiciera nada por detenerlo!

Pensaba en ello mientras observaba un libro que albergaba la historia del marquesado, de cómo su abuelo lo había obtenido y había preservado el apellido, el que don Rómulo enalteció al sumarle la Grandeza de España en retribución a la fortuna que depositó en las manos de la Corona, lo que en parte había contribuido a posesionar a la isla para que siguiera siendo la hija predilecta de España. El marqués solventó la construcción de embarcaciones para la flota española, dotó a Cuba de clínicas en las regiones más necesitadas y la proveyó con armas, municiones y equipamiento para los cuarteles militares más importantes. Finalmente, trasladó su residencia a la isla antillana con el propósito de hacerla crecer para beneficio de las arcas de su majestad y de la suya propia. Había cedido gran parte de su fortuna, pero el oro regresó a sus manos multiplicado. No se arrepentía de haber navegado lejos de la madre patria, de haber sido hábil para hacer crecer su patrimonio, su prestigio y haberlos puesto al servicio de la monarquía. Su marquesado en España hubiera sido como cualquier otro, sin grandes remembranzas y arriesgarse le había valido de mucho.

Y mientras se hacía más poderoso desafiando la maldición lanzada por su tía, que marcó a la descendencia masculina de los Morell, la vida le demostraba que tampoco se salvaría: no pudo tener un hijo varón y dependía del hijo de su difunto primo don Héctor. Se preguntaba si la suerte de Hugo venía arraigada a la valentía de su padre al rebelarse a su destino; fue el único que no ambicionó ni el título ni la riqueza familiar y se enfrentó al abuelo por amor a doña Alma. La consecuencia fue perder la posibilidad de heredar el marquesado.

Rómulo veía en Hugo la misma expresión que en su primo Héctor, por eso no podía descifrar qué gritaba su corazón y con qué intensidad deseaba ser marqués; temía que si la ambición lo cegaba correría la misma suerte que la suya, y ya no quedaba otro hombre Morell a quién darle la pesada misión de preservar el apellido, por eso le había otorgado la posibilidad de elegir.

—Padre —lo sorprendió la voz de Altagracia y sintió un salto dentro del pecho. Justo ella que sería robada al igual que sor Inmaculada por las leyes al servicio de los hombres—. ¿Me concede un instante?

—Sé breve, no dispongo de mucho tiempo y menos para asuntos de mujeres. Pide algo sensato o me veré en la necesidad de excusarme.

—¿Por qué me priva de mi derecho de nacimiento? —le reclamó Altagracia con los ojos inyectados en sangre de tanto llorar.

—¿Quién asegura que te estoy despojando?

—Por encima de la ley le está heredando el patrimonio en su totalidad a un familiar que ni siquiera es cercano.

—Tú no tienes idea, hija, de mis razones.

—Sabe que deseaba casarme con Hugo, incluso llegué a albergar ciertos sentimientos por su protegido.

—¿Cómo te atreves a hacerme esas revelaciones? Deberías estar avergonzada.

—Castígueme si lo desea, pero no me avergüenzo, no después de haber pasado doce años

escuchándolos a mi madre y a usted planeando mi matrimonio con él, querían que me hiciera su esposa, lo sé. ¿Por qué le dio el derecho a escoger?

—Hija, ni podía ni quería imponerme.

—¿Sabe que con ese matrimonio me pierdo para siempre?

—¿Cómo osas pararte frente a mí y pronunciar esas palabras? Por eso Hugo no te eligió, por tu temperamento, porque aprietas la paciencia hasta asfixiarla dentro de tu oponente, tal como tu... — El marqués no quiso terminar la frase, en verdad la amaba y no quería que lo despreciara.

—Tal como mi madre, ¿eso iba a decir? Porque mi mal genio y mi temperamento no tienen nada que ver con usted, ¿o me equivoco?

—¡Hija mía!

—Quiero irme lejos. Concédame eso, al menos. Mándeme con mi abuela a España, tal vez allá esté mi destino.

—¿Es lo que deseas? ¿Abandonarnos? ¿Casarte y asentarte con el mar de por medio? ¿Así nos pagas a tu madre y a mí todo el cuidado y esmero que hemos puesto en tu crianza?

—No quiero ser testigo de ese matrimonio, ni de cómo me roban con el permiso de usted lo que me pertenece por nacimiento.

—Hija, estás equivocada y Hugo tiene razón, serían infelices los dos si terminan casados. Tú necesitas aplacar el incendio que atormenta tu alma.

—No lo perdonaré fácilmente, padre, si me deja aquí y me obliga a presenciar cómo le entregan todos mis sueños a Úrsula, si me sigue empujando a odiarla, a verla como a mi enemiga. Eso me quiebra por dentro, Úrsula y yo hemos sido muy unidas, las mejores amigas, no me orille a envidiarla.

—¡No! ¡Tu hermana es inocente! ¡Cúlpame a mí de tu suerte, pero no a tus hermanas! ¡Ustedes tres tienen la misma sangre y no deben permitir que nada las separe!

—Usted lo hizo cuando lo trajo a esta casa. ¿Aún no lo entiende? Hugo es... —No pudo terminar, rompió a llorar, cómo explicarle a su padre que ese hombre sería muy difícil de olvidar. Prefirió descargar su rabia—. Hugo es un usurpador y maldigo la hora en que...

—¡Calla! —clamó el marqués en un arrebato, no iba a permitir otra maldición asolando a su descendencia—. No sabes nada de los Morell, aunque lleves nuestro nombre. Hugo tiene todo el derecho a heredar. Y, si sigues así, con esa lengua impropia de una señorita de tu posición, terminaré por llevarte con las monjas para que aprendas algo de provecho, lo que al parecer tu madre no pudo enseñarte.

—¿Quiere hacer conmigo lo mismo que con sor Inmaculada?

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo sabes? —inquirió alzando la mano para aterrizarla sobre su mejilla—. Dímelo por un demonio o te daré la paliza que te faltó de cría.

—Leí el libro de la familia —dijo temerosa.

Y un brote de remordimiento afloró en el marqués.

—¿Qué tanto sabes? ¿A quién le has contado?

—Lo tomé en un descuido de usted, me intrigaba su insistencia por mantenerlo oculto de nuestros ojos, pero le juro que no llegué más allá de las páginas que relatan la entrada al convento de su difunta tía y la maldición lanzada contra cada hombre Morell. Me está empujando a sufrir su suerte.

—Te daré una oportunidad; de todos modos, tu hermana detesta la idea de casarse. Seduce a Hugo y convéncelo para casarse contigo. Te daré un par de meses, retrasaré los planes de volver oficial el compromiso hasta entonces.

—Padre, no puede esperar eso de mí, no fui educada para... Sería impropio de una señorita y más de mi posición social —protestó Altagracia pasmada al descubrir una cara de su padre que le dio hasta miedo.

—Solo así podrás quedarte con Hugo y convertirte en marquesa.

—¿Cómo puedo lograr que su protegido cambie de opinión?

—¿Es que acaso tengo que enseñarte el arte de ser mujer? Desaparece de mi presencia, Altagracia. Es tu última oportunidad.

Doña Alma acudió muy temprano a despertar a su hijo, la noche anterior también se había pasado de copas y había llegado hasta las tantas de la madrugada. Solía quedarse con el Jesús en la boca hasta que escuchaba los caballos arribar, lo que le daba la tranquilidad de saberlo a salvo en casa. Y, aunque era testigo de su conducta desenfadada, de la juerga en la que se perdía en las noches, de sus supuestas amantes de turno, cuando lo observaba durmiendo plácidamente, con aquel rostro tan bello como el de un arcángel, su corazón de madre se aceleraba, solo podía ver lo más limpio de su alma, lo justificaba en su interior por el tormento que enfrentaba aun sin ser completamente consciente de ello, el peso del apellido Morell del que su difunto esposo había tratado de escapar y el que continuaba acechándolos.

Hugo abrió los ojos y lo primero que vio fue a su madre, se terminó de recuperar de la sorpresa de encontrarla allí; iba vestido a medias, pues había llegado tan embriagado y dando tumbos que terminó por despedir a Matías sin darle tiempo a ayudarlo a prepararse para dormir.

—¡Madre! ¿Usted aquí tan temprano? ¿Ha sucedido algo?

La señora se viró de espaldas para darle privacidad y con un gesto le exigió adecentarse. Hugo se puso de pie de una vez y se colocó una bata que no dejara asomarse en lo más mínimo su torso desnudo. Doña Alma caminó por la habitación y le advirtió:

—Estoy dispuesta a irme con Margarita si continúas avergonzándonos. ¿Es que no te das cuenta de que el marqués solo permite e incita tu libertinaje para tenerte sujeto por las riendas? ¿Quién solventa tus liviandades? ¿Quién te presentó al señor del Alba para que te iniciara en los vicios de los señoritos de alta cuna?

—Madre, que no me la paso de juerga, trabajo arduamente con el marqués, si mañana él faltara estoy capacitado para llevar los negocios, me está preparando para ser su sucesor, gran parte de mi vida me la he pasado en colegios, aquí y en el extranjero, soportando maestros estrictos que no me dejaban doblar las rodillas ni a sol ni a sombra.

—Estudios que también exigí para ti, para que algo de provecho saques si un día el marqués cambia de opinión y decide privarnos de su protección. No lo dudes, en el instante en que no cumplas sus caprichos, te arrebatará los privilegios. Por eso insisto en que no te ciegue la riqueza que pone a tus pies ni la complacencia de la que ahora disfrutas.

—Madre, también me he esforzado. Si alguna mañana salimos por el portón principal para

nunca volver puedo darles una vida digna a usted y a mi hermana, no de lujos, pero sí holgada. Terminé mi carrera de Leyes; si me sigo preparando, estaré apto para ganarme la vida sin apoyo de nadie. Y tengo otros talentos que igualmente podría explotar, no estamos amarrados al marquesado; si me desheredan, si cambian de planes, puedo mantenerme, tengo habilidad para los negocios. Soy diestro en equitación, el mejor de mi clase en la esgrima y también tengo habilidad para la música, aunque esto último no sea del agrado de su excelencia —esbozó con ironía.

—¿En qué momento se apoderó de ti y te convirtió en lo que eres hoy? Has olvidado todo lo que te enseñó tu padre, ahora eres un logro más en las manos del marqués, un adorno que presumir. Solo quiero recuperar a mi hijo, sé que está allá dentro —reprochó golpeándole ligeramente el pecho—. Recuerda, cuando nos trajo a vivir consigo, el muchacho que eras, la familia que teníamos, humildes pero felices. No soporto ver que tu padre haya sacrificado tanto en la vida para que al final termines como al principio.

—¿Sacrificado qué y por qué lo hizo? —le preguntó en voz baja, casi con ternura para no ofenderla con ese tema que la volvía sensible, pero necesitaba saber—. Se la pasa ensalzando la abnegación de mi padre y se niega a darme explicaciones al respecto.

—Es pasado y tu padre me exigió que los dejara fuera de ello a Margarita y a ti, algo que no pude cumplirle del todo —concluyó y dos lágrimas se le escurrieron.

Él la abrazó conmovido, no la quiso presionar; su madre era su fortaleza y, si ella se derrumbaba, lo haría también su mundo. Cuando aceptó la propuesta del marqués lo hizo por su progenitora y su hermana, nada había más importante en su existencia. Le besó ligeramente el dorso de una mano y agregó:

—Madre, ¿qué tiene de malo un poco de diversión? Es solo eso, soy joven y hombre, al final terminaré casado, con obligaciones propias del marquesado, con hijos por quienes velar. Ahora soy libre, puedo vivir sin atarme a las reglas que algún día definirán mi proceder. Es transitorio, eso no quiere decir que no sentaré cabeza, es más, está tan cerca.

—Precisamente, no quiero que desperdicies tus años. Terminarás casado con una mujer a la que quieres, pero no amas.

—Úrsula es tan hermosa como un ángel, piadosa, una excelente amiga, siempre nos hemos llevado bien, podría amarla.

—El amor es distinto. Sacrificarás la libertad de elegir esposa por convertirte en marqués.

—También lo hago por Margarita; imagine las posibilidades de matrimonio que tendrá con la jugosa dote que tiene destinada para ella su excelencia. No olvide que la presentó en sociedad a la par de María Teresa, como si fuera otra hija más.

—Un matrimonio que también terminará siendo arreglado y convendrá a los intereses de tu protector.

—¿Qué es lo que desea, madre? ¿Cómo puedo hacerla feliz? —preguntó profundamente agobiado.

—No dejes que nada oprima tu libertad de elegir, cástate por amor, no por posición o por

dinero.

—Pero si he elegido.

—Entre una muy limitada gama de alternativas, hijo —enfaticó.

—Lo dice como si casarse con Altagracia o Úrsula fuera una tortura; muchos envidian mi posición, son tan hermosas que más de uno temblaría de pavor solo de tener que escoger.

—Creo que hemos hablado suficiente, veo que sigues encandilado con el futuro que el marqués ha trazado para ti. Es cierto que son hermosas y buenas, pero el amor, hijo, no se analiza, explota dentro en el momento menos oportuno.

Su madre lo dejó con la cabeza convertida en un hervidero, cualquier otra progenitora en su lugar sería más razonable y le exigiría, más que pedir, que se casara con una de las hijas mayores del marqués, que se acoplara a las recomendaciones de este y no dejara escapar el marquesado que había tenido al alcance de su mano desde los doce años. Cualquier otra, pero no la suya. Recordó a su padre, sus consejos, lo maravilloso, lo amoroso y lo honrado que era, con una elegancia innata que no le costaba dejar de lado para trabajar con rudeza de ser necesario, fue un hombre educado, culto, y a veces no entendía por qué muchas puertas se le cerraron al paso, lo que le hacía más difícil prosperar. Luego su enfermedad vino a debilitarlo hasta arrancarlo de sus vidas.

Hugo estaba decidido a darles a su madre y a su hermana un futuro mejor, por eso había aceptado el ofrecimiento del marqués, por eso se casaría Úrsula y había decidido renunciar a la incipiente flama que María Teresa había encendido en él. Reconocía que se le hacía difícil porque cada una de las actitudes de la señorita lo dejaban sin palabras, avivando el fuego en su interior, primero aceptándolo como pretendiente, luego retando a su señor padre con aquella resolución tan temeraria, después menospreciándolo como a una vulgar cucaracha, débil y corrupta, y más recientemente ignorándolo, como si la chispa que se encendió entre los dos hubiera sido pisoteada por la intrusión en sus vidas del tal León Villavicencio. No lo toleraba y no porque fuera a desposar a la flor más tierna de un predio que le pertenecía, León nunca le había simpatizado, aunque se esforzara por ser agradable, no eran sus palabras, ni siquiera era algo que se pudiera observar, era el aura que desprendía. Lo llenaba de rabia que le arrebatara el compromiso con María Teresa, el que debió ser suyo; y, si ella llegaba a amar a León con la misma fuerza que le había prometido que lucharía por enamorarse de él y hacerlo feliz, sería algo que no podría aguantar.

El día pasó apesadumbrado y tortuoso, más porque el marqués no prescindió de Hugo y no lo dejó salir, lo necesitó en cada minuto para regodearse de su próximo negocio y ultimar detalles, el que cerraría con la unión entre el heredero del conde de Marmosa y su hija menor, otra concesión en pos del desarrollo del país quedaba en manos de su benefactor, algo que engrosaría aún más su fortuna, una nueva vía férrea en colaboración con los Villavicencio. Encima tuvo que tolerar su compasión:

—Cambia esa cara, muchacho. Sé que no era la esposa que querías, pero no niegues que Úrsula

es preciosa; también está Altagracia, mientras el compromiso no sea hecho público, puedes recapacitar.

—Quería a María Teresa, pero al parecer ya no hay vuelta a atrás.

—No la hay, más vale que te hagas a la idea y quites tus ojos de mi princesa. Ya tiene dueño. No sé por qué te agobias, hasta hace unos días tuve que rogarte para que eligieras, es solo un capricho, como buen descendiente de los Morell te aferras a los imposibles. Piensa en el negocio que acabamos de cerrar, serás más rico y poderoso cuando me heredes. Con las concesiones conferidas por el Capitán General, gracias al apoyo de los Villavicencio construiremos un nuevo servicio de ferrocarril que atravesará toda la isla, y lo que me emociona no son precisamente las ganancias que me dejará trasladar pasajeros, y sí las que obtendré gracias a transportar el producto de los diferentes rubros que engrosan la economía de la isla.

—Pensé que en determinado momento tomaría a su familia y se regresaría a España, pero veo que sus intenciones son permanecer aquí.

—Mientras mis arcas se sigan agrandando no me moveré de Cuba. Yo habré cumplido con mi compromiso, te dejaré el marquesado más próspero que cuando llegó a mis manos.

—¿Me permite retirarme a descansar, excelencia? Mañana es el gran día y estoy agobiado.

—¿No saldrás hoy con el señor del Alba? Voy a creerme que en serio deseabas desposarla.

—No se preocupe por mí, es solo que aún no me recupero de la última fiesta. —Trató de restarle importancia a la incomodidad que no lo dejaba respirar con tranquilidad, y con la venia del marqués se retiró temprano.

La hora de dormir llegó y María Teresa lo agradeció, el día fue devastador entre encajes, sedas, pruebas de vestuario y detalles que más que emocionarla la ponían en extremo nerviosa. Desposarse estaba al alcance de la punta de los dedos. Perla la ayudó a cambiarse de ropa y a prepararse para descansar. El parloteo de Perlita de fondo sobre un futuro incierto no la dejaba pasar la página de ese capítulo en su vida.

—Mi niña, su vestido quedó hermoso, parece una princesa enfundada en él. Es tan afortunada, el señorito León es de buen ver. ¡Qué suerte que no la casaron con un viejo panzón como a doña Agustina Montemayor! Tan bella y con ese marido para toda la vida.

María Teresa la miró displicente, con una media sonrisa que no terminó de aflorar, necesitaba silencio desesperadamente, incluso de Perla la responsable de hacerla reír a carcajadas con más frecuencia. Cuando la joven esclava pidió permiso para retirarse suspiró con fuerza para encontrar el alivio. Por fin se quedaba sola, lejos de la bruma de la gente, familia o sirvientes, que pululaban por doquier atormentándola con los preparativos de la fastuosa fiesta que pretendía dar su padre para celebrar el compromiso, sabía que no le quedaba otro remedio que aceptarlo y adaptarse a la idea. Pasó el pestillo y guiándose con una vela sacó del fondo del baúl su colección de libros de historias de amor; había añadido un par de ejemplares de George Sand tras su último viaje, ese escritor de quien se rumoraba era mujer y le apasionaba en extremo; esas obras eran su secreto, las ocultaba de la estricta supervisión de su madre, que no las aprobaba, quien aseguraba que solo servían para incentivar las bajas pasiones, algo de lo que una señorita cauta debía permanecer alejada. En un rincón guardaba los cuentos de hadas que había disfrutado en su niñez, los que, llegada la pubertad, fueron dejados de lado.

Acarició las páginas que le habían robado suspiros y se preguntó qué le depararía el matrimonio. «¿Se puede encontrar el amor en un matrimonio arreglado?», pensó. León Villavicencio era atractivo, lo había detallado disimuladamente en alguna ocasión en que él no había escondido su admiración hacia ella. Había sido interesante su conversación, recibir sus respetables halagos, pero no imaginó que no descansaría hasta pedirla en matrimonio. Tal vez podía enamorarse, pero, aunque la ilusión no decaía, unas lágrimas le resbalaron por las mejillas, tendría que renunciar a ese anhelo que había cosechado durante su adolescencia y que había florecido estrepitosamente tras la petición abrupta de Hugo, la que la dejó sin palabras, tocando la

cima de la felicidad, la que se le escapó entre los dedos como agua. Lo decidió, ella también desistiría, era una fantasía amarlo, la distancia entre los dos era abismal, su padre jamás aceptaría, conocía su intransigencia. Un caballero tenía su palabra como la más fidedigna prueba de honor, no desharía su compromiso. Hugo también lo sabía, por eso se había retirado. Se durmió con lágrimas en los ojos.

La noche y el siguiente día, con aquella incertidumbre clavada, pasaron tan deprisa que cuando volvió caer en sí estaba en camisón y enaguas mientras era sofocada por el corsé que dos esclavas le ajustaban de forma despiadada. Estaba a punto de ceñirse a la moda de algunas criollas que renunciaban a esa tortura alegando en su defensa que el clima de la isla antillana no permitía ese tipo de prendas. Ni siquiera las telas con que confeccionaban sus vestidos eran similares debido al insufrible calor.

—¡Basta, suficiente! —ordenó María Teresa.

—Lo siento, niña. El ama dio instrucciones ayer de cómo debía quedar su atuendo, no podemos contravenirlas —indicó una de las esclavas.

—¡Aguante, amita! —la animó Perlita—. Recuerde lo que dijo ayer la modista: a Dios gracias por la civilización, el corsé de tiempo atrás era de hierro. ¿Se imagina caminar enjutada en una casaca de metal sin poder moverse? Además, este corsé al estilo inglés está adaptado a nuestro clima.

—Te juro que esta tortura no está lejos de causarme un desmayo. Y tú estás que absorbes todo lo que dice *madame*. No le pierdes el oído, habrás escuchado también que Napoleón Bonaparte le llamaba a esta prenda «El asesino de la raza humana», lo acusaba de provocar la pérdida de las criaturas de la mujer encinta.

—Dios misericordioso no lo permita. Ya quedó, voy a ponerle el cubrecorsé.

Perla con ayuda de otras dos esclavas la vistieron, la peñaron, la perfumaron y la emperifollaron. Había soportado que le ajustaran el corsé hasta dejarla sin fuerzas para recobrar el aliento, que le ataran el miriñaque y la cubrieran con las capas del encaje azul de la falda, elegido por su madre, hasta quedar embutida y rígida en el talle, y vaporosa de la cintura hasta los pies. En esos momentos odiaba ser mujer, pero Perla la animaba con aquel entusiasmo desmedido, la contemplaba como a una deidad.

—Parece una muñeca de porcelana —le dijo la esclavita y María Teresa terminó por reírse de su desgracia, aunque no pudo hacerlo a todo pulmón.

—Creo que estás más emocionada que yo.

—Tan linda, mi amita. Esa blusa de seda azul en contraposición al encaje enfatiza de tal modo su mirada que el señorito León no podrá resistirse, caerá enamorado a sus pies.

—Aprendes rápido, solo te falta la entonación precisa para terminar de robarte el discurso de la modista francesa.

—Es que *madame* Georgette Fourneau habla tan bonito y es tan distinguida, se le nota la clase.

—Y tú no pierdes el tiempo de imitarla, hasta celos me da, creo que estás tan cautivada con la

moda parisiense que, si *madame* le hiciera una oferta a mi padre, no lo pensarías dos veces en abandonarnos e irte a trabajar a su almacén a la calle Obispo.

—Me encantaría estar rodeada de esos trajes de colores... Pero no, amita, ni me lo había planteado, no podría separarme de usted.

—Yo sería la primera en dejarte ir si eso te hiciera feliz.

—Ni lo piense, ¿qué haría yo sin la protección del marqués?

—Perseguir tus sueños, Perla.

—Niña, soy una esclava, soñar está prohibido para mí.

—Pues ya somos dos cautivas en este inmenso caserón.

—Lo dice como si no tuviera todo para ser feliz, su padre la cuida como a una princesa.

María Teresa no insistió, no quiso sonar insensible, sabía que el destino de Perla y de los esclavos era detestable en comparación con el suyo; se compadeció de ella y dejó de lamentarse por las cadenas que la dejaban a merced de la voluntad de su padre primero y de su marido después. Amaba ser mujer por lo que significaba la femineidad en sí, pero odiaba estar relegada a los caprichos de los hombres.

Cuando su madre lo indicó, se acercó a la salita contigua al inmenso salón de baile, que era el orgullo de la propiedad; la marquesa siguió adelante para continuar en su labor, dándole la bienvenida a los invitados. María Teresa tomó aire antes de introducirse en la siguiente pieza, no albergaba la misma emoción que sintió cuando la presentaron en sociedad. Quiso dar un paso adelante y le fallaron las fuerzas, pero su madre ya había dado la orden y tenía que obedecer. No entendía del todo el motivo, pero tenía ganas de llorar, esas que tuvo que esforzarse por disimular, por tragárselas. Volvió a inspirar profundamente con la intención de adentrarse a la multitud, una cortina de seda azul la separaba del resto. Indecisa, se asomó con discreción y fue reconociendo a los presentes, las familias más distinguidas lucían sus mejores galas, sus risas empalagosas se colaban en su pequeña estancia movidas por la brisa nocturna.

—¿Qué espera para salir? —Una voz sugerente y amenazante a la vez la sorprendió por la espalda.

Hugo lucía tan elegante como si la fiesta fuera en su honor, vestía de frac negro con elegantes botones del mismo tono, así como los faldones, el pantalón de pliegues, el chaleco oscuro, la camisa blanca y un corbatín tan rojo como un rubí, que contrastaba con la tonalidad de sus labios, lo que lo hacía verse audaz, entre tanto caballero que prefería adornarse el cuello con los escasos tonos que el gris ofrecía. Lucía al estilo inglés, como solían ataviarse los habaneros, la moda de la metrópoli la había dejado atrás cuando se había vuelto un isleño. Se notaba que llevaba varios tragos encima y para rematar aún sostenía una copa con desdén. María Teresa intentó saludarlo y notó que él no tenía la intención de guardar las apariencias ni de ser cortés.

—Iba de camino...

—No mienta, se nota que está aterrada —insinuó sin disfrazar su arrogancia—. ¿Eso le provoca León Villavicencio? Me cansé de buscarla por el salón, lo último que imaginé fue que estuviera

escondida como una ratoncita husmeando por los rincones. Ya es hora de que salga para terminar de una vez con esta pésima representación.

—No permito que me hable así. ¿Ha perdido la cordura?

—Si el heredero de los Villavicencio con tanto afán se ha esmerado en conseguir su mano, cuando la vea esta noche quedará deslumbrado. El marqués podrá dormir tranquilo tras cerrar el trato, la han acicalado con tanto gusto que hasta un pavo real se sentiría avergonzado de exhibir sus plumas en su presencia. Usted luce más exuberante y atractiva.

—Me está ofendiendo al compararme primero con un ratón y después con un pavo, y más por ese tono soberbio que últimamente usa para reprocharme cuando estamos a solas. Pasaré por alto esta falta, pero deje de ensañarse conmigo. Lo mejor es olvidar que ha pedido mi mano, que mi padre se la ha negado, que nos hemos alterado con este asunto y seguir cada quien con el curso de sus vidas.

—Ahí está su prometido, ¿qué espera? Concédale el primer baile —instó y, aunque su voz era un susurro, no podía disimular su descontento.

—Por supuesto que iré, no necesita recordarme mis obligaciones.

Hugo rio sarcásticamente y terminó por tragar saliva, no podía ocultarlo, estaba nervioso, irritado, la copa de vino en sus manos se agitaba levemente por el temblor de sus dedos. María Teresa alzó la vista de la bebida a los ojos oscuros de Hugo, se dejó envolver por aquellos que le pedían cuentas incluso por el aire que respiraba. La sensación que la embargó al sentirse presa de su mirada seductora le revolvió pesadamente sus entrañas, no le gustó sentirse atrapada, poseída, y decidió desafiarlo, dando el primer paso en dirección a León. El estrépito del cristal en la mano de Hugo la sobresaltó, la sangre mezclada con el vino cayó gota a gota sobre el suelo, intentó socorrerlo, pero la fiereza de sus ojos, que lo mostraban como un ser indolente ante la lesión, la distrajo. Él sacó un pañuelo de bolsillo que quedó empapado en sangre y no cumplió su cometido.

—Usted será la responsable de mi muerte precoz, de la física, porque por dentro estoy aniquilado solo de imaginarla danzar tomada del brazo de ese infeliz —rugió descolocado.

—¿Cómo se atreve? Usted huyó como un perro con la cola entre las patas cuando le pedí que se enfrentara a mi padre —protestó y bajó el volumen cada vez más para evitar que los descubrieran en una situación comprometedor que terminara por arruinarla.

—¿Ahora quién me compara con un animal?

—Usted comenzó.

—No podía condenar a Margarita a un convento, ni a usted tampoco; fue testigo, conoce muy bien a su excelencia para saber que cumple sus amenazas.

—Entonces soporte las consecuencias de su noble acto como lo haría un caballero.

—No puedo respirar —indicó tratando de liberarse del nudo del lazo con la mano que no sangraba—. Me asfixia saber que nunca la besaré, ni despertaré a su lado cada mañana, que no será la madre de mis hijos, que jamás será mía...

—No siga, por favor. —Lo acalló con una mano sobre sus labios y el silencio se apoderó de

los dos, aunque sus miradas no necesitaban palabras.

Los ojos enfrentados, los de ella estaban a punto de soltar una lágrima, una que permaneció inmóvil, incapaz de proseguir su camino natural. Bajaron los párpados para decirse adiós, lo que no fue no sería, no después de esa noche. María Teresa aún no retiraba la mano sobre los rojos labios de Hugo, obligándolo a callar. Lo hizo sin pensar en las consecuencias de traspasar un límite que había sido infranqueable hasta el momento. No recordaba un contacto físico entre ambos con anterioridad, aún rozaba su boca con la yema del índice, el del medio y el anular. Tuvo que frenarlo antes de que sus palabras le provocaron un paro cardíaco. Se sentía como esasavecillas que al ser capturadas se desesperan y sus diminutos corazones laten tan acelerados que es mejor liberarlas para que no mueran tras las crisis que se desatan en sus cuerpos. Tocar lo fue el primer error, el segundo fue posar sus dedos sobre los labios de Hugo por más de cinco segundos, los suficientes para que le atrapara la mano con la suya sana y la acariciara no solo con toda su palma, sino también con sus suaves y voluptuosos labios. Ella cerró los ojos una vez más ante el cúmulo de sensaciones que comenzó a recorrerla, jamás había sentido ese calor que subía desde sus partes pudendas y sobrecogía su abdomen hasta explotar debajo de sus costillas, amenazando con escapar por su garganta en forma de gemido.

Hugo, trémulo, le besó los dedos. María Teresa miró a su alrededor presa del pánico a ser descubiertos, lo que sería la ruina de su reputación, quedaría manchada para siempre. Él siguió consintiendo sus nudillos con devoción y ella descubrió que él temblaba, pero no dominado por el mismo temor que la consumía; al heredero lo avasallaba el deseo, uno que la señorita jamás había mirado a la cara y no logró decir basta, ni contrarrestar su atrevimiento, no podía controlar sus piernas que se habían quedado sembradas al suelo, débiles; pero cuando él le besó la palma de la mano ya no pudo resistirlo, su corazón bombeó con tanta fuerza que temió morir ahí mismo. Sacó un pañuelito de seda finísima con ribetes en encaje, se lo extendió para que detuviera el fluido y le suplicó:

—Vaya a atenderse, por favor, no sea que nos quedemos sin futuro marqués, es una herida profunda y ya ha hecho un charco en el piso, es preocupante. Llamaré a un esclavo para que limpie el desastre. Yo... tengo que acudir a la recepción.

—Cumpla con su prometido, me ocupo de sobrevivir a este insignificante corte y de enviar a alguien a limpiar esas tres gotas sobre la alfombra, me queda sangre para realizarlo. No es nada grave, solo aparatoso.

—Si usted piensa que esa pérdida prominente son solo unas gotas... Con menos de ello ya me hubiera desmayado.

—Se olvida que las mujeres son más valientes que esto, traen a sus hijos al mundo.

—Deje de hablar y vaya a curarse, me turba en verdad.

—Sangraría de nuevo si con eso tengo de nuevo su compasión.

—No lo esponga ni de broma.

María Teresa volvió a tomar aire y salió a apoderarse de las miradas de los presentes, quienes

quedaron deslumbrados ante su belleza. Hugo, embriagado por el dulce aroma a violetas del trozo de tela, coqueto y tan propio de una dama, que la señorita le ofreció como venda, se rehusó a corromperlo con nada que emanara de su impúdico cuerpo, lo guardó muy cerca de su pecho, sacudió la mano adolorida y se dirigió a buscar ayuda para tal calamidad dejando las huellas de salpicaduras escarlatas tras de sí.

Caminó a la cocina en busca de un sirviente que lo socorriera con las labores de limpieza, antes que los dueños de la casa tuvieran conocimiento del accidente; no quería tener que dar explicaciones y menos al marqués. Blanca, la esclava de más edad de toda la dotación, quien se encargaba de cocinar y otros menesteres, y quien gozaba de cierta indulgencia de los dueños de la casa, fue la primera que lo vio, casi lanza un grito que hubiese alertado a los esclavos que iban y venían del gran salón. Con una seña, el joven le suplicó guardar silencio y con el puño cerrado hacia abajo, aún goteando, trató de no llamar su atención.

—Pero, niño, ¿qué le sucedió?

—Me distraje con la copa en la mano, tropecé.

—Mire el rastro de sangre.

—Y está peor en la antesala al gran salón, envía a alguien a limpiar y que sea discreto. No quiero alarmar al marqués.

—Ahora me ocupo. Pediré que lo lleven a su cuarto y avisaré para que traigan al doctor.

—No es necesario, no es de gravedad, puedo conducirme y no necesito a un médico.

—Abra la mano. ¡Jesús! —profirió la anciana al observar la herida.

—¿Podrías curarme? Te he visto tratar a los esclavos cuando han tenido lesiones similares.

—Pero usted es un señorito de alta cuna, Dios me libre y me ampare si pongo mis manos en esa cortadura y se le complica con otro mal. El médico de la familia tendrá que verlo, le diré a su madre para que ella decida, tomando en cuenta que mi amo está atendiendo a los invitados.

Hugo maldijo para sus adentros, sabía que ni, aunque lo ordenara, la esclava iba a pasarlo por alto.

—Esperaré a mi madre en la habitación, me iré lavando. ¡Y no importune al marqués! No querrá ser responsable de su mal humor cuando los sucesos de la noche no salgan como los tenía planeado, este baile es muy importante para tu amo, nada debe empañárselo.

Se encaminó a las escaleras para ocultarse en sus aposentos, se arrepentía de no haberse ocupado personalmente del desastre. Mientras dejaba caer el agua para limpiar la herida e intentaba quitar los diminutos pedazos de cristal que permanecían incrustados en su piel. Llamaron a la puerta.

La madre lo miró con tanta firmeza que lo habría fulminado con la mirada, le pidió a la esclava que dejara las vendas y el agua caliente que traía y la despidió. Respiró hondo y se tragó el coraje como le habían enseñado desde muy joven, una mujer jamás debía perder la compostura, incluso a la hora de reprender a su hijo, pero los trocitos cristalinos separados cuidadosamente por él le trajeron un poco de sosiego.

—¡Hugo, por Dios! ¡No podré estar tranquila ni siquiera un día! ¿Y ahora qué ha sucedido? Me temía lo peor, pensé que te habías batido a duelo con algún caballero. ¿Entonces es cierto que te accidentaste con una copa de vino? —preguntó doña Alma y terminó de enjuagarle la lesión.

—Madre, cálmese. ¿Un duelo? ¿Pero qué ideas se le ocurren?

—Soy ingenua, pero tengo oídos, supe que tuviste tus encuentros con una dama casada, de pronto se me juntó el cielo y la tierra. Solo escuché sangre y pensé que el esposo te había retado a duelo para reparar su honor.

—Aunque soy un caballero, no creo que una afrenta a la moral pueda saldarse con un acto violento, lo recrimino —sostuvo.

—Para los hombres el honor es más importante que la lógica. Necesito que pares, que frenes, que termines de darme dolores de cabeza o yo misma le suplicaré al marqués que me permita partir a Trinidad con Margarita, tal vez en el campo, lejos de la nube de cotilleos de La Habana encuentre sosiego.

—Son solo rumores de señoras argüenderas que no tienen más diversión que dar rienda suelta a sus fantasías. ¿Un santo varón como yo detrás de una dama? ¿Cómo dar crédito a semejante embuste?

—Soy tu madre, Hugo. No olvides con quien hablas. ¿Por qué tuviste tamaño accidente con una copa? Aún espero tu explicación.

—Nada de importancia, algo insignificante que terminó aparatadamente salido de control. Ahora lo relevante es vendarme la mano de la forma que resulte menos evidente y bajar al baile. No quiero enfrentarme a la ira del marqués si descubre que no estoy presente. Debo sacar a Úrsula a bailar; como su futuro prometido, no puedo hacerle un desaire.

—No opinaré al respecto. Espero que te comportes como un caballero, como lo fue tu padre, porque si Margarita y yo nos vamos lejos será bajo la pena de olvidarme de que soy tu madre.

—¡No lo diga ni de broma! Ustedes nunca se separarán de mí, mi deber es protegerlas. Jamás las dejaría solas en la hacienda. Margarita se marchitaría en el campo. ¿Y quién cuidaría de usted?

—Mi corazón estaría más sereno lejos de los sobresaltos que me provocas —reconoció mientras lo vendaba con ímpetu y lo dejaba listo para proseguir.

Al llegar al amplio salón vio a los tórtolos bailando animadamente y se quedó en una esquina mientras los observaba, a la par que sentía una llaga hipotética formarse en su pecho. No sabía si era más fuerte el dolor o la rabia. El marqués se le acercó sonriente, pero con una pizca de inconformidad en la mirada.

—¿Dónde estabas? Te has perdido el anuncio del compromiso y la apertura del baile, como mi heredero debes estar a mi lado ante cada acto de importancia. No vuelvas a fallarme.

—Discúlpeme, su excelencia, tuve un...

—Saca a bailar a tu futura prometida, tal vez así le ganes el corazón.

—Estaba por pedirle su autorización.

—Y aleja tu mirada de María Teresa y León Villavicencio, déjalos celebrar en paz. Tuviste tu oportunidad y la perdiste, sonríele a tu destino.

Y mientras bailaba con su futuro esposo, María Teresa no podía más que sentirse presa de los ojos esquivos de Hugo. Lo vio caminar hacia Úrsula y pedirle con solemnidad que le concediera un baile, y alejó la vista de la pareja el resto de la noche. Temía que, aunque tomara precauciones y mantuviera el semblante bajo, León notara lo afectada que había quedado tras reparar en el sucesor de su padre; era difícil disimular el ardor de sus mejillas o el sobresalto que le generaba hacer contacto de manera accidental con la mirada triste de Hugo.

María Teresa amaneció enredada en una pesadilla, despertó cubierta de lágrimas y con una angustia profunda clavada muy adentro de su ser. Solo deseaba correr hasta chocar estrepitosamente con la roca del pecho del heredero y dejarse atrapar por sus firmes brazos, solo su cuerpo le podría brindar un refugio permanente. «¡Hugo, Hugo, salga de mi cabeza, se lo ordeno!», sollozó; en sus sueños se habían besado en la boca y había parecido tan real que no podía más que lamentarse. Sus cálidos y carmesíes labios, su semblante marfil y aquella expresión que la reclamaba entera, sin pudor, sin una pizca de decencia, que le atormentaba el alma y se la dejaba en vilo.

Perlita entró como cada mañana a su rutina habitual y corrió las amplias cortinas de seda, dejando que el sol caribeño invadiera la habitación. Cuando un sollozo muy bajo la hizo reaccionar se volvió con rapidez hacia María Teresa y descubrió los lagrimones que la señorita se estaba esforzando por ocultar.

—¡Dios Santo, si ha llorado a mares! ¿Cómo se va a presentar en el comedor con esos ojos tan rojos? ¿Qué la acongoja, mi niña? Después de haber brillado en el salón al lado de su prometido debió despertar con una reluciente sonrisa.

—No pasa nada, no le digas a nadie... —Se derrumbó.

—Soy una tumba, niña, yo por eso rehúyo al amor, no quiero enamorarme y terminar con el corazón despedazado. ¡Ay, mi amita, dispéñeme, hablé como siempre de más!

—¿Tan obvio es que estoy arrastrando la cobija por un caballero? ¡Qué vergüenza! Quisiera permanecer encerrada en mis aposentos hasta el día de la boda en que desaparezca de esta casa para siempre. No quiero verlo más.

—Pero si su prometido es apuesto y encantador. ¿No puede dirigir sus afectos hacia él? Sería más sencillo, el señorito Hugo se va a casar con su hermana.

—Algún día te enamorarás y entenderás que lo que me pides es inevitable —mencionó y rompió a llorar con tanto desconsuelo que a Perla se le quebró el corazón—. ¡Maldita la hora en que soñé con él y que lo sentí tan cercano como nunca lo tendré, mío!

Perla presenció su llanto, era como si la alegría se le hubiera escapado para siempre; por un instinto de compasión se le acercó y rompió la barrera, le acarició los cabellos con evidente afecto, aunque la vida las había colocado en los polos opuestos de la relación dueño y esclavo, no

podía dejar de quererla, a ella que era su ama, de quien tendría que desear liberarse, pero la verdad era que María Teresa se había ganado palmo a palmo su cariño. Cuando se dio cuenta de que su conducta era inapropiada y brincaba la brecha social, retiró la mano avergonzada.

—Discúlpeme mi atrevimiento, niña...

Y antes de terminar de hablar fue sorprendida por el cuerpo trémulo de María Teresa que se le abrazó mientras el lloriqueo continuaba haciendo mella en su alma, se abandonó a su amparo como lo hubiera hecho con alguna de sus hermanas, si no estuvieran siempre siguiendo al pie de la letra las reglas del protocolo de cómo debían comportarse las señoritas de la alta sociedad. Perla se quedó helada, sin moverse de su lugar, con el propio pecho también desconsolado por la dolencia ajena, pero se sintió con la obligación moral de decir:

—Niña, no está bien que una señorita como usted busque consuelo en una esclava, si su madre llega de pronto me castigaría a mí por creerme a su altura, no quiero ofenderla. Está tan contrariada que ha buscado sostén en quien menos debe.

—No es que haya perdido la cabeza, no tengas lástima de mí. ¿Qué culpa tenemos de los límites que nos alejan, Perla? Adoro a mis hermanas, pero por desgracia Hugo es el tema que siembra la discordia entre las tres y mi querida Margarita es su hermana, confío ciegamente en ella, pero no quiero ponerla en un dilema.

—Entonces tortúreme a mí con su pesar, no será la primera vez que recibo latigazos por sus faltas.

—Culpable me siento de hacerlo, no olvido que tú pagabas siempre mis platos rotos, así aprendí a comportarme, hubiera preferido que me hubieran castigado a mí. Es terrible tener que cargar con la culpa por el dolor de un ser inocente. Tal vez no debí involucrarte, tienes razón, si mi padre descubre que hemos compartido este secreto, que me has ayudado, te llevarás la peor parte y eso sí me destrozaría. ¡Olvida que me has visto llorar!

—No le daré la espalda, amita —confesó extendiéndole la mano—. Recuerdo cuando arruiné su cabello intentando peinarla, o cuando rompí su vestido o perdí uno de sus pendientes, usted se echó la culpa de mis descuidos; de todas formas, me castigaron a mí, pero intentó salvarme con mucho ahínco. Algunos de esos latigazos me los merecía.

—No, Perla, nadie merece tanta violencia y, aunque amo a mi padre, ese amor se transforma en rencor cada vez que usa su poder para que todos hagamos su voluntad. Es que yo también le pertenezco, como tú, solo que conmigo se ensaña con guantes de seda, ahora me casará con León Villavicencio y se llenará las manos de más oro. Él cree que da una generosa dote por mí, pero en verdad me está vendiendo; el tío de León le ha dado unos permisos que le permitirán recobrar la dote con creces. También existo para servir a sus intereses.

—Pero cuando se case ya no tendrá que obedecerlo.

—No seré libre, mi niña ingenua, solo cambiaré de dueño. No me gusta cómo me mira León; es apuesto, lo reconozco, pero mi instinto con él me pone sobre alerta, como una liebre ante la presencia de un cazador.

—Al menos es un señorito de bien y no como Hugo, con todo respeto. Los esclavos murmuran que el futuro marqués no tiene decencia, que se ha rendido a todos los placeres mundanos. Matías alardea de las conquistas de su amo, de sus parrandas con el señor del Alba.

—Tal vez mi instinto se equivoca, espero en verdad que sí. Quiero ser feliz con León, tener hijos y enamorarme. He amado a Hugo toda la vida y de alguna forma guardé la esperanza de un destino para los dos, uno que no me correspondía por ser impropio para una señorita. Quizás me he dejado seducir por un espejismo y la bondad que veo en sus ojos es solo una jugarreta de mi mente y sus desvaríos.

—¡Jesús no lo permita! Le pediré mucho a Dios para que el pecado abandone su cuerpo, para que quite a Hugo de su mente, de sus ojos y de su corazón.

—Dios te escuche, ahora ayúdame a intentar componer este desastre —dijo para referirse a su arreglo personal.

—No imagino cómo disimular las bolsas bajo sus ojos, amita. Lo mejor será fingir un resfriado y en su caso admitir que no puede salir de la cama.

—¿Tan mal me veo?

—Parece que le ha pasado por encima el ferrocarril, con todo respeto. ¿Le aviso a su madre?

—Hará venir al doctor, pero no queda otro remedio. No quiero que Hugo sospeche que he llorado por su causa, no podría vivir con la vergüenza.

Perla salió de la habitación a cumplir su cometido. Se santiguó al acercarse tímidamente al comedor y antes de develar su mensaje fue interrogada por la marquesa:

—Ya era hora, solo falta María Teresa. ¿Por qué no está aquí? No toleraré su tardanza en el comedor, así se haya comprometido con un príncipe.

—Su merced, la señorita María Teresa pide que la dispensen, no se encuentra bien. Parece que está enferma.

Los comensales que aún no iniciaban se giraron hacia las interlocutoras, preocupados por la salud de María Teresa y por el nerviosismo que hacía a Perla tartamudear. A eso le siguió la exagerada reacción de la marquesa, que se disparaba cada vez que una de sus hijas era sacudida por una enfermedad; mandó a buscar al médico y le exigió venir de inmediato. Cuando Perla puso a María Teresa al tanto, ya no estaba segura de que fingir un padecimiento había sido una idea acertada.

—¡Ay, Dios mío, el doctor descubrirá que no tiene nada y se va a armar una grande! —Perla echó más leña al fuego.

—¡Cálmate! Déjame pensar —dijo y comenzó a fingir la tos—. *Coff, coff*. ¿Qué tal me sale, es creíble?

—Con más fuerza, niña. ¡Esfuércese que si nos descubren los latigazos vendrán para mí!

—Eso nunca más, no lo permito, nadie te pondrá una mano encima, tendrá que derribarme antes.

—No se envalentone, recuerde que usted también tiene dueño. ¡Tengo una idea! ¿Se acuerda que las rosas la hacen estornudar desde chiquita? Ahora mismo le traigo una.

—Pero si mi padre prohibió tenerlas en la quinta.

—León no lo sabía y ayer mandó un carruaje lleno. Su madre casi entra en crisis al pensar que estaría moqueando toda la celebración, así que ordenó deshacerse de ellas, pero estaban tan hermosas que no pude resistirme y oculté un ramo en el patio.

—León se morirá de la vergüenza cuando lo sepa, pero habrá que decírselo, que mi nariz no tolera esas bellas flores. Apresúrate antes que venga el doctor y, por favor, que no te atrapen.

Perla se escurrió por la puerta de la alcoba, recorrió apresurada el pasillo de las habitaciones para buscar la escalera y antes de poner un pie en el primer escalón una voz de hombre con un tono cínico la detuvo:

—¿Hacia dónde vas como alma que lleva el diablo?

La esclava se volvió y quedó petrificada al sentirse interrogada por aquellos ojos oscuros que lograban atormentarla, no podía explicarse por qué la niña lo amaba tanto, era el mismísimo pecado reencarnado en hombre, en cambio León se veía más apegado a la moral y a las costumbres de los amos.

—A ningún sitio en especial, señor. —La voz se le quebró al final.

—¿Y por qué la prisa?

—Cumpló con mis obligaciones, las que me encomienda mi amita y me gusta ser diligente.

—¿Diligente? Linda palabra para la esclava de compañía de la señorita María Teresa, de seguro ella te la enseñó.

—Su merced, la marquesa, no deja de repetirlo.

—Claro.

—¿Puedo seguir a mis quehaceres?

—¿Y qué te encomendó la señorita?

—¿La niña? —redundó y para sus adentros suplicó: «Dios mío, líbrame de esta»—. Voy a buscarle un remedio en lo que llega el doctor.

—¿Qué dolencia tiene tu ama?

—*Esssteee...*

—Habla de una vez. ¿Me estás ocultando algo? ¿Está muy mal?

—¿Mal?

—¿Qué la aqueja? —preguntó sin disimular su angustia.

—Dispense, usted, mi amo, pero médico no soy, el doctor dirá cuando la examine.

—Solo espero que no sea nada grave —se lamentó, suspiró y continuó su camino. Perla notó lo que hasta ese instante no había evidenciado por su miedo, el futuro marqués estaba sufriendo y su agonía se le desbordaba por los ojos.

La esclava corrió escaleras abajo, se escabulló hacia el sitio donde permanecían ocultas las rosas como una gata que escapa de sus dueños luego de acechar a hurtadillas, fue discreta y certera. Antes que el médico arribara, ya María Teresa estaba con los ojos llorosos, picores en el cuerpo y soltando su primer estornudo en un pañuelo, para alejar su aliento «contaminado» de esa

enfermedad misteriosa del resto de los presentes. La marquesa observaba a su hija y se convencía de que al menos ese día se tendría que encargar ella sola de los preparativos de la futura boda, María Teresa no podría abandonar la cama y esparcir la tos o todos en la familia terminarían indispuestos.

Margarita insistió para quedarse a hacerle compañía a María Teresa y la marquesa se negó:

—Es mejor que la dejemos reposar a solas, no querrás infectarte también, terminaremos todos enfermos y tenemos mucho de qué ocuparnos, no podemos darnos el lujo de detener los planes, hay que elaborar las invitaciones, escoger los arreglos.

—Su excelencia, la señorita podría muy bien acompañar a su hija, no es contagioso, presenta su cuadro de hipersensibilidad a las rosas —hizo la observación el médico.

—Pensé que con tantos invitados había pescado algún mal —intentó buscar una explicación la marquesa—. ¿Cómo es posible? Siempre hemos extremado cuidados. ¿Será que las otras flores también la predisponen? La vi intentando regar las plantas. ¡Pero cómo se le ocurre, niña insensata! Haré quitar el jardín interior.

—A veces no podemos tener a los pacientes que le aquejan padecimientos desde la niñez en una urna de cristal, excelencia —explicó el doctor—. Solo dele su remedio habitual y que la habitación permanezca impoluta.

Cuando el médico dio con el diagnóstico exacto, Perla y María Teresa se miraron asustadas, no previeron que para el doctor su mal aparentado resfriado sería un fiasco, al menos no deslegitimó los picores, los ojos llorosos y el escurrimiento nasal producto de la reacción que tenía ante algunas flores.

—Alguien tendrá que poner al tanto a tu futuro esposo de tu particular reacción ante ciertas plantas, o insistirá en llenar la iglesia de rosas y parecerás que marchas a tu propio sepulcro en vez de a tu boda. Solo espero que León Villavicencio no te desestime por ese defecto tan desafortunado. La debilidad en la mujer la hace un cáliz menos provechoso para fecundar herederos.

Todos se retiraron y dejaron a María Teresa en la compañía de Margarita. Luego de ser víctima de un episodio de coriza la primera, la segunda le acercó un vaso con agua para que se recobrara.

—Ten, estarás mejor —le comentó Margarita con una media sonrisa.

—Gracias, no debiste quedarte conmigo, sufriré de fluidos y tos el resto del día.

—No será la primera vez que tenga que cuidarte. No entiendo que con lo que te cuidas hayas recaído. ¿Dejaste de usar los remedios del médico belga?

—Claro que no. Ya lo ha dicho el doctor, es imposible vivir en una urna de cristal.

—Igual quería aprovechar que estaremos completamente a solas para comentarte algo. Siento mucho que Hugo haya tenido que retractarse, que dar dos pasos hacia atrás en su ofrecimiento y que sea por mi causa, has sido tan bondadosa conmigo que no puedo permitirlo. Es verdad que odiaría enclaustrarme, esa no es mi vocación, pero vivir sabiendo que les he privado de permanecer juntos sería un peso demasiado insoportable. Ya he hablado con mi hermano e insiste

en ignorar mis demandas, por eso te lo pido a ti, querida amiga. Renuncio a mi dote, deseo que los dos sean felices. Solo les pediría que me libren de la vida religiosa cuando Hugo sea marqués, puedo ayudarte en la crianza de los bellos hijos que ambos tendrán, como una tía dulce y solterona.

—¡Margarita! —emitió María Teresa conmovida. Intentó estirar la mano para estrecharle la suya, pero al recordar que tenía el pañuelo se detuvo a medio camino y añadió—: Tampoco sería feliz si tú te sacrificas por mi felicidad.

—Mi madre y yo estamos dispuestas a irnos a Trinidad. Ella está muy preocupada por Hugo.

—Mi boda con León Villavicencio ya no puede frenarse, mi padre no lo permitirá, para los hombres somos otra pieza para mover dentro de su siguiente trato de negocios; nuestros destinos están a merced de su conveniencia, por eso nos cubren de joyas e invierten en una educación sofisticada, más si somos bellas, para luego vendernos a un precio jugoso. Me temo que a Altagracia y a ti les espera una suerte parecida a la de Úrsula y la mía. Serás la hermana de un marqués poderoso y eres demasiado bonita, tarde o temprano te ofrecerán al mejor postor, y ojalá sea con un hombre joven y de buen ver como León.

—Tus palabras son muy ciertas —articuló una voz aterciopelada y madura que paralizó a las dos señoritas—, pero van en contra de todo lo que les hemos enseñado.

Margarita de inmediato se puso de pie, tuvo una leve cortesía con la recién llegada y le dio paso. María Teresa correspondió de igual forma y su abuela con un gesto la dispensó de las atenciones. Doña Prudencia entró sin anunciarse y las sorprendió mientras se quejaban impropriamente de su suerte, algo tan reprochable para unas señoritas distinguidas y más si dicho discurso afilado iba en contra de uno de sus progenitores. La señora tomó asiento luego de que María Teresa se lo ofreciera. Margarita pensó regresar al suyo, pero decidió que lo más prudente sería retirarse.

—Si me dispensan iré a continuar con mis obligaciones, ya he abrumado lo suficiente a mi querida María Teresa.

—Tu presencia jamás es cansina, al contrario, pero no es justo que sufras del encierro conmigo. Gracias por tu valiosa compañía —dijo la aludida para dejarla ir.

—Con su permiso, doña Prudencia. Descansa y recupérate, María Teresa.

Después de que Margarita saliera y las dejara a solas, la mujer de más edad habló sobre el motivo de su visita a los aposentos donde María Teresa permanecía descansando.

—Vine a ver cómo te sentías. ¿Ya hicieron efecto los remedios?

—Estoy muchísimo mejor, abuela —añadió—. Perdona si mis palabras fueron inapropiadas, yo no sé qué fue lo que sentí, de pronto los acontecimientos de los últimos días me sobrepasaron. Tal vez por eso mi padre me casa con León, no debí reaccionar como lo hice cuando le negé mi mano a Hugo, sé que la consecuencia por mi comportamiento llegará, mi padre nunca deja una conducta desatinada sin castigo. Debo ser más como Úrsula y menos como Altagracia. Mi hermana mayor siempre lo desafía y ahora está sufriendo su suerte, en cambio Úrsula es la hija perfecta, apegada

a las buenas costumbres, dócil y discreta como una dama debe ser.

—¿Y cómo has llegado a esas conclusiones?

—Porque de las tres, Úrsula es la única que acepta con los ojos cerrados cualquier demanda de nuestros padres, incluso ahora que la casan en contra de su voluntad suplica por tomar los hábitos, pero no hace una rabieta como acostumbra Altagracia y como he hecho yo, por única y terrible ocasión.

—Cierto, Altagracia es la que en más ocasiones se ha salido con la suya, me sorprende que el marqués no haya consentido en su interés de desposar a Hugo, claro que el muchacho no es tonto y el vivir todos bajo el mismo techo le ha dado suficientes muestras de cómo sería su futuro como esposos, por eso ha declinado a la primogénita, dolorosamente para tu hermana. Tus padres siempre la han consentido un poco más, no porque hagan diferencia entre las tres, y sí porque ella lo ha demandado. Las costosísimas clases que le han prodigado la hicieron una señorita muy refinada, pero no le han quitado lo caprichosa. Mi querida nieta, a veces el amor desmedido que se le da al primogénito termina por perjudicarlo; luego de crecer como una reina, tu hermana ha tenido que dejarse opacar por Hugo, salido de la nada.

—¿Nunca ha querido a Hugo, abuela?

—Al principio sentí lástima por él, huérfano de padre, sin fortuna, sometido a las demandas y las exigencias de tu padre. Pero el aura cristalina de ese niño inocente quedó muy turbia tras dejarse cobijar por el marqués.

—Será el esposo de mi hermana.

—La pobre Úrsula; no envidies su suerte, ni su nobleza. Es verdad que es la más dócil de carácter, pero de nada le han servido sus dulces maneras. Tu madre la hubiese querido más parecida a Altagracia y a ella misma, y Úrsula ha sufrido por no poder complacerla. Será muy infeliz con Hugo.

—Él no la dañaría, siempre ha sido afable en su trato hacia ella. Toda la vida creí que Hugo se sentía atraído por Altagracia y que cosechaba una verdadera amistad por Úrsula.

—Como siempre tan observadora mi pequeña nieta, en eso coincidimos; creo que tus padres no han apreciado el potencial en ti, o tal vez sí, por eso te han procurado tan sustancioso arreglo matrimonial.

—Hugo terminará por amarla, ella es la esposa ideal para un caballero.

—La naturaleza del lobo es despedazar a sus presas y ahora la cándida Úrsula se ha convertido en una.

Los marqueses pasaron a darle las buenas noches a María Teresa y ella aprovechó para pedirles su bendición, como de seguro ya habían hecho sus hermanas. Solo hasta que se retiraron se dispuso a prepararse para dormir. Perla, con ayuda de otra esclava de servicio, comenzó a despojarla de sus vestiduras. Sus ojos habían dejado de lagrimar y los estornudos habían parado; ya no sabía si la idea de Perla para salvar la situación había sido lo más adecuado. Se había librado de cumplir con sus responsabilidades al menos ese día y había podido pensar, darle vueltas una y otra vez a su situación. Había decidido aceptar su destino.

El ritual del aseo comenzó, era necesario y requisito para volver a la cama lo más decente posible, era propio de una señorita abandonarse a los brazos de Morfeo limpia y bien cubierta, nunca se sabía lo que en la noche pudiera acontecer. Las palabras de don Hermenegildo, su último maestro de etiqueta y buenas costumbres, le vinieron a la cabeza hasta con su tono afectado: «Que tal si se incendia la casa y tienen que correr a guarecerse, que tal si invaden la villa los piratas y las jóvenes doncellas son secuestradas, o si una enfermedad nos sorprende mientras dormimos y es otro quien tiene que recibirnos en la mañana». Cuando quedó sumergida en la bañera prescindió de la otra esclava y solo se quedó con Perla.

—He estado pensando —murmuró— que, si casándome con León Villavicencio contribuyo a que Margarita sea feliz, debo hacerlo; ha sido una gran amiga para mí desde pequeña, no es justo que mi padre le retire la dote para el matrimonio, ella es tan alegre que en un convento se marchitaría. Margarita sueña con casarse y tener hijos, será una madre estupenda, es tan amorosa con todos.

—Así es la niña Margarita, por eso, su hermano, el señorito Hugo, también se sacrifica por ella.

—Eso no lo absuelve a él; aunque asegura que lo hizo por nosotras, no lo creo. Su conducta libertina no me permite considerar sus palabras, lo hace por el marquesado en primera instancia. Siempre he tenido fe en Hugo y últimamente estoy dudando, tal vez no he visto lo que en verdad oculta en su interior. Mi abuela se refirió a él como «aura turbia». ¿Consideras que me ha fallado el buen juicio?

—Se ha dejado engatusar por su gallardía —pensó en voz alta Perlita y de inmediato se retractó—: Dispense, amita, esta boca será mi perdición.

—Me sentiré peor si tus palabras son ciertas. ¿Estaré tan enceguecida por sus penetrantes ojos, sus exigentes labios, su porte, su rostro angelical?

—Ángel, pero como Lucifer, bello por fuera y demonio por dentro. Si le relatara lo que el deslenguado de Matías presume de su amo entre los esclavos... Creo que Matías lo admira tanto que sueña en coleccionar aventuras como el futuro marqués, las narra y parece que él mismo las estuviera viviendo.

—¿Y su señor no lo ha sorprendido hablando de más, no lo reprende por su indiscreción?

—Ese esclavo tiene muchas licencias, su amo le tiene dadas varias libertades, lo mira a los ojos, se ríen juntos.

—Casi como tú y como yo —le recordó con dulzura María Teresa.

—Usted es la mar de obsequiosa conmigo, pero jamás yo me tomaría tales atribuciones. ¡Faltaría más, yo igualándome a mi ama para hablarle como si su merced fuera mi igual! ¡Jamás!

—Claro, por supuesto —dijo reprimiendo una carcajada al ver que Perla no lo aceptaría.

—Una vez el señorito lo atrapó hablando a sus espaldas de sus amoríos.

—¿Y qué sucedió? —preguntó intrigada, no podía esperar a saber.

—Imagínese, lo miró con todas las intenciones de reñirle, lo nombró mientras negaba con la cabeza, y después sonrió y se fue con el pecho henchido como gallo fino que se pavonea en un corral. No pasó nada, ni una reprimenda como debe ser, se merecía unos latigazos por andar de bocón con las cosas del amo.

—¿Y qué tantas aventuras ha tenido el futuro marqués?

—Niña, yo cuando escucho de esos barullos me vuelvo sorda y abandono el lugar antes de envilecer mis orejas.

—Pues para la próxima agudiza el oído, quiero saberlo todo del señor a partir de ahora; es más, tienes que sonsacarle a Matías la información.

—¡Su merced! ¿Está segura de lo que me está pidiendo? Si su madre me escucha repetir las palabras de ese esclavo, ni cien latigazos serán suficientes; me vendería.

—Tomaremos las precauciones, ya te prometí que sobre mi cadáver dejaré que te toquen nuevamente.

—Niña, no prometa lo que no puede cumplir. ¿No recuerda que también es propiedad del amo?

—Necesito saber si Hugo está enamorado de mí como proclama. Averigua con Matías sus sentimientos, indaga si ama o ha amado a otra, si ha entregado su corazón.

—No albergue ilusiones, ya la veo y creo que está perdiendo la cabeza. ¡Su padre está ciego, debería apresurar el matrimonio, sacarla de la casaquinta y de la influencia de ese demonio con cara de ángel.

—Busca la información para mí.

—Después de todas sus conquistas, yo no me arriesgaría en confiarle mi alma al señorito Hugo; no lo haga, niña. Él solo está encaprichado, su padre le frenó sus aspiraciones a desposarla y, como ninguna mujer se le ha negado, solo quiere tenerla, por eso su corazón está desbocado y su

angustia se le escapa por los ojos, es el deseo.

—Eres tan joven y hablas como si tuvieras mil años, no seas tan prejuiciosa.

—Solo quiero evitarle un disgusto.

—No hagas más de mi conciencia. ¡Sal de aquí! ¡Te he dado una orden!

—Pero tengo que ayudarla a salir del baño.

—Deseo terminar de prepararme sola.

—No demore en la bañera, su madre advirtió que su aseo de esta noche sería de Jesús, María y José, y usted se ha mojado hasta el cabello. Cerraré la ventana para que no se enfríe. Todo por culpa de ese Satanás que la tiene fascinada.

—¿Y tú por qué lo desprecias?

—No lo odio, pero escucho los pavoneos de Matías en el patio y es suficiente para saber que no le conviene.

—No me contraríes más. Ahora déjame. Haz lo que te ordeno.

Y antes que la ira abandonara su cuerpo se arrepintió de descargar su furia contra Perla, quiso retractarse y pedirle disculpas, pero nunca lo había hecho con alguien de clase inferior a ella, aunque deseaba expresarlo, no pudo, un nudo de palabras se quedó atorando el paso de sus palabras. Perla era su esclava y la vida las ponía en situaciones que se lo recordaban constantemente. Las reprimendas de su madre le martillaron en la memoria: «Tratas a esa esclava con demasiadas consideraciones, terminará por olvidar su lugar y tendremos que recordárselo de la peor manera. Te la he dado para que te sirva, ya está adiestrada, no la eches a perder».

No se dio cuenta cuando el agua perdió la temperatura y las yemas de sus dedos, de las manos y los pies, se arrugaron, sus incesantes pensamientos sobre Hugo y sobre el desencuentro con Perla la fueron abandonando con lentitud hasta que sus párpados pesados se adormilaron. Descendió un poco en el agua, dormida, hasta que esta le rozó peligrosamente la barbilla. Las velas se fueron consumiendo hasta que la última se apagó. María Teresa descendió un tanto más, el agua cubría sus labios y parte de sus mejillas. La enorme bañera de hierro forjado ni siquiera estaba llena, la tela que le cubría las rodillas dobladas permanecía seca, pero el efecto sedante de los medicamentos hizo que se durmiera con la cabeza recostada hacia atrás. A punto de descender más y ahogarse, una mano la hizo despertar y la ayudó a incorporarse.

—Mi niña el agua está helada, se resfriará aún más —le dijo Perla asustada, le colocó una manta sobre la espalda y procedió a iluminar la estancia.

—Me quedé dormida. ¡Bendito Dios que regresaste!

—¡Por todos los santos! Casi me toca encontrarla tiesa y con la cara azul a la siguiente mañana. ¿Cómo se le ocurre dormirse en la bañera?

—No lo sé, no me di cuenta, el agua caliente era relajante y después quedé privada. ¿Por qué regresaste después de lo mal que te traté? No te merezco, te brindo mi amistad y a la mínima frustración me desquito contigo.

—Tenía que cumplir con mi obligación y dejarla lista para dormir, es mi trabajo, es para lo que

me preparó su merced la marquesa.

—Pensé que habías tenido una especie de intuición, que estábamos conectadas de alguna forma. Entonces, me ha salvado la previsión y la rectitud de mi madre.

—Usted y yo no podemos ser amigas, olvide ya esa idea y por favor ni se le ocurra decirlo a alguien más, me perjudicaría; su madre es capaz de retirarme de su servicio, no quiero que me manden a uno de los ingenios, los esclavos allá son muy... —Ni siquiera se atrevió a decirlo, también sería una ofensa para sus amos el quejarse de la suerte de los esclavos.

—Sé que son desdichados, quisiera ser más fuerte e impedirlo. Si te sirve de algo quiero que sepas que no soy indiferente y que estoy de tu lado. También quiero darte las gracias por volver.

—¿Aún desea que interroge a Matías? —preguntó la esclava comenzando a ceder, María Teresa no podía disimular el afecto que le tenía y eso la hacía flaquear.

—Si decides ayudarme, no te lo impondré, no volveré a aprovecharme de ser tu dueña para meterte en problemas.

—Su merced... Me abruman sus consideraciones.

—¿Qué dices? —preguntó y comenzó a toser. Perla le acercó un pañuelo, mientras se ocupaba de acomodar el lugar.

—Tantas horas en el agua harán que mañana tampoco pueda abandonar sus aposentos y ahora no tendrá que fingir ni infligirse un mal a sí misma.

—Pues tendré que amanecer bien, no puedo seguir recluida con esta enfermedad que nos inventamos y terminó por volverse cierta. No puedo estar otro día sin verlo, aunque sea con el rabillo del ojo. Por eso odio mentir, es indigno faltar a la verdad. Me reconforta saber que solo lo he hecho en una ocasión, pero me cuidaré de no repetir, sé que una mentirilla inocente termina por ocasionar un mal mayor.

—Tan inocente no fue. Movilizó a todos en la casa, preocupó a sus padres, incluso al niño Hugo. Ya me han advertido de alejarme de las pasiones que no traen nada bueno al alma. ¡Dios me libre de quedar en medio de esta tempestad! No la ayudaré de nuevo, dispéñeme, pero no está bien, usted se va a casar.

—¿De qué estás hablando?

—De su boda con el señor León Villavicencio.

—Eso no, antes. Acabas de mencionar que él también se preocupó por mí.

—En la escalera, me abordó sobre su estado de salud, estaba verdaderamente acongojado y sus ojos no podían disimular que el fuego consumía su corazón. Parecía desesperado.

—¿Crees que me ama en verdad?

—Niña, no se ilusione. Piense en su matrimonio, en lo feliz que será con León.

—Y no faltaré a mis votos una vez jurados, pero si tengo la oportunidad de que mi padre recapacite, de que impida esa boda, lo haré. Úrsula tampoco desea casarse ni con él ni con nadie. Si Hugo me ama tal vez ese sentimiento lo impulse a luchar por mi mano.

—Que lo último que desea ese demonio es su mano, no lo entiende —resaltó la esclavita.

Y ni las advertencias de su esclava desconfiada del amor le borraron la sonrisa, solo interrumpida en ocasiones por la tos, con la que se fue a dormir a su cálido lecho.

Antes del desayuno Margarita llamó a su habitación, ya estaba lista para recibirla así que le pidió que siguiera adelante.

—¿Mejor? —le preguntó.

—Casi lista para acompañarlos en el desayuno.

—Toma, es de Hugo. Escóndelo, por favor, que nadie lo vea, es comprometedor.

—¿Conoces su contenido?

—No, pero conozco a mi hermano y fue muy preciso al pedirme que te lo entregara lejos de los ojos de quien sea.

María Teresa observó el sobre cerrado, el corazón comenzó a palparle a tan apresurado ritmo que temió que se le escapara del pecho al encontrar las paredes que lo contenían como la más cruel de todas las prisiones. Comenzó a rasgarlo mientras Margarita intentaba abandonar la habitación para darle privacidad y ella la retenía por el brazo; se encontró un escrito que no cumplía con todas las formalidades para ser considerada una carta, venía en papel de esquila y sin todas las atenciones, era breve, solo tenía escrito:

Amor:

Perdóneme.

No había firma, pero ya sabía quién lo remitía. Se apoyó en el amplio sofá y recorrió con sus ojos varias veces esas dos palabras de caligrafía elegante y sobria; tan solo con haberse atrevido a llamarla «amor» el asunto se volvía muy arriesgado. Si aquella nota llegaba a manos de alguien más podría perjudicarla. Metió el papel en el sobre y lo dobló muy pequeño. Con él en la mano corrió a su baúl para esconderlo, y no pudo cumplir su cometido, los pasos en el corredor la hicieron quedar paralizada. Nerviosa, apretó el papel en un puño, al escuchar la voz de su madre anunciándose con la esclava y, antes que todo terminara en un desastre, Margarita recobró el sobre y lo escondió entre los pliegues de su vestido, lo sujetó para que no se cayera cuando hiciera una inclinación para darle los buenos días a la marquesa.

María Teresa respiró profundo para que no se le escapara la tosecilla molesta que se le había instaurado en la garganta, mientras su madre la inspeccionaba para ver si era conveniente que se incorporara al desayuno con el resto de la familia.

—¿Cómo te sientes?

—Bien —contestó y carraspeó de manera comedida.

—¿Estás tosiendo más que ayer?

—Solo un poco, tengo el pañuelo y el doctor ha asegurado que no es contagioso.

—Pero es engorroso y de mal gusto interrumpir la comida por el *coff coff* de uno de los comensales.

—Seré delicada.

—No lo dudo, pero a veces no podemos calmar lo que acompaña a una dolencia física. Además, te veo muy sonrojada e inquieta. ¿En verdad te sientes mejor?

—Sí, de eso conversaba con Margarita antes de que usted arribara.

—Acompáñanos si lo deseas. Después mandaré por el doctor para que te examine. Te veo peor que ayer, esa tos no me gusta nada. Lo que nos faltaba, que te enfermes en medio de los preparativos. Vamos, Margarita —le ordenó a la otra que se quedó inmóvil sin saber qué hacer con la misiva.

—Enseguida las alcanzo, excelencia. Necesito pasar a mi alcoba —arguyó para ganar tiempo.

—No te tardes, sabes que la puntualidad en la mesa es un hábito que valoro. Y tú, hija, hazme el honor de seguirme al comedor; si te veo muy afectada, te regreso a tus aposentos.

La amorosa respuesta de su madre no le arrebató el cúmulo de emociones que hicieron implosión en su pecho tras esas dos simples pero connotadas palabras escritas por Hugo. De saber la marquesa que sus síntomas respiratorios se habían resentido tras zambullirse por horas en la bañera la amarraría a la cama.

Desayunaron en paz, la tos fue menos agobiante que la mirada de su padre, lacerante; el marqués solía tener olfato para saber cuándo alguien quebrantaba sus límites. Hugo no se giró a observarla en ningún momento, sus ojos ni siquiera hicieron contacto cuando le dirigió unas palabras para saludarla, tampoco cuando le preguntó por su salud o le deseó pronta mejoría como el resto de los presentes, como si esa nota hubiese salido de la imaginación de María Teresa y no de sus manos.

Tanto dudó la menor de las Morell que al abandonar la mesa propició quedarse a solas con Margarita, necesitaba una palabra suya que le constatará que no había sido un sueño; cuando la otra le aseguró que el sobre estaba bien escondido hasta el fondo del baúl con sus libros, decidió correr para volver a leerlo. Margarita la detuvo con estas palabras.

—Rezar no te vendría mal, vamos, te acompaño.

No entendió la insistencia de su amiga, pero obedeció, a veces las palabras sobran. Buscó su biblia, su velo blanco y su rosario. Se dirigió a la lujosa capilla que tenían dentro de la quinta, dedicada a la Virgen María, ensalzada con encajes, sedas y joyas. Margarita la incitó a entregarse a sus oraciones mientras ella permaneció en la puerta. Se reclinó en un banco bajo de caoba, mullido y forrado con terciopelo granate, pegó sus palmas, cerró los ojos y susurró una plegaria. Escuchó a su espalda.

—He estado pensando mucho, últimamente...

Esas palabras la sacaron de inmediato del estado contemplativo, esa voz la reconocería entre miles, despegó los párpados y con disimulo lo encontró dos bancos atrás, en igual posición a la suya, pero abandonado a otra deidad, no dejaba de admirarla, como supeditado a sus encantos.

—¿Ha perdido el juicio? —se le escapó una pregunta, pero no tenía intenciones de esperar la respuesta—. Si nos encuentran aquí no habrá justificación que pueda salvarnos de la vergüenza. Las reglas de convivencia para nosotros son claras, nos tienen prohibido conversar sin la supervisión adecuada.

—Sus hermanas no son tan apegadas a esa norma y sus padres no han armado gran aspaviento —insistió.

—Tal vez mis hermanas tienen licencias de las que aún no puedo gozar.

—Necesito saber si me ha perdonado.

—Le prohíbo volver a ponerme en una situación comprometedora.

—Es que no puedo, quiero comprometerla para que me obliguen a responder por su honor.

—Mi padre jamás romperá su palabra, ya hizo un pacto con los Villavicencio y yo soy la moneda de cambio.

—¿Lo ve así?

—¿De qué otra forma nos ven los hombres a las mujeres?

—La quiero y estoy dispuesto a luchar.

—¿Sostendría lo mismo si desposarse conmigo le arrebatara la posibilidad de convertirse en marqués?

—¿Por qué insiste en ponerme a prueba?

—¿Qué propone?

Hugo no pudo disimular, su interrogante provocó en sus labios una sonrisa.

—Tendríamos una posibilidad si León se retracta, de esa manera el honor de su padre no quedaría en entredicho. A Úrsula se le ha ocurrido una idea estupenda.

—¡Pero qué impudor! Usted va a casarse con mi hermana y ella conspira para acercarnos.

—Úrsula está tan interesada como yo, creo que ha sido acertado elegirla, se ha vuelto nuestra aliada y cuando disolvamos nuestro compromiso será la más aliviada.

—¿Qué sugiere Úrsula?

Hugo le extendió un príncipe negro y María Teresa entendió el plan absurdo que urdían.

—Puedo traer una rosa todos los días, dársela a Perla para que se la entregue. Si su predisposición a ciertas plantas se descontrola, podríamos hacerle creer a León que es imposible para usted vivir en este clima y que en semejante estado estará la mayor parte del tiempo.

—¿Perla? Si mi madre la descubre la azotará. No la inmiscuiré en este asunto.

—Buscaré otra forma.

—No lo necesita. Mi madre quedó atrás en cuanto a lo que mi padecimiento se refiere, es verdad que las rosas me enferman y me causan unos picores en la nariz y en los ojos que son

insoportables, pero no todo el tiempo y no solo las rosas. Es especialmente en primavera.

—Gracias a Dios en primavera estamos.

—Y ocurre también con algunas otras plantas. Algunas de ellas están en nuestro jardín, me he dispensado de comunicarlo, incluso a Perla, para que mi madre no me recluya dentro de paredes de cristal. Solo mi abuela lo sabe y consiente conmigo en dejar a mi madre lejos de los informes del médico para evitar su exagerada reacción. He aprendido a convivir con mi dolencia y a evitar todo lo que dispara en mí las incomodidades.

—¿Y si eso es posible por qué recayó ayer?

—Un descuido —disimuló. No iba a revelarle que había llorado un mar por él.

—¿Pondremos el ardid en marcha? Si León se excusa, usted quedaría libre y yo pediría su mano.

—Es increíble que Úrsula haya urdido esta escapatoria.

—Su hermana está decidida a tomar los hábitos.

—Veo que colaboran, entonces ya lo perdonó por atreverse a cortejarla.

—Digamos que estamos en tregua.

Margarita carraspeó para dar a entender que la cita debía concluir. María Teresa abandonó la capilla, no sin antes mirar displicentemente a Hugo y sin más atenciones marchó rumbo a sus aposentos. A unos pasos se encontró con Úrsula y esta con disimulo le mostró el capullo de una rosa que había permanecido oculto en su puño, otra implicada en el encuentro, le hizo una seña para que la siguiera.

Cuando Hugo Buenaventura le comunicó el plan que tenía para disolver, con los menores perjuicios, el compromiso de María Teresa y León Villavicencio, su amigo, don Carlos Enrique del Alba le dio su opinión sincera:

—Es descabellado.

—Pero...

—No puedo creer que con tu mente privilegiada para los negocios te hayas dejado envolver en ese amaño de señoritas. ¿Quieres casarte con María Teresa? Actúa como el Hugo de siempre, el que cuando desea algo lo toma, demuestra tu hombría.

—¿Me estás sugiriendo que...?

—Evidentemente. Hará mucho ruido, insufrible pero necesario, habrá repercusiones, pero de otras has salido airoso.

—¿Me estás insinuando que siga tus pasos, que la desflore y salde la deuda de honor desposándola?

—Saldrás mejor librado que yo, aún estás a tiempo de que los atajos no te lleven a torcer el camino. Será limpio, como el corte de una espada. Puedes contar conmigo. Tengo el sitio idóneo para el encuentro.

—Fue lo primero que pensé, pero cambié de idea. Me sentiría impropio de pedírselo, ella no consentirá.

—Entonces tendrá que pasar sus días al lado de León y, aquí entre nos, tiene cola que le pisen.

—¿Qué secretos le ocultas?

—Digamos que lo he visto en lugares indignos de un santo varón.

—Eso cómo lo deja peor parado que a mí.

—Él es todo un enigma, solo sé que Carmela lo odia. Hizo una escena cuando le prohibió la entrada al salón que antiguamente administraba.

—Sé más concreto.

—Carmencita no fue explícita, pero cuando supo del compromiso del tipejo con la hija menor del marqués murmuró: «¡Pobre, niña! ¡Dios la guarde!».

—¿Podrías interrogarla al respecto?

—¿Crees que no lo hice de inmediato? No conoce detalles, su amigo don Anselmo le advirtió

que no le abriera las puertas de la antigua casa de entretenimiento que Carmela administraba. Cuando mi esposa le negó el ingreso se encolerizó y usó sus influencias para cerrarle el negocio. Los contactos de León son muy poderosos, el salón siguió funcionando gracias a los amigos de don Anselmo y a su habilidad para negociar. Mi esposa no sabe más, solo recuerda el mal rato que el desgraciado le hizo pasar.

—¿Y le cerró las puertas sin tener certeza del motivo de la desconfianza de don Anselmo?

—Carmen confiaba ciegamente en él, nunca la defraudó.

—¡Diablos! —Hugo expresó el coraje y la impotencia que sentía. Tenía que hacer algo para alejar a María Teresa de las garras de su prometido.

Hugo se puso de pie, tomó su sombrero y pidió su caballo:

—¡Cálmate, hombre! ¿A dónde vas como alma que lleva el diablo?

—Me urge hablar con don Anselmo.

—¿Y crees que te revelará ese asunto luego de todas las reservas que tuvo cuando puso sobre aviso a Carmela? Él se fía de mi esposa y no se atrevió a revelárselo.

—Don Anselmo es un caballero, responderá cuando sepa que el honor de una de las hijas del marqués está de por medio.

—Podría ser, pero tendrás que esperar. No está en la capital, viajó al oriente del país.

La marquesa de Morell de Santa Ana, con su habitual gracia, estaba atenta a cada uno de los detalles de la futura boda, e incluso mientras hacía sus elecciones iba tomando notas que reservaba para el siguiente enlace de su segunda hija. Dependía de su arduo trabajo que ambas bodas fueran recordadas durante años. Justificaba la apatía de María Teresa y no le daba la mayor importancia, estaba segura de que con el tiempo el corazón de su hija se ablandaría y les daría paso a las atenciones de León. El joven cumplía a cabalidad con el cortejo, eso solo podía augurarle que sería un excelente esposo. Pero, cuando en la siguiente visita trajo un ramo de rosas, la marquesa hizo una mueca de preocupación tras recibirlas en nombre de su hija con un gesto apresurado, casi arrebatándose las manos ante el rostro perplejo de León.

Úrsula, que permanecía presente en cada una de las visitas, con toda la intención de hacer funcionar su plan y boicotear dicho noviazgo, se llenó de valor y llamó a su madre aparte.

—Tendremos que decirle la verdad, no podemos seguir desechando las flores con las que intenta lisonjear a mi hermana. No es correcto.

—Hija mía, lo mismo dice tu abuela.

—Permítale a María Teresa decirle con todo respeto; será peor que se entere una vez casados, pensará que lo hemos engañado.

—Será mejor que yo intervenga, no sea que sus palabras, lejos de hacerlo compadecer su fragilidad, terminen por espantarlo.

La marquesa se les acercó y solicitó la atención de su futuro yerno:

—Apreciable, León —dijo cuando todos se hubieron sentado—, hay un pequeño asunto que

tratar, me temo que por vergüenza no hemos podido hacerle partícipe.

—Su excelencia, soy todo oídos.

—María Teresa sufre cierta incompatibilidad con las rosas. No lo tome usted a mal, las adora, son sus flores predilectas y se siente extasiada por su elección para galantearla.

—No entiendo, podría ser más específica.

—Le afectan en su salud, le producen... —Se detuvo para buscar las palabras más elegantes y que no se escuchara tan ofensivo.

—Lagrimas en los ojos, estornudos, picores en la nariz y una cuantiosa cantidad de... líquido que le baja por las fosas nasales cual cascada —se entrometió Úrsula en la conversación ante la cara de frustración de la marquesa, quien intentó a toda costa disimularla sin éxito.

—Mi hermana no pudo describirlo mejor —aceptó María Teresa.

—¡Oh! ¡Lamento tanto no haberlo sabido antes! —exclamó el prometido.

—Aquel día que llegó usted con tan obsequiosos arreglos florales, donde resaltaban esas olorosas y primorosas rosas de tonos rosados, blancos, rojas. ¡Oh, tan bellas! —prosiguió Úrsula.

—Lo recuerdo —mencionó León.

—A la siguiente mañana tuvo que venir el doctor y le fue imposible abandonar la cama. Terrible situación. Y no son solo las rosas, la isla no le hace bien, ni los insectos, el clima, no es compatible con la naturaleza isleña —refirió la futura cuñada.

—¡Suficiente, Úrsula! —masculló la madre suavizando al final la escueta frase.

La señora marquesa estuvo a punto de costurarle los labios a su segunda hija como castigo por su desatino. Jamás esta había sido tan imprudente, con un gesto le dio a entender que fingiera una disculpa y abandonara el salón, lo que Úrsula comprendió sin que mediaran palabras.

—Espero que se encuentre mejor, señorita María Teresa. ¡Qué vergüenza! Debí investigar antes de tomarme la libertad de regalarle las rosas —se disculpó el joven.

María Teresa no pudo esperar mejor momento, le sobrevino un estornudo, uno fingido que pareció muy real, luego otro y otro, pidió que la dispensaran unos minutos para ir al tocador y allí se encontró con Úrsula que sostenía unas rosas llenas de pistilos, las cuáles se atrevió a frotar en el rostro de su hermana.

—¡He perdido mi cabeza dejándome conducir por la tuya! —admitió la menor de las Morell.

—Me lo agradecerás. ¿Dejaste de tomar tus remedios como convenimos?

—Así es.

—Tendremos que remplazarlos con sustancias inocuas, estoy segura de que nuestra madre te obligará a beberlos en su presencia.

—Nuestra abuela no se tragará el cuento, ya ha sido testigo de mi mejoría.

—En otras tierras. Recuerda que se trata de hacerle creer a León que vivirá entre mocos si insiste en casarse contigo y residir en la isla.

María Teresa respiró hondo y volvió al salón, confiada de la decepción de su futuro marido, el que ya se había echado al bolsillo a la futura suegra, quien no paraba de reír con sus ocurrencias.

Se preguntaba qué habría dicho León que su madre había mejorado el humor.

—Ya estás aquí, querida —dijo la marquesa—. ¿Tomaste tu remedio? ¿Te sientes mejor? María Teresa ha consultado un médico belga que dicen que es una eminencia, no creo que su problema de salud pase a mayores.

—¿Y bien? ¿Hay mejorías? —insistió León a la recién llegada.

—No lo creo —contestó.

—Si me permite hacerle un cumplido, debo admitir que aún con los ojos llorosos es usted la más hermosa de todas, con respeto de la elegancia y la belleza de su excelencia.

—Le agradezco su cumplido.

—Parece que en vez de invertir en flores será conveniente encargar los más finos pañuelos para tan delicada piel. —Solo la marquesa encontró graciosa tal broma de mal gusto—. No tiene que avergonzarse por su enfermedad, haré que la vuelvan a examinar y la cuidaré. No podrá esta isla con mi resolución de tenerla a mi lado.

Dos semanas después de las más exageradas muestras de la pesadilla que sería vivir con una mujer que moqueaba todo el día y a toda causa, León no se daba por vencido, pero sí buscó a un doctor que tratara de resolver el problema. Mientras el nuevo médico la examinaba, Hugo desde el corredor se lamentaba, convencido de que su amigo tenía razón. Se arrepentía de haber escuchado a Úrsula con su plan absurdo, lo iba a resolver como su hombría le demandaba. Atrajo a Margarita hasta el fondo del corredor y comenzaron a cuchichear.

—Ni un día más, ya me harté de esta situación —le dijo a su hermana.

—¿Y qué pretendes? —preguntó la señorita.

—No soporto una visita más de León, ni que se crea con libertades para tratarla. ¡Cómo se atreve a traer a un médico como si ya estuvieran casados! ¡No entiendo por qué su excelencia lo permite! Es una ofensa.

—¡Cálmate, hermano! Respira. Es mejor que montes tu caballo y salgas a tomar el aire.

—Necesito hablar con ella, a solas, al menos unos segundos.

—Úrsula y yo nos la arreglaremos para que tengan una oportunidad, pero a solas no, estaré presente y haré de oídos sordos, es la única forma en que puedan estar sin levantar sospechas.

Altagracia apareció de la nada y los sorprendió conspirando, su interpelación les causó alivio, atribuyeron que no había escuchado el asunto del que versaba su conversación:

—¿Qué hacen susurrando por los rincones? —El tono de Altagracia era insolente, evidencia de que no lo había podido perdonar.

Hugo aprovechó para manifestarle:

—Discúlpeme si con mi decisión la alejo de su derecho de nacimiento. Espero que entienda que seríamos infelices los dos.

—No continúe, me ofende.

—Lo siento.

—Parece que al final ninguno de nosotros obtendrá lo que desea, con permiso.

Pero él estaba decidido a conseguirlo, planeó un encuentro en el patio principal a la hora de la siesta de las señoras, Margarita no se les despegó ni un minuto, igual se meterían en dificultades si los descubrían, pero aligeraría la consecuencia. Úrsula se encargó de entretener a Altagracia y los enamorados conversaron de sus asuntos manteniendo una distancia que no los perjudicara, se

esforzaron por decir en voz alta lo trivial y susurrar el verdadero asunto que los atañía. Hugo se armó de valor y le confesó:

—Tenemos que huir. Corrompido su honor, a su padre no le quedará más remedio que casarla conmigo para repararlo. Es la única forma.

—¿Me está pidiendo que le entregue mi...? —Ni siquiera pudo pronunciarlo.

—Su virtud —dijo para ayudarla a terminar la frase.

—No es lo que tenía pensado. No estamos tan desesperados como para hacer una locura, ¿o sí?

—Locura sería perderla y dejarla a merced de su prometido.

—¿Y si todo sale mal? Usted podría salvarse, pero yo estaría condenada y arrastraría con mi vergüenza a toda mi familia. Tengo hermanas casaderas, amo a mis padres y a mi abuela, no me pida traicionarlos. Incluso Margarita podría salir perjudicada. Me rehúso a conducirnos sin pensar, sin juicio. ¿Por qué está tan desesperado? Tenemos tiempo para hacer cambiar de opinión a mi padre.

—Lo conoce bien y sabe que no da vuelta atrás sobre sus pasos.

—En cuanto León se retracte, aceptará su propuesta.

—León no desistirá, el plan de Úrsula no está funcionando, al contrario, cada vez está más obsesionado con usted.

—No estoy de acuerdo, que haya traído al doctor solo significa que quiere cerciorarse antes del matrimonio que el problema quedará resuelto. ¿No lo ve? Me está sometiendo a una inspección previa, cuando vea que sus esfuerzos no son compensados desistirá, y pierde su tiempo, porque no seguiré las instrucciones de ningún médico que traiga.

—No sé cómo me dejo arrastrar por sus ideas, sus encantos terminan convenciéndome de la empresa más irracional. ¿Por qué sonrío tanto? ¿A qué se debe su felicidad, mi bien?

—Es que todo marcha sobre ruedas.

—Y en lo que se retracta tendré que tolerar las ínfulas de su prometido.

—No lo odie, pronto terminará esta pesadilla y podrá cortejarme en su lugar.

—Temo que León la conquiste con sus atenciones y desmedidas muestras de afecto mientras estoy cruzado de brazos.

—Desde su posición hay mucho que puede hacer para ganarse mi admiración y mi respeto.

—¿Qué me insinúa? Amor, hábleme con sinceridad, si he incurrido en alguna falta estoy dispuesto a corregirme —susurró galante.

—No ose volver a referirse así a mí, no soy su amor —protestó llena de pudor, aunque en realidad sentía un placer particular cuando él pronunciaba esa palabra con la que se atrevía a llamarla.

—¿Tanto lo detesta? No puedo llamarla de otra forma, es usted la dueña de mis pensamientos, de mis latidos, de mi respiración.

—¿A cuántas otras ha halagado con palabras románticas? —Se puso en guardia, era un asunto que deseaba aclarar desde que Perla le contó acerca de los amoríos de Hugo.

—¿Duda de mis sentimientos?

—Desconfío de su permanencia en el tiempo. Entienda que con este simple acto de encontrarnos a intercambiar palabras me lo juego todo.

—No de crédito a habladurías de señoras que no tienen mejor ocupación para su tiempo.

—Mi fuente es más fidedigna y usted aún no responde a mi pregunta.

—Usted será mi esposa, María Teresa, todo lo demás ha quedado en el pasado. —Su seguridad logró desarmarla.

Cuando vieron a doña Alma a los pies de las escaleras, cada uno tomó en direcciones diferentes, como si hubiese sido un encuentro fortuito donde no cruzaron más de tres palabras de cortesía. Hugo se acercó a su madre e intentó distraerla, ella no le dio tregua.

—¿Tú en la quinta a la hora de la siesta? Pensé que te habías retirado después del almuerzo. ¿También está el marqués?

—Regresé un instante por unos documentos que olvidé llevar. Pensé que estaría descansando, querida madre.

—Eso quisiera, pero últimamente tengo un pesar que no me deja ni a sol ni a sombra.

—No se agobie, quédese tranquila.

—No sé por qué no me quito de la cabeza lo siguiente, no creo que hayas renunciado a la señorita María Teresa. ¿De qué hablaban?

—Solo fui cortés, me las tropecé a mi paso, también iba su hija, no lo pase por alto, hablaba con Margarita.

—¿Hugo! Su excelencia ha sido concluyente en ese asunto. Me prometiste redimirte, recuerda que se atrevió a amenazar a tu hermana.

—Si no confía en mi palabra puede interrogar a Margarita. Ya estoy de salida. ¿Me da su bendición?

—Dios te bendiga, hijo mío, y te cuide de tus pasiones.

El ponerlo sobre aviso no fue suficiente. Parecía que una burbuja de amor los protegía, pero una de amor casto, Hugo jamás había sido tan paciente cuando de mujeres se trataba. Ella lograba poner su mundo en pausa con una mirada y lo volvía tolerante, aunque por dentro el fuego lo devoraba, uno que no podía saciar con ninguna otra, ya lo había confirmado, a su pesar, prefería intercambiar unas palabras inocentes con María Teresa, incluso rodeados de personas y muy lejos del tema que en verdad los atañía, que salir en la noche y perderse en sus vicios y los placeres carnales.

Ella lo supo tan pronto como Matías habló de más en el patio trasero con otro esclavo, Perlita la puso al corriente de inmediato:

—Tal vez me equivoqué al juzgar al caballero —reconoció la esclava.

—Al que denominaste demonio con cara de ángel. ¿Cómo lo llamaste? Lucifer, ya lo recuerdo. ¿Y ahora a qué viene tu arrepentimiento? —averiguó María Teresa.

—No me va a creer lo que el deslenguado de Matías le contó a Apolonio.

—¿Qué le reveló al calesero de la familia? Habla de una vez, me tienes en ascuas.

—El señorito Hugo abandonó a su amante y ha perdido el gusto por las correrías. Matías se lamenta de su suerte, con lo que le gusta la algarabía a ese mulato, claro que mientras su amo estaba de juerga, él con otros mestizos arrabaleros aprovechaban para beber alcohol y bailar. Ahora también se le ha acabado la fiesta.

Una sonrisa emergió en los labios de María Teresa, suspiró y se sintió aliviada.

—Gracias a Dios que te puso en mi camino y te hizo tan espabilada, Perla, baja y no le pierdas la pista a Matías, es bueno que estemos informadas, es la mejor manera de cerciorarnos de que Hugo Buenaventura cumple sus promesas. Por amor lo dejo todo, pero no permitiré que un hombre me embauque y luego pase de mí.

—De seguro eso lo ha aprendido en esos libros que lee.

—Esos libros me hacen tener fe en el amor. Si me guiara por las historias reales huiría de ese sentimiento. La vida cruel me ha hecho ser testigos de algunos finales infelices, como el de doña Agustina Montemayor. Yo tenía doce años, pero aún recuerdo sus lágrimas el día de su boda. Y doña Carmen, la esposa de Carlos Enrique del Alba, esa fue la más triste de todas, sus propias amigas se convirtieron en sus más viles verdugos cuando él la deshonró y la abandonó, condenándola a una vida de pecado.

—Pero al final el señor del Alba recapacitó y se casó con ella.

—No estoy dispuesta a padecer por los caprichos de un hombre, aunque exista la promesa del final feliz.

—¿Está segura, niña?

—¿Qué insinúas?

—Nada, amita, no me obligue a hablar. No ha escuchado ese refrán que dice: «Por la boca muere el pez».

—Suéltalo, lo dirás de todos modos, tu boca es tu condena.

—Creo que desde el momento que aceptó las galanterías del señorito Hugo ya ha dado varios pasos por la senda de la perdición.

—¿Perla? ¿Insinúas que soy una perdida? —preguntó alzando la voz.

—¡Virgen Purísima sin pecado concebida! No quise decir...

—Suficiente, Perla, da gracias a Dios por conducirte a ti por mi camino lleno de tolerancia que te salva de una buena reprimenda.

Los momentos que María Teresa y Hugo podían compartir para intercambiar unas palabras eran fugaces y escasos, pero eso no les quitaba la magia. El marqués lo presionaba cada día más, lo estaba preparando con más ahínco para que pudiera remplazarlo cuando la vida así lo exigiera. La bruma de las responsabilidades y el exceso de trabajo le hacían permanecer muchas horas alejado de la casaquinta, tenía que supervisar cada uno de los negocios y entregarle a su benefactor

cuentas a su favor. En ocasiones viajaba al interior del país, lo que aprovechaba para tratar de dar con el paradero de don Anselmo, sin éxito por el momento. Cada tarea la realizaba sin chistar y de manera satisfactoria, Rómulo Morell, marqués de Morell de Santa Ana, se sentía orgulloso de él, tanto como si fuera su propio hijo, por eso le confirió la labor de velar y figurar en los compromisos sociales que se daban a expensas de sus negocios. Hugo tenía que atender sus tareas sin descuidar sus avances en equitación y en la esgrima, cualidades que su excelencia le había conferido seguir cultivando, y donde además le exigía destacar, lo que para él no era difícil, las desarrollaba con maestría. Cuando llegaba la tarde, al final del día, su alivio y su secreto placer era perderse en las numerosas teclas del piano, a desaprobación de su tutor, que lo pasaba por alto al constatar que todos sus requisitos estaban cubiertos.

El piano lo acercaba a María Teresa; tras la cena, cuando el marqués pedía que sus hijas lo deleitaran con alguna pieza musical, él podía embelesarse mirándola sin levantar sospechas, incluso, en una oportunidad pudieron interpretar un tema de Beethoven juntos, lo que les permitió permanecer más cerca que otras ocasiones. Todo parecía fluir hasta que las visitas de León le recordaban que el tiempo no se detenía.

María Teresa, quien deseaba llegar a un arreglo sin causar un conflicto que trastocara los ánimos de la familia, le devolvía la fe, le aseguraba que guiándose por las reglas de la moral llegarían al mismo fin y sin tener que lamentar desavenencias en el camino. Y siguieron disfrutando de aquel cortejo encubierto que los iba acercando cada vez más, incluso Úrsula ya dudaba de su propio plan, más cuando sus padres la abrumaban con la cercanía de la fiesta de anuncio de su compromiso. Los tórtolos siguieron perdidos en las mieles del amor, sin atender a las demandas de Úrsula, que los avisaba del plazo que se iba venciendo; cuando cayeron en cuenta, los seis meses del compromiso con León habían transcurrido, la boda se acercaba y estaban a punto de anunciar el compromiso de Hugo con Úrsula. Explotaron a la realidad como un volcán en erupción. Solo quedaba un mes para la boda entre León y María Teresa.

Hugo estaba desesperado, tenía un plan, pero no podían encontrarse a solas para develárselo. Se veían en el desayuno, el almuerzo y la cena, pero sin siquiera intercambiar miradas, y fuera de eso solo se encontraban cuando estaban presentes doña Prudencia o la marquesa. Se aferró a su propósito, aún sin poder detallárselo con todas sus letras comenzó a mover los hilos para efectuarlo. Cuando León Villavicencio hizo traer a un médico de Estados Unidos para que revisara a María Teresa, ya no toleró las libertades que se tomaba con ella, si el marqués no le ponía un alto estaba decidido a hacerlo. Esperó a que el doctor se fuera y que cada uno regresara a sus asuntos.

El corazón de María Teresa latió desenfrenado cuando Margarita le reveló con una sonrisa:

—Hugo te espera en la capilla.

—¿Ha enloquecido? ¿Cómo pretende que me encuentre a solas con él? La otra vez corrimos con suerte.

—Tu abuela y Altagracia salieron a una visita, tu padre sigue fuera y tu madre toma una siesta. Perla nos avisará si despierta. Úrsula y yo nos encargaremos de que el camino esté despejado, es ahora o nunca. Mi hermano parece un lobo enjaulado, las atenciones de León lo han puesto furioso, la caducidad de todos los plazos lo tienen frenético, tendrás que calmarlo o terminará por hacer una locura.

María Teresa descendió a toda prisa, con la falda ligeramente alzada hasta los tobillos, dejando entrever sus pantalones con vuelos de encaje, temía que, si no la sujetaba bien, en su estado nervioso terminaría enredándose con ella y rodando por los escalones. A medida que avanzaba, su prisa creció hasta dominarla, llegó agitada ante su presencia, tanto deseaba intercambiar unas palabras con él que al verse reflejada en sus ojos oscuros, grandes y brillantes como una noche despejada, no le importó nada más: el mundo se detenía cuando tenía la atención de Hugo.

—Esto que hacemos no está bien, si nos descubren... —murmuró.

—No tenemos tiempo. El plan de Úrsula no ha funcionado y ya he desistido de él, de hecho, desde hace mucho, no quería impacientarla con mis argumentos, pero tengo todo dispuesto —acotó Hugo.

—¿Insiste en que deshonrarme es el único camino para lograr nuestro propósito?

—¡Cómo mi cabeza no da para algo más que para desvirgarla! —insinuó con ironía.

—Me avergüenza.

—Disculpe, estoy desesperado. En unos días anunciarán mi compromiso con Úrsula. Me urge revelarles la solución que he tramado para librarnos de una boda con quienes no amamos.

—Lo escucho.

—Tenga fe en mí.

—Le he dicho que lo oigo.

—Bajo ninguna circunstancia puede casarse con León, incluso si yo no la pretendiera. He sabido que tiene antecedentes escabrosos; doña Carmen, la esposa de Carlos Enrique del Alba, asegura que un gran amigo suyo le advirtió sobre él.

—¿Y qué le ha dicho? ¿Qué es tan reprochable en su actuar?

—Aún no lo sé, pero debe alejarse.

—Lo he intentado con creces, míreme. —Sus ojos estaban hinchados, al igual que su nariz y sus labios, por sabotear a su cuerpo para que reaccionara a las sustancias que le hacían daño.

—Lo siento, mi bien.

—Ya no lo soporto, y más cuando sé que mantenerme alejada de lo que me pone en crisis y tomar mis remedios harían una diferencia sustancial en mi estado. Ya no aguanto los picores, estoy irascible.

—¿Más de lo habitual?

—¿Bromea usted? Estoy exasperada. León me ha obsequiado una caja de caoba con ribetes de oro provista de pañuelos, cada uno más lujoso que el anterior. Ya no me regala rosas, lo ha cambiado por joyas costosísimas y eso me compromete más. Ahora traerá a un médico de Europa

para una nueva valoración, no le fue convincente lo referido por el norteamericano. Si esta situación se alarga en el tiempo, será más difícil deshacer el lazo que nos une. Lamento que el plan de Úrsula no haya sido exitoso.

—Respire —le sugirió para que asimilara la realidad—. No va a funcionar.

—¿Y lo admite con tal descaro mientras yo estoy padeciendo?

—Lo que me hace sentirme orgulloso de su valentía.

—Podría arriesgar mi vida.

—¿Por no tolerar las flores?

—Antes de marchar a Europa, en una ocasión llegué a ponerme muy grave, no podía respirar y fue tan angustiante que por un instante creí que iba a fallecer. Usted estaba de viaje por eso lo desconoce.

—Ni lo mencione, muero si le ocurre algo —dijo angustiado—. No sé cómo fuimos tan insensatos. Esa misión está abortada, por favor, tome sus remedios y aléjese de todo lo que le provoque esos síntomas desagradables. Mi idea es más sólida.

—¿Me la comparte?

—Antes necesito hacerle una pregunta. ¿Qué tan dispuesta está a sacrificar todo por amor? — Su mirada penetrante hizo que le temblaran las piernas.

—¿Ahora usted es quien me pone a prueba?

—Una vez que mi plan arranque no habrá marcha atrás.

—¿Eso significa que estaremos juntos toda la vida?

—¿No se hartará de mí? —preguntó temeroso, en anteriores conquistas constató cómo el fuego de la pasión murió en su pecho antes de lo imaginado.

—¿Y usted? —Lo miró al centro del iris y fue ella quien terminó vencida.

—Yo me estoy quemando por dentro, la necesito imperiosamente, ¿no lo ve? No soporto que León presuma de ser su dueño, me enloquece, me enerva. Usted es mía.

Lo expresó con tanta fuerza que María Teresa lo supo, no podría pertenecerle a ningún otro. La respiración agitada de Hugo, sus labios entreabiertos aún más rojos por la furia, sus ojos suplicantes y aquellos brazos fuertes que le mostraban el camino a su pecho. Se dejó resguardar en él, tan firme como una roca. Se dejó levantar el rostro y disponer la boca en dirección a la suya, él tuvo que inclinarse, se sentía pequeña al tenerlo tan cerca. El calor la invadió desde abajo y explotó al llegar a su vientre, una sacudida tras las costillas le hizo conocer un deseo que hasta entonces no la había inundado de esa forma, repentina, rebosante, hasta dejarla sin aliento. Pasó la lengua por sus labios para humedecerlos, la emoción se los había dejado secos. Él reaccionó como lobo sediento ante aquel gesto inocente, devorándola con la mirada y María Teresa presintió que él momento había llegado, que Hugo robaría el primer beso de sus virtuosos labios. Un suspiro se le quedó atravesado entre la emoción y el deseo. Tanto le habían hablado de la lujuria que envolvía a los hombres que cuando él, haciendo un esfuerzo para no apoderarse de su lengua y morderle los labios, le susurró algo con la voz ahogada, ella se desarmó por dentro.

—¿Puedo? —preguntó Hugo. Y ante toda respuesta, ella cerró los ojos, se inclinó para quedar a su merced, dispuesta y expectante. Él se acercó muchísimo, hasta rozarla con su aliento mientras le suplicaba—: Quiero oírlo, dígame que también lo desea y la besaré siempre.

—Sí, quiero —consintió con timidez y ardiendo de impaciencia, tanto que olvidó el sitio donde estaban y los peligros que los acechaban.

Hugo le acarició los labios con los suyos con suma dulzura, conteniendo su ímpetu porque temía que si daba rienda suelta a su pasión sería una tortura tener que frenar. Por eso cuando ella se le abrazó desesperada dejando en evidencia que la inexperiencia no era un obstáculo para desearlo, y mucho menos los prejuicios, Hugo sonrió sin parar de besarla. Lo sabía, era completamente suya y León no podría arrebatársela. María Teresa se adhirió a él con cada fibra de su anatomía, buscando el camino, dejándose guiar por su instinto en un beso profundo. Él la levantó para acercarla más a sí, y que sus cuerpos, sopesando los artilugios propios de la elaborada vestimenta de una mujer, se estrellaran el uno contra el otro. Terminaron con los labios enrojecidos, cuando una de sus celestinas hizo la señal que indicaba que debían despedirse de inmediato.

María Teresa descendió de su nube y volvió a la realidad. Cuando tuvo que enfrentar su mirada se sintió presa del pudor, lo había besado, y no había sido un simple roce como había imaginado que sería su primer contacto con la boca de un caballero. Los labios le escocían por la lucha sin tregua que había sostenido con ese hombre de «aura turbia», el «ángel con alma de demonio o demonio con cara de ángel», las palabras que habían utilizado su abuela y Perlita para referirse a él. ¡Había besado a Hugo! Ella era un manojo de nervios. Bajó sus párpados para no verlo y eso provocó un efecto desmedido en él, logró encenderlo por dentro, todavía más. Hugo le acercó lentamente la yema de sus dedos hasta rozarle el rostro, acarició su mejilla y ella tembló. Era la segunda vez que era tocada por un hombre con distintas intensiones, uno que no fuera un doctor o su padre, o, mejor dicho, uno que le despertaba una pasión incontrolable, la que quería arrebatarse del pecho y terminaba por sumirla en un pozo donde cohabitaban todos los pecados. Él notó su lucha interna.

—Perdóname, amor —rogó tratándola con total intimidad—. No debí tocarte, ahora he manchado tu honor impoluto y condenado mi alma a errar para siempre. No debí atreverme.

—¿Qué será de nosotros?

No pudo responder, Margarita los apremió para que corrieran a ponerse a salvo, doña Prudencia y Altagracia habían arribado antes de lo esperado, habían tenido un contratiempo que las hizo volver. Su abuela se enfiló hacia la casona movida por una necesidad sin sospechar del encuentro, pero Altagracia se quedó pululando cerca cuando divisó a Úrsula fuera de la capilla. Se acercó a comentarle que su salida había sido un fiasco, mientras se lamentaba de su suerte y de pronto le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Nada particular, pasando el rato.

—Pero si te negaste a acompañarnos a la abuela y a mí porque tenías una fuerte jaqueca. Pensé

que dormirías la siesta para intentar mejorar.

—Tuve que encomendarme a mis oraciones lo que me hizo abandonar el lecho.

—¿Y te detuviste a divagar en las musarañas fuera de la capilla? No parecía que ibas a ninguna parte, más bien estabas parada con la cabeza en la luna. Te conozco, hermana, algo me ocultas. Últimamente estás muy rara. ¿Qué secreto me escondes?

—¿Secreto? Pero si jamás los hemos tenido.

Margarita apremió a los enamorados para que finalizaran. María Teresa salió la primera, con paso ligero abandonó la capilla y se alejó, hasta que una voz familiar la detuvo.

—Hermana —le dijo Altagracia y las tres se reunieron—. Entonces eso aguardabas, Úrsula, no tienes que avergonzarte por preferir quedarte a cuidar a María Teresa que acudir de visitas con tu hermana mayor.

—Lo siento. Sé lo importante que era para ti esa salida, pero como María Teresa no pudo acudir debido a la tos, preferí velar por ella.

—Ahora me siento la peor de las tres, digo de las cuatro, Margarita también se ha quedado a cuidarla y al parecer las tres tuvieron una cita con Dios —agregó al verla salir también del oratorio—. No significa que te perdona a ti por robar mi destino y a ti por intentar hacerlo —señaló a una y luego a la otra—, pero los rencores deben quedar a un lado cuando la salud está en juego. Quería pedirles disculpas a las dos por mi actitud, con esto no quiero decir que acepte que nuestro padre me despoje de mi derecho de nacimiento, ni que esté feliz porque Hugo te desposará, pero trabajaré en mis sentimientos. Ahora sigan a lo suyo, yo iré a la capilla a rezar.

—¡No! —soltó Úrsula en tono desmedido y luego intentando suavizarlo añadió—: Es urgente que hablemos. También he reflexionado acerca de nuestro distanciamiento, hay algo que deseo expresarte.

—Habla, nadie te detiene —sostuvo Altagracia con su voz sonora.

—Aquí no, mejor a solas en nuestros aposentos, es privado.

—Tendrá que ser después de mis oraciones.

Altagracia se encaminó hacia la puerta de la capilla, Margarita palideció y Úrsula llena de pavor intentó retenerla. María Teresa tomó a Úrsula del brazo y la detuvo:

—Déjala. No ves que solo está jugando con nosotras. Ella sospechó desde el primer momento, por eso se quedó a interrogarte.

—Te acusará con nuestro padre. ¿No tienes miedo? —inquirió la aludida.

—Extrañamente no.

Altagracia pasó el umbral de la puerta y se quedó mirando al portentoso varón; Hugo había escuchado la conversación de fuera, ya la esperaba, la recibió con la más irreverente de sus miradas. Ella, ataviada con un cinismo que había heredado de su madre, le comentó:

—No sabía de su devoción religiosa, estimado Hugo. ¿Usted también rezando? Mi padre estará muy complacido de conocer esta historia.

—Dígale ya, con eso solo se convertirá en nuestra aliada, apresurará un hecho que nadie puede

cambiar: María Teresa será mi esposa —esbozó con arrogancia.

—¡Maldita la hora en que mi padre lo trajo a nuestras vidas! ¡Lo odio! —explotó; la actitud de él fue su detonante.

—Y lo lamento, ojalá algún día pueda entenderme.

—¿Aceptar que ha venido a mi casa a robarme mi título y que ni siquiera ha tenido la decencia de pedir mi mano, para que su golpe certero no sea tan contundente?

—Lamento esta situación, nuestro bisabuelo así lo dispuso. No tema quedar desamparada, siempre velaré para que continúe viviendo como hasta hoy.

—No quiero su compasión ni su limosna.

—Acepte de una vez que no seríamos felices juntos, en el fondo usted siempre me culparía por ocupar un lugar que considera no me corresponde. Por eso no la elegí como esposa; usted es preciosa, tiene todas las virtudes para complacer al más exigente de los caballeros, pero como lo ha admitido, en el fondo me aborrece. No se conformaría con ser marquesa por matrimonio, al final de todo, para usted solo soy un usurpador.

Aquellas palabras, que ni siquiera para sí misma se había atrevido a reconocer, hicieron que unas lágrimas inmensas le brotaran a la señorita; el resto, conmovidas, hacían de espectadoras. No obstante, su dolor, continuó hablando:

—Desposará a Úrsula, me atrevería a decir que es la más adorable de las tres; es hermosa, sería una esposa perfecta. Incluso, aunque ella reniega del casamiento, si usted se esforzara por ganarse su corazón, Úrsula tendría mucho que ofrecer. Usted tendrá el título y la esposa. No entiendo por qué desafía a mi padre y pone todo en riesgo. ¿Por qué insiste obstinadamente en arruinarle la vida a mi hermana menor?

—Porque la amo y sé que solo yo podría hacerla feliz.

—Es usted muy soberbio si considera que León Villavicencio u otro caballero no tienen los méritos para lograrlo. Y tú eres muy tonta, niña ingenua —dijo para referirse a María Teresa—. ¿Qué te ha prometido? ¿Qué te hará marquesa? Tu honor no lo merece.

Altagracia abandonó la estancia y María Teresa dio dos pasos para acercarse a Hugo, ni siquiera la insinuación de su hermana la hizo retractarse o huir. Él colocó una rodilla en el suelo, alzó la vista, la miró a los ojos y le susurró ante el asombro de Úrsula y Margarita:

—Cásese conmigo.

Ella lo miró con dulzura, le tomó las manos, lo invitó a ponerse de pie y le hizo saber:

—No es a mí a quien tiene que convencer, es a mi padre.

—Se equivoca, me cansé de intentarlo por el camino correcto, lo haré a mi modo. Tengo todo dispuesto, un sacerdote ha aceptado unirnos en santo matrimonio, lo haremos en secreto, nadie podrá desunir lo que Dios ha bendecido.

—Lo perderá todo. Mi padre descargará su furia sobre usted.

—Su padre me enseñó que jamás debo rendirme; si por seguir sus enseñanzas me desconoce, es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

—Di que sí, por Dios —la apremió Úrsula ante la mirada enternecida de Margarita.

María Teresa esbozó una tímida sonrisa que prosperó en carcajadas suaves, acompañadas de lágrimas de felicidad, mientras asentía y él conmovido la besó en la mano con profunda devoción.

Los preparativos para su boda secreta con Hugo distaban mucho de los cuantiosos detalles a tomar en cuenta en su casamiento con León Villavicencio. María Teresa agradeció a Perla cuando dispuso un escueto equipaje, que solo constaba de un cambio de ropa y otra para dormir, así como artículos de tocador. Le dio la orden de entregarlo a Hugo, quien se encargaría de sacarlo de la casa y esconderlo, junto con el suyo, en el carruaje. Cuando Perla hubo concluido su encargo, volvió para decirle que todo estaba listo; con lágrimas en los ojos, la joven mulata se despidió:

—Ay, niña, por qué quiere prescindir de mí, lléveme con usted.

—No puedo, Perlita. Eres propiedad de mi padre, mandará a perseguirte y el castigo por tu traición será despiadado. Es mejor que no te involucres y, si te preguntan, esta vez puedes decir la verdad, que hui con Hugo.

—¿Cómo cree, niña, que la delataré con su padre?

—Haz lo que te digo, te ordeno protegerte y acusarme para salvarte. Si Dios nos lo permite, regresaré y no volveremos a separarnos.

Aprovecharon la hora de la siesta en que la marquesa, doña Alma y doña Prudencia se entregaban al reposo. Úrsula y Margarita la ayudaron a escaparse hasta el coche de alquiler donde Hugo la esperaba impaciente; se despidieron deseándoles suerte y cada una se dispuso a encerrarse en su habitación. Cuando María Teresa tomó asiento a su lado, tenía el pulso acelerado. Él le sostuvo la mano y mirándola como al más preciado tesoro se la besó.

—Tranquila, todo saldrá bien.

—Temo la ira de mi padre, pero no por mí, por Margarita —le confesó María Teresa.

—Le exigí que diga lo que sabe, que huimos juntos; por ahora el marqués estará ocupado buscándonos.

—Por favor, no permita que la mande a un convento.

—Enfrentaré lo que sea por la felicidad de mi hermana, pero sin permitir que su padre me someta y me haga renunciar a mi libre derecho de escoger esposa.

—Al final no hubo otro camino, usted terminó raptándome como lo hacen los campesinos con sus mujeres.

—Será incorrecto nuestro casamiento porque no tiene la aprobación de nuestros padres, pero correcto a la vez porque no robaré su honor, ese que ha defendido; la haré mi esposa y entonces

podrá entregarse a mí con la mayor certeza de que me he esforzado para ofrecerle lo mejor.

—Ya veo que en su cabeza no solo está desvirgarme, también está desvirgarme, pero con la bendición de Dios.

—Un caballero en toda la extensión de la palabra —dijo y le regaló una sonrisa—. Ya no podría vivir sin usted. Estoy enamorado, ciertamente, y confío en la longevidad en el tiempo de este sentimiento.

Embebidos de amor, de ansias y de pasión entraron a la iglesia de El Salvador del Mundo, la misma que había recibido su nombre en honor al Capitán General Don Salvador de Muro y Salazar, marqués de Someruelos. Se introdujeron por una puerta discreta para dar inicio a la más secreta ceremonia. El sacerdote, amigo del señor del Alba, había accedido, motivado por sus ruegos desesperados, a asistirlos en esta empresa delicada, tras asegurarle a su leal compañero que lo protegería de las consecuencias que tan loable acto, en función del amor, le pudieran sobrevenir. Y el párroco estuvo más que dispuesto a apoyar al futuro marqués de Morell de Santa Ana. El religioso era una persona de buen corazón, dedicado a servir a los más necesitados y a enseñar a los niños menos favorecidos de su sector a leer y escribir; estaba agradecido por el apoyo que brindaba a su labor el señor del Alba. Los recibió en el altar, ataviado con la vestidura apropiada para officiar un matrimonio, no habría misa porque el tiempo apremiaba, solo el acto en sí del enlace matrimonial con todo documento en regla para que no pudiera desacreditarse.

Carlos Enrique del Alba estaba ahí como testigo, aunque aquello le llevara a fracturar muchos años de amistad con su excelencia. El marqués le había encargado la noble misión de fungir como mentor de Hugo y encaminarlo como hombre, para él la tarea no estaría terminada si Hugo acababa atrapado en un matrimonio sin amor. El señor del Alba, vestido como la ocasión lo ameritaba, dando cuenta de su habitual elegancia, sonreía complacido al ver feliz a su mejor amigo, de su mano pendía la de su esposa, doña Carmen, ataviada como una princesa, lucían como una pareja de la más noble casa, sin que la apariencia de ambos revelara los secretos que les hacían encabezar los rumores de las más encumbradas tertulias citadinas.

María Teresa colocó sobre su rostro una mantilla de muselina, vestía de blanco en señal de su pureza incorruptible, aunque era un vestido de recibir visitas en casa para no levantar sospechas y poder huir, se veía espléndida. La alegría en su mirada le daba un brillo particular, estaba embriagada por su futuro esposo, quien lucía gallardo con su levita negra y faldones de raso de igual color. A su vez, Hugo solo tenía ojos para quien pronto sería su esposa por la religión que profesaban, desbordaba felicidad y por un instante olvidó que había tenido prácticamente que robar a la novia, como si su acto de valentía no pudiera ser pisoteado por nadie. Cuando las últimas palabras fueron pronunciadas y ya eran a los ojos de Dios marido y mujer, una sonrisa, como flor de júbilo, coronó los labios carmesíes del caballero; aquel enlace le devolvía la tranquilidad que no había podido disfrutar desde el baile donde se había hecho público el compromiso de su amada con León Villavicencio. Carlos Enrique los bendijo, lo abrazó a él, a

ella le besó la mano sin que sus labios terminaran de aterrizar en su dorso y les dio un consejo lejos de los oídos del piadoso cura:

—Consumen el matrimonio cuanto antes, eso hará que la unión no pueda revertirse. Suerte, amigos míos.

Y los recién casados partieron a todo galope a la propiedad donde el señor del Alba les ofreció cobijo.

La marquesa se despertó de su siesta; lo primero que hizo fue refrescarse el rostro con agua y observar sin prisas el paso del tiempo en sus hermosas manos, se sentía agradecida con la vida, aún su piel lucía tersa. Sonrió ante el recuerdo de sus obligaciones mientras sus hijas florecían a la vida, evocó lo dichosa que había sido en su boda y les deseó lo mismo a las tres.

Abandonó sus aposentos seguida por su esclava de confianza y fue en busca de María Teresa, no debían permitir que las prisas se apoderaran de la situación y su hija estaba un tanto retraída de los preparativos para su casamiento, entendía que se había ilusionado con la proposición de Hugo Buenaventura, pero ya era hora de que madurara y le sonriera a su realidad. León era muy apuesto, cualquier chica en su condición estaría suspirando por los rincones ante lo que le deparaba el destino. Tras insistir en su habitación y verla desierta, se fue a sentar al salón y pidió a Josefa que la hiciera llegar ante su presencia. Tras una demora mayor de la usual, la esclava volvió sin resultados.

—¿Dónde está mi hija? Desmejorada de su padecimiento no creo o estaría tumbada en su cama.

—No la encuentro, mi ama. Y nadie sabe darme razón. La señorita Altagracia no la ha visto, ni las niñas Úrsula y Margarita.

—¿Y Perla, su esclava? —preguntó—. Exíglele que venga de inmediato.

Perlita llegó al ser requerida, miró a su ama, aguantando los nervios que la devoraban por tener que mentirle a la señora.

—La niña me dijo que iba a descansar, que me retirara, pero no fue como otros días, su merced, estaba rara.

—¿Extraña cómo?

—Como si ocultara algo.

—Ave María purísima sin pecado concebida. Explícate de una vez.

—Mi amita estuvo hoy muy callada, no se veía alegre, estaba como preocupada. —Luego cayó de rodillas y agregó—: ¿No me diga que le ha pasado algo a mi niña?

—Búsquenla hasta debajo de la última piedra de esta propiedad, no se la puede haber tragado la tierra.

Lucrecia de la Concordia, sumamente preocupada, salió a recorrer la biblioteca y demás habitaciones, notó sus manos temblorosas de camino, en persona interrogó a Margarita y a Úrsula,

ellas le devolvieron un discurso similar al de Perla, asegurándole que María Teresa parecía misteriosa, incluso con ellas. Altagracia se les unió y observó perpleja lo que jamás pensó que acontecería en su familia. Ante el alboroto desatado en la quinta, doña Alma y doña Prudencia también aparecieron. La primera se santiguó, un mal presentimiento se apoderó de ella, les pedía a sus santos que no fuera lo que se estaba imaginando. Doña Prudencia trató de calmar a su hija:

—María Teresa es muy juiciosa, debe haber alguna explicación.

—¿Y si la han raptado desde el jardín exterior con sus múltiples pasajes como laberinto? No creo que se haya atrevido a salir sin permiso, habría llevado siquiera a su esclava. ¿Dónde está mi hija?

Altagracia puso los ojos en blanco sin que su madre la viera realizar tal gesto, la presunción de inocencia de María Teresa por parte de su progenitora la dejaba helada, no entendía cómo no se daba cuenta de la realidad. Al ver la preocupación que embargaba a la marquesa se sintió culpable por tener que ocultar la verdad. Ella estaba segura de que había huido con Hugo:

—Tranquilízate, madre. Debe estar bien —fue lo que atinó a pronunciar, sospechaba que Úrsula y Margarita la terciaban.

Un jinete a toda prisa fue a informar al marqués para que como cabeza de familia encontrara una solución a la desgracia que los estaba asolando. En cuanto llegó a la quinta y le fueron explicados los detalles que conocían, no dudó, maldijo y vociferó en contra de Hugo, dedujo que era el responsable de la desaparición de su hija:

—¡Jamás creí que se atreviera a tanto, lo cobijé en mi familia, lo traté como a mi propia descendencia! Lo doté de estudios, lo complací en todo.

—¿Usted refiere, su excelencia, que mi nieta ha escapado con Hugo? No lo puedo creer. ¿Cómo la habrá convencido? María Teresa es una niña virtuosa que no incurriría en ninguna falta. Su protegido se ha aprovechado de su inocencia. —Doña Prudencia no pudo disimular su aturdimiento.

—¿Qué otra explicación hay para su desaparición? —se preguntó a sí mismo el padre de familia.

La marquesa tomó asiento compungida, las piernas le fallaban, pidió que la abanicaran profusamente o se desvanecería, se lamentó:

—¡Mi propia hija, la más pequeña, robada como una campesina! ¡Hugo ha deshonrado a nuestra familia! ¡Será la desgracia para Úrsula y Altagracia! ¿Quién querrá casarse con ellas? Lo presentía, que Hugo sería nuestro infortunio.

Uno de los hombres del marqués trajo a punta de látigo a Matías, el esclavo que no se separaba jamás de Hugo Buenaventura. Le exigió dar razones del paradero del joven a lo que el esclavo contestó:

—Mi amo me dijo que esta tarde no iba a necesitarme, se me hizo extraño porque estaba apurado por salir, pero su caballo sigue en el establo. ¿Usted quiere que lo vaya a buscar a los sitios que acostumbra?

—¡Retírate de mi vista! —gritó el marqués que ya no sabía con quién descargar su ira—. ¡Ahora nadie sabe nada, ni la madre, ni la abuela, ni usted doña Alma, ni las hermanas, ni los esclavos! ¡Cómo si se los hubiese tragado la tierra! ¡Uno de ustedes está mintiendo, alguien tuvo que colaborarles para vernos la cara de imbéciles, si los descubro, lo pagarán caro!

Tras mencionar la última palabra, sintió una punzada en el pecho, una que lo dejó sin aliento, se llevó la mano al corazón y todos corrieron en su auxilio.

—¡Matías, ve por el doctor de inmediato! —ordenó la marquesa.

—Estoy bien —intentó incorporarse, pero notó que el pecho se le apretaba y terminó por sentarse en el amplio sofá.

Tomó aire y aceptó la visita del médico, pero les exigió a todos guardar absoluta discreción acerca de la desaparición de los jóvenes.

20 de septiembre de 1856

En un sitio hermoso y reservado en la villa de Guanabacoa, una casona que el señor del Alba recibió como herencia de su familia, de una planta, bien provista con todo lo necesario, de altas columnas, al estilo neoclásico, portales, salas, comedor, saleta con vista al patio interior, que a su vez conducía a los aposentos, se resguardaron los esposos fugitivos. Los ventanales azules de madera que daban a la fachada fueron cerrados por un esclavo de servicio en cuanto ellos arribaron, siguiendo las órdenes de su amo.

Dos esclavas los recibieron y les ayudaron a instalarse como un matrimonio en la alcoba principal. Siguiendo las disposiciones de su dueño, procedieron a preparar a María Teresa para que ocupara el lecho: sacaron su ropa de dormir, una bata de satén y finísimos encajes, única prenda que había logrado sustraer del ajuar matrimonial. Antes de comenzar a desatarle el vestido, Hugo las detuvo.

—Retírense, yo ayudo a desvestir a mi esposa —dijo con soltura el caballero.

—No nos vendría mal un poco de ayuda —mencionó ella y él por toda respuesta mantuvo la negativa.

—No imaginas cuánto he ansiado este momento, no quiero que me lo demoren más, ya quiero estar a solas contigo, amor —le musitó con total intimidad.

—Desatar mi vestido puede ser engorroso —aseveró volteándose para dejar ante su vista los innumerables botones que decoraban en línea recta su espalda.

Aún era de día, Hugo cerró la puerta de su habitación a sus espaldas y pidió no ser interrumpidos. Ella lo miró nerviosa, jamás habría imaginado así su noche de bodas, con los rayos del sol de la tarde colándose por las rendijas y las transparencias de la tela de las cortinas, con el temor a ser descubiertos. Él le susurró:

—Odio que nos embargue la prisa en todo: en la ceremonia, en la aparente luna de miel, quisiera amarte lentamente, pero sabes que terminarán por encontrarnos y es necesario que para ese instante ya... —María Teresa le colocó dos dedos sobre la boca para callarlo y eso terminó por despertar su hombría, Hugo los atrapó con su mano y sus labios.

—Te amo y me llena de orgullo que hayas desafiado a tu benefactor —declaró con total confianza.

—Eres mi vida, María Teresa; desde ese día que irrumpiste en el salón de la quinta no he podido quitarte de mi cabeza.

Hugo se libró de su levita, de su chaleco, se desató el lazo, así como los primeros botones de su camisa y de su camiseta interior, dejando entrever sus bien proporcionados pectorales y una escasa sombra de vello que apenas si lo cubría. La besó con ternura y le tomó las manos, la invitó a acariciarlo, cerró los ojos y se dejó recorrer por las inexpertas manos de María Teresa, las que le proporcionaban un placer nunca antes conocido. Desabotonó con paciencia la parte alta del vestido hasta librarla de aquel, la despojó del cubrecorsé y de las enaguas, luego se enfrentó al corsé, incrédulo de que las mujeres soportaran una tortura así. La admiró en camisola, embebido de su belleza y de su silueta real, la que podía disfrutar sin las artimañas de la moda femenina.

Ella pidió un poco de privacidad para terminar de prepararse para el lecho, Hugo quiso rehusarse, su deseo le demandaba desprenderla del camisón, los pantalones y las medias, pero al ver la ilusión que le hacía ese ritual la dejó proceder mientras le daba espacio y se servía una copa de vino. Sabía que las mujeres tardaban mucho en confeccionar su ajuar de novias, y todos los apuros en que incurrían para añadir las más finas piezas a su colección. No quería robarle eso también. Sonrió como no lo hacía desde tiempo atrás y, cuando su recién estrenada esposa se colocó ante él, sus ojos también sonrieron. Parecía un ángel, le dio un beso virtuoso en los labios. El satén y el encaje blanco nácar de la bata sobre su piel le daban un aspecto níveo que acrecentaba sus ansias de poseerla, de adelantarse a cualquiera que osara arrebatarle el título de esposo que ostentaba.

—Eres mía para siempre —farfulló.

Hugo estiró la mano para desatarle el peinado y dejar caer su cabello largo, abundante y rubio, nunca lo había podido apreciar así, en su estado más salvaje y eso lo encendió por dentro, se lanzó a su boca, pero con desenfreno, y ella le correspondió con el mismo apetito, el que ambos habían contenido bajo las paredes de la quinta. Hugo agradeció que, a pesar de su inocencia y pudor, María Teresa no temiera enfrentarse al deseo, al parecer había sido instruida en lo que acontecería en la noche de bodas, porque nada la amedrentó:

—¿Sabes, mi amor, lo que pasará ahora? ¿Lo consientes?

—Quiero ser tu esposa por todas las leyes, también las de la piel.

—Me encargaré de que sea placentero para los dos.

Le deslizó la bata sobre los hombros hasta liberarla de ella y contemplarla como la más exquisita visión con aquel camisón de Batista que había elegido para lucir frente a él, acarició la redondez de sus pechos por encima del suavísimo algodón que acrecentaba su imaginación, y sin más preámbulos la tomó en brazos y la condujo sin dejar de besarla al lecho nupcial. El gallardo amante se deshizo del resto de su ropa a excepción de los calzones, para que la vista de sus partes pudendas no fuera a asustarla y tomó sitio a su lado. Tras una larga sesión de labios, le recorrió el cuello mientras ella cerraba los ojos concentrada en cada sección nueva que le acariciaba. La transitó por la sedosidad de las piernas desnudas, pero su mano aventurera se tropezó con la

barrera de los calzones femeninos:

—Estos también debieron irse con tus medias —le reprochó con suavidad al oído.

—Lo siento, es que...

Hugo no le permitió explicarse, la silenció con un beso, entendió sus temores y era lo último que deseaba, no quería arrebatarse su virginidad, deseaba que ella se la entregara, solo así podría tomarla. Decidió explorar en otra dirección y darle tiempo para volver a entrar en calor. Le descubrió el pecho para poder admirar a plenitud sus bien formados senos, los acarició con la suavidad de su lengua hasta que la piel de María Teresa se erizó en los lugares más sensibles, respondió ante su tacto a entera satisfacción del amante experto. No quería terminar de desvestirla de golpe, aunque se moría por apreciar su desnudez, lo haría todo despacio, para que aquella primera vez perdurara por siempre como el mejor de los recuerdos. No habían podido tener una boda y quería obsequiarla con una unión de sus cuerpos que quedara grabada para la posteridad. Con las rodillas pegadas a la cama, levantó las caderas de su mujer y las colocó sobre sus muslos, le sacó los calzones con lentitud y disfrutó de la vista. El camisón quedó enrollado como una fina banda de tela sobre la cintura, hubiese deseado destrozarlo allí mismo, pero en vistas del apego que su mujer le tenía a la prenda prefirió sacárselo con delicadeza por arriba. Nada lo apartó de su objetivo. Continuó acariciándole uno de los senos con una mano, y afincando la otra en uno de sus glúteos, el que disfrutaba a la par de sostenerla dispuesta para él, recorrió con húmedos besos el camino hacia su ombligo, y descendió más hasta enterrarse en aquella flor que hoy le ofrecía su candor.

María Teresa sintió una deliciosa corriente que la sacudió y unió todas sus zonas altamente sensibles cuando la lengua de su esposo rozó por primera vez su parte íntima. Desconocía que un hombre podía comportarse así, no lo había leído en sus libros ni se lo habían explicado en aquellas charlas donde su madre la había preparado para la noche de bodas.

—¿Por Dios qué haces? —averiguó medio avergonzada por tenerlo husmeando justo allí.

—Si lo deseas me detengo —convino besándola intermitentemente al finalizar cada palabra.

—No pares —dijo con timidez, pero sin intenciones de renunciar a tan estimulante atención.

La sensación placentera la dominó aumentando de intensidad cada segundo. Cuando Hugo la alzó todavía más por las caderas y se sumergió por completo en su área privada, ella se dejó vencer, rindiéndose a los placeres carnales de los que nunca había disfrutado. El deseo y el amor que sentía por su esposo palpitaban en su corazón irradiando de luz todo su torso. Se sentía una ignorante, cómo había permanecido ajena al placer todos estos años, por qué el conocimiento de algo tan poderoso le había sido vedado.

Hugo la sacó de sus reclamos a la vida cuando continuó haciéndola sacudirse de deleite al demostrarle que solo era el principio; su flor no solo era sensible en el exterior, dentro el goce también tenía sus matices. Él le introdujo uno de sus dedos por el canal inexplorado, el que se fue ensanchando con los movimientos que lo conquistaban. La invasión fue dolorosa, pero venía acompañada de una fuente de placer inagotable que la impulsaba a dejarse vencer y exigir más.

Estaba en una carrera hacia una meta que desconocía, pero que añoraba como al tesoro más codiciado, un precipicio la llamaba, uno que Hugo conocía bien, al que la conducía sin remedio. Sentía que de un instante a otro iba a perderse en sus brazos, su cuerpo laxo se dejaba caer sobre los músculos fuertes de él y la mano que aún permanecía afianzada a uno de sus glúteos, la que la elevada para presionarla contra su boca y enloquecerla con el ir y venir de su caliente lengua y con aquel dedo que afanosamente había encontrado un secreto refugio entre sus piernas. Justo cuando la tenía en ese punto de no retorno, cuando el calor latía de sus entrañas exigiéndole que fuera más enérgico en los movimientos que la hacían caer en una inexorable tortura, él se detuvo.

María Teresa insatisfecha estuvo a punto de maldecirlo, aunque fuera la primera vez que un insulto cruzara sus labios. Hugo se mostró complacido y acariciando su miembro sobre la tela de sus calzones decidió descubrirlo y dejarlo expuesto, erguido y potente, ante la ávida mirada de la señorita, que observó cómo el joven con toda intención lo dirigía hacia su interior. Aún lo deseaba y pretendía seguir embebida de aquel elixir que Hugo le había arrebatado cerca del momento cumbre, ese que palpitaba exigiéndole ser atendido, pero, ante la amenaza del monumental invasor, tembló y sin dominio de su cuerpo intentó la retirada, él volvió a besarla y le susurró:

—Confía en mí, mírame a los ojos.

—Es un sable enorme, me atravesarás —se le escapó.

—Créeme que terminarás por amarlo y dominarlo a la perfección. Molestará un poco al principio, pero la recompensa valdrá la pena.

Y cuando él le acarició la abertura con la sedosidad de la punta de su espada, sin invadir terreno, dulcemente, una y otra vez, haciéndola recobrar el ritmo que su boca le había enseñado, ella volvió a derretirse entre sus brazos, se relajó hasta acercarse a las puertas de la cúspide. Él la estudió con calma y justo al emerger las primeras punzadas del orgasmo de su mujer empujó dentro, ella gimió de dolor y de placer al mismo tiempo, y explotó como un volcán que había permanecido dormido toda su existencia.

—Déjate ir, no te detengas —la apremió Hugo mientras él arremetía cadenciosamente hasta hacer que las pelvis de ambos chocaran de manera agradable. Ella obedeció las demandas de su cuerpo.

El dolor quedó rezagado cuando sus paredes fueron dándole la bienvenida al suave embiste del hombre que amaba, uno que fue aumentando y haciéndose más grato cada vez. Hugo giró sobre su espalda dejándola arriba, quería observar como sus pechos danzaban y como sus rubias guedejas ondeaban en el frenético subir y bajar. Ella se aferró a la dureza de sus pectorales y siguió las recomendaciones de su esposo, cerró los ojos y se dejó guiar por la sensación que la embargó, era parecido a cabalgar, pero en vez de un potro montaba al más delicioso espécimen, jamás se arrepentiría de huir con él, de convertirse en su esposa y de entregarle su virtud. Sus movimientos aceleraron y de nuevo el calor amenazó con derretirla, aquella sensación volvía a invadirla y a hacerla explotar desde sus entrañas, lo disfrutó hasta lanzar un grito de satisfacción. Fue entonces

cuando Hugo, quien ya no podía contener sus deseos de liberarse ante las sacudidas con que su mujer lo castigaba, la obligó a abrir los ojos y mirarlo directamente a los suyos, mientras él derramaba hasta la última gota de su simiente en lo más profundo de su vientre.

La acercó a sus labios y la besó con ansias, se devoraron a besos sin prisas. Ya el tiempo no era un impedimento, su escapada había sido un éxito, no importaba si les interrumpían en medio de la madrugada, él tendría que reparar el honor de la dama en cuestión, uno que por cierto había sido reparado antes de serle arrebatado. La huella del enlace quedaba como finas gotas rosadas sobre las sábanas blancas, ella bajó los párpados apenada. Él le sostuvo el mentón y la exhortó a levantar la frente, quería verla segura y que nada que proviniera de tan tórrida unión la avergonzara.

—Te amo —le confesó Hugo embriagado de dicha.

—Abrázame fuerte.

—Eres una fierecilla en la cama, sabía que me darías guerra, pero superaste el potencial que vi en ti, no podrías ser de León, eres solo mía —bromeó para provocarle la risa, una que fuera más poderosa que su recato.

—No lo vuelvas a mencionar, nadie más que tú podrá tenerme.

—Ahora todo estará bien. Nos pertenecemos para siempre.

Hugo se levantó triunfal por una copa de vino y llamó a la servidumbre para que preparara la bañera para la señora, él sabía que su benefactor no tardaría, esa misma noche estaría allí y quiso cerciorarse de que su esposa se viera decente. Una vez el baño listo, retiró al servicio y la sumergió en el agua tibia, él mismo lavó profusamente cada una de sus partes, aunque eso solo conseguía aumentar su libido, y el aseo terminó interrumpido por una tórrida sesión de besos que dio paso a la pasión más arrolladora. Hugo volvió a hacerla suya y ella se dejó envolver una segunda vez por su seductora hombría.

A la mañana siguiente, con el desayuno en el lecho, María Teresa sonreía ajena a la preocupación de Hugo. Los habían proveído con una bandeja de plata con café y leche en fina porcelana, copas de cristalería francesa con agua y jugo de naranjas, así como una succulenta ensalada de frutas tropicales, papaya, mango, sandía, entre otros manjares, todo lo que necesitaban para recuperar energía. La recién casada le preparó con gracia una tostada con mantequilla a su flamante esposo y lo convidó a morderla, su sonrisa se desvaneció al notar su inquietud.

—¿Qué te aflige? ¿Has perdido el apetito? Te recuerdo que ayer nos fuimos a la cama sin cenar.

—Me pregunto por qué el marqués aún no ha dado con nuestro paradero —compartió Hugo.

—Ha de estar siendo discreto.

—Eso es mala señal.

—Mi padre se sorprenderá cuando sepa que estamos casados, es algo que lo dejará sin argumentos.

—Tal vez espera conocer nuestras demandas. Quizás es hora de que vaya a darle la cara, de enfrenarlo, de acudir personalmente a exponerle los hechos.

—No quiero separarme de ti. —La sombra de la duda se asomó a su azul mirada.

—No temas, no te dejaré sola sin resguardo ante la furia de tu padre, sería un riesgo que no estoy dispuesto a correr si antes de interceptarlo te encuentra primero.

—Entonces comamos, vendrá cuando sea el momento. —Volvió a sonreír e intentar que él abandonara aquel semblante turbado.

Le volvió a acercar el pan tostado y él lo mordió gustosamente, un sonido proveniente de su estómago lo delató, estaba hambriento y se dejó consentir por aquel ángel de larga cabellera rubia que se desvivía por complacerlo. Entre risas y besos se rindieron a saborear el contenido de la bandeja. Ella se había dejado atrapar por la burbuja de la felicidad y por el nuevo papel de esposa, el que desempeñaba con orgullo. Tras engullir sus alimentos y, aún luciendo su hermosa bata, lo provocó, dejando al descubierto uno de sus hombros:

—Amor, ¿no estás adolorida? Tenemos toda una vida para amarnos, si me sigues mirando así no respondo de mí.

Ella no se detuvo, retiró la bandeja y aún de pie dejó caer la bata a lo largo de su cuerpo, quedó cubierta solo por la delgada tela de la camisola, lo miró y sin pudor comenzó a desvestirse de la

última prenda. Hugo ni siquiera le dio tiempo a quitársela, cuando María Teresa reaccionó estaba de espaldas sobre el lecho nupcial mientras su esposo devoraba con un hambre insaciable sus partes más íntimas, ella cerró los ojos y se dejó hacer, no quería que parara nunca. Ya vislumbraba su matrimonio, Hugo y ella encerrados en la habitación abrasados por el placer, no dormirían, no comerían, tal como la noche anterior y tendrían que recurrir a remedios para combatir las ojeras. ¿Cuánto duraría esa euforia? Se preguntaba mientras se perdía en los movimientos de la cálida lengua de su experto amante, que esta vez no se detuvo hasta robarle un orgasmo que superaba los que había tenido en su cortísima experiencia sexual.

Quería más, deseaba volver a observarlo a los ojos mientras él se perdía en el goce de su cuerpo, amaba mirar directamente al deseo. María Teresa quiso repetir la experiencia y cabalgarlo hasta que ambos alcanzaran la cúspide. Hugo no se dejó montar como la primera vez, en esa tortuosa agonía, hasta que ella a golpe de cadera le extrajera la última gota de su semilla. Prefirió demostrarle cómo podía hacerla gritar de placer mientras se removía en su interior, la empotró a la cama, pero de forma enérgica durante un largo rato y le demostró quién tenía el control. Ella se derritió de gozo entre sus brazos hasta terminar gritando su nombre cuando poderosas convulsiones pusieron en pausa su existencia. Al heredero se le escapó una risa descarada sin renunciar a embestirla, su propia descarga comenzaba a bullir en su interior dando señas de su inminencia y mientras ella se retorció ante las últimas pulsaciones de su clímax, él se derramó triunfal en lo más profundo de su intimidad.

Terminaron consumidos, exhaustos, deshidratados. Pegaron las frentes, salpicadas por gotas de sudor, mientras intentaban recuperar el ritmo habitual de sus respiraciones; se habían derrotado el uno al otro, estaban vencidos y desgastados.

—Me encantaría llevarte de luna de miel, si las cosas toman su curso —dijo abrazándola con un hilo de voz.

—Mi única luna de miel es permanecer a tu lado, no necesito nada más.

Y justo cuando yacían sin aliento en la cama, intentando recuperar sus fuerzas, los golpes del marqués sobre la puerta sacudieron la alcoba nupcial. Un empujón certero hizo que los encontrara encamados, agitados, ligeros de ropas y apurados por tapar sus vergüenzas con las sábanas.

—¿Pero qué diablos es esto? ¿Ambos han perdido la razón? ¿Cómo pudiste deshonorar a mi hija, Hugo? ¡Muchacho del demonio, mi esposa me advirtió que serías mi cruz, pero no quise escucharla! —gritó furibundo, mientras se llevaba una mano para apretarse el corazón.

—Le ruego que me escuche —le dijo Hugo con solemnidad, había ensayado su discurso lo suficiente, lo enfrentó sin exaltarse.

—¿Qué explicación me darás sobre este acto detestable?

—Créanos que no hemos actuado con ligereza, si me permite unos minutos para ponerlo al corriente...

—¡No quiero oírlos a ninguno de los dos! ¡Ahora mismo lo más juicioso que pueden hacer es pedir perdón y someterse a la solución que urdiré para que no sea el fin de nuestro apellido! —

Sus rugidos lo hacían parecer un tigre furioso y enjaulado.

—Usted sabe de mi amor por su hija... —quiso aclarar Hugo, pero su suegro estaba tan irascible que lo interrumpió en el acto.

—¿Y eso justifica que la robes como un vulgar ladrón y la desflores como a una mujerzuela?

—Usted no sabe lo que dice y no le permito que se refiera en esos términos a mi esposa —acotó con firmeza.

El silencio se hizo presente, el marqués con la mano aún en el corazón dio dos pasos hacia atrás. Buscó una silla y se sentó de golpe.

—¿Padre se encuentra bien? —indagó María Teresa asustada.

—Ambos quieren matarme, solo así se saldrían con la suya.

—Excelencia, ¿qué siente? ¿Llamamos al doctor? —insistió Hugo.

—Muchacho del demonio... —El marqués intentó decir algo, pero quedó desarmado ante la fuerza con que Hugo había sostenido esa frase: «mi esposa», las palabras se le atoraron y tuvo que exigir que le explicaran aquello a lo que sus oídos no daban crédito, se puso de pie y recobrando el color inquirió desafiante—: ¿Esposa?

—Nuestra boda fue ayer. Estamos casados ante la ley de Dios —admitió su heredero.

—¡Es un disparate! ¿Cómo se han atrevido? ¿Con la autorización de quién? No he dado mi permiso a ninguno de los dos, tú eres mi hija y mujer, y tú, maldito infeliz, aún no tienes veinticinco años, así que la ley me da derechos sobre ti como tutor. Ese matrimonio no tiene validez sin mi ratificación, puedo desheredarlos, puedo...

—Hemos cumplido con todo el rigor, tenemos dos testigos que pueden dar fe de nuestro acto.

—Hugo es un impío, pero tú, mi princesa, ¿dónde quedó tu pundonor? Yo te salvaré de la ruina, tengo que hacerlo —trastabilló su excelencia abatido.

—Amo a Hugo, padre. Y estar a su lado como su esposa es la única solución que me importa —se atrevió a decir María Teresa.

—Cuando se ama se desea el bien para esa persona y lo mejor para Hugo es no robarle la mujer al sobrino del Capitán General antes de llegar al altar, eso lo pondría en la mira de León y del tío, especialmente de los Villavicencio, son muy rencorosos y no cesarán de presionar al gobernador para echarnos por tierra los negocios.

—No lo harán —replicó Hugo—. Ellos necesitan de su fortuna para que la isla siga progresando, además usted también tiene contactos muy poderosos aquí y en España. ¿Por qué no enfrentarlos?

—Porque no quiero, no romperé los tratos que ya están corriendo. Tú te debes al marquesado y tú —dijo señalando a su hija—, eres una vergüenza para mí. Pensé que de mis tres hijas la que más dolores de cabeza me daría sería Altagracia. Estaba muy equivocado. Hugo, no deberías dudar ni un segundo en casarte con Úrsula, es una santa. María Teresa, me has decepcionado, ahora solo eres un profundo dolor en mi corazón, repararé cada una de tus manchas y las ocultaré del mundo para que no perjudiques a tus hermanas y al resto de la familia, pero no podré

perdonarte jamás, hoy has perdido a tu padre. Hugo, solo espero que no te vuelvas a desviar del camino, eres el heredero y debes comportarte como tal. Te traje para darle honorabilidad a la familia, no para que deshonraras a una de mis hijas, menos para que hundieras el apellido que mi abuelo luchó tanto por darle renombre.

—No renunciaré a mi esposa, puede desheredarme si eso le complace. Saldremos de aquí juntos, mandaré por mi madre y mi hermana.

—¡Aún no tienes idea de a quién desafías! No llevarás a mi hija a ningún lado, te reitero mi oferta: sal de aquí y cástate con Úrsula, yo me ocupo de que esta oveja descarriada llegue intacta al matrimonio.

—¿Si yo acepto qué pasará con María Teresa? —preguntó sin soltarle la mano a su esposa, solo quería saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar su protector.

—Hugo, veo que estás comenzando a razonar. Te espero afuera de los aposentos, este asunto debe ser tratado entre hombres, me lo debes, por tu insolente traición.

Los esclavos se retiraron para darles privacidad ante la señal de Hugo, el silencio embargó el salón contiguo, solo interrumpido por los pasos nerviosos de su excelencia Rómulo Morell, que se dirigió a la estancia, donde aguardó a que se pusieran decentes. María Teresa se acomodó el camisón y se cubrió con la bata, mientras Hugo se colocaba la ropa. Cuando estuvo listo la besó en la frente y le susurró:

—Mandaré a las esclavas para que te ayuden a vestirme, mientras aclararé este asunto con tu padre. Quitá esa cara de angustia, estamos casados, no podrás separarnos. Solo estoy midiendo sus fuerzas.

—¿Qué pretende hacer mi padre conmigo? ¿Por qué tu pregunta? ¡No me dejes, Hugo!

La envolvió en un abrazo tranquilizador, la besó en los labios, se abrazaron fuertemente y antes de cerrar la puerta tras de sí, le susurró:

—Eres mi esposa, eres mi amor y será hasta que Dios nos lleve de este mundo. ¿Estás dispuesta a abandonar los lujos de la casa de tu padre y tener una vida más sencilla a mi lado? Te juro que no te faltará nada, pero tendremos que irnos lejos y cambiar nuestro estilo de vida, lucharé día y noche por prosperar, por darte lo mejor.

—Ni siquiera me lo preguntes, con los ojos cerrados te sigo al fin del mundo.

—Negociaré con tu padre para que nos deje irnos en paz.

Frente a frente al marqués, primero se midieron en silencio, luego este pidió que le sirvieran algo de beber, Hugo le indicó al servicio que le trajeran un coñac. Tras tomarse la bebida de un trago, su excelencia le dijo:

—¿Aún crees que te saldrás con la tuya? Sabes que estamos amarrados al conde de Marmosa, una afrenta así no quedaría impune, perdería la concesión para las vías ferroviarias, se empeñaría en arruinarnos.

—Estamos casados, mi mujer ya no puede desposar a León. Permítanos irnos. Solo buscaré a mi familia y saldremos de su quinta.

—Podrás ir por tu madre, pero Margarita no está.

—¿Qué hizo con mi hermana? —preguntó agobiado.

—Tú me devuelves a mi hija y yo te devuelvo a tu hermana, ve a ese lecho de perdición donde la has corrompido y rómpela el corazón. Dile que tenemos un trato y todo vuelve a la normalidad, asegúrale que te casarás con Úrsula y que ella tiene que desposar a León.

—No lo haré. ¡Le exijo que me dé razones de Margarita!

—Tan amoroso con tu hermana que jamás pensé que cambiarías el amor filial por unas faldas, porque eso que sientes por mi hija no es más que deseo, lujuria, se te pasará en un par de meses y estarás atrapado en un matrimonio como todos, te lamentarás de darle la espalda a la fortuna, María Teresa te consumirá con sus demandas. ¿O crees que se acostumbrará a vivir sin el lujo habitual? Te terminará odiando. Después no me digas que no te lo advertí. Ella aún puede casarse con León, nadie sabe de esta vil falta que han cometido.

—Estamos casados y lo hemos consumado, ya no puede casarse con él —repitió.

—Será lo primero de lo que me encargue al salir de aquí, de anular este inmundo enlace. A ella la mandaré a reparar su honor con un punto de oro, León ni siquiera se dará cuenta de que la mercancía ha sido adulterada. No me dejan otra alternativa.

—¿Con un punto de oro? ¡No se atreva a tocarla! No la abandonaré, es mi esposa y, si usted no me deja otro camino, me hará enfrentarlo para recuperar a Margarita. No descansaré hasta liberarla de sus garras.

—Eres una decepción, muchacho, igual que tu padre, renuncias a tus obligaciones por una mujer. No tienes honor, pero me encargaré de mantener a flote el marquesado como lo hice en el pasado.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué tiene que ver mi padre?

—¿Acaso no lo sabes? Tu padre estaba destinado a ser el marqués de Morell de Santa Ana, él era el nieto mayor, nuestros padres ya habían fallecido, mi finado abuelo lo veía como su heredero y, justo cuando más lo necesitaba, Héctor le dio la espalda para huir con tu madre. Algo similar a lo que intentas hacer. He tratado de convertirte en un caballero, pero es indudable que eres el reflejo de su crianza.

Hugo jamás había escuchado esa historia, se quedó impactado, no entendía por qué su madre jamás lo había mencionado. Cuando reaccionó, se dio cuenta de que cuatro de los hombres de su benefactor lo tenían rodeado y apuntándolo con una pistola.

—¿Excelencia, ha perdido la cordura? ¿Qué hará, matarme?

Hubo un forcejeo, el marqués negó con fastidio al ver que su muchacho era bueno también con los puños y añadió mientras el joven luchaba con ahínco:

—Te superan en número y están armados, es mejor que te rindas.

—Esto es una bajeza —se defendió.

—No tengo intenciones de matarte, sería un desperdicio, tienes todos los elementos para ser mi heredero, solo espero que entres en razón, así tenga que enseñártelo por la fuerza.

Dos de los secuaces intentaron inmovilizarlo por la espalda, uno sujetando cada brazo, pero no podían controlarlo. Un tercero le asestó un duro golpe en el vientre, pero Hugo resistió como una roca, luego otro golpe y otro. Al ver que el joven resistía, el atacante miró directamente a su patrón buscando qué hacer, después de todo Hugo era el heredero; el marqués hizo un gesto para autorizar que continuara moliéndolo a puñetazos. Los hombres que lo superaban en número lograron someterlo, le pegaron tanto en el tórax que cayó de rodillas, sin aire, con los sentidos alterados, con las manos fuertemente sujetadas a sus espaldas y una pistola apuntándole a la cabeza, escuchó como le exigían:

—¿Qué sacerdote osó desposarlos sin mi autorización? —Hugo no respondió y uno de los hombres lo abofeteó en el rostro, el marqués insistió—: ¡Habla!

—Puede matarme a garrotazos, no le diré nada —soltó apenas sin fuerza.

—Me cobraré cada una de tus afrentas con Margarita.

—¡Es usted un canalla! ¡No se atreva a tocarla!

—Investiga con mucha discreción —le dijo el marqués a uno de sus sirvientes—. Hazte cargo de ese cura y de no dejar huellas del certificado, sobórnalo, usa la fuerza, no te permito fallar.

El marqués dio una orden y sus hombres lo sacaron de allí, justo cuando María Teresa ataviada con el vestido de la tarde anterior abrió la puerta de los aposentos preocupada por los gritos y el ruido, solo se encontró a su padre.

—¿Dónde está Hugo? ¿Qué le ha hecho?

—No tengo que darle explicaciones a una pecadora.

—Estamos casados —protestó.

—Ahora mismo uno de mis hombres se está encargando de resolver ese incómodo problema. Te espera un carruaje, sube, te haremos llegar un equipaje decente.

—¿De qué está hablando? ¿A dónde me está enviando?

—A reparar tu vergüenza, aún tienes que casarte con León.

—Necesito hablar con Hugo, no me moveré de aquí hasta que lo vea.

—Hugo te abandonó, se fue a Trinidad a atender los ingenios hasta que todo se calme.

María Teresa estuvo a punto de permitirle a su corazón dudar, pero el recuerdo de sus besos y sus abrazos no se lo permitieron.

—No le creo, padre. ¿Qué hizo con Hugo?

El marqués se mantuvo en sus trece, María Teresa sin importarle ya sus palabras salió corriendo, renuente a aceptar su abandono, él no podía desaparecer tan rápido. Con las lágrimas bañándole el rostro descubrió un hilo de sangre sobre la alfombra, el hallazgo la hizo sobresaltarse más, desconocía por completo la reacción de su padre, se llevó una mano a la boca para contener un grito y siguió el rastro en dirección al patio trasero, encontró a los hombres de su padre que llevaban a rastras a Hugo mal herido. No se detuvo hasta abrazarlo, aún cautivo por los agresores, los que detuvieron su paso ante la presencia de la dama. El marqués los alcanzó en el patio y les exigió:

—¡Andando, no se paren, sigan mis órdenes!

—¿A dónde se lo lleva? —gritó María Teresa con el corazón destrozado, pero no obtuvo respuesta.

Ella tomó entre sus manos el rostro desfallecido de su amado e intentó sacudirlo para que volviera en sí:

—¡Hugo, mi amor! ¡Reacciona! —le besó las lesiones.

Él abrió los ojos lentamente hasta poder vislumbrarla, la imagen borrosa tomó forma hasta volverse nítida, ella lloraba. Hugo le susurró muy quedo un «te amo» y ella no aceptó que se lo arrebataran. Una orden certera del marqués fue suficiente para que otro de sus hombres la separara del joven, pero, a pesar de ser pequeña, se resistió con fiereza. La impotencia de Hugo, sin poder moverse para hacer algo para defenderla, lo hizo murmurar:

—¡Me rindo! ¡No insistiré, pero no la toquen! Déjenla en paz.

—¡Alto! —La orden del marqués rasgó el caos y retumbó en los presentes—. ¿Renuncias a mi hija, Hugo Buenaventura Morell y Sequeira?

—Lo haré si me garantiza que estará bien, que no la lastimará y que la mantendrá a salvo. León no es bueno para ella, hay algo turbio en su pasado. Podría ser peligroso.

—¿De qué hablas? Lo conozco de toda la vida.

—Tiene secretos, por eso le estaba vedada la entrada al antiguo salón de Carmela.

—Patrañas que han urdido Carlos Enrique y tú para salirte con la tuya.

—Deme unos días para investigar; si tengo razón, yo me quedo con su hija.

—Has perdido la cordura, deben ser las contusiones. No creo que siquiera puedas ponerte de pie en una semana.

Hugo hizo aplomo de sus fuerzas y se intentó incorporar, las piernas le fallaron y ella lo ayudó a sostenerse, lo apuntaló para que no se abatiera al suelo cuan largo era. Los hombres se retiraron unos pasos por instrucción del marqués, que los observaba a unos metros. María Teresa suplicó:

—No me dejes, Hugo, mi padre se las arreglará para separarnos.

—Sígueme la corriente, necesito ganar tiempo. Me equivoqué, tu padre no iba a aceptar lo nuestro, debimos haber huido —le susurró al oído—. No imaginas las cosas funestas que tiene reservadas para ti, no quiero que sufras.

—¡Dejen el cuchicheo! ¡Esto se ha terminado! —gritó el marqués y volviéndose a sus hombres les ordenó—: ¡Lleven con suma discreción a la señorita a donde quedamos, mandaré después su equipaje!

—¡Aguarde! —clamó Hugo dando unos pasos lastimeros en dirección de su excelencia, mientras ella no lo soltaba—. ¡Es virgen!

—¿A qué juegas, muchacho? —preguntó el marqués y al comprobar que Hugo no podía avanzar se acercó hasta él, quien le susurró casi al oído.

—¡Lo es! Le doy mi palabra. Quisimos esperar a la luna de miel, si mi intención hubiese sido mancillarla no me habría casado con ella.

—Los encontré en el lecho, ligeros de ropa, en una situación que atestigua en contra de ambos.

—Nos dimos afecto, usted sabe que hay formas de disfrutar de una mujer, pero no hubo penetración, es virgen.

Su tutor lo miró con seriedad, dudaba en extremo y se encargaría de llegar a la irrevocable verdad, ordenó a sus sirvientes:

—Lleven a la señorita María Teresa a la casa y a Hugo búsquenle un médico. Imagino que Carlos Enrique del Alba estará honrado de continuar brindándote hospedaje en esta propiedad. Hugo, solo puedes volver a la quinta si rectificas y le cumples a Úrsula tu promesa de matrimonio.

Solo entonces ella puso un pie en el carruaje, no estaba tranquila, pero al menos tendría la certeza de dónde podría encontrarlo y que sería atendido por un doctor.

Con su mantilla blanca, María Teresa cubrió su vergüenza ante los ojos acusadores del marqués, que la observaron acceder a la entrada principal. Su madre se le acercó con un paso lento, que ni a una marcha fúnebre podría comparársele. Sus ojos estaban secos, pero las huellas del llanto desconsolado podían apreciarse. La marquesa no pronunció una palabra de bienvenida, ni siquiera manifestó el alivio que sintió de saberla en casa. Cruzaron miradas y con ello fue suficiente para que María Teresa supiera que tendría que esforzarse para merecer su perdón. Las señoritas de la casa tampoco estaban a la vista, suspiró rogando a Dios que la reprimenda no fuera extensiva a ellas. Subió los innumerables escalones, no quiso detenerse hasta llegar a sus aposentos, donde se derrumbó de rodillas a los pies del más amplio ventanal y enterró su rostro, anegado de llorar, entre sus manos.

Tras unos instantes, unos golpes en la puerta le advirtieron la presencia de alguien, pensó que era Perla y le pidió que siguiera. Su sorpresa fue otra, doña Alma, con la angustia reflejada en el semblante le preguntó:

—¿Dónde está mi hijo? Me urge verlo.

—En una casona en Guanabacoa de la propiedad del señor Carlos Enrique del Alba.

—¿Puedes darme la dirección?

—Se la anotaré —dijo y usó su papel de carta con sus iniciales grabadas para escribirla—. Perdónenos por la vergüenza que le hemos hecho pasar.

—Tu padre casi se muere de la decepción, su corazón sufrió un duro azote. No sé cómo puede sostenerse en pie después del susto que se llevó. El médico no aprueba que haya abandonado la cama, solo la ira lo sostiene. Espero que no termine por colapsar.

—¡Jesús bendito!

—¿Entiendes a dónde ha llegado el arrebato que les hizo huir? Su excelencia pudo haber muerto.

—No creímos que nuestra decisión afectara la salud de algún miembro de la familia, pero eso no justifica su reacción.

—¡Hugo es un insensato! ¡Y tú, mi niña, cómo se te ha ocurrido seguirle! Eso solo los puede perjudicar a ambos.

—Nos amamos.

La señora se le acercó y le acarició con cariño una de las mejillas rosadas.

—Sé todo lo que se puede sacrificar en nombre del amor, más a la de edad de ustedes, pero no estuvo bien que te perjudicara, hay cánones que no deben romperse.

—Hugo es mi esposo —susurró—. Huimos para casarnos.

—¡Ave María purísima sin pecado concebida!

—Mi padre se empeña en separarnos. No repita nada de lo que está escuchando, por el bien de todos.

—Aunque no estoy de acuerdo con el comportamiento de mi hijo, reconozco que me sorprende, por mucho que el marqués lo ha moldeado a su forma, en el fondo, aún posee un corazón noble y apasionado como el de su padre. Cuenten conmigo, estoy de su lado —afirmó y tomó el papel para salir con prisas.

—¿Y Margarita?

—Por eso lo necesito, tu padre se la ha llevado lejos, la usará como moneda de cambio para someter a Hugo.

—No lo permitiré, ahora mismo le exigiré que no se ensañe con ella.

—Deja que mi hijo se ocupe, a él lo escucha.

—Eso ha cambiado. Hugo... no podrá hacer mucho, al menos hoy...

—¿Qué quieres decir?

—Los esbirros de mi padre lo han golpeado, está muy herido, solo por eso he vuelto, no aguanté que lo siguieran torturando. —La señora no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas al escucharlo, se llevó una mano al corazón, sus hijos, atrapados en esa maldita telaraña. Jamás pensó que el marqués, que hasta ese momento lo había protegido como a un hijo, llegara a tales extremos—. Vaya con él, a lo mejor a usted la dejan verlo. Dígale que lo amo y que en cuanto se recupere estoy dispuesta a huir tan lejos como me pida.

La charla fue interrumpida por el andar sinuoso de la marquesa. Doña Alma salió tras la mirada despectiva de la recién llegada, que, a pesar de haberla tolerado bajo su techo y de haber sido hospitalaria, desde el último incidente, su resentimiento hacia Hugo se había extendido a toda su familia.

—Tu padre me ha enviado para un asunto engorroso. Refiere que Hugo le aseguró que aún eres virgen, después de pasar la noche con él lo dudo. No nos mientas o solo conseguirás dejarnos en vergüenza y perjudicar a tus hermanas si se descubre en tu noche de bodas que de esta familia ha salido una fruta dañada.

—Decidimos esperar.

—¿Por qué no puedo creerte? Esa mirada... No me veías así antes de haberte perdido una noche completa con ese desvergonzado. Me dijo tu padre que los sorprendió ligeros de ropa y juntos en el lecho. Quiero todos los detalles.

—No creo que sus oídos consientan escuchar.

La mano de su excelencia Lucrecia de la Concordia fue a parar justo sobre la mejilla de su hija,

dejándola enrojecida e inflamada. María Teresa tomó aire hasta saturar sus pulmones, jamás esperó una reacción semejante de su señora madre, no solía perder la compostura y menos a causa de la violencia.

—¿Hugo introdujo su miembro en tus partes íntimas? —María Teresa la miró de reojo al ver que su madre no se inmutó al usar ese lenguaje impropio de una dama—. ¿O se limitaron, como él sostiene, a retozar sobre las sábanas sin perjudicar tu virginidad?

—¡Madre!

—¡No toleraré tu mojigatería! Si tuviste el valor para huir con un hombre ahora te aguantas la vergüenza. ¡Responde!

—Si ya tiene la última palabra para qué me pregunta.

—¡Serás insolente! No me fío de ti. No nos arriesgaremos a quedar en vergüenza. Traeremos a un doctor especializado para que te haga un examen y nos dé la certeza de que aún estás intacta. Si no eres virgen, tu padre mandará a reparar tu virtud con un punto de oro o lo que proceda, pero no dará marcha a atrás y menos dejará su honor en entredicho; la boda con León será en la fecha pactada y te repararemos si estás mancillada.

—Pero mi padre le dio unos días a Hugo para demostrarle que León no es bueno para mí.

—Hugo dirá lo que sea para salirse con la suya. Es culpa de tu padre que nunca le dejó claro los límites, al final de cuentas, él no es su hijo y terminó por atribuirse derechos que no le correspondían, incluso pasar por encima de su palabra. Mi esposo se encargará de darle un escarmiento para que de una vez entienda cuál es su lugar.

—Creo que eso ya lo hizo, si usted considera que mandar a golpearlo con suma saña hasta dejarlo magullado no es suficiente, solo le quedaría matarlo.

La marquesa no pudo disimular su sobresalto al escuchar los actos violentos cometidos contra el joven. Respiró hondo y sin querer aceptar su turbación añadió antes de irse:

—Como nos hayan mentido, jamás recuperarás mi confianza. Una cosa es no tener vergüenza y lanzarse al pozo de la perdición, pero arrastrar contigo a tus hermanas, sería demasiado bajo, incluso para una pecadora.

María Teresa se mordió la lengua, no le respondió que estaban unidos en santo matrimonio, y que lo que Dios había unido no tenía derecho de ser separado por el hombre, ni que Úrsula fue la primera en exigirle que luchara por su amor. Solo aguardó, Hugo y ella necesitaban tiempo para reponer fuerzas y escapar.

Cuando doña Alma llegó ante la puerta de la residencia que albergaba a su hijo se persignó, no tenía idea de lo que le deparaba detrás de las paredes, su corazón de madre estaba compungido, aquel presentimiento que tuvo cuando comenzó a ver cómo el marqués complacía a su vástago a manos llenas se había hecho realidad, ella sabía que la situación podía revertirse si un día Hugo contrariaba a su protector, había percibido frialdad en su alma. Entró y se dejó guiar por una esclava ante su presencia, lo encontró descansando, recostado en la cama, él intentó ponerse de

pie y su madre lo excusó. Lo examinó desesperada, su rostro lucía intacto, salvo por escasos enrojecimientos, y aquello la tranquilizó de momento, pero, cuando le desató la bata y le levantó la parte alta de la ropa interior para evaluar su tórax, la vista del área dañada la hizo inquietarse. Indagó por los cuidados que había recibido y él le aseguró que el médico lo había tratado, que iba a mejorar. Tomó asiento cerca de su hijo y le sostuvo una mano para prodigarle caricias.

—¿Cómo piensas salir de esta, hijo mío?

—Mañana mismo me pondré de pie.

—En tu estado no podrás abandonar esa cama en un par de días.

—Tengo que hacerlo, necesito encontrar a don Anselmo, él conoce un motivo que puede deshacer el compromiso de María Teresa con León Villavicencio, tal vez así su padre nos permita estar juntos.

—¿Y qué te hace pensar que el marqués aceptará? Ya están casados, Hugo, esa joven no puede volver a casarse, sería un pecado. Por favor, no sigas de necio, temo que terminen por matarte.

—Madre, su excelencia no sería capaz.

—¿Estás seguro? Mira cómo te ha dejado.

—¿Cómo está Margarita? Intentó retenerme amenazándome con ella, pero no la perjudicará.

Doña Alma pensó muy bien qué responder, el estado de Hugo era preocupante, tampoco creía que el daño que el marqués pudiera ocasionarle a su hija fuera más allá de enviarla a un convento, negarle la dote o casarla en contra de su voluntad, para todo eso había tiempo de buscar una solución, pero Hugo era testarudo y no podía perderlo, Margarita tampoco lo soportaría, si le decía lo que estaba ocurriendo se levantaría de esa cama y temía que el marqués perdiera los estribos y terminara por quitarle la vida. Tampoco quería mentirle y prefirió evadir el tema. Él estaba tan magullado que no podía ordenar sus pensamientos.

—Hijo, descansa. Todo estará bien. María Teresa te ha mandado todo su cariño.

A la mañana siguiente, antes que despuntara el alba, Carlos Enrique estaba ahí para ayudarlo en su empresa de dar con el paradero de don Anselmo. Hugo se vistió con ayuda de una esclava y aguantando el dolor que sentía con cada pisada se dirigió al carruaje cerrado en que su amigo había venido.

—Pensé que iríamos a caballo —dijo Hugo.

—No creo que estés en condiciones de montar, a duras penas te sostienes en pie. Todavía no puedo creer el matiz que ha tomado esta situación, pensé que el marqués te exigiría reparar el honor de su hija, no que intentara deshacerse de ti.

—Él no me borraría del mapa, solo quiere darme una lección.

—¿Necesitas más pruebas de los límites que está dispuesto a cruzar su excelencia?

—¿Tienes noticias del sacerdote? Mi «protector» amenazó con enterrar nuestro matrimonio.

—¿Le revelaste su nombre?

—No y tampoco sabe en qué iglesia nos casamos, pero no tardará en averiguarlo.

—Tendré que ocuparme de eso.

—Odio causarte tantas molestias.

—Vamos a la casa de don Anselmo para indagar sobre su paradero. Según mis cálculos ya debería estar, mínimo, en el viaje de regreso. Puedo hacerlo solo, ¿por qué no aprovechas para reponerte? No te quedarás aquí, irás a mi residencia, mis hombres te resguardarán.

—No puedo estar un segundo más en esa cama sabiendo que la pierdo, es ahora o nunca, María Teresa no puede desposar a ese hombre, es mi esposa.

Una señal al cochero fue suficiente para que partieran raudos hacia la residencia de don Anselmo.

La esposa del señor los recibió y los hizo pasar, fueron reservados en cuanto al motivo de la visita tan temprano en la mañana, pero le hicieron saber que les urgía encontrarlo. Dada la amistad de las familias la señora les dio santo y seña:

—Mi esposo debe llegar a más tardar mañana, mandó telegrama hace dos semanas para anunciar su regreso, ya debería estar aquí.

Agradecieron la amabilidad y se despidieron, conscientes de que no podían hacer más gestiones. Hugo se lamentaba a los pies del carruaje:

—¡Un día o quizá dos! ¡No puedo perder tiempo!

—¿Por qué reniegas de tu suerte, amigo mío? Tardaríamos más en viajar al oriente del país y buscarlo por quién sabe dónde —le hizo ver Carlos Enrique.

—Pero estaría en control de la situación, la espera me carcome por dentro.

—Pues no te queda más que aguardar.

—Buscaré la forma de sacarla de la propiedad, huir es nuestra única salida.

—¿Y renunciarás al marquesado, después de tanto tiempo a merced de tu protector?

—Ya renuncié. Tal vez nunca fue para mí.

—¿Y lo que me revelaste de camino? Que era tu padre quien debía heredar el título, pero que huyó con tu madre declinando su herencia en favor de su excelencia. ¿Repetirás la historia?

—Ahora mismo me importa un comino el marquesado, solo quiero recuperarla —ratificó y subió al carruaje con lentitud debido a su estado.

Una vez acomodado apuró a su acompañante para ocupar su lugar, el que parecía intrigado por algo que acontecía; unos cascos de caballos y el golpetear de unas ruedas sobre los adoquines captaron su atención. Hugo interrogó con la mirada a Carlos Enrique, el que por toda respuesta añadió:

—Parece que la fortuna te está sonriendo, mi amigo, don Anselmo ya está de vuelta.

Hugo se dispuso a bajar a toda prisa, preparado para interrogar a aquel hombre allí mismo, pero el señor del Alba le rogó que le pidiera una cita para darle la oportunidad de reponerse del viaje. Los esclavos acudieron a recibir al señor, que se sorprendió con la presencia de los dos hombres en la casa.

—Don Carlos, usted por aquí. —Saludó con respeto a ambos.

—Le estábamos buscando, perdone usted el atrevimiento, querido amigo. Viendo que recién viene de viaje lo más cortés es retirarnos, para permitirle restablecerse. Regresaremos mañana, si le parece bien recibirnos o cuando usted considere apropiado.

—Pasen, por favor, no los dejaré en la puerta.

—Ya su esposa ha sido muy amable de recibirnos, en realidad íbamos de salida —continuó el señor del Alba.

—Insisto, pasen adelante.

Don Anselmo se puso cómodo y les invitó a disfrutar un café. Carlos Enrique dio toda una introducción que le permitió a Hugo aterrizar en el tema, pero el joven solo consiguió desesperarse más. Cuando finalmente después de todas sus pesquisas logró dar con el hombre y revelar sus motivos, este reaccionó tal como le había advertido Carlos Enrique. Se rehusó a darle razones.

—León Villavicencio no debería desposar a la hija del marqués, en mi opinión, pero no soy quien para entrometerme en ese asunto —aceptó don Anselmo.

—¿Por qué le sugirió a doña Carmen que le negara la entrada al salón en aquella ocasión? —inquirió Hugo con el mayor respeto.

—No me corresponde hablar del tema, solo le puedo decir que si fuera el marqués lo querría muy lejos de mi hija.

—Estoy dispuesto a buscar la manera de prohibir esa boda; si el marqués supiera, de seguro sería el primero en oponerse —manifestó Hugo.

—¿Y quién le asegura que no lo sabe? Los más encopetados se alían para cubrirse las espaldas.

—No el marqués cuando se trata de una de sus hijas.

—Lo siento, joven Morell. No puedo darle razones; si tiene la forma de disolver ese compromiso, le imploro que lo haga, pero no me exija que ande como las señoras que no tienen ocupación discurrendo en cotilleos. He dado mi palabra de no revelarlo.

—La señorita María Teresa es un ángel, toda candidez y dulzura, la hija más pequeña del marqués —intervino Carlos Enrique—. Le ruego que como caballero no conserve un secreto que pueda ponerla en riesgo. Mi esposa fue muy enérgica al advertirme de León; el marqués de Morell de Santa Ana es un gran amigo mío. Lo manejaremos con suma discreción, solo necesitamos una razón válida.

—Es violento, casi mata a golpes a una prostituta —reveló afectado el señor finalmente—. Su padre, el conde, tuvo que intervenir para que no se hiciera un escándalo. No quiero que mi nombre se vea envuelto en este lío, pero puedo ofrecerte los datos del salón y de la mujer que fue agredida. Si su excelencia me da su palabra de mantener en secreto mi revelación, puedo darle mi testimonio. Estaba allí, tuve que intervenir de inmediato llamando a un doctor o esa mujer habría muerto.

Con aquellas sórdidas revelaciones salieron a toda prisa, elucubrando cómo enfrentarían al

marqués para que interviniera y cortase los lazos que unían a María Teresa y León Villavicencio. Carlos Enrique le suplicó a Hugo que lo dejara hacerse cargo, con solo tenerlo en frente pondría al marqués a la defensiva. A duras penas accedió, pero insistió en aguardar en el coche una respuesta. Se sorprendió cuando el carruaje fue retenido al llegar a los arcos que daban paso a la quinta en la Calzada del Cerro. Cuando los hombres que vigilaban la puerta detectaron a Hugo, le dijeron que su paso a la propiedad estaba prohibido. Hugo se exasperó por el trato que le daban quienes hasta hacía dos días le servían, pero no le quedó más remedio que atender a la sensatez de su mentor.

—Iré caminando a la casona —dijo el señor del Alba.

—Pero desde aquí es indignante para alguien de tu posición.

—Puedes esperarme o irte a mi casa y aguardar allí, el coche puede venir por mí de inmediato, no creo tardar.

—Aguardo.

—Preferiría que te vayas, no estás en condiciones de defenderte si estos hombres tienen órdenes de agredirte.

—No tengo miedo.

—Sé sensato por un demonio, estoy tratando de ayudarte, debes ser más frío para tomar decisiones. Ve a mi casa, así sirve que tranquilizas a mi esposa que está nerviosa con este asunto. Dile cómo va todo, estaré contigo en breve y te repito, ya no es necesario que te hospedes en Guanabacoa. Hazme el honor de ser mi invitado, quiero recibirte en mi hogar.

Hugo partió y dejó todo en manos de Carlos Enrique. El que no tardó en estar encerrado con el marqués en su despacho. Su excelencia le invitó a beber una copa de oporto y le recriminó su participación en la boda secreta de Hugo con su hija. El señor del Alba pidió disculpas, pero no ahondó en sus razones, fue directo al grano y le transmitió cada una de las palabras de don Anselmo a su interlocutor. Expuestos los hechos y recalando el peligro que representaba León para María Teresa, aguardó una respuesta.

—No les creo —resolvió el marqués después de mucho pensar.

—Su excelencia, don Anselmo está dispuesto a repetir cada frase ante usted, solo pide a cambio que le dé su palabra y no de vele la fuente de la información ante los Villavicencio.

—Un ardid que están tramando ustedes para que Hugo se salga con la suya.

—Usted conoce a don Anselmo, es un señor respetable que jamás cometería un acto vil contra alguien honorable.

—También sé de sus correrías y de los lazos de amistad que lo unen contigo y con tu esposa. No olvides, muchacho, que te vi crecer. Fui uno de los mejores amigos de tu padre, que Dios lo tenga en su santa gloria.

—En nombre de esa amistad se lo imploro.

—Sé que harías lo que fuera por Hugo y no te lo reprocho, es tu amigo y me enorgullece la lealtad que los une, incluso en mi contra, pero León y su familia solo me han dado muestras de su

respetabilidad.

—¿Es su última palabra?

—Es la única.

Su madre le indicó a María Teresa que el médico ya había llegado, lo hizo con desdén, sin detenerse a pensar en sus sentimientos y se retiró. Se sentía humillada por tener que someterse a semejante invasión a su intimidad, por ser valorada y juzgada como una pieza, no como un ser humano. Sabía que estaba perdida, que el doctor descubriría lo que no podía ocultar. Las esclavas llegaron para prepararla, le colocaron una bata de seda blanca que le llegaba desde el cuello hasta los dedos del pie, la acostaron en la cama y le colocaron una sábana de lino que solo dejaba su rostro al descubierto, luego se retiraron. Unos golpes en la puerta la alertaron y todos sus músculos quedaron tensos. Al ver a doña Prudencia, suspiró. La señora se le acercó con cautela, negando con la cabeza, sin poder disimular su agobio.

—Aún no sube el galeno, está teniendo una charla con tu padre —le comunicó—. Nieta mía, ¿cómo fuiste a caer en las garras del lobo?

—Abuela, no me lo haga más difícil, es vergonzoso para mí hablar de este tema con usted. Mi madre me lo tiene prohibido.

—Porque tu madre sigue las órdenes de tu padre, como si ningún otro planteamiento tuviera valor, está obsesionada con ese hombre y cree que siempre tiene la razón. Yo te cuidé con esmero estos últimos años. ¿Por qué no recurriste a mí cuando Hugo comenzó a rondarte? Te preparé para que no cayeras en las garras de ningún tarambana. ¿En qué fallé? Tus hermanas han sido virtuosas y tú has sucumbido, es mi culpa. Tus padres pensarán que la que dejaron a mi cuidado es la que única que ha perdido su honor.

—Abuela, no es su culpa, no se atormente.

—Mí niña, ¿estás enamorada?, ¿es eso? Pero tú, ¿qué sabes del amor?

—Me moriría sin él, sin su sonrisa, nada me hace tan feliz como verlo reír.

—Son sus labios pecaminosos, hija mía. Dios le dio una boca tentadora, voluptuosa y tan tintada de carmesí que solo puede tener una misión, conducir a jóvenes inocentes a pecar. No es amor, es lujuria. Debes rezar día y noche para salvar tu alma.

—¿Qué cosas se le ocurren, abuela? Y su mirada, no podría vivir sin sentirme abrigada por ella.

—Más bien devorada, he visto cómo te mira o, mejor dicho, cómo te acecha, con esos ojos oscuros como el mismo pecado, seductores, grandes, penetrantes. Un caballero no osaría posar

sus ojos en una dama, menos en una señorita. —Hizo una pausa para santiguarse—. Debes correr en cualquier dirección que te aleje de él. Hugo está marcado por la concupiscencia, sus padres huyeron juntos víctimas de la pasión, don Héctor renunció a todas sus obligaciones para huir con doña Alma, un hijo de la incontinencia nace condenado por los pecados de sus padres.

—Lo quiero con mi vida —continuó María Teresa decidida.

—¿Es que no me escuchas? Lo mejor para ti es alejarte de él y casarte con León. Con Hugo vivirás condenada y, cuando acabe su furor, cuando salga a la calle a buscar lo que en tu lecho ya no le complace, tu corazón sentirá el dolor más agonizante, nieta querida, si te aferras a él sufrirás un calvario.

—Me ama.

—Solo está consumido por el fuego de su propia hoguera, es el deseo que lo domina, pero pasará luego de tenerte unos meses o un año, después serás infeliz para siempre porque lo que lo une a ti, el hambre de tu carne, menguará cuando dejes de ser novedad.

Los prejuicios de su abuela lograron atormentarla más. Cuando el doctor acudió a los aposentos acompañado de una esclava, encontró a su paciente con unos lagrimones enormes bañándole el rostro, eso le dio mala espina de inicio. Doña Prudencia, a los pies de la señorita hizo espacio para dejarlo pasar. Negó con la cabeza y murmuró tras retirarse el servicio:

—¿Cómo se atreve a desempeñar tan repugnante función? Se estudia Medicina para salvar vidas no para irrumpir en la alcoba de señoritas decentes. Ahora hay médicos que se dedican a comprobar la virtud, no estoy de acuerdo, no se debe hurgar en la intimidad de una mujer, menos si es virgen, porque mi nieta lo es. Jamás se ha separado de mí, puedo dar fe de ello.

—Dispéñeme, señora, siga órdenes del padre de la señorita.

—No permitiré que la toque, no me fío de sus procedimientos, terminará usted por perjudicarla.

—Me ofende, señora mía, ante todo está mi ética —se defendió el doctor.

—¡Y ha elegido dedicarse al rubro de la Medicina más honorable, meter las narices debajo de una falda! No veo como su papel salve a un alma de Dios de la muerte.

—Se trata de honor.

La señora sacó una bolsa que había mantenido oculta en su vestido y la sostuvo en el aire.

—Joyas y oro, suficiente para librarlo de pecar bajo las enaguas de una joven virtuosa.

—Tengo una labor que cumplir, me debo a la solicitud del marqués. —Doña Prudencia sostuvo la bolsa y lo invitó a tomarla, el médico confundido sintió su peso—: Dios se niega a verlo ir en contra de sus mandamientos. Le doy mi palabra de que la joven es virgen.

—No puedo, jamás mis valoraciones han sido erradas. ¿Qué pasa si...?

—Le aseguro que está intacta, no la haga pasar por esta vergüenza y acepte mi agradecimiento por su honorabilidad, no tendrá quejas del marqués, le doy mi palabra.

Cuando el médico se perdió tras la puerta, María Teresa dejó de llorar y se abrazó a la abuela, le agradeció tanto haberla librado de ese momento y sus consecuencias. La señora le dijo con seriedad:

—No será tan fácil convencer a León Villavicencio, porque estoy segura que si Hugo te arrastró consigo debe haber robado todo lo casto en ti. Te diré lo que harás.

—No me casaré con León, Hugo vendrá por mí.

—Mi niña, no me sacrificué a la ira de tu padre para que termines con Hugo, solo quise librarte de tantas incomodidades, de la revisión del doctor, de la intervención con el punto de oro. Lo hice para salvar tu próxima boda. Cuando estés con tu esposo en el lecho deberás sangrar, será una prueba irrefutable que alejará cualquier sospecha. Los hombres notan cuando la mujer ha sido mancillada, debes mostrar tu vergüenza y tu desconocimiento en temas de la carne, procurarás que sea un reto para él introducirse, para que crea que el esfuerzo por desvirgarte ha sido arduo. Tendrás que verte compungida y adolorida, y sobre todo sangrar, no será difícil, nos sobra sangre en el cuerpo, solo necesitas una pequeña muestra, una diminuta incisión en la yema del dedo te dará la suficiente. Sé discreta y astuta, es tu único camino.

La señora la besó en la frente y la dejó descansar.

Los marqueses no eran ajenos a que había muchos corazones desbocados en la quinta, cada uno por sus propios tormentos, así que cuando el médico firmó la certeza de la virginidad de María Teresa ante sus ojos no lo pudieron creer. Quedaron unos instantes mudos y luego buscaron soporte el uno en el otro.

—Te dije que el muchacho era honorable, sabía que no me traicionaría —rectificó finalmente el marqués.

—Estoy realmente impresionada. ¿Dejarla virgen tras largas horas de tentación? Algo debe haber salido mal o ese doctor es un inepto.

—Hugo me aseguró que no le robó su virtud. Sabes que hay muchas formas de darle placer al cuerpo humano, pura ya no es nuestra hija, inocente menos, ni sus labios, ni el resto de su cuerpo, pero lo más importante, su flor, está intacta —murmuró casi a punto de arrodillarse y agradecer al cielo.

—¿Aún confías en Hugo?

—Ha sido como un hijo para mí, tuvo al menos la dignidad de casarse con ella inmediatamente de sacarla de la casa, otro en su lugar no habría tomado en cuenta ese detalle.

—Ese medicucho debe haber fallado en su valoración, no puedo creer que Hugo haya pasado toda una noche con nuestra hija y no hayan copulado. Tu protegido no se destaca por ser muy casto. Tú mismo me aseguraste que los encontraste en la cama, agitados.

—Mujer, no insistas con arruinarme la tranquilidad que he conseguido con ese dictamen. Tal vez disfrutaron de los placeres de la carne, pero sin llegar a la penetración, eso podría explicarlo.

—Lo que sería vergonzoso con creces, Hugo debería desposarla públicamente.

—Estamos amarrados al conde de Marmosa. Ya he invertido una cuantiosa suma de nuestro patrimonio en el ferrocarril. ¿Crees que me gustan los problemas? ¡Este muchacho del demonio! Si se hubiera decidido antes.

—¿Cómo podría? María Teresa estuvo fuera tanto tiempo y cuando regresó ya la habías comprometido sin siquiera consultarme.

—¿Crees que no hice un buen trato para nuestra pequeña?

—Tal vez debiste preguntarle, después de todo ella es quien se casará.

—El médico ha dicho que está indemne.

—Estás casi eufórico. ¿Qué harás? ¿Dejarás volver a Hugo después de su afrenta? ¿Retirarás a tus hombres apostados para impedirle entrar?

—Mantendré mi palabra, las puertas de esta casa le serán abiertas solo si está decidido a casarse con Úrsula.

Indispuesta, como si fuera la hora de dormir, María Teresa permanecía en la cama. La situación la dejaba sin fuerzas, por eso, cuando Perla subió para prepararla para la cena, pidió que la dispensara con su familia, no podría bajar.

—Mi niña, lamento que todo haya salido mal. —María Teresa se permitió llorar delante de su esclava—. Pero hay algo que tal vez le mejore los ánimos.

—Habla de una vez.

—Resulta que, después de retirarse el doctor, su padre se puso de buen humor, y decidió mandar a Matías con el caballo del señorito Hugo, para que se lo alcanzara en la casa del señor del Alba, dijo que su heredero no puede prescindir del corcel, también le dijo a Matías que se quedara a merced del señorito, que lo atendiera como de costumbre. Pidió a doña Alma que disponga que le envíen sus pertenencias, para que no pase incomodidades en la corta estancia que estará fuera.

—¿Corta? Eso no significa que está cediendo a mi favor, solo cree que ha ganado y quiere a Hugo de vuelta al redil.

—Pero Matías regresó con caballo y todo, el niño Hugo no aceptó las atenciones.

—¿Y qué dijo mi padre?

—Se encolerizó y vociferó, mencionó que Hugo era un testarudo, después de blasfemar en su nombre en repetidas ocasiones, se calmó, admitió que no esperaba que fuera diferente, que era demasiado parecido a él mismo y dejó el asunto en paz.

—No sé cómo esta noticia pueda tranquilizarme.

Perla le extendió una carta y le dijo:

—Es de él, se la dio a Matías para usted.

María Teresa sintió un fuerte sacudón en el estómago y una creciente tensión en la garganta. Tomó el papel desesperada y leyó:

Amor:

No hay tiempo que perder, todo está listo para huir; pide mañana mismo acudir a la iglesia, di que necesitas confesar tus pecados. Yo iré a buscarte y terminará esta pesadilla para siempre.

Te amo desesperadamente.

Amor

Ella siguió al pie de la letra la carta. Le pidió a Perla que la ayudara a vestirse y a la hora indicada ocupó su lugar en la mesa. Notó la ausencia de Margarita, también la de doña Alma y de Úrsula. En voz muy baja le preguntó a Altagracia a su lado.

—¿Qué pasa? ¿Dónde están todas?

—Castigadas por tus pecados. Úrsula tiene órdenes de no salir de su cuarto hasta nuevo aviso, papá desea que pruebe en carne propia el encierro. Le dijo que se enclaustrará a rezar día y noche, que tomará sus alimentos en su habitación, para que explore su vocación religiosa, en verdad es una consecuencia por haberlo desafiado. La pobre Margarita debe estar refundida en algún convento, desconocemos su paradero y doña Alma está muy afligida por sus hijos.

—¿Qué tanto cuchichean las dos? —preguntó la marquesa. Altagracia sin temor le respondió a su madre.

—Pongo al corriente a mi hermana de los acontecimientos en su ausencia. Quería saber dónde están las personas que hoy no nos acompañan a la mesa.

—Lo siento tanto —dijo María Teresa.

—Me alegro que estés arrepentida —indicó la marquesa, pero no traigan temas desagradables al comedor, disfrutemos de los alimentos en armonía.

Acabada la cena, acudió al salón donde conversaban su madre y su abuela, como cada noche y solicitó el permiso.

—Madre, me siento muy mal por mi comportamiento y más por las consecuencias que mis actos han traído para las personas que quiero. Acompañeme a la iglesia para confesarme con el padre Miguel.

—¿Pretendes que pase por esa vergüenza delante de mi confesor luego de mi conducta intachable?

—¿Y qué pretendes, que no confiese sus pecados y cargue ese peso toda la vida? Sería pecado igualmente, tiene que comulgar en la siguiente misa y para eso debe confesarse —la recriminó doña Prudencia.

—Llévela usted, madre, no estoy de humor para soportar algo así, que las acompañe Altagracia, así también se confiesa.

—¿Pero yo, por qué? —preguntó la aludida que creía haber salido incólume de las reprimendas que pululaban en la quinta.

—Últimamente no dejas de pecar de soberbia —le aclaró la madre.

—¿Permites que Úrsula también nos acompañe? —preguntó la abuela, pero casi era una súplica, sabía que tomar el aire y confesarse la ayudaría.

—De acuerdo, ella también debe tener pecados que confesar y de vuelta que regrese a encerrarse en sus aposentos.

Después del desayuno, la mañana acordada, salieron escoltadas por dos hombres y tres esclavos, con más vigilancia de la usual. María Teresa aún no podía creer que fuera tan fácil, el

corazón amenazaba con escapársele del pecho.

Tras salir las señoritas, la marquesa, que se abanicaba en el portal, cerró de golpe el abanico y esperó a que su esposo se le uniera. Un rato más ya estaba de vuelta.

—Ahí se fue tu hija para no volver —dijo la dama con sarcasmo—. ¿Te cruzaste con ellas por el camino?

—No, tomé mis precauciones.

—Me lastima el dolo oculto en sus palabras, me utilizó para sus planes.

—Espero que ahora me entiendas. Igual me duele la traición de Hugo.

—¿Crees que se saldrán con la suya?

—Por supuesto que no, él no llegará. Tenía a un esclavo vigilando la quinta, imagino que Carlos Enrique lo secunda y lo apoya con hombres y medios. Supe que el muchacho ha retirado sus ahorros. No entiendo cómo se arriesga sabiendo que tengo en mi poder el destino de Margarita.

—Tal vez no cree en tus amenazas. Tendrás que ser más enérgico con tu protegido, sigue desafiando tu autoridad.

—Hugo ya no será un problema. Mis hombres siguieron al esclavo, fue así como dieron con él, se arriesgó demasiado, mandé a mis hombres a retenerlo por la fuerza, lo sacarán de madrugada de la ciudad y solo lo liberarán pasada la boda, si me asegura que no hará un escándalo.

María Teresa no pudo contener las lágrimas cuando regresó al carruaje y este la condujo de vuelta a la quinta. No entendía qué había salido mal, la anterior carta le había dado la certeza de que Hugo acudiría a rescatarla. Su madre las esperaba en el recibidor, el marqués había vuelto a sus obligaciones. Hizo un ligero movimiento de cabeza cuando pasó por el lado de la marquesa y siguió de largo con la intención de refugiarse en sus aposentos, su madre la detuvo por el brazo y la condujo al patio interior, a solas, le dijo:

—Me alegra tenerte de vuelta, es una pena que tu bello rostro refleje tanta tristeza, espero que eso cambie para el día de tu boda, tendrás unos días para reflexionar. ¿Pensaste que me engañarías? Los años que te llevo no son por gusto. Hugo no vino y no vendrá; si lo amas cástate con León y no des más problemas. No orilles a tu padre a ensuciarse las manos, ya lo has puesto demasiado nervioso. Si te casas con León sin poner resistencia, él será liberado. Y no hagas más grande este tormento; si tu prometido tiene conocimiento de este desliz, terminará por pedirle cuentas a Hugo en el campo de honor, no querrás cargar toda tu vida con la culpa de la muerte de un hombre en su plenitud, porque si Hugo y León se baten a duelo, uno de los dos morirá, son muy orgullosos.

La dejó en libertad y era un mar de lágrimas. María Teresa corrió a enterrar el rostro en sus almohadas, para ahogar la agonía que la sacudía por dentro y que se le escapaba por la garganta en forma de gritos desconsolados. Nadie fue indiferente, todas intentaron consolarla, pero la marquesa se los impidió. A Úrsula la envió de vuelta a su encierro y a Altagracia la amenazó con quitarle todos los privilegios. Tampoco le permitió a doña Prudencia acudir con su nieta, aunque con cada grito se le despedazaba el alma.

—¿Qué te cuesta, hija mía? Ya está sufriendo, no habrá vuelta a atrás solo déjame estar ahí para confortarla en su dolor. No ves que tengo el corazón deshecho —pidió la abuela.

—Si usted hubiese hecho su trabajo educándola con mano firme, hoy no estaríamos lamentándonos todos. María Teresa ni siquiera tiene la decencia de tragarse su dolor sin alarmar a toda la quinta.

—Entiendo que me culpes, pero no puedo abandonarla a su sufrimiento. Unas palabras de aliento pueden ayudarla a conformarse con su suerte.

—Madre, no se atreva a desautorizarme, respete la palabra de mi esposo y la mía. María Teresa tiene un correctivo, tendrá que aprender a respetar nuestra casa, nuestro apellido y las buenas costumbres. Si hubiese huido con Hugo ahora todos nos estaríamos consumiendo en un martirio similar al suyo. Habría sentenciado a sus hermanas para toda la vida, solo cumplo con mi obligación.

Y mientras discutían, doña Alma atravesó la puerta de los aposentos de María Teresa.

—¿Y usted cómo se atreve? He dicho que nadie la puede socorrer. —La marquesa intentó detenerla.

—¿Excelencia, a mí con qué me amenazará? Ya me han quitado todo, a mis dos hijos, nada impedirá que cruce el umbral y consuele a esa niña.

La marquesa quedó roja de la ira y mordiéndose la lengua ante su impotencia no hizo nada, no soportaba ser desafiada en su propia casa, intentó abrir la boca para oponerse, pero su madre la aplacó y terminó por llevársela.

4 de octubre de 1856

La catedral de La Habana estaba engalanada por uno de los eventos más esperados por la alta sociedad, asistiría el Capitán General a la boda de su más amado sobrino, los guardias desfilaban por doquier para aumentar la seguridad, había algarabía en los alrededores, gente del pueblo que no tenía la alcurnia para gozar de las invitaciones, pero que quería ver llegar a la novia, el desfile de calesas, al gobernador y no perderse tan anunciado evento. Unos mulatos animaban el ambiente con sus melodiosas voces en las inmediaciones y el cielo ostentaba el más nítido tono de azul claro.

En el mismo corazón de intramuros, rodeada de mansiones señoriales pertenecientes a nobles que ostentaban títulos de Castilla, se levantaba triunfante La Catedral de La Habana. A su alrededor se destacaban el Palacio de Lombillo, la casona de los condes de Bayona con sus cuantiosos balcones, el palacio del marqués de Aguas Claras y el palacio del Marqués de Arcos, este último convertido en la sede del Liceo Artístico Literario de La Habana desde 1844. Desde la plaza de La Catedral podía escucharse a lo lejos el azote del mar y la brisa llegaba cargada de ese inconfundible aroma a sal que refrescaba el ambiente. Dos torres de inigualable belleza custodiaban a la nave central, las campanas colgaban en lo alto esperando la señal para arrojar al viento su música y ser arrastrada hasta las olas de la basta bahía.

El desfile de los carruajes más lujosos no se hizo esperar, de cuatro o dos ruedas, los que no podían faltar eran los quitrines, decorados con herrajes de plata, con interiores forrados en sedas de vistosos colores como el rosado o el celeste, con sus capotas abajo para que las damas pudieran lucir sus pomposos vestidos mientras los caballeros saludaban con una inclinación de cabeza, calándose ligeramente el sombrero con una mano por la parte frontal. Los caleceros, adornados con libreas con detalles en oro, conducían orondos, demostrando, con la elegancia de sus atuendos y sus maneras, los estatus de las familias a las que servían.

Los guardias ubicados en los diferentes puntos de la plaza y sus inmediaciones se cuadraron como dirigidos por una orden marcial, era señal de que la autoridad máxima de la isla estaba por arribar. Todos volvieron la vista al gobernador, la marcha de la banda militar precedió su avance. Exhibía su impecable uniforme laureado de medallas y condecoraciones, con bastón y sable. Resaltaba su don de mando innato y su andar firme. Despachó con sutileza a los aduladores y

ocupó el lugar que le correspondía.

Solo faltaba la prometida.

Entre adoquines, el tono de piedra y el añil de las maderas de los balcones, descendió la novia como una princesa, ataviada con un finísimo encaje, que se extendía por varios metros, y diamantes, regalo de bodas de su futuro esposo. Su rostro permanecía resguardado tras un velillo que alejaba su faz de los curiosos. Tras los suspiros de quienes creían asistir a la boda del año, colocó el primer pie sobre la alfombra. No fue como la boda de Agustina Montemayor, muchas la envidiaron por haber pescado a León Villavicencio, tan galante y apuesto, único heredero de una gran fortuna. Desfiló el último tramo hasta quedar al lado de su futuro esposo, sentía el peso de su mirada diáfana, pero prefirió ocultar su tristeza tras el velo. Algo tenía seguro, no repetiría la desgarradora boda de Agustina, no quedaría en la memoria colectiva como otra novia desdichada que inspirara la lástima de los presentes por varios años, los dejaría seguir creyendo que estaba rebosante de felicidad, aunque su familia no era ajena a su sacrificio.

Sintió el contacto de León al descubrirle el rostro y ni siquiera lo vio, sostuvo la mirada baja, alejada; él no se lo reprocharía, podría confundirlo con timidez, aunque en verdad ella solo intentaba ocultar la desesperación que la asolaba por dentro. «Lo hago por Hugo, porque viva, aunque sea lejos de mis brazos».

Tras la última palabra del sacerdote declarándolos casados y los buenos deseos de los presentes, ella sintió que el muro que había levantado para sostenerse ya no aguantaría, se iba a desplomar en cualquier momento. Sus hermanas no fueron muy efusivas, a Úrsula le dolía verla, la entendía. Altagracia, independientemente de los sinsabores que habían tenido, terminó por rodearla y, en su abrazo, tal como en el de Úrsula, sintió consuelo; con sus hermanas no tenía que fingir. María Teresa le susurró a su hermana mayor:

—Lo siento.

—Más yo, pequeño incordio, al final todas solo somos piezas de cambio. Lamento que tú tampoco hayas tenido el *felices para siempre* que deseabas. En verdad lo lamento, hermanita —le contestó.

Y entonces la vio al final de los asistentes, caminando hasta ella, hasta fundirse con su cuerpo en un abrazo interminable, mientras los demás invitados se desesperaban por alcanzar su turno para prodigarle unas palabras de felicitación a la novia.

—¿Margarita, estás bien?

La recién llegada asintió, no podía ocultar que había sollozado.

—Siento tanto que estén separados por mi culpa —expresó.

—No, tú no eres responsable de nada.

—¿Dónde está mi hermano? No lo encuentro entre tanta gente, estoy muerta de la preocupación, debe estar destrozado.

—Anda con tu madre, ella te dará detalles —dijo María Teresa y la despidió con un leve apretón en los dedos.

Al menos la tranquilizaba que Margarita estuviera de vuelta. Respiró hondo e hizo un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas, para sonreír y seguir dando las gracias a los asistentes. Utilizó unas vigas imaginarias para dar soporte a su estructura, había sido preparada en los mejores colegios para no desplomarse ante una situación así, y hoy cobraría con creces el resultado de sus enseñanzas. Aún quedaba la larga cena en la quinta de sus padres y tendría que soportar los *enhorabuenas* por vivir la peor de las desdichas.

Cuando el tormento cesó y dejó atrás el papel representado ante los invitados, se encontró sola en sus nuevos aposentos en el palacete de los Villavicencio, un séquito de esclavas acudieron a prepararla, León no tenía intenciones de dejarla descansar después de la larga noche de celebración, casi amanecía y ese día partirían a Europa de viaje de bodas, pero él quería consumir el matrimonio antes de partir. Incluso en la fiesta se le notaba su afán de dejar a los invitados y correr a encerrarse en el «nidito de amor» tan añorado desde que la conoció y desde que decidió que la haría su esposa.

Una de las esclavas sacó de su baúl la bata y el camisón que había utilizado su primera vez con Hugo, eran los más hermosos de todo el ajuar, con voz tajante la cortó:

—Esos no, por favor, busca otros. —Pero antes que siquiera la esclava lograra cumplir su cometido, volvió a ordenar—: Salgan todas, Perla me ayudará a cambiarme, no necesito más.

Las esclavas salieron a toda prisa, asustadas por el genio de su nueva ama. Perla, quien había venido junto con el equipaje, le preguntó:

—¿Por qué no aceptó el obsequio de su padre?

—¿Te refieres a ti?

—Sí —dijo con timidez.

—Es tan detestable que vendan a las personas. Después de estos años en España, lejos de las costumbres de la esclavitud ya no puedo tolerar el comercio con humanos. Pero no es por eso. No quería que fueras parte de la dote, ni regalo de bodas. Las mujeres casadas no tenemos derechos, prefiero que sigas bajo la propiedad de mi padre; si algún día me voy, no quisiera dejarte con los Villavicencio.

—¿Amita? ¿Aún insiste en escaparse con el señorito?

—Si podemos, si logramos librarnos de nuestros verdugos, si él me lo pide, lo dejo todo.

—¡María Santísima!

—Lo importante es que él se recupere, que recobre sus fuerzas. Sé que me buscará porque somos devorados por el mismo sentimiento. Por favor, Perla. No menciones su nombre, ni siquiera lo pienses. Ahora es distinto, soy la esposa de León y no quiero que termine matándolo. No confíes en ninguna de sus esclavas, pueden ser buenas personas, pero León es su amo. Si las mantenemos alejadas las protegemos y nos resguardamos. ¿Lo entiendes?

—Mí niña, ¿y qué pasará cuando me tenga que ir? Su esposo autorizó que me quede unos días hasta que usted se acostumbre al nuevo servicio.

—Pensaré en algo para que te quedes hasta me vaya con... él.

Terminó de cambiarse con la ayuda de Perla, se veía hermosa, con su cabellera rubia suelta y recién cepillada, una visión que, aunque buscaba ser angelical terminaría por acrecentar las pasiones de su nuevo esposo. Perla pidió permiso para retirarse y ella le suplicó:

—Pídele a tus *orishas* por mí.

—¿De qué habla mi niña?

—Sé que para los esclavos, tras nuestros santos, se esconden sus dioses; pídeles que se apiaden de esta alma blanca, porque no creo que mi Dios, ni mis santos aprueben lo que tendré que hacer esta noche; si no lo logro, podría ser mi fin.

—*Oshun* no dejará que le pase nada malo, amita.

Cuando León apareció ella estaba como él lo había pedido, de pie al costado de la cama. En la primera gaveta de la mesa de noche guardaba un diminuto alfiler, siguiendo las indicaciones de su abuela, aprovecharía cuando él estuviera distraído para sangrar. Tenía deseos de meterse debajo de las sábanas y taparse hasta la barbilla, pero él no lo permitió. Se acercó con una copa de vino en la mano y a la par que bebía se deleitó en su belleza, era la primera vez que observaba el largo de su cabello, acarició uno de los mechones y se complació de su sedosidad. María Teresa mantenía la mirada gacha, pero también lo observó: era guapo, alto, muy gallardo, venía en mangas de camisa, con los pantalones en su sitio y los zapatos elegantes aún calzados. Se relamía los labios, embebidos de licor, ante el festín que se daría con su recién adquirida esposa.

—¿No crees que deberíamos descansar? No quiero verme llena de ojeras para nuestro viaje — dijo lo que fuera para ganar tiempo, pero era cierto que partían en pocas horas, estaban cercanos al amanecer.

—No te he pedido que hables —espetó León.

—Antes lo implorabas.

—Ahora es diferente, eres mía y me gusta que me obedezcan —enfaticó y su voz sonó muy fría.

Sin pudor se le acercó, tomó la bata de Batista del borde y la dejó caer a lo largo de su cuerpo, ella no se movió, bajó los ojos aún más, tragó en seco. León la atrapó en sus brazos y la besó sin prisas, degustándola como un succulento manjar, mientras ella languidecía implorando en su interior por su verdadero amor. Él le deslizó los dedos por su clavícula y la despojó del camión dejándola como Dios la había traído al mundo, ante la incredulidad y la vergüenza de María Teresa. La evaluó como a una pieza recién comprada, quería cerciorarse de su valor, sus pupilas dilatadas reflejaban que estaba más que complacido. La viró de espaldas a él, dejándola frente a uno de los bordes de la cama. Colocó la copa en la mesilla y se desvistió por completo. Ella lo escuchó, pero no se atrevió a moverse. Sintió escalofríos cuando los dedos de León la rozaron al tomar su cabello y trenzarlo con una calma que la hizo trepidar. No tenía que disimular su desconcierto para reafirmar su papel de virgen, ella temblaba, ni siquiera Hugo en su furor había sido tan atrevido. «¡Hugo, Hugo, perdóname!», pensó cuando su nombre desfiló por su mente.

Terminada la larga trenza, León tomó control de ella sujetándola por los hombros, la obligó a doblarse sobre la cama dejando la parte de atrás de su cuerpo expuesta. No fue rudo, pero sí logró

desconcertarla. María Teresa cerró los ojos y ni siquiera esbozó una palabra para oponerse, se sentía confusa. Pensó que aquella noche, los dos yacerían en posición horizontal, cumpliendo con el compromiso, pero no que él se tomaría el encuentro con calma y menos que le demandaría posar desnuda. León besó cada resquicio de su piel con intención de convidarla a compartir el deseo que lo embargaba, pero sus labios no lograban despertarle el furor que había sentido con su primer amante. Solo conseguía sentirse avergonzada de sí misma, porque era la esposa de Hugo y su corazón le pertenecía.

Se negaba a entregarse a León, pero ya no encontraba un pretexto que urdir y, aunque se aferraba a la idea de buscar el momento para escapar con Hugo, la presencia de otro hombre en la alcoba le hacía temer que aquella sería su suerte en adelante.

—¿Qué harás conmigo? ¿Por qué no me dejas acostarme sobre la cama? —En su mente estaba la premisa de acercarse al alfiler y de donde estaba no podría alcanzarlo.

—Aún no te he dado permiso para hablar, no importa lo que te haga, no quiero ni un murmullo, ni de placer, ni de dolor, ni de incomodidad. Las vírgenes suelen ser algo fastidiosas, luego que nos libremos de esa formalidad podremos disfrutar juntos.

La inclinó más sobre el lecho, le apartó las piernas y, luego de prodigarle una extensa sesión de caricias en su área privada, la ensartó, sin más preámbulos. María Teresa cerró los ojos ante la certera estocada, fue punzante, aún más que el día que perdió su virginidad en los brazos de su amor. Quiso lamentarse, pero recordó su amenaza y también las palabras de su abuela. Si León descubría que ya no era pura, buscaría responsable y Hugo no estaba en condiciones de enfrentarlo. La vergüenza que acaecería sobre sus hermanas aún solteras también la torturaba.

Ya no hubo besos, ni caricias; toda la intención de complacerla cambió cuando León estuvo dentro de su cuerpo. Las yemas de sus dedos la presionaban con fuerza mientras la montaba, repetidas entradas y salidas, parecía que nada lo saciaba. No se atrevió a reclamarle ni a intentar quitárselo de encima, solo pensaba en el bendito alfiler que había quedado lejos del alcance de su mano y en la sangre que debía ofrecer como prueba de su castidad. El cambio de su actitud fue devastador y la vacilación creció en María Teresa de forma atronadora, a la par que el impenetrable silencio de su nuevo marido, que seguía embistiéndola como poseído.

Ya no aguantaba el cuello inmovilizado y extenuado por la posición elegida. Había sido advertida que podía ser doloroso, fue instruida para soportarlo sin quejarse, pero jamás pensó que terminaría por ser desagradable. Con Hugo había conocido que podía ser diferente. No advirtió en qué momento el desinterés que León le causaba dio paso a la aversión, a la urgencia porque acabara, a un odio que se fue cocinando en sus entrañas al sentirse utilizada en busca de un placer unilateral. Una mordida sobre su hombro derecho acompañó el orgasmo de su esposo. Ella gritó de dolor y él la obligó a callarse tapándole la boca.

—Shhh —le ordenó. Y con la misma mano que la silenciaba tomó impulso y le cruzó la cara con una bofetada despiadada.

María Teresa se llenó de pavor al percibir que había descubierto el engaño. Tembló, las

lágrimas torrenciales bañaron su rostro. Se lamentó en secreto por seguir los consejos de su abuela; todo se le fue de las manos, cuando quiso tomar control de la situación fue muy tarde. Continuó tirada parcialmente sobre la cama, insegura de moverse o de hablar. Estiró la mano, tomó su bata y cubrió su vergüenza. El borde de un círculo rojo sobre su hombro lastimado manchó la blanquísima tela. Se escurrió hacia la cabecera del lecho y ocupó su lugar.

Tras sosegar y recuperarse de las conmociones de su eyaculación, él comenzó a caminar por el perímetro de la habitación, se volvía para lanzarle miradas acusadoras, pero no salía de su hermetismo.

—¿Estás segura de que era tu primera vez? —Fue la pregunta que León hizo luego de varios minutos. A ella se le erizó la piel desde la espalda hasta la nuca.

—Me ofendes —dijo en voz baja. Si le gritaba su repulsión, buscaría culpables.

—He tenido otras vírgenes y ha sido diferente.

—Me insulta tu calumnia; si no confías en mí, devuélveme a mi padre. No quiero volver a verte, me has hecho el peor de los agravios.

—Te daré el beneficio de la duda, estabas muy cerrada, era como si solo hubieses copulado una o dos veces, pero no has sangrado. ¡Como me entere que eras mercancía dañada me conocerás realmente! —la amenazó presionándole las mejillas con los dedos.

—No seguiré a tu lado ni toleraré tus injurias.

—¿Todavía te atreves a reclamar? ¿Dónde estaba tu genio cuando te cortejaba? ¿Así será nuestro matrimonio? Pensé que eras dócil y has sacado las garras nada más traerte conmigo. Es que soy un imbécil, respeté tu virginidad, me contuve, ni siquiera me entregaste tus labios.

—Ahora mismo regreso a la quinta con mis padres, les diré cómo me has tratado, no seguiré bajo tu techo para que me sigas vilipendiando. —Se puso de pie e hizo un ademán para indicar que saldría de su vida para siempre.

—Inténtalo, solo nos harás quedar en ridículo. Tus padres te enviarán de vuelta porque ahora eres mía. Aunque no sé si en estas condiciones ambiguas te quiero a mi lado.

—Devuélveme.

—Lo estoy pensando —sopesó con una desvergonzada sonrisa, meditando.

León la tomó en brazos, la llevó sobre el lecho nuevamente y comenzó a recorrerle con las manos el cuerpo a la par que su deseo se iba a acrecentando.

—¿Y ahora qué pretendes?

—¿Dime quién se atrevió a robarse lo que me pertenecía? ¿Dame el nombre del malnacido que se me adelantó? ¿Quieres abandonarme? Seis meses estuve visitándote, conteniéndome por primera vez en mi vida frente a una mujer, escogiéndome a la más virtuosa y resultaste ser la peor de todas.

—¡Te odio! —le gritó ya sin poder aguantar la furia que le hervía por dentro.

—¿Qué me hiciste? ¿Por qué no puedo dejarte ir? —gruñó lleno de cólera.

Como poseído se enterró en su interior y la comenzó a montar, más enérgicamente que la vez

precedente, mientras le susurraba cuánto la amaba y que no la iba a dejar marcharse nunca. No paró hasta calmar el león que rugía en su pecho. Ella quedó inmobilizada por el peso de su cuerpo, esperando el momento de librarse de aquel matrimonio arreglado para siempre. Cuando terminó, se dejó caer rendido sobre María Teresa y le ordenó muy cansado:

—¡Haz silencio, no quiero oírte quejarte de tu suerte!

—¡Suéltame, infeliz! ¡Quítate! Necesito levantarme —exigió intentando empujarlo.

—Yo te diré cuando te corresponda. Quiero dormir abrazado a mi nueva esposa.

—No puedo respirar —soltó presa del pánico. Él se apoyó en sus codos para darle espacio para inflar sus pulmones y se le quedó viendo como a la más bella de las beldades, una que había roto en mil pedazos dándole rienda suelta a sus celos.

—En verdad esto es humillante, no eras virgen, debería exigir la anulación de este matrimonio.

—¡Hazlo! ¡No hay nada que desee más! —secundó sus reclamos, ya no le importaba la vergüenza ni el escarnio propio, solo quería regresar con su único amor.

—Eres única y ahora eres mía —articuló divertido llegando a la cima de la impudencia—. Lo he pensado bien, no quiero privarme de ti.

—¿Es lo que me espera al lado tuyo? —preguntó levantando los ojos y sosteniéndole la mirada, estaba asustada, pero eso la hizo volverse más fuerte.

—¿Qué esperabas?

—Definitivamente más gentileza —le increpó.

—¿Sabes cómo se comporta un hombre en la intimidad?

—¡Por supuesto que no! —soltó dirigiendo los ojos hacia otro lado y evitando el contacto—. Pero no estaba preparada para esto, pensé que sería distinto. Ya no haré nada por salvar este matrimonio, soy yo la que acudiré ante mi padre y me quejaré por tu comportamiento, por tus dudas infundadas y por tu crueldad por un ridículo ataque de desconfianza.

—¿Aseguras que tu himen estaba intacto? Júrame que ningún hombre ha tocado uno solo de tus cabellos. Convénceme o será la ruina para tu familia, me encargaré de reclamar al marqués por el agravio. —Tenía que aceptar que estaba perdida. Los rostros de sus padres y de sus hermanas y sus suertes desfilaron por su mente.

Quiso retirar la humedad que sentía entre las piernas, la que consideró que era producto de él, de que había finalizado, tal cual lo vivió con Hugo. León abandonó su cuerpo sin la respuesta que demandaba. Mientras se incorporaba en medio de su pesadilla, con la cabeza aún inclinada, María Teresa observó sin entenderlo los fluidos que provenían de su interior ligeramente tintados de rosa, salpicando la cara interna de sus muslos. Se sintió sorprendida, porque ni siquiera sentía dolor. No se explicaba de dónde había salido esa sangre, quiso achacársela a su corta experiencia sexual y no tardó en escudarse en aquella para defender su postura.

—Puedes comprobarlo con tus propios ojos.

—¡Oh, por Dios! —expresó también atónito, aún seguía creyendo que no era virgen.

—Mi amor nunca lo tendrás, solo mi desprecio —le advirtió sosteniéndole la mirada y él dudó

de sus acusaciones, se golpeó la cabeza con furia.

—Te deseaba demasiado y no pude contenerme, estuve meses soñando con tenerte así, y al sospechar que habías perdido tu inocencia con otro perdí los estribos —suplicó mortificado.

—Emitiste tu juicio y diste un veredicto, convertiste nuestra noche de bodas en mi condena.

—Aún podemos arreglarlo. Seré delicado la próxima vez.

—¡No puedo seguir a tu lado! Nunca podré amarte —le aseguró.

—Ese tono, ya lo toleré en exceso. No te atrevas a volver a utilizarlo conmigo o me conocerás en verdad. Reconozco que me excedí, pero es lo que te espera si te atreves a contrariarme. Tú soportarás mi trato y yo me aguantaré la incertidumbre acerca de tu decoro porque nunca podrás librarte de mí. Llamaré al servicio para que te ayude a prepararte para nuestro viaje, ya está amaneciendo.

—Por favor, no lo hagas. No quiero que nadie me vea así.

Él tomó una manta y se la colocó encima para dejar de ver la mancha sobre su hombro.

—Ponte decente. Es hora de que nos preparemos para nuestro viaje.

—Ni siquiera hemos dormido.

—Ni lo haremos, tenemos los boletos comprados y el barco zarpará.

—Quiero despedirme de mis padres, no me iré sin verlos.

—No hablarás con nadie hasta nuestro regreso, así que si pensabas delatarme tendrás que aguardar unos meses. Tu padre entenderá mis razones en cuanto se las exponga y se quedará complacido al saber que a pesar de mis vacilaciones he decidido conservarte.

Hugo jamás pensó que terminaría encerrado en la propia hacienda de la familia, se había cansado de gritar, implorar, maldecir, patear la gruesa puerta de caoba; nada había funcionado. Justo cuando observaba los barrotes de las ventanas, ideando una locura para escapar, el mayoral de la hacienda lo liberó. Le lanzó improperios mientras el hombre se disculpaba:

—Lo siento, señorito, son las exigencias de su padre, no podía desobedecerlas.

—¡Ese monstruo no es mi padre! —gritó.

—¡Lo sé! Pero como si lo fuera. Solo espero que cuando usted herede no se desquite conmigo, solo sigo órdenes.

—¡Sal de mi vista!

Hugo se arregló la ropa que llevaba de varios días, se acomodó el cabello y se dispuso a salir. Conocía perfectamente que la fecha de la boda había pasado, pero la esperanza de que algo hubiera sucedido para impedirlo no se extinguía.

—¡Aguarde, el patrón lo espera en el despacho! —agregó el capataz.

—Pero todavía ha tenido el cinismo de venir. No quiero verlo.

Marchó con paso enérgico hasta la salida de la casona cuando una voz familiar lo intentó retener:

—¡Hugo! Tenemos que hablar.

—No es el mejor momento —le respondió al marqués.

—Puedo esperar a que descanses y te asees. Pedí que te preparen un baño y he traído ropa para que te cambies.

—Nos vemos en La Habana, excelencia —masculló ofendido.

—No puedes viajar así, al menos descansa, come algo.

—¿Ahora se preocupa por mí o será que le importan más las apariencias? Claro. No quiere que algún conocido se tropiece conmigo y me pregunte por qué traigo la ropa violentada y por qué mi cuerpo está lleno de cardenales y magulladuras.

—Muchacho, fue por el bien de todos. No podía frenarte de otra forma, te pusiste rebelde, me desafiaste. Todo puede ser como antes.

—¿Dónde está mi esposa?

—Ella no lo es, ese matrimonio nunca existió.

—De seguro usted se encargó de desaparecer las evidencias.

—Lo hice por el bien de la familia, algún día te encontrarás en mi posición y me entenderás.

—Espero no estarlo nunca y si no me queda de otra, pensaré primero en las personas, no en el apellido ni en el qué dirán.

—No pretendo que me entiendas, solo piensas al calor de tus pantalones. Quiero que sepas que te perdono y también que te agradezco haberla respetado al final. En verdad era virgen, su esposo no ha puesto ni un reclamo tras la noche de bodas.

Su revelación fue como un disparo, uno que le arrebató el aliento que le quedaba. Aborrecía la idea de saberla casada, pero la certeza de que ese matrimonio había sido consumado le revolvió las entrañas. Quiso derrumbarse a autocondemnarse, pero se desquitó su coraje lanzando los muebles que osaron toparse en su camino y pateando la enorme puerta hasta que el imponente sol de la terraza lo encegueció. Su grito desconsolado se fue convirtiendo en un quejido que evolucionó hasta transformarse en llanto.

El galopar de unos caballos a lo lejos capturó su atención, era Carlos Enrique del Alba, que arribaba fuertemente escoltado. Su amigo suspiró de alivio al encontrarlo. Los hombres del marqués intentaron impedirles la entrada, hasta que este hizo una señal para que les permitieran ingresar. Carlos Enrique desmontó y caminó resueltamente hasta él, negando con la cabeza ante la presencia estoica de su excelencia.

—Amigo, ¿cómo te encuentras? Lamento no dar con tu paradero antes. No imaginé que hasta aquí habías venido a parar —le dijo Carlos Enrique.

—¿Cómo está María Teresa? —preguntó preocupado.

—Hace muchos días partió en un vapor que se dirigía a Barcelona, es todo lo que pude averiguar. Lo siento. No pude impedirlo.

—Me cuesta creer que se haya casado. Es mi esposa.

—Intentó resistirse, pero temía por ti. Estaba desconsolada.

—¿Y mi madre, mi hermana?

—Margarita regresó el día de la boda, está en la casaquinta de su excelencia.

—Sácame de aquí, Carlos, llévame lejos de este señor, no quiero ensuciarme las manos, no quiero perder los estribos —le rogó a punto de lanzarse contra su antiguo protector.

Carlos Enrique, al contemplar a los hombres armados que custodiaban al marqués, obedeció a su amigo sin pensárselo dos veces.

Tres meses pasaron de largo, tres en los que Hugo no regresó a la quinta. Octubre lo pasó hospedado con Carlos Enrique del Alba, destrozado, decidido a seguirle los pasos a su amada y persuadido de continuo por su amigo para no tomar un vapor e ir a buscarla. No sabía dónde; estaba seguro de que su corazón lo guiaría, pero aconsejado por Carlos Enrique terminó por esperar.

—Tarde o temprano volverá. Es una locura que vayas a Europa, ya no debe estar en Barcelona. Cuando la encuentres, ¿qué harás? Allá no tienes quien pueda aliarse contigo para tan delicada empresa.

—¿Y aquí sí?

—Me tienes a mí. —Le hizo ver.

—Es cierto, disculpa. —Aceptó y le palmeó el hombro para borrar toda sombra de ingratitud.

—Y malo que bueno también tienes a tu benefactor.

—Valiente protector, ha sido mi verdugo.

—No podías esperar otra reacción de su parte, robaste a su hija, la desposaste a escondidas, quebrantaste su autoridad. Tienes que entender que el marqués vela por sus intereses, que, después de todo, también son los tuyos. Su excelencia ha sido insistente, desea que regreses a la quinta.

—Ya no podría.

—Pero tu madre y tu hermana están allí.

—Porque las tiene intimidadas, mi madre le teme y consiente a sus demandas para que no se desquite conmigo o envíe a mi hermana a un convento. Estoy harto de sus amenazas. Y lo peor es que no tengo ni fortuna a mi nombre, todo el fruto de mi trabajo y mis negocios han quedado a merced del marquesado, mis ahorros son insuficientes.

—Puedo prestarte dinero, inicia algo por tu cuenta.

—Aquí no, lo siento, pero no me quedaré en la isla, en cuanto la recupere tomaré a mi madre y a mi hermana y nos iremos a Estados Unidos.

—¿Estás seguro?

—Quiero estar lejos del alcance de su poder, en Cuba o en España buscará la forma de dominarme.

—Cuenta con mi apoyo.

—Gracias. Eres parte de mi familia.

—Algo que de cierta forma le debes al marqués, él me pidió tomarte como hermano menor. Nunca pensé que terminaríamos así, tal vez no he sido la mejor influencia y tu benefactor ahora se esté lamentando de habernos presentado. Tú todavía puedes salvarte, el marqués se ha ocupado de ser discreto. Tu honor es intachable ante la inquisición de la decencia.

—No me convencerás, no lo puedo perdonar.

—No justifico sus maneras, pero sé que le dueles como un hijo.

—¿Y mandó a molerme a golpes por la misma razón? No creo que hubiese sido tan implacable con su vástago de haberlo tenido.

En noviembre comenzó a enfriarse el cerebro de Hugo, la impulsividad con la que reaccionó en un inicio comenzó a disiparse y darle paso al razonamiento. Aceptó el préstamo del señor del Alba y viajó al oriente del país para hacer negocios por su cuenta, había aprendido con el mejor y no se iba a quedar cruzado de brazos, además, necesitaba ocuparse para que el tiempo de espera no fuera tan aplastante. En diciembre pudo devolver el capital inicial e invertir sus ganancias nuevamente. El marqués tuvo conocimientos de su lucha por salir adelante, y se lo topó en el club, al que ambos pertenecían, una mañana mientras Hugo cerraba un trato con el dueño de unos ingenios en Cienfuegos. Cuando quedó a solas, el marqués se le acercó:

—¿Qué haces, Hugo? —le preguntó sin rodeos.

—Excelencia —hizo una pausa y lo saludó con un movimiento de cabeza—, me gano la vida.

—Muchacho, no necesitas luchar a solas, tienes un enorme patrimonio a tus pies, eres mi heredero y cuentas con mi respaldo. Regresa a casa.

—¿Qué hizo con el acta de mi matrimonio? El sacerdote está amedrentado, se niega a darme razones, me garantiza que la boda nunca sucedió, pero yo estuve ahí, yo dije que aceptaba amarla y respetarla hasta el último de mis días. No me rendiré.

—Admiro tu templanza, ya no sé si llamarte muchacho. Pensé que en unas semanas la olvidarías. Por más que he querido moldearte a mi forma, eres el reflejo de tu padre y no te lo reprocho, siempre admiré a Héctor. ¿Con qué comercias? Escuché que con piezas para modernizar los ingenios azucareros. No me sorprende, sé que a pesar de mí saldrás adelante.

—No le daré cuenta de mis actos.

—Uno de los señores pensó que negociabas en mi nombre.

—Lamento el mal entendido, lo aclararé con mi cliente.

—No me molesta que te asocien conmigo, sigue adelante, sé que tarde o temprano volverás y te recibiremos con los brazos abiertos. Tu madre y tu hermana te echan de menos, y mis hijas también.

—Lo siento, no tengo tiempo para este tipo de charlas y no se preocupe, dejaré en claro que los negocios que hago son propios.

Hugo alzó la vista hasta hacer contacto con la mirada del marqués, sin el respeto de antes, ya no

le deslumbraba su poderío, sabía que podía estar a merced de su intolerancia. Nada lo detuvo, incrementó sus esfuerzos para reunir una pequeña fortuna que le permitiera tener solvencia para sus planes. Solo esperaría recuperarla y ya nada los separaría.

Al término del tercer mes recibió una carta, el marqués de Morell de Santa Ana lo invitaba a una cena que daría para recibir a María Teresa y su flamante esposo. Su corazón hizo una pausa y cuando continuó latiendo lo hizo acelerado, sin recobrar su ritmo habitual. No lo podía creer. Carlos Enrique lo interrogó acerca de la misiva.

—¿Qué responderás?

—No quiero pisar la quinta, pero es la única forma que tengo de verla lo antes posible. Ardo en deseos de tenerla en mis brazos.

—Casi no podrán hablar, León no le quitará los ojos de encima.

—Tengo que intentarlo.

—A mí igual me han invitado, pero su excelencia —dijo con sorna— me advierte de no llevar a Carmen.

—Es una ofensa, no puedes permitirlo.

—Me he acostumbrado a los desplantes de la sociedad habanera, ya no me afecta. Les incomoda o avergüenza mi proceder, pero me siguen incluyendo porque no quieren despedirse de mi dinero y de todos los favores que consiguen por tratarme. Acudo a ese tipo de veladas cuando conviene a mis negocios, de lo contrario, prefiero quedarme en los brazos de mi bella esposa.

—¿Qué harás?

—Si vas me obligarás a asistir, no te dejaré solo en la boca de la fiera, y no lo digo por el marqués. León no me da confianza y tu arrebato menos. Mírate —dijo y tuvo que reír a pesar de lo dura que era la situación—: Has leído su nombre y se te han encendido las mejillas y tus ojos echan chispas. No puedes ocultarlo, estás perdidamente enamorado.

—No lo niego. ¿Cómo iba a saber que la única que de veras iba a querer era la que me estaba prohibida?

—Tendrás que hacer aplomo de tu civilidad, no puedes quebrarte como un imberbe que se enamora por primera vez. Haz gala de tu astucia, de tu fuerza de voluntad.

—Sacaré partido de mi educación; si tengo que ser frío y calculador, lo seré. Estos tres meses me han servido para reflexionar; en la primera fase de mi amor bajé la guardia, entregué todo y por eso no vi venir cada uno de los ataques. Ahora será diferente, siento que ya estoy de nuevo en mis cabales. He tenido buenos maestros, tú y don Rómulo, y demostraré todo lo aprendido. Seré implacable, un cínico y no importa quien caiga, recuperaré a mi esposa.

—Preferiría que desistieras, no sé cómo terminará esto, pero te acompañaré hasta las últimas consecuencias.

Cuando Hugo apareció en la quinta antes que se extinguiera diciembre, con su elegancia de señor de noble cuna, adelantándose a los invitados, el marqués se sintió complacido. Lo recibió y

le mencionó:

—Sabía que no te resistirías, es la primera recepción que hacemos después de la boda, no se vería bien nuevamente tu ausencia, no sé si mis explicaciones fueron convincentes y a las señoras, sobre todo, les gusta tejer historias. Es bueno que te reencuentres con tu futura prometida.

—Buenas noches. Si me permite iré a saludar a mi hermana y a mi madre —mencionó escuetamente.

—No te olvides de saludar a la marquesa, es la anfitriona.

—Por supuesto, seré un caballero con cada una de las hermosas damas que habitan en esta morada.

—¿Sabes que las puertas de mi casa están abiertas para ti?

—Lo recuerdo bien, si decido casarme con Úrsula.

—O con Altagracia, aún no lo hemos hecho público.

—Insiste en casarme con Altagracia a toda costa.

—Solo quiero lo mejor para todos. Úrsula no creo que sea muy buena esposa, desea tomar los hábitos.

—Muy considerado de su parte hacérmelo saber, con permiso.

El abrazo de su madre y de su hermana no tardó en llegar.

—Me alegra que hayas llegado antes que el resto de los invitados; su excelencia estaba nervioso, no desea hacer evidente que están distanciados —lo previno doña Alma.

—Me lo imaginé. ¿Cómo las tratan? —indagó Hugo.

—Como siempre, hijo, como parte de la familia.

—He estado trabajando, podría rentar un sitio para nosotros, no tan lujoso como este, pero ya no dependeríamos de extraños.

—Hijo, el marqués ardería en furia si tan solo sospecha de tus intenciones, no crearás los esfuerzos que hace para disimular que no estás residiendo en la quinta. Él desea que vuelvas.

—Y por eso se esforzará en no dejarlas ir, sabe que ustedes son lo único que me mantiene atado a él; cuando las suelte, me perderá para siempre.

—Deberías pensarlo.

—¿Por qué? No vio todo lo que me ha hecho sufrir.

—Él ha padecido tu ausencia, te quiere como un hijo.

—No lo repita, yo solo tuve un padre y fue don Héctor Morell. No se deje envolver en su telaraña. La necesita como aliada para sus planes, pero no dudará en lastimarla cuando sea conveniente a sus intereses, no olvide que ha metido a Margarita en un convento solo con la finalidad de presionarme.

La marquesa se acercó hasta ellos y Hugo le hizo una reverencia:

—No me lo pude creer cuando me dijeron que estabas de vuelta, imagino lo que te ha hecho recordar el camino de regreso —dijo la dueña de la casa.

—Su excelencia, es muy grato para mí saludarla. ¿Cómo se encuentra?

—Feliz porque regresa mi hija con su esposo, pensé que nunca terminaría ese viaje de luna de miel.

Los cascos de los caballos sobre la entrada los interrumpieron, la marquesa hizo un gesto para indicar que habían llegado los nuevos esposos y Hugo palideció. Él tomó aire a plenitud, como antes de sumergirse en el agua, cuando se desciende hasta lo más profundo del mar y guardó su posición hasta que entraron. Risas, palabras de bienvenida y aquella voz de soprano, cantarina, bien impostada, le dio la primera bofetada. Ya había dejado las telas ligeras usuales del Caribe y los escotes más holgados para combatir el insoportable calor. Vestía como una dama de la madre patria, incluso su peinado y sus joyas ya no eran los de una señorita, se había metido en su papel de esposa con demasiada prisa, pero no dejaba de verse sumamente hermosa, su cabello seguía tan rubio como la última vez que lo vio, y sus ojos esquivos, al menos para él, no podían disimular el brillo sobre el azul que había provocado el reencuentro. No debían evitarse o llamarían la atención, así que, aunque acercarse a ella le provocara morir de amor, lo hizo:

—Señora, bienvenida a la isla.

—Señor Morell —fue todo lo que comentó, eso y un leve gesto y continuó saludando a sus familiares.

Él se quedó paralizado, fingiendo no verla, aunque la frialdad de su trato fue una estocada. «Pero ¿qué querías, Hugo? que se arrojara a tus brazos. Representa un papel, te sigue amando», trató de consolarse. Margarita se le acercó por detrás y le tomó la mano, ya todos se habían movido y él seguía en el recibidor.

—Vamos, hermano, todos van al comedor.

—Enseguida los alcanzo, voy a mis aposentos, buscaré el reloj que era de nuestro padre, salí con tanta prisa que no llevé nada.

—Porque no has querido, su excelencia ordenó hacer tu equipaje y llevarlo donde dispusieras, pero te negaste.

—No quería nada que viniera de él. Ahora recordé el reloj, es lo único que me queda de nuestro padre, enseguida regreso.

Hugo subió con paso ligero mientras la familia disfrutaba del reencuentro, en un espacio de tiempo previo al arribo de los invitados. Cuando llegó ante la puerta de su antigua habitación deslizó las yemas de los dedos por la madera, tantos recuerdos se encerraban ahí, y tantos sueños que se habían disipado por el camino hacia la adultez. Entró y sin cerrar la puerta se deslizó hasta la ventana, se apoyó en el alféizar y disfrutó su otrora vista. Respiró hondo y llevó las manos hasta el reloj de su padre, del que jamás se había separado y continuaba en su bolsillo. Había querido estar solo para tomar impulso, para no quebrarse delante de todos. Se juró ser frío e implacable y lo sería, pero verla allí lo desarmaba y más al observar a León a su lado, con esos aires de posesión sobre María Teresa. Negó cuando escuchó unos pasos a su espalda, volteó en busca de la presencia.

—Hugo —fue lo único que dijo María Teresa después de cerrar con pestillo tras de sí.

Él no pudo abrir la boca para expresar su estupefacción, si no corría a sus brazos las palabras terminarían por ahogarlo, se le acercó desesperado y la estrechó con urgencia.

—Amor —le susurró al fin conmovido.

Sus bocas chocaron como dos embarcaciones perdidas en medio de una tempestad en altamar, se abrazaron tanto, como si pudieran traspasar la barrera de la piel y fundirse en uno solo; las lágrimas de ella no se hicieron esperar, así como la resolución de él: rescatarla y llevarla lejos. La dotó de besos en cascadas por todo el rostro.

—Te extrañé demasiado, amor, pero ya nada te apartará de mí. Sentí que los celos me partirían en dos, no soporto cómo te mira, como si fueras de su propiedad, como si lo amaras.

—Me alegra saber que estás bien, mi padre ha cumplido su palabra, me aseguró que te dejaría en paz en cuanto partiera de luna de miel.

—Cumplió su palabra, pero eso no puede detenernos, su excelencia usó la coacción para separarnos, ninguna promesa que le hayas hecho es válida.

—Tengo que irme, León no tardará en darse cuenta de que no estoy cerca.

—Dame unos días para planear nuestra huida, nos iremos de aquí.

—No, Hugo. Ya no es igual que antes.

—¡Eres mi esposa, no la de ese malnacido!

—Para la sociedad soy la cónyuge de él, he tenido tiempo para pensar, no puedo deshonorar a mi familia, no sería justo para mis hermanas, para mi madre; incluso para Margarita, ella también saldría afectada.

—¿Y es justo para nosotros?

—No sé qué más hacer, ya morí de amor y me he conformado con mi duelo, permíteme vivir con mi dolor.

—¿Y si estás tan convencida de olvidarme qué haces aquí en mis brazos, arriesgándote a perderlo todo?

—Porque jamás te dejaré de querer, me preocupo por ti, te vi desesperado.

—Tan malo soy para ocultar mis sentimientos.

—Nunca serás mío, desposa a otra mujer, todavía puedes ser feliz.

—Me di cuenta que ser impulsivo no te devolvería a mis brazos, he planeado a conciencia cómo recuperarte. Tengo dinero guardado, vámonos a Nueva York, mi madre y Margarita vendrán con nosotros, empezaremos una vida nueva.

—Sabes que te seguiría sin pensarlo, si solo de mí dependiera, pero dejaría a mi familia sumida en la deshonra, mis hermanas no se lo merecen. ¿Estás dispuesto a ponernos por encima de los demás, de arrastrar a Margarita y a tu madre a un futuro incierto? ¿Lo has hablado con ellas? ¿Sabes si desean vivir en otro país y renunciar a lo que conocen?

—Sé que lo harían si se los pido.

—Nadie debería sufrir las consecuencias de nuestros actos.

—Ya no me amas, ¿es eso?

—Hugo, ya te lo he dicho, te adoraré siempre. Lo que hemos vivido jamás lo tendré con otro, pero debes entender que es imposible.

—Nada es imposible, para mí no y menos si se trata de estar juntos.

—Solo te seguí para decirte esto, Hugo. Estoy dispuesta a romper nuestros lazos, no me lo hagas más difícil, he decidido sacrificarme en pos de la familia, incluso de ti. Ya no solo te enfrentas a la ira de mi padre, León es...

—¿Te ha dañado? Dímelo, si se ha atrevido a lastimarte no respondo de mí.

—¡Jamás! —Se opuso a enfrentarlos—. Estaremos separados pero bien, es lo único que importa.

—No renunciaré a ti.

—Te estoy diciendo adiós.

—No te dejaré en manos de ese canalla.

—¡Estoy embarazada! —reveló al fin—. Eso cambia los planes, ya no puedo pensar solo en mí, me ha hecho tomar conciencia del mal que haríamos para ser felices.

—Dime que es mi hijo, tiene que ser mío.

—Tengo menos de dos meses gestando, es de León. Lo siento.

Unos toques sobre la puerta fue la señal de Perla para que su ama saliera antes de ser descubiertos, ella lo besó en la frente con todo su amor y le susurró:

—Por favor, olvídate.

Él la observó con dolor mientras sus cuerpos perdían el contacto y sin poder resistirlo la tomó de la mano y la volvió a refugiarse en su pecho mientras le decía:

—Nunca. Óyelo bien: vivirás en mi corazón más allá de mi muerte.

De regreso a la residencia de los señores del Alba, Hugo llegó a la par que su amigo, se bajó del caballo, lo entregó a un esclavo y siguió de largo, con intenciones de refundirse en su habitación, pero entonces vio el piano en el amplio salón y no pudo resistirse, se aproximó a él y lo destapó. Recorrió la partitura que estaba a la vista, se detuvo en la clave de sol y siguió las negras y las blancas, que le indicaban dónde colocar los dedos, pero ni siquiera intentó sacarla. Tocó de memoria, con la mirada perdida, aquel nocturno de Chopin, que amaba, el más triste de todos, el que, por alguna extraña razón, hacía tiempo que no se salía de su cabeza. Terminó la pieza y sacudió su tristeza, se recompuso y se dirigió a sus aposentos.

—Aguarda —lo detuvo su amigo que lo había seguido y lo había observado preocupado sin atreverse a interrumpirle—. ¿Qué te pasa, Hugo? Por más que lo intentaste ocultar no puedes disimular la cara de velorio durante la recepción. ¿Pudiste intercambiar al menos unas palabras con María Teresa?

—Más que eso, nos besamos, pude sentirla en mis brazos y aún responde a mi tacto tal como lo hizo tres meses atrás. Me ama.

—¿Planearon la fuga? ¿Sigues dispuesta a huir contigo? ¿Le comentaste de ir a Estados Unidos?

—Le expuse mi idea, pero no la acepta. Pone de pretexto a su familia, no quiere arruinarlos.

—¿Qué esperabas? Le estás pidiendo a una mujer que ha sido educada bajo los preceptos morales más estrictos que corra rumbo a la felicidad dejando en penurias a otros, nada más y nada menos, que a su familia más cercana. Me lo veía venir.

—Yo no. Debiste verla cuando se enfrentó a su padre, con tanto coraje. Ahora le preocupa el futuro de Úrsula, de Altagracia, de Margarita.

—Es lógico, al calor del momento se cometen locuras, ha tenido tres meses para enfriar la cabeza, para darse cuenta de la magnitud del daño que ocasionaría al abandonar a su marido y fugarse con otro hombre.

—¡Que no es su esposo por todos los demonios, su esposo soy yo! —gritó y al final se le quebró la voz.

Salió del recibidor al zaguán y pateó con todas sus fuerzas unos troncos de leña que permanecían apilados. Doña Carmen asustada al escuchar los gritos bajó seguida de una de sus esclavas.

—Pero ¿qué sucede? —preguntó.

Su esposo hizo un gesto para darle a entender lo evidente, la mujer despidió al servicio y ella misma fue a preparar dos tragos de ron para su esposo y su amigo. Hugo lo aceptó y lo tomó de un sorbo; unos gruesos lagrimones le bajaron por las mejillas y terminó por decir lo que le estaba quemando por dentro:

—Está embarazada, de ese malnacido.

—¡Jesús! Lo siento tanto —lamentó doña Carmen que estaba al tanto de la situación, entre Carlos Enrique y ella no había secretos.

Hugo sentía suficiente confianza con ella como para manifestarse ante sus ojos como un libro abierto. Por eso cuando la joven señora le acercó otra copa e intentó darle ánimos con unas palabras se lo agradeció de corazón.

—Tiene que haber algo que se pueda hacer, encerrado aquí llorando o en un ataque de furia no la conseguirás. Lucha por ella.

—No lo alientes, Carmela —le pidió Carlos Enrique—. Está casada con León y es el único matrimonio reconocido. El padre Benito se ha esfumado, no aparece ni por los centros espirituales, es como si se lo hubiera tragado la tierra y del acta no queda ni rastro, como si jamás se hubiera asentado.

—No me daré por vencido, María Teresa tendrá que escuchar mis razones, lo nuestro no puede acabar así —manifestó Hugo, volátil, a punto de tomar un caballo y galopar a su encuentro, aunque tuviera que enfrentarse a duelo con León.

Carlos Enrique se le acercó con cautela, le colocó una mano sobre el hombro, lo palmeó con cariño y le susurró:

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, no quiero desanimarte ni indicar que no voy a apoyarte, pero un hijo de León lo cambia todo.

—¿Qué insinúas?

—Si es difícil para una dama de sociedad traicionar a los suyos por un hombre, es peor si tiene que dejar atrás a una criatura.

—No me importa que espere un hijo de otro, por amor a ella soy capaz de criarlo como si fuera mío.

—¿Lo podrás mirar a la cara mientras crezca sabiendo que es del hombre que yació en el lecho con tu mujer?

—Lo prefiero a renunciar a ella.

—León la buscará hasta debajo de las piedras, lleva a su primogénito en su vientre, su heredero, tal vez hasta sea varón, no lo dejará en tus manos. Es una razón todavía más poderosa que perseguir a su esposa adúltera —le confesó y no pudo evitar alzar la voz, ya no sabía qué hacer para entrarlo en razón.

—No me rendiré, he dejado todo por ella.

—Solo veo una forma para que puedas quedarte con María Teresa, tendría que enviudar y no

creo que seas un asesino.

—No lo soy, pero en estos momentos estoy desesperado; si me persigue y me enfrenta, me defenderé.

—Hugo, no tomes una decisión al calor de la situación; para llevártela lejos lo primero que se necesita es que ella acepte secundarte, por lo que me has dicho, no está convencida. Mencionaste que serías frío y calculador, y aquí solo veo a un hombre despechado, capaz de ocasionar una desgracia por no aceptar que ha perdido. Usa las piezas a tu favor, no riñas con el poder, necesitarás de mucho y dinero también si pretendes enfrentar a León Villavicencio y salir victorioso.

—¿Me sugieres que espere no sé cuántos años hasta ser el nuevo marqués de Morell de Santa Ana para hacer justicia? No tengo paciencia, tal vez para ese entonces ya no me sirva de nada.

—Te sugiero que logres lo que por soberbia no pudiste hacer en un inicio, no te pelees con el mundo, regresa a la quinta, conquista al marqués y gánate de nuevo su confianza.

—Jamás estará de mi lado, ya lo intenté y mira cómo he terminado.

—No lo necesitas de tu lado, solo su influencia al alcance de tus manos.

*E*nero de 1857

María Teresa observaba a la dotación que le serviría en adelante, estaban esperando que les diera una orden, que dejara en claro cómo tendrían que disponer el trabajo en la casa. León había adquirido un palacete en el corazón de La Habana, era fastuoso, había pertenecido a un marqués que luego de crecer su fortuna se había marchado a España. El edificio se llevaba una manzana completa, decorado con exquisitez por sus anteriores dueños, cualquier señora recién casada se habría mostrado complacida, más cuando al inicio pensó que vivirían con la familia de su esposo. Su cabeza no tenía espacio para ocuparse de esos menesteres, solo podía pensar en Hugo y el breve encuentro que habían tenido tres días atrás.

—Perla, despídelos, diles que después hablaré con ellos —se dirigió a su esclava de compañía.

—Pero hoy vienen las damas de su familia a conocer la casa, los esclavos desean saber cómo le acomoda a la señora que se les atiende. Ya están los refrescos, el té y las pastas. La cocinera requiere instrucciones, como, por ejemplo, si le apetece brindarles algo más a su familia, se ha puesto nerviosa al saber que su madre es una marquesa, es que recién fue adquirida por sus suegros por orden del amo.

—Sabes cómo debe ser atendida mi madre, mi abuela y mis hermanas, explícale, no estoy de humor para lidiar con esa responsabilidad.

—El amo León dejó dicho que... No se preocupe, mi ama, me encargo ahora mismo —contestó al ver su semblante.

En la cabeza de María Teresa solo había espacio para Hugo, aún tenía grabada la imagen de desconsuelo que se apoderó de su rostro cuando le comunicó que desistiría. Estaba convencida de que no había solución, por eso intentó persuadirlo de retractarse y aceptar el destino. Una lágrima le resbaló por la mejilla mientras su mirada permanecía perdida más allá del amplio ventanal del lateral izquierdo del palacete, en la sala de recibir visitas. León pasó a despedirse antes de marchar a sus obligaciones, la encontró taciturna:

—¿Te pasa algo, querida? —murmuró y logró sobresaltarla.

—Nada, solo espero a mi familia.

—Imagino que llegarán por el frente, toma asiento, la impaciencia no hará que el reloj vaya más

aprisa. Además, es de mal gusto para una señora de tu posición acechar tras las cortinas.

—Lo siento.

—¿Te atormenta la presencia de tu madre por primera vez en nuestra morada? Lo harás bien, solo mantén a raya al servicio, ten mano firme con ellos, que de lo contrario se aprovechan.

Se le acercó, le tomó las manos entre las suyas y se las besó, luego le preguntó:

—¿Cómo te sientes? —Hizo referencia a su estado de gravidez.

—Tengo náuseas, en un rato pasarán.

—Mi pequeño Leoncito ya dando guerra, será tan fuerte como su padre.

—Das por hecho que será varón. ¿Y si fuera una niña?

—Será un niño.

—Dios te escuche, porque no quiero otra cosa que complacerte, pero te recuerdo que mis padres solo tuvieron hijas.

—Mi madre ya tomó sus medidas al respecto. Antes de casarme contigo consultó a una santera que tenemos en nuestros cafetales, jamás ha fallado en sus predicciones al consultar a sus *orishas*, leyó unos trozos de cáscaras de coco y le aseguró que tendríamos un varón y sería el primogénito.

—No pensé que creyeras en esas prácticas, no es de Dios —señaló para medir su reacción.

—Mi familia lleva más años en Cuba que la tuya, demasiado tiempo en esta isla te hace buscar aliados donde menos lo imaginas.

—¿Y qué más dijo la santera de nuestro matrimonio?

—No se preguntó más. Eso era lo único en disputa, tomando en cuenta que tu madre no tuvo hijos varones.

La acercó intempestivamente a sus labios y la besó para intentar saciar un hambre que no terminaba de satisfacer. Le susurró al oído:

—Así y todo, lamento que te hayas embarazado tan pronto, no he podido disfrutar de mi esposa con la intensidad que me gustaría, pero en cuanto nazca mi primogénito recuperaremos el tiempo perdido.

Ella suspiró de alivio al recordar que, desde que se confirmó el embarazo, León había reducido la frecuencia de sus encuentros íntimos a nada, incluso terminó por abandonar los aposentos conyugales y retirarse a dormir a habitaciones separadas. Él solo había tomado la decisión, quería ese hijo y reconocía que era más enérgico de lo habitual en la intimidad, no quería que en un arranque de deseo terminara por hacerla abortar. No lo hablaron con todas sus letras, pero ella lo entendió a la perfección. Recordó el ímpetu de León en su noche de bodas, si se repetía sería perjudicial para el feto. Él no se contenía cuando estaba dentro de su cuerpo. Rememoró el sangrado misterioso que salvó su matrimonio, necesitó un par de días para que cesara la pequeña hemorragia y una semana huyéndole a cohabitar con él y dar explicaciones. Las siguientes veces que la tomó, tampoco fue dulce o gentil, incluso la hizo pasar por experiencias que María Teresa jamás imaginó que pudieran darse entre un hombre y una mujer, pero no volvió a lastimarla. Jamás la perdonó ni disipó por completo sus dudas acerca de su virginidad, pero dejaron de hablar del

tema. Ella concluyó que tendría tantos hijos como la vida le obsequiara, si por cada uno lograba mantener a su esposo nueve meses lejos de sus faldas.

Una esclava la sacó de sus reflexiones; al volver en sí, notó que él ya se había marchado. Su familia había arribado. Dio una última mirada al salón, todo estaba según los estándares de exigencia de la marquesa de Morell de Santa Ana, y salió a recibirlas en persona.

Doña Prudencia fue la primera en saludarla, la felicitó nuevamente por su éxito en el matrimonio, sabía que su abuela se refería a que había sobrevivido a la noche de bodas y el asunto engorroso de la virtud. Su madre, ajena a esos asuntos, inspeccionó la propiedad hasta darle el visto bueno, aunque no dejó de poner peros al servicio y su desempeño, ni de dar sugerencias que no le habían sido pedidas.

—Es hermosa tu residencia, María Teresa —advirtió Altagracia—. Eres muy afortunada, espero en verdad que seas feliz.

—¿Y por qué no lo sería? —preguntó la marquesa—. Mi hija menor ha hecho un gran matrimonio, tiene un esposo encantador que se desvive por ella y una morada con mucho potencial. Con mi ayuda le sacarás brillo a este diamante en bruto.

—No seas tan severa, mi querida hija —dijo doña Prudencia—, este palacete es digno de la nobleza más exquisita. Han hecho una excelente adquisición y tus suegros han estado a la altura al disponer que lo prepararan para el arribo del bendecido matrimonio. ¡A tres meses de casados y ya esperando a su primogénito!

—Esperemos que sea varón —se lamentó la marquesa al recordar su propia suerte.

—Hermana —le dijo Úrsula—, me alegra tenerte de vuelta.

—¿Y doña Alma? —preguntó María Teresa a Margarita.

—Mi madre no se ha sentido bien, pide que la dispenses.

—Espero que se recupere pronto. ¿Es de gravedad?

—Dolores de cabeza, producto de las inconsistencias de los hijos; si no lo supiera yo —manifestó su excelencia—. No lo digo por ti, Margarita, eres una santa, no podemos ignorar que Hugo nos tiene con jaqueca a todos, incluso a mí. Pero dejemos ese tema que no es grato. Háblanos de tu embarazo, ¿está contento León?

—Sí, por supuesto, pero sigamos recorriendo la casa, tus recomendaciones son valiosas para mí, madre. Nunca había tenido una mansión a mi cargo y menos con tantos esclavos.

—Lo harás formidable, fuiste educada para eso.

Siguieron caminando hasta que sin darse cuenta quedó a solas con Margarita, ella no pudo evitar retomar el tema de su hermano:

—Hugo está destrozado —le comentó a María Teresa.

—¿Has hablado con él? —Margarita asintió—. ¿Qué te ha dicho?

—Está renuente, no quiere olvidarte. Me duele verlo tan obcecado.

—Necesito que lo hagas entender, por favor.

—Lo he intentado, pero es el ser más testarudo sobre la tierra. Fue a la casa a hablar con tu

padre, regresará.

—¿Volverá a la quinta?

—Pero si te lo estoy diciendo. ¿Acaso no me escuchas?

—No sé qué pretende, pero sus intentos serán en vano, no puedo irme con él. Ya le he expuesto mis razones. No puedo cargar en mis hombros el peso de arruinar el futuro de Altagracia, de Úrsula, el tuyo, ni de avergonzar a mis padres. Seré madre y mi hijo es de León; si fuera de Hugo me arriesgaría, pero por desgracia su padre es mi esposo.

—Tu esposo es Hugo —sostuvo Margarita con firmeza.

—No te atrevas a repetirlo, no confío en los esclavos.

—No quiero que te sacrifiques por mí y Úrsula menos. Pero, ¿qué te pasa? ¿Acaso ya no lo amas? ¿Te has enamorado de tu esposo? ¿Es eso? Has cambiado, María Teresa, ya no te conozco. ¿Esos vestidos y esas joyas para aparentar qué? Te morirás de un sofoco con el calor que está haciendo, ¿por qué te cubres tanto? Admítelo, es celoso, no te permite lucir un escote.

—No tengo nada que decir al respecto.

—¿Ya no te importamos? ¿Por qué te das esas ínfulas de grandeza con Úrsula, Altagracia y conmigo? Soy tu amiga, vivimos juntas tantos años en España, me tenías menos secretos que a tus hermanas y ahora pones una distancia entre nosotras que no puedo aceptar.

María Teresa, con lágrimas en los ojos tras el reclamo de Margarita, se descubrió uno de sus hombros y dejó a la vista la cicatriz que quedó tras la mordida que León le ocasionó en su noche de bodas, y murmuró:

—León es un monstruo.

Margarita se llevó una mano a la boca, espantada al detallar la huella de los dientes que permanecía como una marca imborrable en el tiempo, como la que le hacen al ganado.

—Tienes que huir.

—¡No! Y te exijo que no le digas a nadie, si en verdad eres mi amiga respetarás mi silencio.

—¿Qué será de ti?

—Dice que me quiere, estoy aprendiendo a lidiar con él, creo que puedo manejarlo para que se mantenga aplacado el demonio que lleva dentro.

—No lo puedes consentir.

—Le pertenezco. Solo ocurrió una vez, no ha vuelto a lastimarme, fue una advertencia, me dejó bien claro hasta dónde está dispuesto a llegar si lo desafío. No conoces a León, es despiadado, he visto cómo disfruta de castigar a sus esclavos. Por eso lo quiero lejos de Hugo; si sospecha de él, no tendrá clemencia.

—Mi valeroso hermano no le teme a nadie y menos a León.

—Lo sé, pero debemos protegerlo. Hugo es valiente, pero es honesto, irá de frente. León no teme ensuciarse las manos, hará cualquier bajeza con tal de salirse con la suya, lo matará si sospecha. Prométeme que no le dirás nada y lo convencerás de alejarse de mí, que se case con Úrsula, que intente ser feliz.

—Hugo no me escuchará.

—Inténtalo, dile que lo que sea, que ya no lo quiero, que me he enamorado de mi esposo.

—No lo creerá si no viene de tus labios.

Un esclavo del servicio recibió una misiva dirigida a Hugo y se la hizo llegar de inmediato. Pidió permiso para interrumpir la charla de su amo y su invitado, así pudo entregársela.

—¿Correspondencia? Espero que sean buenas nuevas, no puedes quejarte, te está yendo bien en los negocios —intentó animarlo Carlos Enrique.

—Es de la quinta, la ha enviado Margarita —le expuso Hugo.

—¿Estás listo para volver?

—Ya pronto te desharás de mí.

—Te dejo para que puedas leerla.

—Aguarda, no es necesario que te retires. No creo que sea privado.

Cuando abrió el sobre y vio el papel de carta sin nombres, expresó:

—Es de María Teresa, reconozco su perfume de violetas.

—Te dejo leer, espero que sean las noticias que estás esperando.

—Lo dudo, ya no me llama «Amor», ha encabezado la nota con un seco «Señor».

Carlos Enrique negó ante lo que consideraba una causa perdida y lo dejó sumergirse en el mensaje.

Señor:

Comienzo estas letras pidiéndole perdón por no mantener mi promesa en el tiempo. Estos meses me han servido para reflexionar y darme cuenta de que no solo pecamos, sino que nos entregamos a una pasión intrascendente; parecía muy real en su momento, pero, tras compartir con mi esposo este viaje, le he tomado cariño, más ahora que esperamos a nuestro primer hijo. Sé que aún tiene fe en los sentimientos que compartimos. En nombre de lo que nos unió fugazmente, que de mi parte fue tan sincero como perecedero, le suplico que no interfiera en mi felicidad ni destruya mi nueva familia. Elegí aceptar mi destino y la razón que ha terminado de convencerme es muy fuerte: tendré un hijo y eso lo cambia todo. No lo expondré a ningún peligro, menos por una pasión ya extinta. Por favor, no me perjudique y acepte el final con honor. También puede encontrar la dicha en el matrimonio, dese la oportunidad. No firmaré esta nota por sobradas razones. Lo dejo libre, no tiene ninguna promesa que cumplirme, yo ya he roto el vínculo que una vez nos unió.

¿Podía darle permiso a su corazón para sentir lo que el desdén de María Teresa le provocaba? Aquellas palabras fueron desconcertantes. La había besado días atrás y podría jurar que sus labios habían sido igual de exigentes que los suyos. Le decía que no solo se sacrificaba por su hijo,

manifestaba que sentía aprecio por León Villavicencio. Caminó a sus aposentos para enjuagarse el rostro con agua clara. El rechazo le había calado hondo, sintió un fuerte dolor, agudo, penetrante. Él había dejado en pausa aquello por lo que se había esforzado a lo largo de sus últimos doce años, incluso la fortuna que heredaría, y ella venía tan ligera a pedirle perdón y rechazarlo.

—¿Qué diablos es esto? Me cuesta creerlo, asimilarlo. Estuve a punto de renunciar al marquesado, y ahora me dice que solo fui una ilusión.

Lo invadió el recuerdo de los corazones que él había roto en otros momentos de su vida y se lamentó por cada uno de ellos si habían sufrido tal decepción. Tomó asiento en un acolchado sillón y se perdió en sus reflexiones. Ya habían llegado a sus oídos rumores del romántico viaje de bodas, de los paseos, del lujoso palacete que León Villavicencio había puesto a sus pies. Y eso, unido a la carta, detonó en él la rabia, pero una a largo plazo que no soltó como habitualmente hacía, lanzando improperios, azotando puertas, pateando objetos o cabalgando hasta que él y el corcel fueran uno solo, perdidos, salvajes. La ira terminó por congelar su corazón. La detestó, por sentir algo por su marido, por, seguramente, disfrutar en sus brazos mientras él se había reservado para ella desde que se había enamorado como un tonto.

Y antes que el hielo en su corazón se derritiera, regresó a la quinta con una idea fija, retomar sus planes iniciales, lejos de los vestigios de la historia de amor entre sus padres que doña Alma se empeñaba en inculcarle. Iba a casarse con una de las hijas del marqués, heredarlo y disfrutar de su suerte: «No todos los días aparece un primo de tu padre, del que no tenías idea de su existencia, para nombrarte su sucesor solo con una condición, elegir una esposa entre sus hijas, cual de ellas más hermosas».

Con la fusta aún en la mano, se quitó el sombrero de copa y llegó ante el marqués. Su protector pudo advertir en su mirada que no venía redimido, pero también le sirvió. Era su heredero y lo necesitaba para dejar su legado. Le ofreció un coñac y asiento. Hugo, sin aceptar uno u otro, lo miró a los ojos y soltó lo que estaba a punto de quemarle:

—Su excelencia, puede iniciar los preparativos de mi próxima boda con su hija.

—Pero ¿y el cortejo, el compromiso? Mínimo seis meses para no dar de qué hablar.

—Tómelo o déjelo.

—¿Por qué te embarga la prisa?

—Quiero continuar mi vida.

—Me parece bien que dejes atrás los episodios desagradables y retomes el camino —dijo e hizo una pausa para llevarse a los labios su bebida—. Espero que entiendas que todo ha sido por el bien de la familia. ¿Con cuál de mis hijas te casarás?

—Ya le había dicho que con Úrsula.

—¿Estás seguro de tomar por esposa a una mujer que tiene aspiraciones para ser monja? Lo digo porque no creo que seas un santo. Altagracia tiene todo el potencial para ser una buena esposa y una excelente marquesa, sin depreciar a mi bella Úrsula. Definitivamente te gustan las complicaciones, primero María Teresa, ahora Úrsula, la tendrás difícil. Altagracia es la

primogénita, es tan hermosa que con sus pretendientes podría hacer una fiesta.

—¿Por qué no la ha casado aún?

—Te prometí que elegirías primero, estoy esperando a que desposes a una de las dos, para buscarle esposo a la siguiente.

—Su promesa no sirvió para María Teresa.

—Tu tardanza me dejó en una encrucijada; León no fue tan comprensivo, presionó tanto que terminé por ceder y pensé que te inclinabas por una de mis hijas mayores, dado que hacía tiempo que no veías a la menor.

—O su discurso puede resumirse en que los Villavicencio le ofrecieron un trato imposible de despreciar.

—¿Qué padre con tres gemas preciosas de valor incalculable no aprovecharía el tesoro que tiene en sus manos, si además eso les garantiza a sus hijas vivir como reinas?

—Como reinas, pero sin amor.

—¿Sin amor? María Teresa es dichosa, le costó comprenderlo, pero ahora se entiende con León, él ha logrado conquistarla. Su madre la ha visitado hace poco y ha podido comprobar que es una mujer plena, que desempeña con mucho orgullo y satisfacción su papel de esposa.

—No siga, me ha quedado claro. María Teresa es historia en mi vida.

—Me alegra saberlo, también quiero que seas feliz. ¿Qué te he negado, muchacho? Menciona una sola cosa que no sea ella, y si lo hice fue porque los Villavicencio me tenían en sus manos. Hubiese sido la ruina para todos nosotros; la palabra de un hombre, el honor: lo es todo —afirmó alzando la voz.

—Altagracia es bellísima, pero con demasiado temperamento, ya una vez salí mal parado por poner mis ojos en alguien de personalidad similar, así que declino esa oferta. Prefiero a alguien que sea un remanso de paz. Úrsula ha sido mi amiga desde que llegué a esta casa, nos entendemos incluso sin usar palabras, tenemos muchas aspiraciones en común. Necesitaré una compañera a mi lado con su calidad humana y es tan linda como un ángel, no puedo pedir más. Esa es mi elección —ratificó dispuesto a retirarse.

—Si estás buscando una esposa que no te reclame tanta atención para acceder al marquesado, porque tienes intenciones de tener tus queridillas para satisfacer tu hombría, te advierto que necesitarás un heredero.

—Y lo tendrá. Ahora si me dispensa, iré a instalarme a mis aposentos y darle las buenas nuevas a mi madre.

—Bienvenido, hijo.

Las murmuraciones de por qué el marqués de Morell de Santa Ana casaba con tanta prisa a su segunda hija no se hicieron esperar. Las señoras de sociedad se debatían a puertas cerradas si el honor se había corrompido e intentaban subsanarlo, o si el marqués era consciente de que el tiempo para sus hijas mayores estaba por acercarse a la fecha de caducidad. Sin importar las razones, las familias pudientes y más encopetadas se dieron cita en La Catedral de La Habana, descendieron a la plaza de sus lujosos carruajes y fueron testigos del enlace matrimonial acompañado del susurro del mar. El semblante de la familia lucía distinto al mostrado en la boda anterior, se veían solemnes y presurosos, como si al casar a Úrsula con Hugo cumplieran con un compromiso ineludible.

La celebración en la quinta fue igual de fastuosa que la última dada en honor a la hija menor, salvando la premura para organizarla. Los invitados desfilaron frente a los leones de la fachada, que indicaban la alcurnia de quienes los recibían y repararon en el escudo familiar que daba cuenta del marquesado de los Morell de Santa Ana, recibido por el abuelo de su excelencia Rómulo Morell por los servicios militares prestados a la Corona, lo que, de cierta forma, los situaba en una posición ventajosa frente a tanto noble que había comprado su título gracias a la riqueza que había logrado reunir en la isla. Los habaneros de rancio abolengo eran un poco reacios a aceptar a los nuevos nobles, a quienes les faltaba la clase suficiente que el dinero no podía comprar. Sin embargo, el marqués, no hacía distinciones y era lo que lo situaba un paso adelante a la hora de negociar; ya sea por la nobleza o por la fortuna, los personajes más distinguidos tenían cabida en sus celebraciones.

A la hora indicada los novios se despidieron rumbo a sus aposentos. La familia cercana acudió a despedirlos y desearles las bendiciones en el nuevo andar. Cuando María Teresa tuvo el turno de acercarse a los recién casados, llevaba los ojos aguados, lo que podía confundirse con lágrimas de felicidad; le susurró a su hermana:

—Te deseo toda la dicha del mundo.

Úrsula resentida con ella, a quien también achacaba su desgracia, segura de que nadie más se percataría, le esquivó la mirada con desdén, dándole a entender que aún estaba disgustada. María Teresa no insistió y rogó para sus adentros que Úrsula la perdonara.

—¿Y a mí no me deseas nada? —preguntó su nuevo cuñado con soberbia.

La primorosa rubia sintió un ligero mareo, se llevó la mano al vientre que ya comenzaba a despuntar y, antes de perder la compostura y trastabillar, se sintió protegida por los fuertes brazos de Hugo. Un descuido lamentable, sus ojos hicieron contacto con los de él y se perdió en su oscura mirada, mientras aquellos labios rojos y urgentes no cesaban de interrogarla acerca de su estado de salud. Úrsula, también preocupada, dejó de lado su orgullo y la socorrió, abanicándola profusamente y pidiendo al servicio un vaso de agua endulzada. Fue apenas un par de minutos que le parecieron eternos. Tras beber murmuró mientras intentaba incorporarse:

—Lo siento, no quise empañar este momento. Prosigan —dijo María Teresa, pero Hugo continuaba aferrado a ella, no la soltaba.

León llegó de improviso y se la arrebató, la recostó en su pecho y le susurró palabras de amor, que al heredero le resultaron como dagas directas al corazón.

—Cariño, es mejor retirarnos; en tu estado, no es bueno que trasnoches. —Y volviéndose a los recién casados añadió—: No creo que mañana podamos acudir al puerto a desearles buen viaje con el resto de la familia, es evidente que María Teresa se ha fatigado con los ajetreos de la boda, necesita descansar.

—Reposa, hermana, cuida de mi sobrino —le indicó Úrsula y le depositó un beso en la frente que terminó de redimirla.

Hugo los vio partir y subió los escalones con su flamante esposa, la que le garantizaba acceder a la fortuna familiar. Frente a los aposentos de Úrsula, preparados para la noche de bodas, le susurró:

—Te dejo prepararte con calma, vendré cuando estés lista. ¿De acuerdo?

Ella siguió de largo haciendo un mohín con los labios, cruzó el umbral de la puerta sin contestarle y él se resignó a su destino. Tras cerciorarse con Matías y una de las esclavas de la casa que su equipaje estuviera dispuesto a su gusto, se cambió de ropas y caminó con paso seguro a la habitación de Úrsula a tomar lo que le pertenecía. Tenía una madeja de ideas en la cabeza; el marqués tenía razón, no solo había elegido a Úrsula porque era una delicia compartir con ella y por su sobrada dulzura, lo hizo porque, debido a su reticencia, su esposa no sería tan demandante como una mujer recién casada llena de ilusiones por el nuevo matrimonio. Sin exigencias su compromiso sería más llevadero, al menos hasta que María Teresa dejara de ser una obsesión en su vida. Verla tan compenetrada con León lo atormentaba, así que se aferró a su nueva cónyuge como a la última tabla en el mar.

Colocó la mano sobre la pieza de caoba con la que estaba confeccionada la puerta, sintió su sedosidad y dio unos golpes para avisar su presencia antes de acceder al picaporte. Lo accionó en una segunda ocasión y comprobó que estaba herméticamente cerrado, reposó su frente sobre la madera con las ideas bulléndoles.

—Úrsula, abre, soy yo —dijo con voz firme.

No hubo respuesta, respiró hondo y se llenó de paciencia. Decidió no llamar la atención, sería bochornoso acudir con la servidumbre a pedir que le abrieran los aposentos de su escurridiza

esposa; regresó a su alcoba y tras mucho meditar en su absurda vida se durmió.

Tras la terrible noche de bodas se levantó más tarde que de costumbre y lo hizo cuando Matías acudió a sus aposentos para despertarlo; mostrando asombro al comprobar que el señor no había dormido con su mujer, descorrió las cortinas y le dio el mensaje de doña Alma:

—Su esposa espera en el comedor a que bajen los marqueses para el almuerzo, su equipaje ya está en el carruaje que los llevará al puerto. ¿Dispongo del suyo?

—Por supuesto, puedes bajarlo también.

—¿Antes lo ayudo a vestirse?

—Ocúpate de dejar la habitación impoluta, que no queden huellas de que he pasado la noche aquí.

—Como ordene el señor —expuso intentando no hacer comentarios que delataran su sorpresa, pero tras intentar aguantarse soltó la lengua—: No entiendo qué salió mal. ¿La señorita Úrsula no es de su agrado? Porque usted es de esos que donde pone el ojo pone la bala, no hay mujer que se le resista.

—¡Matías! Tú a lo tuyo que de mis mujeres me ocupo yo —le dijo condescendiente; ya extrañaba el sarcasmo del mulato que acostumbraba a inflarle el ego. Desde que había sucumbido a María Teresa había dejado atrás uno de sus deportes preferidos: conquistar damas y hacerlas caer ante sus encantos.

—Es que, con su fama, esto es ver para no creer.

—Pues más te vale tragarte la lengua y no ventilar mis asuntos en el patio con los esclavos o mandaré a que te den azotes. —Esto último lo añadió solo para disuadirlo de mantener la boca cerrada. Matías sabía que no cumpliría sus amenazas. Si de algo estaba orgulloso era del trato que le daba su amo, por eso no se limitaba y hablaba más de la cuenta.

—Si yo soy una tumba —recriminó.

—¡Apúrate, Matías! No quiero que mis suegros metan sus narices en mis asuntos.

Mientras el esclavo acomodaba la habitación antes de bajar el equipaje, Hugo terminó de afeitarse, vestirse y prepararse para partir. A toda prisa se enfiló a los escalones y una presencia fuera de sus aposentos lo congeló en el acto.

—¿Problemas en el paraíso? Pensé que habías pasado la noche en la alcoba matrimonial —insinuó el marqués.

—Y lo he hecho, he pasado temprano por mis maletas.

—No te esfuerces, se te da mal mentir. En esta casa tengo ojos y oídos en todas partes. Necesitarás más que tu galantería para convencer a tu esposa de que no cierre con llave sus aposentos. No olvides que deseo un heredero y pronto.

—Si tanto le preocupa, su hija y su querido yerno León ya se están ocupando de ese menester.

—Sabes que el testamento de mi abuelo exige un Morell en línea paterna directa. No pasaré mi título a los Villavicencio. Espero que esta noche seas más astuto y consumes el matrimonio. No lo hiciste con María Teresa, ahora tampoco con Úrsula, ya me estás dando que pensar.

—Tendrá su heredero, con suerte regresaremos del viaje también de encargo.

—Con tus correrías nunca fuiste tan indulgente.

—A sus hijas, su excelencia, hay que tenerles paciencia.

—¿Aún sigues creyendo en las bondades de la dulce Úrsula? Las tres son hijas de Lucrecia de la Concordia, es solo cuestión de que se sientan amenazadas para que saquen las uñas. No digas que no te lo advertí.

Hugo se quedó sin respuesta, comenzó a darse cuenta de que el marqués tenía razón. Así que al llegar al lujoso camarote donde pasarían el primer mes de matrimonio, tomó la delantera y se hizo con las llaves. Aún de día, mientras el barco zarpaba, sosteniéndolas en el aire, enfrentó a su esposa:

—Nos dejaremos de juegos, ahora terminaremos de consumir nuestro casamiento, de lo contrario carecería de validez y se podría anular.

—¿Tan desesperado estás por llevarme al lecho o es que sientes amenazado tu futuro como marqués?

Hugo, sin contestarle, lleno de furia por la forma en que lo desafiaba, mirándolo sin recelos a los ojos, comenzó a desatar su lazada, se sacó la chaqueta y siguió con los botones de la camisa. Lo dominaba el orgullo de su hombría herida más que el deseo por poseerla. Ella abrió los ojos desmesuradamente al ver lo que pretendía hacer, se escurrió sobre la cama hasta pegar la espalda al respaldar y cerró las piernas en un acto reflejo. Él asió con fuerza cada tobillo de su desposada y la arrastró hasta el borde la cama. En medio de sus miradas desafiantes se interponía el voluminoso vestido. Hugo negó con la cabeza. La tomó de una mano, la levantó de improviso, la giró de espaldas con la intención de desnudarla pieza a pieza. Ella se resistió con todas sus fuerzas, él luchó por someterla, pero sin lastimarla, solo se concentraba en desatarle la falda, mientras ella intentaba liberarse de su agarre.

—¿A qué juegas, Úrsula? —inquirió furibundo.

—Si quieres violarme, adelante, pero no te la pondré fácil, me defenderé.

—Jamás te violentaría, estás casada conmigo, solo quiero consumir nuestra unión y que sea un matrimonio real, no solo de papel. Debes cumplir con tus obligaciones y quiero que lo hagas por propia voluntad. Seré tierno contigo, más que delicado, seré amoroso, al final me pedirás otra ronda.

—¡Maldito engreído! Si tan urgido estás búscate una querida. ¿No es eso lo que hacen los hombres? Yo rezaré para que Dios perdone tus pecados.

—Ganas no me faltan, pero esteremos en este barco Dios sabe cuánto tiempo y tu padre quiere un heredero, no creo que llegue a tu cuerpo por obra y gracia del Espíritu Santo.

—No me hago ilusiones contigo. Tres camarotes a la izquierda hay una señora joven y hermosa que no te ha quitado los ojos de encima durante el ascenso, solo tendrás que esquivar a su anciano esposo, no creo que sea difícil para ti, que aún estás en plena lozanía.

—Me debes obediencia, eres mi esposa.

—Porque María Teresa y tú no me han dejado otra alternativa.

—¿Qué insinúas? María Teresa eligió su vida con León, ya no nos une nada. Deberías sentirte honrada, pude elegir a Altagracia.

—No imaginas el orgullo que me da, que me tomen a cambio de un título antes que a mi hermana mayor —ironizó su situación.

—No quise decir eso —admitió fastidiado sin entender por qué sus atributos de hombre seductor no le funcionaban con Úrsula.

—Arruinaste mis planes, éramos amigos, eras mi cómplice. Tú me ibas a ayudar a convencer a mi padre para que aceptara darme la dote y su bendición para poder cumplir con mi vocación religiosa.

—Lo siento. He sido un egoísta, tienes razón —resolvió tomando asiento en la cama, ella se sentó a su lado—. Saqué mis conclusiones sin consultarte previamente. Pensé que tu padre tarde o temprano te casaría con el mejor postor, jamás accedería a dejarte hacer tu voluntad. Para él los cinco somos piezas claves que permitirán que la fortuna crezca, buscará enlaces conyugales para cada uno que reporten ganancias para sus arcas. Mi vida sería más fácil de sobrellevar contigo a mi lado, Altagracia es muy impetuosa, también la quiero, que conste, no podría condenarla a un matrimonio sin amor desde el principio, ella exige una pasión que no puedo darle. Tú y yo, en cambio, estamos en igualdad de condiciones, ambos tenemos el corazón enfocado en otros intereses. Tendríamos la misma oportunidad de comenzar desde cero.

—¿Por qué Dios te ha dado esa mente ágil, Hugo? Piensas demasiado, un día tu cabeza será un hervidero. ¿Crees que con el tiempo llegaremos a amarnos?

—¿Por qué no? María Teresa está queriendo a León, me lo ha dicho en una carta, léela por ti misma —explicó sacándola del bolsillo de su chaqueta que descansaba sobre una butaca. Se la entregó—. Si eso es posible, yo también podría amarte.

—Definitivamente no te puedo odiar —le indicó uniendo su frente a la de él, luego de leer la carta.

—Úrsula, te lo ruego, intenta que este matrimonio funcione, hazlo por nosotros, también merecemos ser felices, te lo suplico, te complaceré siempre.

—María Teresa te ama, es una cobarde por inventar que te ha olvidado para sacarte de su vida, pero te adora hoy más que ayer, en la boda no podía disimularlo por más que se esforzara.

María Teresa disfrutaba de una mañana en la casaquinta de sus padres, la ausencia de Hugo, le había permitido visitarlos más, y en su estado de gestación, León se sentía complacido que estuviese rodeada de los cuidados de las mujeres de su familia, en la tranquilidad de la quinta, alejada del bullicio que circundaba su palacete intramuros, cercano a las plazas donde bullía la vida y la algarabía de los criollos. Bebían unos refrescos de limón, Altagracia le pidió a la esclava que los servía que añadiera al suyo una copita de ron. María Teresa la miró de reojo, sabía que su madre detestaba esa bebida y esa costumbre habanera, pero a su hermana no le importó su reproche, se había encargado de echarse a la servidumbre doméstica a la bolsa comprándola con regalitos o favores.

—Eres tan diferente a nosotras, tienes tantas agallas para luchar por lo que quieres que no entiendo como... —frenó María Teresa, demasiada sinceridad de golpe no le pareció prudente.

—¿Cómo se me escapó el heredero? Puedes decirlo, ya me acostumbré a la idea. Consigo mencionarlo sin tener que morderme la lengua, sufrimos del mismo mal en el pasado; ambas lo hemos superado, ¿o no? —María Teresa intentó sonreír de complacencia, pero solo emergió de sus labios un gesto de pesar—. Lo siento por ustedes, sé que el cariño que sintieron era genuino.

—También me disculpo, tal vez, si me hubiera tardado en volver, las dos nos hubiésemos ahorrado sinsabores.

—Me dolió el orgullo, no porque se haya casado con nuestra hermana o se haya prendado de ti, y sí porque nunca se atrevió a darme el beneficio de la duda. Creo que no se casó conmigo para cumplir con la finalidad de los hombres Morell: arruinarnos la vida a las primogénitas de la familia —apuntó a disgusto.

—Me comentó Margarita que nuestro padre ha rechazado a tu nuevo pretendiente —añadió para alejar el tema, recién se había reconectado con Altagracia y no quería que la sombra de Hugo las volviera a distanciar.

—No le ha quitado las esperanzas, lo ha puesto en pausa como a los otros. Creo, secretamente, que nuestro padre quiere dejarme para vestir santos, para cuidarlos en la vejez o para encerrarme en un convento como le hicieron a su tía María Inmaculada.

—¿De qué estás hablando? —indagó, no podía seguir ignorando el rencor de su hermana, el que sentía por su padre.

—Secretos de familia de los que no debo hablar.

—Soy tu hermana y me preocupo por ti, en mí puedes confiar.

—No sé si sea de tu agrado, involucra a tu querido Hugo.

—Hugo es el esposo de Úrsula, no tiene nada que ver conmigo.

—Es el instrumento que nuestro padre está utilizando para mantener la patraña familiar. ¿Sabes que su excelencia —dijo con ironía— me insinuó que usara mis artes de mujer para seducir a Hugo? Era mi última esperanza para convertirme en marquesa como su cónyuge. Lo que, por supuesto no hice, me esforcé toda la vida para conquistarlo, pero cuando mi padre me dio carta blanca para hacerlo no pude, simplemente me asqueé y acepté que ese título me sería robado como a María Inmaculada, es mi destino. Doña Agustina Montemayor, aún casada, acaba de heredar el título de su padre, ahora es condesa, no por matrimonio y sí por línea sanguínea.

—Lo sé.

—¿Por qué mi padre quiere a Hugo como heredero, si en verdad yo soy su primogénita?

—Tampoco lo entiendo, es por la cláusula del testamento.

—Una que ya no tendría validez si nuestro padre no maquinara con su abogado las sucias artimañas que urden para despojarme de mi derecho. Recuerda lo que dijo la abuela sobre el mayorazgo. ¿Sabes que María Inmaculada fue metida a un convento? Nadie me quita de la cabeza que lo hicieron para negarle a ella la oportunidad de tener descendientes que reclamaran el título.

—¡Por Dios, Altagracia, sí que has estado ocupada! ¿Y esas conjeturas a qué vienen?

—He encontrado un libro que habla de la historia del marquesado, ha sido atar cabos sueltos y llegar a la conclusión. No he podido terminar de indagar en sus páginas.

—Tengo que verlo.

—Nuestro padre lo guarda como perro celoso de su contenido, hay que esperar a que se marche a sus obligaciones para sustraerlo, pero antes de que regrese habrá que devolverlo a su sitio. Descubrí donde esconde la llave: debajo del escudo familiar.

—¿Y por qué tanto esfuerzo para ocultarlo?

—Eso mismo me pregunto, pero papá ha estado muy taciturno, está obsesionado con el marquesado y todo lo que le circunde. Está desesperado porque Hugo tenga un heredero.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Los oí discutir la mañana en que Hugo y Úrsula partieron; al parecer, la noche de bodas el matrimonio no se consumó y nuestro padre teme que la maldición que le impidió a nuestra madre concebir un varón persiga a sus descendientes.

—¿Cómo que no se consumó el matrimonio? —preguntó y su corazón se fue a toda marcha.

—Hugo y Úrsula durmieron en habitaciones separadas. Mi padre teme que Hugo se haya casado con ella para cumplir un compromiso; si no la embaraza, será la ruina, no habrá herederos, ni siquiera una mujer.

—¿De qué maldición hablas, Altagracia?

—Una que lanzó María Inmaculada cuando le arrebataron su derecho, y que ha perseguido a los

hombres de la familia. Don Juan, el abuelo de Hugo y don Bonifacio, nuestro abuelo paterno, murieron antes que nuestro bisabuelo les pudiera dejar la herencia, eran los hermanos de María Inmaculada.

—Quedaron dos herederos entonces, sus nietos Héctor y Rómulo. Don Héctor, el padre de Hugo, quien renunció al marquesado, imagino huyendo de la maldición, por eso pudo tener un hijo. La maldición indicaba que no tendrían herederos varones de la estirpe de los Morell. Nuestro padre, quien aceptó el título y la fortuna de nuestro bisabuelo, solo pudo tener hijas. ¿No lo ves? Está clarísimo.

—Sí que lo veo, pero me cuesta asimilarlo, es que yo de maldiciones y embrujos paso. María Inmaculada no podía heredar porque tenía hermanos varones y, en su defecto, estos tuvieron herederos también varones.

—Ella tenía una mente privilegiada para la época, en el libro hay anotaciones de puño y letra de nuestro bisabuelo, primer marqués de Morell de Santa Ana, su ilustrísimo Archibaldo Buenaventura Morell González, donde despotrica en contra de la suerte de tener una hija que abogaba por las damas y en contra de las leyes que protegían los intereses de los hombres, era una defensora de los derechos de la mujer.

—¿María Inmaculada, la monja?

—Mucho antes de que la encerraran en el convento.

—¡Jesús! Me habría encantado conocerla. ¿Qué más sabes de ella? Dejó algún escrito o diario, tal vez, donde podamos leer en primera persona sus argumentos.

—No, que yo sepa, pero dejó la maldición, esa que aterra a nuestro padre y que puede que también te persiga a ti y a todos nosotros. No podrás tener un hijo varón, acuérdate, será niña.

María Teresa recordó a la santera que había consultado su suegra y negó, tampoco le había dado mucha importancia, esa mujer había dicho que tendría un varón. Se abrazó a su vientre para proteger a su vástago de conjuros, su hermana no solía ser muy devota, todo lo contrario, y que se interesara en ese tema la desconcertaba.

—El abuelo de nuestro padre nos ha hecho a un lado a las mujeres, como si no tuviéramos valor. Es repugnante —admitió Altagracia.

—No es un secreto que vivimos en un mundo gobernado por hombres y que estamos a merced de sus caprichos.

—Yo no, María Teresa, no lo permitiré.

—Anda, veamos ese libro, ya me has sembrado la curiosidad.

Altagracia acudió con cautela por la llave y se sorprendió al darse cuenta que ya no estaba ahí, ella y su hermana se miraron sin entender nada.

—Hasta ahora, nuestro padre nunca la había llevado consigo, será que la ha cambiado de lugar. Vamos a su despacho, en algún sitio debe haberla ocultado.

—Dime cómo es, así te puedo ayudar a encontrarla.

—Es pequeña y dorada, es la que usa para la primera gaveta de su buró.

En el lujoso despacho del marqués de Morell de Santa Ana, mientras Perla disimulaba fuera de este para garantizar que no hubiera moros en la costa, las señoritas esculcaban en el librero, en los jarrones, debajo del tintero; nada. Altagracia puso su delicada mano sobre el tirador de oro de la primera gaveta, donde solía encontrar el libro, no pudo abrirlo, estaba cerrado. Miró fijamente a su oponente, un escritorio de ébano, con cenefa de arabesco, patas torneadas y molduras doradas, que había mandado su padre a construir siguiendo sus más exigentes patrones. Tomó el abrecartas de plata y lo introdujo en la bocallave para intentar profanar la cerradura; cansada de no obtener resultados, se desquitó con el asa, la golpeó con el abrecartas y al final lo arrojó con furia sobre la madera, con el filo arañó ligeramente la laca que recubría el mueble. María Teresa le pidió que se sosegara.

—¡Por Dios, cálmate, Altagracia! ¡Estás dejando más huellas que una invasión de ratas en una cocina!

—Sin la llave, no podremos llegar al libro. Me enerva que no te lo pueda probar.

—No necesito verlo, te creo. Ya buscaremos otra ocasión para leerlo, tal vez nuestro padre utilizó la llave para acceder a sus documentos y olvidó regresarla a su lugar.

Perla las apresuró dándole a entender que la marquesa se acercaba, ellas salieron presurosas intentando dejar todo en su sitio; en el pasillo se tropezaron con su madre.

—Las hacía en la terraza —mencionó la marquesa.

—El calor era insoportable —refirió Altagracia.

—Es cierto. —La dama aprovechó para preguntar algo que siempre dejaba para después antes que volviera a olvidársele—. ¿María Teresa, no te has planteado regresar a la moda habanera? Lo digo porque la primera vez que regresaste de España fuiste presurosa a la modista para encargar nuevos vestidos, que no es lo mismo el clima de aquí que en Europa. Y, sin embargo, tras tu regreso de la luna de miel, no has dejado atrás la moda española, incluso diría que más recatada que lo usual. ¿Es por León? ¿No le gusta que uses escotes o tejidos ligeros?

—Madre... —intentó responderle su hija menor.

—Si te avergüenza, no tienes que darme explicaciones; lo digo porque con ese exceso de tela más la gravidez terminarás sofocada, no quiero que vuelvas a desmayarte. La moda inglesa adaptada a nuestro clima es la opción más sana y más moderna.

—Tranquila, madre, haré algo al respecto.

—Puedo interceder ante tu esposo, sin ser demasiado obvia, conoces mis maneras para persuadir.

—Estoy bien, no es necesario que se preocupe.

Altagracia la tocó ligeramente con el codo y enfiló la mirada sobre el bien proporcionado escote de su madre, decorado con vuelos que caían sobre su pecho; intercambiaron miradas mientras la antedicha seguía interesada por lo que consideraba extremo en el matrimonio de su hija. Tras la amplia cadena de oro que adornaba el cuello de la marquesa, escondida entre los finísimos encajes, una llave dorada se asomaba de canto junto a la medalla de la Virgen María.

Cuando quedaron a solas, Altagracia le confirmó a su hermana las sospechas.

—Era la llave, la podría reconocer entre mil.

—Por Dios, ahora las dudas sobre los oscuros secretos familiares que te atormentan también se han colado dentro de mí.

Las noticias de los recién casados en Europa parecían tener alas, mientras, seguir las pistas sobre la desdichada y valiente María Inmaculada se convirtió en aliciente para ver transcurrir el tiempo. La marquesa no se despegaba de la llave, solo salía de su pecho cuando el marqués la requería y después regresaba a su custodia. La panza de María Teresa dio tremendo estirón justo cuando le faltaban dos meses para dar a luz. La luna de miel de Hugo y Úrsula se había extendido aún más que la suya, y eso, a pesar de que era resultado de sus propios actos, la hacía morir de dolor. Sabía que el viaje de Hugo no solo perseguía la finalidad del placer, que su padre lo había mandado a supervisar sus asuntos en España, a estrechar lazos con la nobleza, a buscar nuevos socios en el resto de Europa, a cerrar tratos comerciales de los que el marqués no podía ocuparse en persona por sus obligaciones en la isla. Y, si en algo era excelente Hugo, era en sorprender siempre a su benefactor por alcanzar un éxito mayor al esperado. Finalmente, cumplida la misión, el joven matrimonio regresaba en un vapor a la isla, donde también la mano certera del heredero y su visión para los negocios eran reclamadas.

Entre los achaques del embarazo y el tormento que representaba para María Teresa volver a colocarse frente a frente con Hugo Buenaventura, la fuente de agua se rompió dos meses antes de lo esperado, mientras él continuaba en altamar, de seguro cercano a las costas de la isla.

León estaba alterado, no podía disimular lo que aquella llegada prematura le ocasionaba, sus dudas, casi olvidadas se le colaron con fuerza, como una ola que se posesiona tierra adentro, arrasando con todo a su paso. María Teresa estaba abatida, tuvo exactamente la misma idea que su esposo, no quería despegar los labios ni para mencionarlo, si lo nombraba, se haría realidad. Recordó el ligero sangrado tras la primera vez que cohabitó con León y de pronto entendió que la pérdida podría estar relacionada con un embarazo, su ciclo menstrual había estado muy extraño desde esa ocasión, pero desapareció por completo cuando creyó haber quedado encinta.

Y contra todo pronóstico o maldición, a mediados de junio de 1857, María Teresa dio a luz a un varón fuerte y rozagante, en su palacete, lejos de su familia, bajo los cuidados de su suegra y una partera que apareció tras la apremiante necesidad. Un niño con los ojos oscuros como la noche, la piel sonrosada por el esfuerzo realizado para salir del canal vaginal y unos labios muy rojos, que se abrían para llorar a puro grito, con toda la fuerza que le permitían sus pequeños pulmones.

—Es un varón, gracias a Dios. Enorme y fuerte, a pesar de que el embarazo no llegó a su

término, mira cómo se prende de mi dedo —dijo su suegra, su ilustrísima Suplicio Iturbide de Villavicencio, la condesa de Marmosa—. Pensé que por adelantarse vendría más débil, es la sangre de nuestra familia que corre por sus venas. Un nuevo León Villavicencio ha nacido.

—No, no se llamará León —indicó María Teresa con la poca fuerza que le quedaba.

—¡Pero si ya lo habían acordado! Cada primogénito de esta familia ha sido León Villavicencio, desde tiempos de los tatarabuelos de tu esposo.

—Déjala —exigió León dudando de ponerle su nombre con el corazón apretado y aliándose con su esposa en esa batalla contra su madre—. María Teresa puede escoger cómo llamar al primero, yo escogeré el del segundo y los siguientes. Quiero hacer feliz a mi esposa. Ya ha traído un varón saludable al mundo, estoy seguro que me dará muchos otros.

María Teresa ignoró las insinuaciones de su esposo, toda su energía estaba focalizada en el rollizo niño que la reclamaba entera, con hambre desmedida, la que intentó calmar colocándose en su pecho.

—¡Alto! —Se lo arrebató la condesa de sus brazos y se lo entregó a la nodriza, una mujer robusta de piel oscura con matiz azulado—. Ya tenemos un ama de leche para él.

—Por favor, no se lo lleven. Deseo amamantarlo —suplicó la nueva madre.

—Creo, querida, que ya hemos tolerado por demasiado tiempo tus caprichos. Tendrás mucho de qué ocuparte, como, por ejemplo, de cuidar a tu marido; de la crianza del primogénito me ocupo yo. Me lo agradecerás, no querrás dañar tu figura, una dama debe mantenerse a la altura que la clase exige.

—Vio con dolor cómo la esclava se llevaba a su hijo para alimentarlo. —No le era ajena esa costumbre, sabía que las pobres amas de cría alimentaban con su pecho a los hijos de sus amos, mientras sus criaturas eran consoladas con agua de arroz en el barracón; le dolió por su hijo y por el otro infeliz.

—Y bien, ¿cómo se llamará mi nieto? —indagó la señora impaciente—. ¿Llevará el nombre de alguno de los ilustres Morell?

—No, en mi familia, el nombre propio no se ha transmitido de padres a hijos.

—No hay muchos varones como para ello —la interrumpió sarcástica la condesa.

—Me refiero a mi bisabuelo, sus hijos y sus nietos, todos Morell y de nombre distinto. Quiero mantener la tradición, quiero que tenga un nombre que solo sea suyo.

—Eso está difícil si le pones un nombre cristiano.

—Me refiero dentro de la familia.

—Pensé que algunos de los Morell tenían como segundo nombre Buenaventura.

—Exacto, lamento pasarlo por alto.

—¿Cuál has elegido?

—Déjala descansar, madre, no puede ni sostener los párpados. Más pronto de lo que imaginas, nos develará cómo llamará a nuestro hijo. Además, su familia vendrá a visitarla en la tarde, ya saben que el parto se adelantó y que todo ha salido bien, arden en deseos de conocer al nuevo

integrante.

En la quinta de la Calzada del Cerro, el marqués había llegado a todo galope para escuchar de nuevo de la boca de su esposa el mensaje que le había enviado con un esclavo. Altagracia lo vio, su padre por las prisas no se percató que ella también se aproximaba para felicitarle.

—¡Un varón! —expresó riendo a carcajadas, con el pecho henchido de dicha—. ¡Ha sido varón! ¿Sabes lo que eso significa?

—Por supuesto, que te has atormentado en vano todos estos años, que no hay tal maldición sobre nuestra familia y que si solo tuve hijas fue porque Dios así lo dispuso.

—¿De esa maldición habla? ¿De la de María Inmaculada? —preguntó Altagracia que se les acercó con el gesto taciturno al escuchar lo que debatían.

—¿Cómo sabes tanto? —le preguntó la madre molesta por su intromisión.

—Mi padre habló del tema conmigo alguna vez.

—Es una tontería, esa maldición no existe. De lo contrario, Hugo no estaría con nosotros —sostuvo la marquesa.

—Hugo nació libre de la maldición porque su padre rechazó el marquesado —debatió Altagracia.

—Don Héctor no rechazó el marquesado, fue desheredado por enamorarse de quien no debía y por casarse sin la bendición de su abuelo —especificó la marquesa mientras su esposo las oía sin intervenir, aún deslumbrado por la noticia de su nieto.

Altagracia se quedó con la cara de piedra, un dato nuevo que su madre, presa de la ira, aportaba a sus investigaciones.

—Alguna explicación habrá para ello; lo cierto es que el hijo de María Teresa no significa nada, ella es una Morell, pero su hijo heredará la fortuna de los Villavicencio, no la de nuestro padre —expuso Altagracia tajante para volver a sembrar la duda y el martirio en la conciencia del marqués.

—¿Cómo osas entrometer tus narices en este asunto? Cada día me decepcionas más, eras la niña de mis ojos, mi orgullo, pero tu ambición te ha cegado. Los hombres a sus asuntos y las mujeres a los suyos —insistió la marquesa.

—Si fuera ambición, habría acatado la orden de mi padre cuando me pidió que sonsacara al heredero, antes de que el compromiso con Úrsula fuera sellado.

—Si no cumpliste con tu trabajo, ahora no reclames. Retírate, ¿no te das cuenta de que ese tema mortifica a tu padre? Pídele disculpas y marcha a tus habitaciones; en la tarde iremos a conocer a tu sobrino, espero que estés de mejor humor.

—Lo siento, padre.

Doña Prudencia, doña Alma y Margarita también bajaron a compartir la buena nueva, vieron el ambiente viciado, así que preocupadas indagaron por la parturienta y su retoño.

—¿Cómo están los dos? —preguntó doña Prudencia.

—Excelentes, según lo que me han dicho, en perfectas condiciones, tu nieta, la primera en ser madre, ha dado a luz como una guerrera. ¿No es formidable? —celebró la marquesa.

—Bueno, es más fácil un parto prematuro que a término, el bebé es más pequeño y menos robusto, eso ayuda —explicó doña Prudencia y el recuerdo de la visita del médico para comprobar la virginidad de su nieta, así como sus consejos para convencer a León de que aún era virgen, la hicieron abrir los ojos desmesuradamente. Quedó toda nerviosa e imploró por ayuda para alejar los malos pensamientos—. ¡Jesús misericordioso!

—¿Qué pasa, madre? Ha quedado pálida.

—Es que de pronto me entró la angustia por mi bisnieto. ¿Le afectará haber nacido antes?

—El médico ya lo ha revisado y está sano, es fuerte y grande. Tranquila.

—¿Qué dice el padre? —indagó recelosa doña Prudencia.

—Los Villavicencio están eufóricos de felicidad —le garantizó su hija.

—Gracias a Dios —murmuró displicente doña Prudencia.

—Madre, ¿lo dice con alivio o para darnos la enhorabuena? —inquirió su excelencia Lucrecia de la Concordia confundida.

—Un niño, los felicito. María Teresa ha de estar muy contenta, ha cumplido con su obligación de entregar un primogénito varón con el primer embarazo —dijo la señora mayor para alejar el recelo ante su preocupación y se santiguó.

—Es una buena noticia, debemos celebrarla —los animó la marquesa.

—Tal vez usted pueda disfrutar de lo mismo muy pronto, doña Alma —aportó doña Prudencia—. Los tórtolos están por llegar, a lo mejor Úrsula está de encargo.

—Nada me haría más feliz —manifestó la aludida.

—Me encantaría acompañarlos esta tarde a conocer al recién nacido —reveló Margarita.

—Hija, sé prudente, ahora irá solo la familia cercana. María Teresa y el bebé requieren muchos cuidados, no seamos fuente de agobio —murmuró doña Alma.

—De eso nada, ustedes también son familia y nos acompañarán —sentenció el marqués y a su esposa no le quedó más remedio que secundarlo—. A mi hija le encantará verlas. ¿Ya están los regalos preparados para mi primer nieto?

—Por supuesto, esposo mío, de eso me he ocupado ya. A esa criatura no le faltarán mimos.

Mediados de julio de 1857

Hugo arribó con los aires del viejo mundo, su tez se había aclarado aún más, tan blanca que asemejaba la nieve y sus labios, por el último invierno que había pasado, más el azote del mar, venían de un carmesí aún más vivo. Vestía impecablemente a la moda, parecía un *lord* y es que las últimas semanas en Europa las había pasado en Londres, había cumplido con el cometido de su benefactor y había llevado el sello Morell de tabaco hasta los más refinados salones ingleses. Muy pronto, la exportación de dicho producto seguiría a Suiza, Francia y Bélgica, los tratos los había cerrado antes de subirse al vapor de vuelta a casa. Porque, aunque había nacido y vivido sus primeros doce años en España, el Caribe se le había colado muy adentro, y se llenaba de orgullo al reconocer que extrañaba en demasía la dulzura de la isla. Colocó un pie en la tarima que conectaba el barco con el muelle y llenó de aire sus pulmones, el olor a salitre y a costa lo inundó. Indicó a los esclavos que bajaran el extenso equipaje y que pusieran especial énfasis en el cuidado de dos canes extremadamente pequeños que se habían convertido en la adoración de su esposa.

Úrsula, con su angelical encanto, llegó precedida por los ladridos de sus dos *Cavalier King Charles Spaniel*, regalo de un noble inglés con el que su esposo había hecho negocios y los que se habían ganado su cariño con el embeleso que los animalitos le habían despertado.

—Mis bellos cachorros, espero que no los abrume el calor —fue lo primero que pronunció al pisar el suelo habanero.

—Te advertí que no eran convenientes para este clima, sufrirán por la humedad y el abrasador sol.

—No podía rechazarlos, ni dejarlos en el palacete en España como sugeriste, es lo mejor que obtuvimos de nuestro viaje a Londres.

—Si tú lo dices, mi cielo, pero estoy seguro que a tu padre le emocionarán más los contratos que he cerrado para él.

—Engreído, no sé cómo puedes resistirte a estas caritas —dijo levantando a los dos perros del suelo.

—Permite que un esclavo los lleve, y déjame ocuparme de ti, tú eres mi bien máspreciado —afirmó extendiéndole la mano para ayudarla a descender.

—Por supuesto, esposo mío, eres una joya. Ha sido una fortuna que me hayas desposado.

Cuando la familia se reencontró en la quinta y recibieron a la feliz pareja, el marqués expresó apaciguando a su esposa.

—Parece que todo marcha sobre ruedas con esos dos, por un momento dudé que Hugo encontrara el camino al alma de nuestra hija.

—¿Y eso es algo difícil? Hugo tiene sus dones para derretir los corazones femeninos —reconoció la marquesa.

—Pero Úrsula se resistía a sucumbir.

—Eso vuelve locos a los de tu clase. Mientras más difícil es la mujer, más se prenda el hombre.

—Lo sabes muy bien.

—Es tan galante con ella que casi me dan envidia, ya no recuerdo cuando me tratabas así, tan meloso. Es que la veo y no la reconozco. Úrsula no puede disimular su felicidad, le veo el brillo en la mirada, espero que pronto encarguen un hijo.

—Lo mismo deseo, pero creo que vamos por buen camino. Hugo es un digno hijo para mí, es el heredero que necesitaba.

—Tuviste tiempo de prepararlo, casi a tu imagen y semejanza —señaló sarcástica la marquesa.

—Me dio trabajo el muchacho, intentó rebelarse, me dio guerra, pero ahora que he pulido el diamante, me siento en paz. Sé que, si algún día faltase, él velaría por todas ustedes.

—A mí también me da tranquilidad y el heredero vendrá pronto. Úrsula ha querido supervisar sus aposentos y cada detalle, para que estén justo como le agradan a su esposo. ¿Puedes creerlo? Jamás pensé que se comportaría como dueña de casa ni que le interesaran esos menesteres. Creo que se han tomado cariño.

—Son jóvenes, de buen ver y llenos de lozanía. Sabía que todas las diferencias se arreglarían en la alcoba donde la fogosidad puede aplacarse. Eso también es mi mérito, he instruido bien al muchacho.

El llanto de un bebé los sacó de la conversación, María Teresa con la criatura en brazos salió de la salita contigua.

—¿Cuánto tiempo llevabas ahí? —preguntó la madre.

—Acabamos de arribar, muero por ver a mi hermana.

Los marqueses intercambiaron una mirada de alivio.

—Úrsula está en sus aposentos, Hugo acaba de salir. Saludó a todos y corrió a encontrarse con Carlos Enrique del Alba, en lo que espero que también madure, es hora de prescindir de ciertas amistades —añadió su excelencia Lucrecia de la Concordia ante la mirada desenchajada del marqués, quien apreciaba desmedidamente al señor del Alba, y con independencia de sus decisiones desatinadas a la hora de elegir esposa, no pretendía bajo ninguna de las circunstancias eliminarlo de su círculo de amigos.

María Teresa abrazó aún más al pequeño luego de las muestras de afecto que tuvieron con él sus abuelos y se encaminó a las escaleras, pero no pudo soportar que el corazón se le apretara tras

las revelaciones de sus padres, había escuchado todo, cada una de las letras, palabras y frases que urdieron, hasta dejarle muy claro que una de dos: o Hugo la había olvidado o se había resignado y había decidido buscar la felicidad en los cuidados de su esposa. Besó en la frente al pequeño, se tragó su amargura y ascendió por los peldaños hasta llegar a los aposentos de Úrsula. Allí estaban Altagracia y Margarita, deslumbradas por las anécdotas de los paseos en París, Londres, Madrid, Barcelona y demás ciudades recorridas. Los dos perritos saltaban y posaban sus patas en las faldas de las damas para reclamar su atención.

—Hermana de mi corazón —le dijo Úrsula—. ¡Qué feliz me ha hecho conocer la llegada de este angelito! Mi hermoso Diego, las cartas de tu abuela no te han hecho justicia, eres más hermoso aún. ¡Por Dios, se parece tanto a nuestra familia! Tiene el sello Morell por donde se le mire. Imagino que a León eso no le ha hecho mucha gracia. Nuestra sangre es fuerte.

—Para mi suegra es idéntico a León cuando niño, así que ambas familias están a gusto con él —mencionó María Teresa. No olvidaba que Úrsula había sido su celestina y ahora su nueva condición de esposa del hombre que amaba la dejaba sin aliento.

—Lo importante es la salud.

—Exactamente, los Villavicencio están felices de que mi primer hijo haya venido pronto y sea varón, ahora me apremian para tener el segundo, aseguran que luego de dos me dejarán en paz.

—Ya saben lo que dicen, el heredero y uno de resguardo.

—¿Y ustedes para cuándo? —intervino Altagracia, a quien el cambio de su hermana la había tomado por sorpresa.

—Cuando Dios disponga —respondió Úrsula.

—O cuando la maldición de María Inmaculada lo permita —aclaró la primogénita tras carraspear.

—¿De qué hablas? —averiguó Úrsula intrigada alzando a uno de sus canes y prodigándole caricias.

—Tiempo tendrás para ponerte al tanto de todo, ahora me llevo a este pequeñín con su nana, muere de hambre —informó María Teresa—. Son hermosos los cachorros, ya me imagino a mi Diego corriendo tras ellos cuando empiece a caminar.

—Son dos perritos traviesos.

—Dos sacos de pulgas escandalosos, lo que nos faltaba en la quinta —se quejó Altagracia y, como no deseaba descartar el tema de la tía abuela monja, comenzó a relatarle a Úrsula sus descubrimientos, los que Margarita y María Teresa compartían.

Margarita acompañó a María Teresa, Diego le había robado el corazón y aprovechaba cada segundo a su lado. De camino a la planta baja, en el pasillo que conectaba las habitaciones, los antiguos amantes se cruzaron. Hugo, con talante de nuevo señor, afianzado en su gallardía. Ella, con el semblante taciturno, pero más bella que antes y con aquel dulce y rollizo niño en brazos, que no dejaba de jugar con uno de los largos tirabuzones del cabello. El mundo se paralizó. Él

tragó en seco, le vino al recuerdo las últimas letras donde lo había sacado de su vida a golpe de pluma. Ella, con las palabras de sus padres acerca de lo amoroso que era con su esposa zumbándole en los oídos, amenazándola con despedazarla por dentro. Y Margarita, partícipe de aquel choque inevitable cuya descarga eléctrica podía percibirse en el ambiente, tomó el niño en brazos, con intenciones de desaparecer y dejarlos a solas.

—Aguarda —dijo Hugo y se acercó al pequeño—. Lo miró detenidamente, le acercó el dedo y rozó su pálido rostro, decorado con un tinte inusual en las mejillas y los labios. Acarició el sedoso cabello como el ébano, el que comenzaba a crecer y alborotársele, rebelde, cuyo contraste de negro, blanco y rojo hacía que fuera más bello aún—. Es hermoso. ¿Puedo tomarlo en brazos?

María Teresa asintió sin poder emitir ni una frase, pero su respiración se fue entrecortando mientras él lo elevaba y lo estudiaba con el rostro taciturno, como leyendo en su inocente rostro una irrefutable verdad. A ella, un suspiro se le quedó atravesado en el pecho, cuando la duda se reflejó en la cara de Hugo y este negó para alejar los demonios que le susurraban aquello que no deseaba escuchar. El bebé hizo sonidos propios de la infancia, batalló para capturar la atención y se mostró complacido por ser cobijado por el joven señor. El semblante de Hugo se iluminó al tenerlo y abrigarlo en su pecho, besó su cabeza, calmó sus gorjeos, lo arrulló y con una mirada repleta de amor se lo devolvió a su madre, mientras le aseguraba:

—Creo que tu sacrificio ha valido la pena, él lo merece. —Su voz extremadamente varonil la transportó a otra época, a una en que se dejaba cubrir por su cuerpo y en que aquellos labios encarnados la dejaban sin aliento. Los vestigios del pasado inundando su mente la sofocaron, más teniéndolo delante, envolviéndola en una mirada cargada de complicidad.

—Por favor, no quiero hablar del tema. Déjeme proseguir —volvió a tratarlo de usted, le dio a entender que la intimidad de la que habían gozado cesaba en ese instante.

—Tranquila, no la agobiaré. Usted tenía razón, todo ha encajado. Estoy feliz y espero que pronto yo pueda disfrutar de un hijo tan lindo como este —dijo devolviéndole el gesto, pero sin dejar de mirarla como a la última gota de agua en el desierto.

Él siguió de largo. Ella continuó a sus asuntos, pero su corazón no dejaba de latir a un ritmo inusual, si hablaba reventaría, respiraba pausadamente intentando neutralizar la ansiedad que se le escapaba por los poros. Margarita terminó por tomar al niño al notar su agitación.

—¿Qué significa esto? —la enfrentó Margarita—. ¿Por qué tu frialdad en el trato? Hugo fue amable. ¿Lo haces porque ahora su vida al lado de Úrsula está funcionando? ¿No era lo que querías? No olvides que jamás te abandonó, respetó tu decisión, te dejó en paz como tanto le pediste.

—Lo hago porque lo amo y los nervios me han traicionado, necesitaba apartarlo de mi vista o de lo contrario terminaría arrojándome a sus brazos.

—¡Jesús! ¡María Teresa, no lo tientes! ¿No lo ves? Él, aunque se esfuerce en negarlo, todavía te ama; está poniendo de su parte para querer a Úrsula, es un esposo ejemplar. Tú lo arrojaste a sus brazos, déjalo ser feliz, no lo expongas a la ira de León. Piensa en Diego, en la familia.

—Calma —señaló tomándola del antebrazo—. Sé que no es mío, que nunca más lo será. Ahora menos, jamás podría causarle una pena a mi hermana.

Margarita no pudo disimular su pesar al mirarla, no quería compadecerla, pero le dolía; ambos y su extraño destino le abrían un pozo de agonía en su interior, uno que solo lo disipada el niño que sostenía en brazos.

Ajena al encuentro inevitable de Hugo con su antiguo amor, Úrsula escuchó cada palabra sobre María Inmaculada y el libro que guardaba celosamente su padre.

—¿Y dónde está ese libro? —indagó Úrsula.

—En la primera gaveta del buró de nuestro padre —le respondió con certeza Altagracia.

—¿Y dices que nuestra madre no se quita la llave del cuello?

—Exactamente.

—Creo que este asunto del marquesado ya nos ha distanciado demasiado, hermana. Te lo juro, no quería ser la futura marquesa y menos casarme con Hugo.

—Pero ahora se te ve muy bien.

—Él se esfuerza conmigo y yo...

—No tienes que disculparte, si le has tomado cariño y la pasión entre ustedes ha despertado fortaleciendo así su matrimonio, me alegro por ti. Yo no habría sido feliz a su lado, habríamos vivido en una lucha de voluntades porque culparía a mi propio esposo de despojarme de mi derecho de nacimiento. Habría sido una humillación aceptar el título de marquesa por matrimonio.

—Aún puedes recuperarlo.

—No quiero ponerte de mi lado y que traiciones a Hugo, pero entiendo que necesitaba decírtelo, no puedo soportar que algo de esta índole nos separe.

—Los quiero a ambos, hermana. Y apoyaré en este asunto a la justicia; si ese libro demuestra que te han robado de igual modo que a María Inmaculada, que en paz descansa, estaré de tu lado.

—María Inmaculada no podía heredar, tenía hermanos y sobrinos, mi caso es diferente, pero ella me llena de bríos, desafió a los hombres de su tiempo.

—Te le pareces, creo que heredaste su espíritu.

Se miraron con profundo cariño, justo cuando la inquietud de los perros advirtió que alguien había interrumpido en la habitación. María Teresa y Margarita entraron y escucharon sus últimas palabras. El pequeño Diego había quedado al cuidado de su ama de leche. Úrsula las invitó a sentarse y, tomando la mano de María Teresa, les dijo:

—Las cuatro tenemos un denominador común que podría alejarnos o unirnos más, es Hugo. Altagracia y María Teresa por razones que no volveremos a retomar y Margarita porque es su hermano y, si la vida nos enfrentara a alguna de las tres con él, sé que nuestros corazones tomarán partido. Por razones ajenas a mi voluntad, hoy soy su esposa, no me lamento, él es bueno conmigo, sin entrar en detalles. Hagamos un pacto: que nuestro cariño por lo que representa hoy el heredero de nuestro padre jamás rompa el lazo tan fuerte que hay entre las cuatro.

Altagracia fue la primera en extender su mano y enlazarla con la de Úrsula:

—Espero que no lo olvidemos en tiempos difíciles.

—Que siempre busquemos la reconciliación —agregó Margarita—, incluso con Hugo, sé que mi hermano es difícil, pero es un caballero y sobre todo ahora se está esforzando por ser la mejor versión de sí mismo, él también la ha pasado mal por este asunto del marquesado. Acepto y pido que no se le vuelva a tachar de oportunista ni ambicioso; como no es secreto para ninguna, Hugo estuvo dispuesto a abandonarlo todo por amor, eso habla de su nobleza de corazón.

—Es cierto, Margarita. Sé que fue nuestro bisabuelo, y ahora mi padre, quienes han dispuesto quién heredará —aceptó Altagracia.

Margarita unió su mano con las de sus primas. María Teresa respiró hondo y extendió su otra mano para encerrar en ella las de las señoritas y añadió:

—Por nuestro cariño y armonía, debemos velar porque la familia se mantenga unida y que nada nos distancie.

Enero de 1858

A pesar de tan bellas palabras que acercaron a las cuatro Morell, asistir a la quinta y soportar la presencia de Hugo era insoportable para María Teresa. Más cuando el heredero se le acercaba a su hijo e intentaba ser amable con la criatura. Así que prefirió visitar a los suyos en el horario en que él estaba ausente. Lo que no era complicado, como de costumbre, Hugo trabajaba en exceso, a diferencia de su padre que había transferido el peso de sus obligaciones a su yerno. La construcción del primer tramo de las vías ferroviarias de La Habana a Güines había iniciado. Las exportaciones del tabaco marchaban viento en popa y el negocio de la caña de azúcar florecía. Precisamente en este instante, los ingenios azucareros estaban siendo dotados con nuevas maquinarias que los actualizaban y los hacían más productivos, y eso obligaba al heredero a ausentarse con más frecuencia.

Aunque se esforzara en no toparlo, siempre quedaban las celebraciones familiares, las que eran imposibles de eludir, y en las que lo espiaba, a reservas de su moral, no podía evitarlo. Todo en él la sobrecogía y le despertaba el sentimiento más profundo. El amor por cada parte de su cuerpo, por cada fibra, incluso por cada hebra de cabello, se negaba a abandonarla; por más esfuerzos que hiciera, Hugo era el dueño indiscutible de su corazón. Los meses volaron y regresó el invierno.

Aquella tarde de enero de 1858, aprovechando la estación y que el sol era menos severo, su excelencia Lucrecia de la Concordia dio un almuerzo en el jardín para las amistades cercanas; tras disfrutar la sobremesa, los comensales se desperdigaron por el hermoso edén, en grupos de dos, tres o cuatro.

—¿Qué te aflige, esposa mía? Te noto tensa, el almuerzo ha quedado magnífico. —La sorprendió por detrás el marqués con sigilo.

—Ya sabes. Las señoras, haciendo gala de su indiscreción, han preguntado por qué hemos casado a las menores y no a la mayor. Imagino que ya le achacan a Altagracia algún defecto por el cual la hemos reservado del matrimonio. No faltó una que hizo alusión a que Agustina Montemayor heredó el título de su padre porque no tenía hermanos varones, y así los ejemplos no han cesado de caer. Estos eventos los realizo con afán y solo sirven para centrarnos como la comidilla de la crema y nata. Mi madre está en lo cierto, ninguna familia respetable habría consentido casar a sus hijas menores antes. Debimos extender sus compromisos hasta que

Altagracia se hubiere desposado.

—Tal vez convendría frecuentar a otras amistades con lenguas menos viperinas y menos ocupadas en los asuntos ajenos.

—La más afilada ha sido la de nuestra consuegra, la madre de León.

—Un mal que tendremos que soportar. Tranquila, diles que la reservamos para un mejor partido, porque es nuestra joya más valiosa. Así les despiertas más la intriga y les haces ver que sus hijos no se encuentran a la altura de nuestra Altagracia. No demuestres tu incomodidad y utiliza tu capacidad de persuasión para cambiar el tema. Sabes por qué la estamos guardando, necesito un heredero; si Hugo y Úrsula fallan, Altagracia podría ayudarnos, pero, si tiene esposo, ya no podría salvarnos de la ruina.

—¿Y qué pasará con Úrsula entonces? ¿Si no concibe, buscarás cómo anular su matrimonio para unir a Altagracia con Hugo? Es sórdido, esposo mío.

Callaron de inmediato al ver que María Teresa se acercaba a ellos, iba acompañada de Margarita, la escucharon decir:

—Madre, es fantástico todo, pero iremos adentro, la nariz comienza a atormentarme con los picores y el escurrimiento por tanta vegetación. Aprovecharé para ver a Diego, Margarita me hará compañía.

—Anda, hija. Espero que Diego no herede tu padecimiento.

—Hasta hoy es un niño muy saludable.

—Perdona que haya elegido el jardín como escenario, en enero no suelen acrecentarse tus crisis.

—Eso ha cambiado en los últimos años, querida madre.

—Tendrás que ponerme al tanto y abrigate, por Dios, ha comenzado a descender la temperatura. Toma mi mantilla —dijo extendiéndosela en un brote de preocupación desmedida, como siempre le ocurría cuando se avecinaba una recaída.

—No es necesario, madre. Ya no soy una niña y sé qué cuidados tomar para estar bien. Cúbrase usted o se resfriará, yo estaré caliente adentro.

En el interior de la mansión, María Teresa y Margarita corrieron ya sin importarles disimular, subieron hasta los aposentos de sus padres, tenían una misión; Altagracia y Úrsula tenían puestas sus esperanzas en las dos.

—¿Estás segura de que se ha dejado la llave en su alcoba?

—Con semejante escote no cabe duda, hoy la marquesa debía lucir sus joyas, sin importar que la piel se le hiciese de gallina por el frío.

—Pero tal vez la llave esté escondida en otro sitio de su atuendo.

—Busquemos.

Tras revisar las mesillas de noche y el tocador de su madre, donde guardaba sus perfumes, cepillos con mangos de concha nácar y algunas joyas, se volteó a la enorme cómoda chapada en

madera fina, con el marco frontal de cada gaveta recubierto de madreperla. Tiró hacia sí la aldaba del primer cajón y observó la fina lencería de su madre, rebuscó con las manos sin revolver y cerciorándose de dejar todo tal como lo había encontrado. Repitió su operación con cada una de las diez, hasta que, en la última encontró un conjunto de tres cajas de madera de sándalo, talladas a mano, donde destacaba en cada tapa el escudo de la familia. Solo la pequeña estaba abierta, contenía cuatro llaves diminutas. Las probó y entraron a la perfección en las cerraduras de las cajas, excepto una que sobraba. En la mediana había unas joyas, que solo en ocasiones muy especiales su padre lucía, pertenecientes a su bisabuelo, se destacan por tener diamantes engastados alrededor de un enorme rubí. Reservó la segunda para el final y abrió la de mayor tamaño, ocupada a totalidad por papeles, algunos eran de carta, intuyó que era correspondencia que su padre había recibido, la que por alguna extraña razón no guardaba en su despacho. Tomó en sus manos una de ellas, se sorprendió al leer el remitente, don Héctor Morell.

—Ven, Margarita —murmuró—. Aquí hay unas cartas de tu padre. Míralas, ¿recuerdas su forma de escribir?

Margarita negó con la cabeza tomando el papel en sus manos, era pequeña cuando su padre falleció.

—Es similar a la de... —no pudo terminar de decirlo, el dolor de recordar aquellos terribles momentos de su vida en que batallaron con la pérdida y la desgracia se coló en su interior.

María Teresa la apremió para que se llenara de fuerza, tal vez lo que iban a descubrir no iba a ser grato. Ella misma tuvo que ponerse fuerte; la letra estilizada y tan parecida a la de Hugo le recordó cada una de las notas de amor que le había hecho llegar. Comenzó a leer en voz muy baja, casi en un susurro. Sus ojos volaron entre las usuales palabras de saludo hasta llegar a algo relevante:

No quieras para ti esa vida, ser subyugado por el cargo de conciencia, todo por ignorar lo que sabes, que con tu sola voluntad le arrebatas lo que le pertenece, en línea directa y descendente, Hugo Buenaventura es el heredero legítimo. Los secretos de nuestra familia no deben develarse, pero tú puedes corregir y devolverle su estatus y su condición. No dejes que la ambición te ciegue, es un niño formidable y estoy orgulloso de él, como tú también lo estarías si te dieras la oportunidad de conocerlo.

Databa del 1837, María Teresa sacó cuentas rápidamente y concluyó que, para ese entonces, Hugo tendría cinco años. Se preguntó si aquel reclamo influiría más tarde en la decisión de su padre de viajar a buscarlo. Después de todo, según recordaba, don Héctor había nacido antes que su progenitor, los padres de ambos habían muerto y el señor había sido desheredado, según las palabras escuchadas de sus mayores, por haberse casado con doña Alma sin el consentimiento del, por aquel entonces, marqués de Morell de Santa Ana. Tomó otro de los documentos igualmente con remitente de don Héctor, de fecha anterior al primero y leyó, saltándose las cortesías:

Tienes que ayudarme a encontrar a Victoria, es nuestra familia. No puedes desconocerla porque el

primer marqués de Morell lo habría hecho, no sabes qué decisión habría tomado al respecto nuestro abuelo. Actúa según tus principios y deja de una vez de pensar como cabeza del marquesado. Rómulo, lo más importante es y siempre será la familia. No te culpo ni te recrimino porque hayas heredado la fortuna familiar. Cada uno siguió su suerte, jamás me arrepentiré de lo que dejé atrás por casarme con la mujer que amo y que amaré hasta el último de mis días. Tengo lo que más ansiaba poseer y no les guardo rencor a ninguno. Si te pido ayuda para encontrar a Victoria, es porque mis recursos para ese fin ya se han agotado, he gastado hasta lo último del patrimonio familiar que levanté con mis manos. No me preocupa haberlo perdido, sé que trabajando con ahínco volveré a salir adelante y recuperaré cada moneda, pero ahora lo que importa es localizar a Victoria. Temo por su vida y no me avergüenza pedirte ayuda, se lo debemos.

—¿Quién es Victoria? —preguntó María Teresa—. ¿La recuerdas? Tu padre la conocía.

—No sé, mira la fecha, yo aún no había nacido. Entonces por eso mi padre murió en la pobreza, porque gastó todo por encontrarla, debió ser muy importante para él.

—Tu padre abandonó el marquesado por amor a tu madre y logró levantar cabeza, aunque después haya perdido todo por encontrar a Victoria, debes sentirte orgullosa de él. Espero que haya dado con su paradero.

—Tal vez su excelencia lo ayudó finalmente y mi padre pudo hallarla.

—¿Y de ser así por qué don Héctor falleció dejándolas sin nada? Sigamos leyendo, tal vez otra de sus cartas nos aclare algo más.

Rebuscaron entre las actas y documentos amarillos por el paso del tiempo, nada más sobre don Héctor. Lo aceptaron con el rostro compungido, decidieron tomar otro de los papeles para leer en busca de un indicio que les aclarara el embrollo cuando el crujir de la puerta las asustó. Sobresaltadas se irguieron y dejaron todo en su sitio, Altagracia estaba en la puerta sosteniendo la cadena de oro con la llave.

—¿Qué hacen? ¡Se nos acabará el tiempo! Ya tengo la llave.

—Esta caja tiene cartas de don Héctor a nuestro padre.

Altagracia se acercó a toda prisa mientras Úrsula se quedaba en la puerta para vigilar con un cachorro orejudo en cada flanco; leyó el descubrimiento de su hermana sin salir de su asombro.

—Esa tal Victoria está en el libro, es una Morell o esposa de algún Morell. La he visto en nuestro árbol genealógico, pero no recuerdo quién es. No entiendo nada. ¿Por qué nuestro padre guarda estos documentos aquí, sin llave?

—Es que no dicen más, son actas de nacimientos o cartas antiguas, pero sin duda las más reveladoras son las de don Héctor.

—Revisemos el resto; si están con las cartas, deben ser importantes.

—Salgan de prisa, se acerca la esclava de compañía de nuestra madre —les advirtió Úrsula.

—Es que no debiste traer a tus dos pequeños alborotadores, no saben mantener el hocico cerrado —le recriminó Altagracia.

—Mis pequeños están perfectamente entrenados, no descargues contra ellos tu frustración —los defendió su amorosa dueña.

Las señoritas corrieron para dejar todo en su sitio, como si la invasión de las cuatro jamás

hubiere ocurrido; en su estampida por los corredores se encontraron con la esclava, que se llevó un susto. Los canes le ladraron al percibir el sobresalto de su ama ante la presencia de la mujer.

—¡Ay, por Dios, señoritas! Casi me hacen que me salte el corazón del pecho. ¿A dónde van como alma que lleva el diablo? —preguntó Josefa.

—Nada que te incumba ni que deba preocuparte —mencionó Altagracia—. Por favor, hermana, calla a esos conspiradores.

—Es que es muy extraño, venían en dirección de los aposentos de los marqueses y saben que ellos están en el jardín. Ya se lo había suplicado, niña, no quiero problemas —dijo para referirse a Altagracia.

—¿Ya viene mi madre? —preguntó la hermana mayor.

—No, me mandó a buscar una mantilla más ligera, que el clima está loco, como ella dice y ha salido el sol.

—Pues ni se te ocurra decirles que te tropezaste con nosotras. —Altagracia se quitó los pendientes y se los dio con disimulo—. Tal vez esto te ayude a olvidar que nos viste.

—Niña, dispense, pero yo no quiero problemas con los amos.

—Entonces mantén la boca cerrada. Úrsula será la marquesa cuando Dios disponga, te conviene estar en bien con ella, recuérdalo. O bien puedes ser libre, el oro te puede ayudar a comprar tu libertad. —La esclava tomó los pendientes y quedó muda ante las señoritas que se encaminaron hacia los escalones—. Espera, Josefa, dile a un esclavo que lleve a estos cuadrúpedos a estirar las patas lejos de la propiedad.

—Pero... —intervino Úrsula.

—Necesitamos silencio y discreción, es lo último que tendremos si seguimos escoltadas por ese par de ruidosos.

La propietaria asintió y se los entregó a Josefa, que desapareció con ambos.

—Pobre mujer, Altagracia. La has puesto nerviosa —le dijo Úrsula.

—No era mi intención, lo juro, pero no queremos que nuestra madre meta las narices en esto, no hasta que descubramos qué oscuros secretos nos ocultan.

—Y a todo esto, ¿dónde encontraron la llave? —preguntó María Teresa.

—Eso me costó una pulsera; al paso que vamos, Josefa será libre antes de lo que imagina —admitió la primogénita.

—Y tu arca quedará arruinada —dijo la menor—. Estás dispuesta a todo por llegar al final, déjanos colaborar.

—Quiero saber por qué esa maldición atormenta tanto a nuestro padre. María Inmaculada debió tener motivos contundentes —les reveló Altagracia.

—Te parece poco que te encierren en un convento, te nieguen la posibilidad de enamorarte, de tener descendencia, de vivir según tus planes y más teniendo los medios para ello. Podía haber hecho un buen matrimonio —manifestó Margarita.

—Vamos por el libro —las instó Úrsula.

Las cuatro señoritas se reunieron en secreto en el despacho del marqués con ayuda de Perla, quien se quedó para vigilar. Tomaron la llave y la introdujeron en la pequeña cerradura, la giraron y tras el chasquido pudieron abrir la gaveta. Tomaron el libro y movieron cada una de sus páginas hasta encontrar la copia hecha a mano del árbol genealógico y repasar cada anotación; ahí estaba Victoria, era el tercer nombre de la difunta marquesa de Morell, su bisabuela, el primero era María y el segundo Altagracia. Lo observaron sin poder emitir palabra.

—Solo recordaba que se llamaba Altagracia y que por eso me habían nombrado así.

—¿Alguna sabe en qué circunstancias murió la bisabuela? —preguntó María Teresa. Todas negaron—. Lo digo porque nuestro padre no se cansa de hablar de su abuelo, pero de su abuela nunca habla, ni siquiera sabemos a qué edad falleció.

—Aquí lo dice, pero está borroso en los dos últimos números, no puede distinguirse. Don Héctor pedía apoyo para encontrarla porque era muy importante para él, fue su abuela. Pero ¿por qué sus nietos desconocían su paradero? ¿Qué ocurrió con la difunta marquesa? ¿Y por qué nuestro padre se negó a prestarle ayuda?

Y mientras las jóvenes se enfocaron en develar el pasado, el heredero se perdió en las noches de La Habana. La menor de las Morell imaginaba que su hermana no le hablaba sobre las andanzas de su esposo por vergüenza. Hugo seguía tan afectuoso con su mujer como desde que regresaron de Europa. María Teresa no entendía cómo Úrsula podía devolverle el gesto después de verlo partir cada noche a deshoras a asuntos que infravaloraban el amor de su matrimonio. Margarita también estaba preocupada y le daba información que acrecentaba su pena, insistiendo en detalles innecesarios que habría preferido no escuchar, como que el marqués le interpelaba a Hugo porque había tomado una querida, una al parecer muy cara; en determinado momento habían tenido una discusión por lo excesivo de las cuentas que venían de dudoso origen; y no era eso lo que tenía exasperado a don Rómulo, no le importaba cuántas amantes tuviera su yerno si ya hubiese encargado al menos un heredero.

Hugo era uno a la luz del sol y otro en la oscuridad de la noche. De día era el esposo más afectuoso, el hombre de negocios más emprendedor y hábil, pero cuando todos se iban a dormir tras la última cortesía, tomaba su caballo, perdía el rumbo y regresaba antes del amanecer para continuar con su idílico matrimonio. María Teresa sufría al pensar que de haberlo desposado ese sería su destino. Úrsula era tan clemente que le dolía ver que se conformaba. No se entrometía, no podía, ella misma no era un modelo a seguir.

León también tenía amantes, aunque por eso no dejaba de procurarla y exigirle engendrar otro hijo con una urgencia que la desesperaba. Su marido estaba impaciente porque independientemente del ama de leche, María Teresa no dejaba de producir la propia; se justificaba alegando que desconocía el motivo, aunque sí que lo sabía: cada vez que se quedaba con su niño a solas, lo prendía a su pecho, sin que nadie más que ella, Perla y Margarita lo supieran. Amamantarlo desde el día de su nacimiento le hacía reconectarse con Diego a un nivel tan especial que no iba a permitir que nadie, por los conceptos morales que fueran, la despojara también de esa faceta de la maternidad. Ya le habían arrebatado la posibilidad de amar, tal como a María Inmaculada; estaba comenzando a odiar a todos los hombres de su familia, incluido Hugo Buenaventura Morell y Sequeira.

Peor era que, cuando lo veía, todo su odio se transformaba en deseo y eso la ponía de un humor detestable. ¡Y cómo no desearlo! Estaba sorprendida de lo bien que le habían caído sus veintiséis

años recién cumplidos, cada día más seguro, más sensual, más maduro. Necesitaba poner empeño para que no le temblaran las piernas cuando su voz varonil le dirigía unas palabras, para saludarla o emitir preguntas intrascendentes como, por ejemplo, en la mesa, si podía pasarle la fuente de las verduras, algo que sospechaba, hacía con la intención de atormentarla, porque el servicio era vasto y no necesitaba de ello.

Habría rehusado la invitación a la cena familiar que se daba en honor al cumpleaños del heredero de no ser porque sus suegros también estaban invitados y desentonaría si ella, el elemento que unía a los Morell con los Villavicencio, rechazaba el convivio. Tras acabar la sobremesa, mientras las damas se dirigían a la sala y los hombres al salón, pidió disculpas para ir al tocador. Perla la siguió para ayudarla con discreción, conocía sus secretos y lo que la atormentaba, debía cambiar los paños con los que se protegía para que la leche no se escurriera por sus senos y la delatara.

—Ay, niña, no sé cómo ha aguantado tanto. Su marido me aterra, deje de amamantar al niño y se detendrá.

—Lo hago porque amo a mi hijo, pero no puedo ocultar la satisfacción que me da saber que León está harto de esta situación.

—No lo enfrente, niña, el amo está mal. No la quiere compartir ni con su hijo, últimamente está como poseído —suplicó la esclava.

—Tranquila, tú mantente a la sombra, así no se desquitará contigo.

Y mientras atravesaban uno de los corredores para acceder al segundo piso, Hugo salió detrás de una columna como un fantasma, ni siquiera las vio. Llevaba en una mano su capa de montar y en otra su chistera. Al entender sus intenciones, María Teresa, abrumada por sus problemas conyugales, abrió la boca, presa de la ironía.

—¿Nos abandona? Pensé que la cena era en su honor. ¿O no celebramos su cumpleaños?

—Lo es, pero tengo asuntos que atender —dijo sorprendido porque ella le dirigiera una frase voluntariamente, cuando durante la cena tuvo que esforzarse para sacarle un par de monosílabos.

—¿A estas horas? ¿O es que nuestra celebración le pareció intrascendente y va con sus amigotes de turno? Sus andanzas no son secreto para nadie, no entiendo cómo mi padre lo deja profanar esta morada a sus anchas.

—Precisamente por eso voy fuera, para no manchar la reputación del techo Morell —indicó con arrogancia y agudizó los sentidos, no podía creer el giro que tomó la conversación, y no podía ocultarlo, le gustaba.

—¡Tenga una pizca de decencia! Respete a su esposa —demandó ofendida.

—Porque lo hago voy fuera, hay asuntos vedados para mi esposa, no quiero atormentarla con mis gustos a la hora de obtener el placer carnal. —Fue más atrevido con sus palabras para intentar sonrojarla.

—Pues debería ajustar sus demandas, tal vez lo que le pide es excesivo para la forma en que fue educada.

—Lo dice con propiedad, ¿será que su esposo adolece de mi mismo mal? Tampoco es un santo, debería estar más pendiente de dónde busca su propia diversión.

—No se atreva a inmiscuirse en mi matrimonio.

—¿Y usted sí puede entrometerse en el mío? —Se desafiaron con las miradas.

—Úrsula es mi hermana y no merece un agravio de esa magnitud. ¿Para eso le obsequio los perros? ¿Para distraerla mientras usted se escabulle a sus banalidades?

—¡Oh! ¿Pretende que un hombre como yo viva en castidad? Ya había trotado mucho mundo antes de siquiera tomarme en serio la posibilidad de matrimonio.

—¿Y lo dice sin avergonzarse siquiera? —inquirió alterada, sosteniéndole con fuerza la mirada altanera, mientras Perla intentaba alertarla de que frenara, nerviosa de que aquel episodio llegara a oídos de León Villavicencio.

—Debería, pero a usted no la puedo engañar, sería como ser hipócrita conmigo mismo. Incluso, aunque se vuelva un incordio y me recrimine por mi conducta, prefiero mirarla a los ojos y aceptar mis pecados. No tengo una, frecuento a varias amantes y todas ineficientes, ninguna me ha podido saciar. —Se ahogó con la última frase.

—Le exijo que honre los votos matrimoniales. Úrsula es una santa y lo respeta —le exigió y sus pálidas mejillas se tintaron de rosa.

—¿Está segura de que le preocupan los sentimientos que mi comportamiento desencadenen en Úrsula? Porque ella es la menos sorprendida, es más, me lo agradece. Tenemos un arreglo para que su padre nos deje en paz. Ella es feliz mientras más lejos satisfaga mi hombría. Úrsula no me quiere en su cama, ya es justo que usted lo sepa de una vez —admitió suavizando su voz con cada frase, bajando el tono hasta convertirlo en un murmullo a la par que acortaba la distancia entre ambos, al punto que los rizos de ella rozaron la chaqueta frac de él.

—¿Por qué mi hermana no me confesó nada? Lo siento. No debí entrometerme —musitó desconcertada, sin retirarse.

—No le dijo porque se lo pedí, fue parte de mis exigencias para seguir con esta farsa. No hablé al respecto porque es —puso especial énfasis en esta palabra— nuestra vida privada.

—¿Y todas las atenciones que tenía con su esposa? —preguntó aún más débil.

—No es difícil ser dulce con ella, la quiero, es mi mejor amiga y estamos amarrados en esta locura por disposición de un bisabuelo que ni siquiera conocí —continuó susurrando.

—¿Por qué no se casó con alguien que lo amara? ¿Una que tal vez usted pudiera llegar a querer? ¿Por qué no desposó al menos a una mujer que le cumpliera en los aposentos?

—Porque mi corazón ya tiene dueña y desgraciadamente para mí es un amor imposible, pero, si la mujer que idolatro me lo pide, lo dejo todo y me juego la vida por recuperarla —le susurró casi en los labios, mientras su aliento fresco y aromático la embriagaba y la inducía a dejarse llevar por su magnética sensualidad.

Hugo intentó abrazarla, justo cuando la había terminado de doblegar y ella se había quedado como una presa hipnotizada por el cazador. En un atisbo de lucidez, María Teresa logró escurrirse

antes que el cerco de los brazos de aquel hombre pudiera atraparla. Él continuó a sus asuntos y a ella se le encogió el corazón, por el peso de sus palabras y por imaginar que esa noche, el hombre que amaba perdidamente, disfrutaría poseído por la lujuria en los brazos de otra mujer.

En el teatro Tacón, donde llegaban las óperas un par de meses después de haber sido estrenadas en Italia. María Teresa compartía el palco con su familia política; se habían acomodado sus suegros, su esposo y ella. León le apresaba la mano, porque a aquel gesto posesivo no se le podía llamar de otra forma.

—¿Por qué tan tensa? —indagó el señor en voz baja, para que no le escucharan sus padres.

—Me agobia tu insistencia en que viaje mañana contigo a Trinidad —admitió.

—¿Es por Diego?

—No quiero separarme de nuestro hijo, no por un mes completo.

—Es muy pequeño aún para exponerlo a las incomodidades de un viaje. Necesito viajar por negocios y tú vendrás conmigo, tal vez a solas, sin ese pequeño capturando toda tu atención repares un poco en mí. Necesito a mi esposa concentrada en amarme.

—Por favor, habla bajo, no quiero a tus padres al tanto de nuestra situación —susurró—. Es solo un mes.

—Lo mismo digo. Un mes pasará volando, Diego estará perfectamente atendido.

Aquel diálogo solo consiguió aumentar su zozobra, un mes sin amamantarlo. León conocía su secreto, que alimentaba al niño con su leche natural a escondidas de la familia, lo había soportado estos meses, pero no estaba de acuerdo, cada vez se hartaba más del asunto. María Teresa respiró hondo y trató de olvidar la discusión y disfrutar de la puesta en escena, su vista se perdió en la belleza arquitectónica de la sala donde aguardaban la función. Desde su asiento tenía una visibilidad envidiable, podía observar el palco de su familia, donde de un lado estaban sus padres, del otro Altagracia y en la siguiente fila, Úrsula y su esposo conversaban, parecían felices, tanto que habían engañado a todos a su alrededor, incluso a ella. El recuerdo de las palabras de Hugo la noche de su cumpleaños no salían de su cabeza.

En medio del espectáculo, María Teresa encontró una excusa para abandonar su lugar o de lo contrario su gallardo esposo sería testigo de cómo sus lágrimas seguían un recorrido estrepitoso hasta volcarse al suelo. Afuera se secó el rostro con el finísimo pañuelo con ribetes de encaje y cruzó sus brazos, escondió sus manos tras los antebrazos para someterlas, el temblor de estas la delataba. Se acercó más al balcón y dejó que la brisa nocturna actuara como un sedante para su trémulo corazón. Era solo uno más de los días tortuosos que tendría que superar, se decía que

tenía que olvidarlo, de una vez, arrancarlo de lo profundo de sus sentimientos o el dolor terminaría por convertirla en una sombra de lo que un día fue. Respiró hondo para llenarse de fuerzas y regresar al lado de León, frente a la sociedad capitalina que los admiraba como la pareja perfecta que no lograban ser. Su noche de bodas había sido un infierno, uno que no olvidaba. No importaba que en los siguientes encuentros con su esposo su actitud fuera diferente, ni que él se esforzara por hacerla sentir; todas sus caricias, sus besos la dejaban tan fría como un tempano de hielo. Su cercanía y sus dedos sobre su cuerpo le provocaban una fuerte repulsión, cuyos espasmos tenía que controlar para que no fueran evidentes.

—¿Qué hace una dama tan hermosa como usted sin compañía? —La voz sórdida de Hugo la sorprendió. Se volteó hacia los lados y suspiró al constatar que no había nadie más que pudiera verlos en aquella situación comprometedor.

—¿Ha perdido la cordura? Mantenga la distancia y, si me ve sola, tenga la dignidad de permanecer alejado. ¿Quiere ocasionar una desgracia? Déjeme en paz —le exigió.

Los ojos de ambos hicieron contacto y esta vez tampoco los esquivó, fue desafiante, quería protegerse del efecto que Hugo solía causarle, estaba decidida a ponerle freno. Y entonces fue testigo de lo que jamás creyó posible, toda la arrogancia y seguridad del futuro marqués trastabilló, se vino en picada y sus ojos reflejaron por una vez el tormento al que se enfrentaba en lo más recóndito de su alma.

—No puedo —murmuró lentamente, derrotado. Cerró los párpados y cuando los levantó sus pupilas parecían dos barcos enfrentándose a una tormenta. Lucía poderoso a pesar de su dolor, envuelto en aquella levita negra, aquel color con que últimamente se acostumbraba a vestir y le hacía verse aún más enigmático y seductor —. Necesito que me escuche, por favor, sin atacarme, solo atiende a lo que tengo que decirle, si después lo desestima lo acataré, pero permítame ser sincero en nombre del amor que nos unió.

—No es su mayor cualidad.

—¿Cómo lo sabe? ¿Me dará la oportunidad?

—No me pida eso —dijo y corrió de regreso con intención de refugiarse en la protección de su verdugo, donde Hugo no podría seguir devorándola con la mirada.

Por más que sus piecillos se esforzaban por alejarse a prisa, él en pocas zancadas terminó por alcanzarla, la observó de los pies a la cabeza, embebido de amor, deteniéndose justo en su mirada, abrió los labios para añadir algo más y tras un momento de reflexión la dejó partir, no sin antes extender la mano para entregarle un sobre cerrado.

María Teresa intentó devolvérselo, pero él insistió:

—Ahí está la sinceridad que me pides, letra a letra —reveló con un toque de intimidad.

—¿Y por cuánto tiempo lleva guardando esa nota? —preguntó temerosa de que la comprometiera.

—Desde que con tus celos me hiciste recobrar la fe en el amor que nos une.

—Usted delira.

—Basta de tratarme como a un extraño. Ve a la sala este, no hay absolutamente nadie, he revisado, podremos hablar. Necesito hacerlo antes de mañana, sé que te irás por un mes, Úrsula me lo ha dicho. Quiero dejar todo claro entre los dos.

—No, ni que hubiera perdido el juicio. ¿Quieres arruinar mi reputación? —le devolvió el gesto al tutearlo, como si hubiese llegado la hora de derribar las máscaras.

—Esa pregunta es absurda, sabes que sí lo deseo —dijo apesándola con sus ojos oscuros como la misma noche.

María Teresa huyó por los corredores del teatro alejándose cada vez más del área donde se encontraba León, mientras Hugo la observaba sin moverse. Ella se escondió tras una columna y leyó sin poderlo dilatar:

Amor:

Cuando decidí casarme lo hice sumamente confundido, de un lado me habías roto por dentro y del otro tenía un ultimátum. La elegí a ella porque era la única que podría entenderme, yo a su vez tenía intenciones de ayudarla a transitar por ese camino que le resultaba engorroso, el matrimonio, algo de lo que no tenía escapatoria, su padre así lo había decidido, conmigo o con otro. Pero nada salió como esperaba, se volvió mi enemiga y tú cada vez más inalcanzable. El casamiento no funcionó, no fue un aliciente y tampoco veía cómo sería un puente para lograr mi objetivo, recuperarte. Los tres primeros meses fue un suplicio, ella me culpaba de su suerte, yo intentaba hacerle entender, parecía que cedía y después descargaba todo su odio sobre mí. Las ocupaciones eran un escape, pero cuando llegaba la noche tenía que reconocer que mi vida era insoportable. Y ahí fue cuando lo tuve claro, no podía dejar de extrañarte ni siquiera un instante, era devastador, te necesitaba como al agua, como al aire y eras prohibida. Estaba condenado a errar como un endemoniado con todas mis culpas, con una esposa virgen que me detestaba y con una colección de amantes que no podían saciar la sed que me devoraba. Hasta que al final, ella entendió, tras mi insistencia, que esa sería nuestra única forma de mantenernos a flote: yo jamás la tocaría y a cambio nunca me exigiría entregarle el corazón. Sigo siendo tuyo, no permitas que muera de tanto amarte.

Amor

Y su cuerpo entero desobedeció sus razones, María Teresa corrió hasta llegar frente a aquella sala donde él la había citado, con las ideas hirviéndoles, pero sin escuchar a la lógica que le exigía alejarse de allí. La puerta estaba ligeramente pegada, solo tuvo que dar un tímido empujoncito y cedió, la cerró tras de sí con cuidado, con la respiración acelerada. Quedó sumergida en la oscuridad, una mano certera la tomó y le pegó la espalda a la pared para darle estabilidad, vibró de adentro hacia afuera.

—Sabía que vendrías —le susurró Hugo muy bajo, cerca del oído.

—Si viene un empleado será nuestra ruina.

—Lo he sobornado y está vigilando, tenemos unos minutos.

—¿Por qué has involucrado a otros? ¡Por Dios! Esto no puede ser, he venido solo para decirte que he leído la carta, lo siento, te juro que lo lamento, pero no hay solución.

—¿Qué tan fugaz fue la ilusión que dijiste sentir por mí?

—Hugo, por favor, olvídate —suplicó.

—¡Créeme que lo he intentado, pero no puedo sacarte de adentro! Dime mirándome a los ojos que no te devora el mismo fuego que a mí, tus celos me han dado la certeza —murmuró rozándole la nariz con la suya. Sus ojos en medio de aquellas penumbras a las que se iban acostumbrando la observaban suplicantes.

—Hace mucho que dejé de quererte.

—¿No lo admitirás? Pero has venido. Has arriesgado todo para recordarme que no me amas. Entonces no te molestará que te robe un beso, el último, me lo debes a modo de despedida.

—No te atrevas a tocarme —clamó tensándose ante la posibilidad de un contacto más íntimo entre sus bocas.

—Por si no lo has notado, mi cuerpo entero te abraza y el tuyo parece sentirse muy cómodo.

—Te equivocas. Solo vine a devolverte este absurdo papel que para mí no significa nada, me compromete, no quiero ni imaginar qué ocurriría si lo encontrara mi esposo. Te suplico que me sueltes y que esta vez sea para siempre.

—Tendrás entonces que deshacerte de él y esforzarte para que León no lo encuentre. No te desasiré, mis brazos no me obedecen.

—¡Quítate! —le ordenó al comprobar que no conforme con tenerla aprisionada entre la pared y la roca de su pecho, sus labios avanzaron hasta rozar los suyos—. ¡Apártate!

—No —le susurró y su aliento fresco le rozó los labios.

—Por favor, déjame ir.

—Ni que estuviera loco, no te suelto. Eso lo hubieras pensado antes de acudir a una habitación oscura con un hombre que no es tu marido.

—Si me besas te la verás conmigo.

—Nada me hace más ilusión.

—¡Aléjate!

—Nunca más —les susurró tan bajo, que ni siquiera le salió la voz.

El cuerpo entero de María Teresa se tensó, hacía tiempo que la cercanía de un hombre no le hacía perder la cabeza, su interior palpitaba al mismo ritmo que su corazón, quedó sin fuerzas, cada célula de su anatomía se rindió ante el poder del seductor. Recordó cómo se refería su abuela a él en el pasado o Perla, «aura turbia», «demonio con cara de ángel», palabras que le quedaban tan bien, porque con su sola presencia había robado su voluntad.

Hugo primero posó sus labios sobre los temblorosos de ella, se retiró un poco, tan solo para tomar aliento y acercarse más, la mandíbula de María Teresa dejó de apretarse, se relajó por completo cuando él succionó con vehemencia y le introdujo la lengua en la cavidad oral con la intención de explorar aquella delicia que, por un tiempo que le había parecido eterno, le había sido vedada. Y ella notó, avergonzada, que su cuerpo respondió instintivamente, le rodeó el cuello y se aferró a su boca, con ansias de fundirse en ella para siempre; él sonrió mientras se la comía a besos, con el pecho hinchado de felicidad, ninguna otra lo besaba con semejante pasión. El heredero, cual ávido explorador, deslizó sus manos a lo largo de su talle y le susurró mientras

buscaba una forma de profanar sus vestiduras y aliviar la tensión que amenazaba con hacer implsión dentro de sus pantalones:

—En momentos como este, odio todos estos artilugios con los que las mujeres se empeñan en hacernos más difícil el arte de desvestirlas.

Ella lo silenció con otro beso y él agradeció su embravecido deseo, coló sus manos por debajo de la falda, mientras batallaba con el exceso de tela hasta afianzar sus dedos al borde superior del calzón y empujar la pelvis de ella contra la propia; ese choque maravilloso solo le hizo acrecentar el hambre de poseerla y frenó antes de hacer una locura que les robara los escasos minutos de los que disponían.

—Esta noche, espérame en tus aposentos. Acudiré y serás completamente mía, me muero si tengo que esperar un mes.

—Ya has esperado bastante y no te has muerto. Eso sería muy arriesgado. ¿Te has olvidado de León?

—Sé que cada noche abandona tu lecho para salir a sus asuntos —dijo sin enfatizar lo que ya había investigado, que tenía una amante.

—¿Te has dedicado a espiarme?

—No imaginas cuánto me ha tentado la idea de escalar a tu encuentro y asaltar tu ventana, pero no podía hasta tener la certeza de que me recibirías.

—Estás demente, mi esposo deja hombres apostados.

—Solo dos, los demás se los lleva para cuidarse las espaldas, puedo entrar sin que me vean, el servicio para esa hora ya estará durmiendo—. Pegó su frente sobre la de ella y le suplicó—: Por favor, acepta, es eso o me arriesgo a tomarte aquí mismo, no puedo negarme a tus deseos y sé que tú lo necesitas tanto como yo.

—Aceptaré para que terminemos de conversar —resolvió tomándolo de la solapa y acercándolo más, si eso era posible, y besándolo como si fuera la última vez en su vida.

—Solo hablaremos, amor.

La abrazó como si fuera la única oportunidad en toda su existencia que podría estrecharla en sus brazos y la dejó salir, luego de cerciorarse de que el camino estaba despejado.

Cuando María Teresa tomó asiento cuidadosamente al lado de León, este la tomó con fuerza por la muñeca y le preguntó sin importar que los padres de él, con los que compartía el palco, escucharan:

—¿Dónde diablos te habías metido? Me cansé de buscarte.

—En el tocador, fui por ese asunto —mintió con voz apenas audible para dar a entender que se ocupaba de la leche que bajaba de sus senos.

—No vuelvas a salir sin mí, para la próxima que tengas alguna necesidad te acompaño, el teatro es inmenso y lleno de sitios oscuros, temí que te hubieran secuestrado.

Con discreción observó cuando Hugo volvió a su asiento y besó con devoción la mano de su

esposa, sin voltear ni una vez en su dirección. Se sumergió en la voz melodiosa de la soprano sin poder sacarse de la mente al sucesor, sus palabras, sus caricias y su promesa de verla en apenas unas horas. Reparó en sus manos, temblaba de la emoción, del miedo y a causa del deseo contenido.

Oculto en un rincón, custodiado por sus hombres, todos mulatos libres, que él mismo había contratado para no volver a verse en una situación como la del pasado, en la que la ventaja del marqués lo había tomado por sorpresa y doblegado hasta someterlo por la fuerza, aguardaba a que León saliera como una sanguijuela a satisfacer su deseo mundano lejos de su lecho. «¡Maldito malnacido! ¿Cómo te atreves a buscar fuera la pasión, si tienes a la mujer que yo deseo? De seguro es porque no te has sabido ganar su corazón, es y siempre será mío», pensó con arrogancia, satisfecho de haberla sentido temblar entre sus brazos. Y acechó al león sin prisas, como había hecho hasta la fecha, con la intención de burlarse de su reinado.

—Amo, creo que es mejor retirarnos, está al pasar la ronda de guardias que acostumbran a patrullar a las tres. El león no abandonará su guarida —le dijo Matías.

—Tienes razón. ¡Maldición! —reconoció—. Y no me llames amo cuando estemos a solas, ya te lo he pedido, no soy tu dueño, no puedo confiar en la lealtad de un hombre si tengo derecho de posesión sobre su libertad.

—Es la costumbre, delante de los amos es una cosa y a solas con usted otra, termino por confundirme y no creo que al marqués le agrade que le hable de señor o como usted me ha exigido, por su nombre.

—Matías, nos conocemos desde la adolescencia, has estado conmigo en las malas y en las malísimas, eso solo lo hace un amigo. Me ocuparé de resolver este asunto, te compraré a su excelencia y a la brevedad dispondré tu carta de libertad.

—¿El amo no está contento con mi servicio? —dijo mientras se encaminaban a los caballos.

—No es eso, Matías.

—¿Y qué voy a hacer si soy libre? ¿De qué voy a vivir?

—Trabajando, como lo hice yo cuando por unos escasos meses me libré del yugo del marqués, luchar por la libertad de los tuyos.

—Lo dice fácil porque usted es blanco.

—Será más difícil para ti, pero tendrás que conquistar tu libertad y la de los que amas, no puedes conformarte con la vida que te han obligado a vivir.

—¿Eso es lo que usted está haciendo, pelear por la mujer que ama, en contra del destino?

—Y eres parte de esto porque confío en ti.

—¿Lo escoltamos a la casa de la señorita, esa respingona que no se cansa de mandarle recados, para la que ha comprado media Habana?

—No, nos iremos a descansar, no creo que esa señorita vuelva a verme el pelo, ahora menos que nunca; tengo la certeza, mi amada me corresponde. Pero puedes esparcir el rumor entre los esclavos de que sigo frecuentándola, me vendrá bien tener ocupados a los que suelen hurgar en la vida de los demás.

Hacia tres semanas que León no la poseía de esa forma, por un tiempo prolongado y sin descanso. Cuando él desató los listones de tul que usó para amarrarle los brazos a la cabecera de la cama se sobó las muñecas, se puso de pie sin reparar en el cuerpo jadeante de su joven y complacido esposo, caminó hasta la ventana y miró en dirección al exterior, intentando buscar a Hugo apostado en algún sitio, acechando. Sus planes habían fallado y, para su tormento, León le había exigido cumplir con sus obligaciones maritales después de veinte días donde sus demandas no habían sido satisfechas. «Amor, ven y rescátame, no puedo más», pensó mientras sus lágrimas bajaban lentas, sin prisas, recorriendo el paraje de sus mejillas. Cerró los ojos y aceptó cuánto amaba a Hugo, se sorprendía por la fuerza con que crecía la resolución en ella, de persistir por alcanzar un final feliz para los dos. Si el embarazo del primogénito de León la había convencido de alejarse de Hugo, pensando en el bien de su hijo, desde que reparó en los ojos de Diego, se había convencido del tamaño de su error. ¿Pero qué explicación había para semejante torpeza? Jamás había sospechado que tras la fatídica forma en que León la había tomado en la noche de bodas y tras el sangrado que había experimentado, la vida en su útero habría podido resistir. Aquel fluido sanguinolento la sorprendió la semana que siguió, cada vez más escaso, de un fuerte color marrón, hasta que se extinguió por sí solo. Por eso atribuyó la paternidad de su hijo a León.

Una manta cálida la cubrió por la espalda.

—Te hará daño la frialdad de la madrugada —sostuvo León.

—Tengo calor —le dijo rechazando su gesto, dejando la manta sobre una silla y volviendo su vista al exterior.

—Estoy considerando dejar que te quedes con la criatura. Mi madre nos oyó discutir, me recriminó por intentar alejarte durante un mes del pequeño. Por eso, quise despedirme de ti, para que el olor de tu piel me acompañara en mi viaje, pero ahora que te he vuelto a probar no creo que pueda prescindir de tu cuerpo. Ha sido un error guardar la distancia —dijo para referirse a la escasa vida sexual que compartían.

—Si me dejas quedarme, haré lo que me pidas a tu regreso.

—Quiero que lo intentes, convénceme de que no eres un témpano de hielo. Cada vez que te toco y te quedas rígida como una tabla me lleno de impotencia y prefiero alejarme, antes que todo se me salga de las manos.

—Lo intentaré.

—Sé que lo eché a perder desde nuestra noche de bodas, que se me fue la mano, pero me

volviste loco de celos, pero eso ya está resuelto, estoy aprendiendo a contenerme, seré delicado contigo, te lo mereces, eres una buena esposa —murmuró, como un niño que aprende su lección. María Teresa sabía que más que comedirse calmaba su sed en otros brazos, otros a los que ella compadecía.

—Haré lo que me digas si me dejas quedarme este mes con Diego.

—Quiero un hijo, otro varón —le demandó abrazándola por la espalda.

—Dios decidirá el momento de mandarlo.

—No metas a Dios en esto, te quiero dispuesta para mí cada noche, no una vez al mes o cuando ya no te quedan excusas.

—Jamás me he negado, nunca he dejado de cumplir con mis obligaciones cuando me requieres.

—Sé que yo he marcado la distancia, pero es que me enerva que no respondas a mis caricias como me gustaría.

—Lo siento.

—Te exijo dejar de amamantar a Diego, ya está grande para seguir pegado a tu pecho, pronto cumplirá ocho meses.

—No quiero que nuestra separación sea abrupta, está tan acostumbrado —rogó.

—He escuchado que la lactancia inhibe la procreación de otra criatura.

—Son creencias absurdas. Hay mujeres que han tenido dos hijos en el mismo año, con la diferencia de nueve meses, de seguro que amamantaban. Acepta que te desagradan mis senos rebosantes de leche.

—No me desagradan, es solo que me recuerdan tu pecado.

—¿De qué hablas? —preguntó temerosa, sin atreverse a mirarlo, con la vista perdida hacia el exterior de la ventana.

—Diego no es mi hijo —soltó lo que lo atormentaba.

—Si estás convencido devuélveme a mi padre, no puedo compartir la vida contigo si continúas hiriéndome con tu desconfianza —habló con firmeza, sin mirarlo aún.

—Eso jamás, eres mía, no le daré la satisfacción a ningún otro de poseerte. Podré tener todas las mujeres que quiera, pero ningún otro podrá tenerte a ti —le murmuró cerca de la oreja. Ajustó sus brazos sobre su cintura, mientras a ella una lágrima solitaria le trazó un sendero en el rostro.

—¿Entonces me conservas para torturarme? —preguntó con firmeza.

—Mírame a los ojos. ¿Quién es el padre?

—Por eso no insististe en ponerle tu nombre, desconfías de tu paternidad. Es tu hijo y por tus celos absurdos te estás perdiendo sus meses más tiernos. León, tú sabes que era virgen al llegar a tu lado, ¿por qué dudas? ¿por qué me odias? —inquirió para ganar tiempo, sin obedecerlo, sin verlo de frente, así le sería más fácil sostener su mentira. León no debía sospecharlo o se desquitaría con la criatura—. Tu madre dice que es idéntico a ti, ¿qué más pruebas quieres de que es tu sangre?

—Eso es lo único que me hace confiar a medias. He sido muy condescendiente contigo, María

Teresa, culpo a tu belleza que me hechizó desde la primera vez que te vi, juré que serías mía y no descansé hasta convertirte en mi esposa —afirmó mientras la abrazaba y aspiraba el aroma de sus cabellos.

María Teresa suspiró de alivio, prefería la duda a la certeza. Desde que León la apoyó para escoger otro nombre para su hijo, se dio cuenta de que él tenía sus reservas. Esperó en vano, llena de miedo, un castigo de manos de su verdugo y solo consiguió que la distancia se acrecentara entre los dos. Primero abandonó su lecho conyugal para no dañar el embarazo, consciente de su escaso control; tras el nacimiento y la cuarentena, volvió a rondarla, a exigirle otro hijo, se colaba en sus aposentos para hacerla suya y luego abandonaba sus brazos por semanas para buscar el placer en otra parte, hasta ese momento en que le había abierto su corazón.

Se giró frente a él, que aún la abrazaba, posesivo y pudo ver la maldad en el trasfondo de su mirada. ¿Qué ocurriría si esa incertidumbre se convertía en verdad? Diego era idéntico a su padre sanguíneo, ella tendría que alejarlo de León lo más pronto posible, antes que el parecido no le pasara desapercibido y se desatara la furia que albergaba en sus entrañas. Mientras tanto, tendría que aplacar a la fiera, para alejar su ira de su pequeño. Estiró la mano temblorosa y, aunque asqueada, le acarició el rostro, un simple gesto que lo calmara y le hiciera ceder. Para su sorpresa, esa caricia resquebrajó todas las capas de la armadura del recio hombre. Fue al encuentro de su boca, lo besó sin dejar de mirarlo a los ojos para desarmarlo aún más. León respondió desconcertado a aquel beso; hasta el día anterior, cada cruce de labios entre ellos fue robado por su parte. No entendía qué había cambiado, pero le gustó que ella tomara la iniciativa.

—Dame solo este mes con mi hijo —suplicó.

—¿De qué hablas? —preguntó al comprender lo que le pediría a cambio.

—Un mes más amamantando a Diego, para no desprenderlo de mí de golpe. Después lo dejaré al cuidado del ama de leche y me concentraré en darte otro hijo, todos los que quieras. No tendrás que compartirme con nadie.

—Hasta que vuelvas a embarazarte y te empeñes en alimentar al otro crío.

—Te prometo que no.

—¿Serás complaciente? No quiero que te pongas remilgosa cuando quiera tomarte como me apetezca.

—Siempre que no me lastimes, eso no lo volveré a consentir.

—¿Es lo que te hace temerme? Puedo esforzarme por ser gentil. Te necesito a mi merced, solo para mí. No quiero que me hagas esperar cuando la criatura quiera alimentarse, ni que abandones mi lecho de madrugada para saciar otra hambre que no sea la mía, ni para calmar otro llanto, para eso están las esclavas, para cuidar de él, tú eres mía. Regresaré directo a tus aposentos y volverán a ser los nuestros.

—Tus pertenencias siguen aquí.

—También es mi alcoba, aunque haya dormido por meses en otra parte.

—Dame estos treinta días para desprenderme de mi hijo, para que se acostumbre a la nana y

seré la esposa que siempre has solicitado.

—Lo consultaré con la almohada.

Se fue a la cama antes que él recobrar el vigor, ya lo sentía endurecerse y no podría aguantar otra ronda de sus empujes. Se cubrió con la sábana para no dejar que nada le despertara la libido, si eso era posible. Le costó dormirse, sabía que era peligroso, que jugaba con fuego y que, si no disponía bien sus cartas, podría quemarse.

Despertó agazapada a su almohada, tras una pesadilla, donde un furioso león dorado la acorralaba y le enseñaba sus colmillos tras un rugido violento. Su esposo no estaba en la cama; la esclava pasó a decirle que el amo había partido temprano y que se había marchado contento, que incluso pasó a despedirse del niño, con un beso sobre su tierna cabecita.

La libertad por tiempo limitado se sentía tan bien.

Hugo se colocó frente a uno de los ventanales de la sala, justo al mediodía, donde se habían reunido algunos de los comensales luego de las cortesías habituales. Imaginó que esperaban al resto para tomar sus lugares en la mesa. Mientras hablaban, una esclava les sirvió un aperitivo. Con el rostro taciturno, se perdió en el paisaje tras una ventana sin integrarse a la conversación que versaba sobre los últimos trucos que su esposa les había enseñado a los canes, que dando saltitos y cortos ladridos se regodeaban de ser el centro de la atención.

A diferencia de lo usual, esa mañana no salió, se excusó de cansancio extremo y utilizó el día para reparar sus fuerzas. En realidad, se reponía del fiasco de la noche anterior; había estado tan cerca de hacerla suya nuevamente que tener que soportar un mes separados parecía la cereza en el pastel de la tortura. Temía que lejos, los avances de León terminaran por borrarlo de su corazón; trató de aniquilar esa idea, si hasta entonces León no había logrado deshacer la huella de su amor, cuatro semanas no significarían nada.

—¿Muy pensativo? —lo interrumpió el marqués.

—Perdón, excelencia, no lo sentí llegar.

—¿Tan obnubilados están tus sentidos? ¿Qué te aflige?

—Es solo agotamiento, estos días...

—No culpes a los días, ni a tus ocupaciones, sé que son bastantes, pero, si usaras las noches para descansar, otro semblante traerías.

—Lo que haga en mis noches es asunto mío.

—Depende, si interfieren con que me des un heredero también me concierne.

Se sentaron para aguardar y volvieron a ponerse de pie cuando la marquesa se les unió. La invitaron a tomar asiento. Hugo notó que tardaron un poco más de lo habitual en pasar a la mesa, no entendía el motivo, estaban todos los comensales.

—Se ha tardado María Teresa —dijo doña Prudencia.

—No desespere, querida suegra. Hablemos de algo mientras tanto. Por ejemplo, el desgaste tras las múltiples tareas que aqueja al futuro marqués, debemos reconfortarlo. Tal vez ahora entienda lo difícil que es ser cabeza de familia.

Hugo borró todas las palabras que siguieron, María Teresa vendría, fue lo único que le importó.

Aguardó impaciente su arribo, mientras a Margarita y a su madre no les pasó desapercibido cómo su rostro se encendió con la noticia.

—Ya está aquí —anunció la marquesa al escuchar los cascos de los caballos.

Hugo se puso de pie antes de verla iluminar la estancia al hacer acto de presencia. Margarita, Úrsula y Altagracia fueron de inmediato a llenar de mimos a Diego. Mientras María Teresa extendió sus saludos a los presentes, Hugo se inclinó para besar su mano y con una mirada fugaz le reveló que la vitalidad se apoderaba de sí, solo con tenerla en frente.

Tras el almuerzo, que se extendió más de lo usual, los Morell se dispersaron, los señores al salón y las damas a la sala.

—No quiero privarlas de tomar su siesta habitual —dijo María Teresa.

—A mí me vendría bien —admitió doña Prudencia—. Así tomo fuerza para irme contigo a tu regreso, mi equipaje ya está listo. Ha sido un honor que tu esposo me haya pedido acompañarte para que este mes no pase demasiado lento para ti.

—No está bien que una señora decente se quede sola en tan enorme palacete, en compañía de los esclavos y los hombres de la seguridad —expuso la marquesa.

—Los hombres que mi esposo ha dejado solo son dos, el resto le ha acompañado. Además, no atraviesan más allá del vestíbulo, los ha dejado para vigilar la propiedad, son de su entera confianza.

—Lo que me parece apropiado, pero lo habría sido mucho más que te alojaras con tus suegros o con nosotros, en vista de que por la criatura decidieron que lo mejor para ti era no viajar —opinó su excelencia Lucrecia de la Concordia.

—Partió de negocios, ¿qué caso tendría que su esposa le siguiera? Conmigo estará bien cuidada y no se hable más del asunto. ¿No vas a dormir la siesta, hija mía? María Teresa tiene asuntos con sus hermanas, cosas de jovencitas en las que estamos de más —mencionó doña Prudencia. La marquesa accedió porque en verdad la ópera de la noche anterior le había robado valiosas horas de sueño que deseaba recuperar—. ¿Y usted, doña Alma? ¿No se anima a descansar?

—Hoy no, gracias. Quiero terminar mi bordado —contestó la aludida.

—Aproveche usted que aún tiene vista para dar puntadas. Yo hace tiempo que he desistido —constató poniéndose de pie doña Prudencia.

Las hermanas junto a Margarita se encerraron en la biblioteca; Altagracia les enseñó lo que tenía, una copia de la llave del escritorio de su padre.

—No sigas con eso —le suplicó Úrsula.

—Así ya no tendremos que robársela, tenemos la nuestra —argumentó Altagracia.

—¿Y cómo la has conseguido?

—Tengo mis maneras.

—Terminarás sin una joya que ponerte si sigues sobornando a la dotación. ¿Qué le dirás a nuestro padre cuando te pregunte por tus alhajas?

—Necesito saber qué pasó con la bisabuela, si don Héctor dio con su paradero. Volví por el

contenido de la caja de sándalo y no hay otra carta de él, nada por lo que inferir que tuvo éxito en su empresa.

—Si nuestro padre nos sorprende, ¿qué explicación vamos a dar?

—Él es quien tiene mucho que aclarar. ¿Por qué no vas a sonsacar a Hugo, ayudaría que lo lleves al lecho conyugal? —le insinuó a Úrsula—. Así nuestro padre va a su siesta habitual, no ha sido productivo que Hugo se haya quedado este día en casa.

—Regreso en un momento, revisaré que esté todo en orden con Diego —agregó María Teresa sin quedarse para escuchar el fin de la conversación—. Me uno a ustedes después.

Sentía los senos pesados, así que acudió a amamantarlo; Margarita la siguió, compartía su secreto, al igual que Perla que las recibió con Diego en brazos, quien no cesaba de llorar.

—La nana estaba desesperada, a punto de darle leche, muere de hambre —advirtió la joven esclava.

—Es un pequeño glotón —dijo María Teresa embebida de la felicidad que le transmitía su hijo cada vez que la miraba—. La nana agradece que me ocupe de alimentar a mi hijo, así le queda leche suficiente para su propia criatura. Se me hace tan cruel que la obliguen a alimentar al hijo de los amos a costa de dejar al suyo sin sustento.

—Siempre ha sido así —terció Perla.

—Dile a la nana que vaya a la cocina por algo de comida, que puede descansar unos minutos, le avisarás cuando la necesitemos.

María Teresa lo alzó y, en cuanto Diego sintió su olor, se calmó; se preparó para ocuparse de él en una amplia mecedora en la que podía cantarle y adormecerlo. Tras terminar de llenar su pancita, con el niño aún prendido a su pecho, sintieron que accionaron el picaporte; Perla palideció al imaginar que sería la marquesa u otro miembro de la familia. Corrió a la puerta a intentar retener a quien quiera que fuera para que María Teresa se acomodara. Cuando vio a Hugo Buenaventura, primero se le trabó la lengua, la mulata conocía los pesares de su ama. Después, cuando pudo emitir sonido, solo logró balbucear, hasta que se desatoró y le dijo con intenciones de sacarlo de allí:

—Su merced, no puede entrar.

—Vine a ver a Diego, ¿está prohibido que vea a mi sobrino? —preguntó y no esperó respuesta al ver a María Teresa deteniendo la mecedora con el niño dormido en sus brazos, mientras su boquita aún succionaba el líquido vital de su pezón como reflejo—. Lo siento, no sabía.

—Le dije que no podía pasar —comentó Perlita preocupada.

—Déjalo —ordenó María Teresa.

—Niña, ¿y si la nana regresa?

—Buscaremos la manera de entretenerla. Vamos, Perla. Pasa el cerrojo tras de ti —ordenó Margarita resuelta a ayudar a los tórtolos. Perla, con el corazón desbocado por los nervios, comenzó a obedecer mientras escuchaba a la señorita decirle a su hermano—: Hugo, estate atento, si oyes dos toques salta por la ventana y esfúmate. Y cierra la boca, ¿no tenías idea de cómo se

alimentan los lactantes?

Quedaron a solas. Hugo se le acercó a María Teresa, atrapado en una nube con tan enternecedora escena. Acarició la cabeza del niño que dio un respingo y siguió adormeciéndose.

—Esta hermanita mía, no sé donde aprendió esos modales —sostuvo él.

—De seguro en España, teníamos unas amigas un poco sueltas de lengua, fueron unos años increíbles los que pasamos juntas, en nuestra adolescencia. Ni siquiera sabíamos que los problemas existían.

—Diego ha crecido mucho, se ve tan saludable, fuerte.

—Se parece a su padre —se le escapó y de inmediato se arrepintió.

—Sé que es mi hijo —murmuró. Ella palideció ante su seguridad, no lo desmintió, pero tampoco se lo confirmó, prefirió evadir—. En cuanto lo conocí lo sospeché, mi madre me lo confirmó más tarde. Asegura que es idéntico a mí cuando tenía su edad, por eso se ha quedado bordando, para vigilarnos, le angustia que hagamos una locura. Teme que aún tengamos nuestro asunto.

—¿Y lo tenemos?

—Pues de eso quería hablar contigo anoche, pero tu esposo cambió sus hábitos nocturnos sin previo aviso.

—Estaba cansado por la ópera, decidí dormir temprano.

—Espero que no se haya quedado en tu lecho para despedirse de ti, eso me destrozaría el corazón. Espérame hoy, sin el gato rondando, será más fácil colarme en el palacete y conversar del tema pendiente. Debemos tomar medidas, no quiero que mi hijo crezca a la sombra de León, ni viéndolo como un ejemplo a seguir.

—¿Por eso tu insistencia para quedarte a solas conmigo? ¿Deseabas hablar sobre el niño?

—¿Y qué otra cuestión creías que nos atañía? —interrogó con arrogancia.

—Pensé que... Nada. No entiendo por qué necesitamos hablar de esa cuestión en mis aposentos, de noche, cuando mi marido está lejos cumpliendo con sus obligaciones. Podríamos haber planeado algo menos comprometedor, en caso de que tuviéramos la mala suerte de que nos sorprendieran, como justo lo estamos haciendo ahora.

Él sonrió al notar su desconcierto. Ella dejó al pequeño sobre la cama y acomodó unos almohadones a su alrededor para dejarle descansar unos minutos antes de partir.

—Porque de paso, puedo tratar otro particular igualmente urgente, algo que me traigo con la madre de la criatura y que me está matando —reveló alzándole la barbilla y depositándole un beso en los labios—. Te quiero, no lo dudes ni un segundo.

Dos toques sobre la puerta fue la señal convenida que terminó por interrumpirlos. Él se aventuró a salir por la ventana y ella abrió de inmediato.

—¿Doña Alma? —preguntó María Teresa corroborando que las sospechas de la señora eran ciertas.

—Ya le dije a mi madre que el niño descansa, pero se ha empeñado en verlo —añadió

Margarita que se aproximó tras la recién llegada.

—Pase adelante, por favor —la exhortó María Teresa.

La señora escudriñó la habitación con la mirada.

—¿Busca algo, madre? ¿La puedo ayudar? —averiguó Margarita haciéndose la desentendida.

—Ustedes están jugando con fuego, hija mía. Y me temo que lo peor vendrá al final para el insensato de tu hermano.

Doña Alma se retiró muy enojada, como nunca antes la habían visto. Y María Teresa corrió a la ventana a buscar a Hugo, asustada, recordando la peligrosa inclinación del alero del reducido balcón.

—No está.

—Tranquila —la calmó Margarita—. ¿Cómo crees que se escapaba a los dieciséis años cuando el marqués le negaba uno de sus caprichos? Mi hermano no teme a las alturas y tiene afición por los tejados.

—Tengo que volver con Altagracia y Úrsula, quedé en apoyarlas y mi hermana está obsesionada con ese tema de María Inmaculada.

—No es necesario —le indicó Altagracia entrando también a la habitación.

—¿Qué sucede? —preguntó María Teresa ajena a lo que iba a escuchar.

—La copia no funcionó. Úrsula fue en busca de su esposo y encontró a nuestro padre subiendo los escalones rumbo a su siesta. Como no había rastros de ustedes ni de Hugo entramos al despacho.

—¿Y tienen el libro? ¿Pudieron leerlo?

—Cambiaron la cerradura.

—¿No puede ser que la copia no funcione, que esté defectuosa?

—La removieron completamente, es nueva.

—Lo siento, Altagracia.

—Vinimos a comunicártelo justo cuando te vimos encerrarte con Hugo en la habitación. Úrsula no pudo soportarlo y huyó; me quedé a esperar para decírtelo, solo quería que lo supieras.

—No es lo que estás pensando.

—Entiendo que lo quieres, pero Úrsula es tu hermana, no puedes traicionarla así.

Las explicaciones estuvieron de sobra, Altagracia no quiso escuchar razones.

Dejó la ventana abierta y lo aguardó vestida con un atuendo aún más delicado que el que había lucido su primera vez en la casona de Guanabacoa. No podía negarlo, estaba nerviosa. Corrió a su guardarropa a cambiar su bata por una más cubriente, no podía mostrarse así ante él, ni siquiera, aunque los uniera un acta matrimonial desaparecida, un hijo y un amor tan inmenso. Suspiró. Cerró la puerta tras de sí para evitar visitas incómodas y dejó a Perla muerta de miedo merodeando por lo que pudiera necesitar. Casi una hora después del cañonazo de las nueve que anunciaba el descanso de la ciudad, las fuertes manos de Hugo se asieron del marco de la ventana para ayudarse a trepar. Lo vio esforzarse para subir, corrió a intentar ayudarle, pero él no lo necesitó, en minutos estaba frente a ella, con una reluciente sonrisa. Vestía completamente de negro e imaginó que era su atuendo para escurrirse en la oscuridad de la noche.

—¡Estás loco! ¿Has escalado para colarte en mis aposentos? Si te encuentran los hombres de mi marido acabarán contigo. —No podía disimular cuanto temblaba.

—Tengo las espaldas cubiertas, no soy el mismo incauto del que te enamoraste, he tomado medidas. Espera —le dijo para buscar algo que se había dejado en la ventana. Le entregó una preciosa orquídea violeta—. Espero que sea tolerable para ti, naricita sensible.

—Tendré que ponerla a prueba —convino con una sonrisa enamorada. Su presencia arrasó con sus miedos, la llenó de seguridad, terminó por pasar por alto el peligro al que se enfrentaban—. La verdad es que los remedios del médico belga han funcionado, prueba de ello es que las crisis volvieron cuando dejé de tomarlos por unos meses para ahuyentar a León. Ahora no hay de qué preocuparse, tomo mi remedio puntual y huyo de las plantas que me producen los estornudos.

—Por si acaso no la hueles de cerca, es mejor prevenir. No tiene aroma, pero la traje porque es preciosa. —Ella solo podía reparar en la bonanza de su semblante, el que tanto había añorado por tener así, tan cerca.

—¿Me juras que Úrsula no se ha encariñado contigo? —indagó lo que la atormentaba.

—¿Por qué lo preguntas?

—Altagracia te vio entrar en la recámara cuando nos quedamos solos hoy en la quinta, dice que Úrsula también lo presencié y que quedó afectada. No quiero lastimar a mi hermana.

—No me comentó nada.

—Hugo, mis hermanas son importantes para mí, casi pierdo a Altagracia cuando me elegiste, no

podemos volver a pelearnos por la manzana de la discordia.

—¿Así se refieren a mí? —Le hizo gracia.

—Es idea de mi abuela, la que duerme en la habitación contigua para proteger mi decencia en esta casa llena de hombres en la ausencia de mi marido.

—Espero que doña Prudencia no sufra de insomnio, no queremos que se lleve un susto. —Ella seguía mirándolo mientras él se mofaba de la situación con su característico tono irónico.

—Las paredes son muy gruesas y aún no me respondes lo que te pregunté. ¿Crees que Úrsula se esté enamorando de ti?

—Te juro que tu hermana y yo tenemos un trato, sigue siendo la virgen Úrsula por toda la perpetuidad, no me ha dejado tocarle ni una hebra de cabello. Tal vez solo disimulaba ante Altagracia.

—¿Por qué? Ellas jamás han tenido secretos —indicó sin entender.

—Le hice prometer que no lo develaríamos a nadie; mientras menos supieran, la puesta en escena sería más creíble.

—Pero tú rompiste la promesa.

—Porque aún me amas; de haberlo sabido antes, jamás la hubiera desposado y... porque ese niño es mi retrato.

—Es nuestro hijo.

Aquellas palabras lo descolocaron, lo sospechaba, incluso doña Alma le había reclamado al respecto al percatarse del parecido. La abrazó con fuerza y la besó en la frente mientras asimilaba el hecho esclarecido por boca de la madre.

—Tarde o temprano León sospechará y... —dijo intranquilo.

—Ya lo hace, desde que se adelantó el parto no ha podido sacárselo de la cabeza, por suerte aún me da el beneficio de la duda, gracias a la perturbada de mi suegra que le ve parecido a Diego con León. Eso me ha salvado.

—¿Te ha molestado por causa de la desconfianza?

—Aún no se ha atrevido. Si vienes a darme una solución soy toda oídos.

—¿Te das cuenta de que tienes que dejarlo? ¿Qué pasará cuando sus sospechas se acrecienten?

—Lo que me pides es casi inconcebible.

—No te quiero de amante, no me contentaré con colarme en tus aposentos cuando tu marido esté fuera —reprochó acariciándole el candoroso rostro con la yema de un dedo—. Aún no se me ocurre cómo salir de este embrollo, pero tendré que pensar en algo. Ayer ni siquiera sospechaba que recibirías la carta, que me escucharías y menos que estarías así en mis brazos. Ahora todo es distinto —añadió apretándola más a su cuerpo, dejándole caer la cabeza ligeramente hacia atrás y depositándole un beso en los labios.

—Que tengamos un hijo no significa que correré a refugiarme en tus brazos sin imponer condiciones. Has tenido amantes y no sé si pueda perdonarte.

—Te recuerdo que tú me echaste de tu vida. ¿Qué pretendías? —Volvió a alejarse ante la

presión del reclamo.

—Olvidaste muy pronto y corriste a entregarte a la primera meretriz que te torció las pestañas. Ya sé que la mimas con cuantiosos regalos y que la visitas cada noche.

—Intentaba aplacar el incendio que dejaste en mis pantalones, pero no funcionó, ni con esa ni con ninguna. Ese asunto está terminado, desde ayer. Soy y seré solo tuyo. Estoy aquí para demostrártelo.

—No me importa que hayas trepado como un gato hasta mi balcón, eso no significa que voy a sucumbir ante tus caricias. Tendrás que redimirte, que demostrar que me mereces.

—¿Sabes qué me pasaría si caigo de esta altura? Me merezco al menos un beso de despedida. Si admites que no me deseas, este gato se irá cabizbajo. Vamos, estoy esperando, pero tendrás que ser sincera o de lo contrario te acusaré, como hiciste conmigo, de no poseer esa cualidad — insinuó enroscándose en su torso y ajustando su cuerpo a su altura, para estrecharla sin prisas, hasta que sus cuerpos estuvieran perfectamente sincronizados—. Habla. Admite que tu piel no es inmune al calor de mi cuerpo.

María Teresa quería exigirle que se apartara mirándolo a los ojos, de frente, pero su lengua no la obedecía. Hugo dejó florecer una impúdica sonrisa. Le recorrió con los dedos el exquisito perfil.

—Frena —suplicó ella con un suspiro atravesado en la garganta.

—Júrame que no me deseas y paro —murmuró jadeante, rozando con sus dedos el borde de su bata.

—¿Qué será de nosotros si volvemos a sucumbir a este amor? Hugo, te lo imploro, sal de mi corazón —suplicó con dos lágrimas a punto de emerger—. Solo nos destrozaremos la vida.

—He intentado olvidarte de todas las maneras posibles, solo puedo amar a una mujer y esa eres tú. —Ella palideció, le ocurría lo mismo.

—Si me tomas esta noche, ya no podré dar marcha atrás, te reclamaré como mío para siempre.

—No tienes que hacerlo, no te das cuenta de que te pertenezco desde ese día que desafiaste a tu padre y me hiciste girar en tu dirección.

María Teresa enterró su rostro anegado en llanto en su varonil pecho, secó la humedad de sus mejillas con la delicada seda de su camisa, desajustó su corbata y la dejó colgada a cada lado, liberó con prisas los botones de sus ojales y buscó ávidamente el camino hacia la piel desnuda de sus pectorales, inspiró con fuerza su delicioso aroma y se refugió en la calidez de su hombre.

—Supongo que eso es un sí —toleró satisfecho.

—Hazme tuya como siempre lo he sido.

La deshojó prenda a prenda, hasta dejarla ante sus ojos como Dios la había traído al mundo, con una rapidez que la enmudeció más. La contempló unos minutos a punto de desfallecer, su silueta era más sensual que la última vez que la había admirado, su imagen seductora amenazó con provocar una implosión dentro de sus pantalones. Se lanzó a su boca y la besó con premura, ella intentó detenerlo en un ataque de moral, pero sus defensas colapsaron. Desesperada por el deseo

que se iba apoderando de su cuerpo, le quitó la chaqueta, le arrebató la camisa y él, sin dejar de sonreír, terminó de quitarse los pantalones y la ropa que le quedaba con el deseo pulsando febrilmente en su entrepierna, en su abdomen y amenazándole con cortar el oxígeno. Hugo la recorrió con avidez, sediento de sus besos, hambriento de cada palmo de su piel. María Teresa ya había olvidado cómo se sentían sus firmes dedos sobre su piel desnuda, su cálida lengua sobre su cuello, su clavícula y su hombro.

—¿Qué es esto? ¿Qué te ha pasado? —indagó Hugo frenando de golpe, rompiendo la magia que había envuelto sus cálidos cuerpos al descubrir la huella que el mordisco de León había dejado en su hombro.

—Fue un accidente —mintió intentando cubrirlo llena de vergüenza, no había pensado que tendría que responder a esa pregunta, la miel del deseo le había hecho olvidar por un instante la cicatriz y todo lo que la unía a León.

—¿No me digas que el canalla te lastimó? —emitió con la ira bullendo en su interior.

—No, te he dicho que...

—¿Cómo te lo hiciste? —demandó saber acercándola a la luz de las velas para apreciar el daño.

—Me quemé con agua hirviendo —arguyó tomando su bata para cubrirse, él no se lo permitió.

—Parece una mordida de un perro, uno grande. No me mientas que no respondo de mí —espetó irritable mirándola a los ojos.

—No has venido hasta aquí para discutir algo que forma parte del pasado, las quemaduras pueden ser desastrosas y dejar marcas así de feas. Lamento que te cause repulsión.

—No es eso —refutó besándole con devoción el área afectada—. Es solo que se me revuelve la sangre solo de pensar que alguien te hubiere lesionado, tu padre o León.

María Teresa le enterró los dedos en su copioso y oscuro cabello, y lo invitó a olvidar sus recelos. Era tan bello, le recorrió con la punta del índice su exquisito perfil. Él lo atrapó al llegar a su boca y lo chupó provocativamente. Ella se perdió en ese gesto, en esos brazos fuertes que la estrujaban como una hoja frágil de otoño, en lo delicioso que se sentía disfrutar de la tibieza de la piel de Hugo sobre la suya, de la dureza de sus músculos aprisionando sus senos, de su piel tan blanca, levemente salpicada de vellos castaños. Dos días atrás, no había albergado esperanzas de que la vida volviera a sorprenderlos así, desnudos, agazapados, sin siquiera espacio entre sus cuerpos por donde se pudiera infiltrar el aire, mientras él le devoraba la boca sin prisas y urgido al mismo tiempo, haciendo leves pausas para llamarla «Amor», para susurrarle: «Eres tan hermosa, no imaginas cuánto te he extrañado y ahora que te he recuperado sé que todo estará bien».

Hugo trazó un camino de besos hacia el sur, mientras María Teresa se dejaba cautivar por la suave succión sobre sus senos, sobre el surco entre estos, más abajo de su ombligo, en la curva de su cintura y en sus respingadas caderas, hasta culminar en lo más secreto de su intimidad, en donde hizo una parada sin intención de abandonar el rumbo. Ella se perdió con cada una de sus

atenciones y él se esforzó por que su viaje fuera placentero. Quería recordarle cómo se sentía ser amada por su verdadero esposo. El joven seductor afianzó sus fuertes manos sobre las caderas de su amante y la siguió besando en su sitio más privado, no se detuvo hasta hacerla gemir extasiada mientras la sentía irse, eufórica de tanto placer, el que se había negado a sentir después de la última vez que habían estado juntos.

María Teresa aún recobraba el aliento cuando reparó en la virilidad enardecida de su amado, que permanecía arrodillado sobre la cama, firme y expectante; presurosa subió hasta que sus bocas se encontraron, entre besos y murmullos. Se miraron convencidos, nada los separaría, no había marcha atrás, tendrían que encontrar un camino, por imposible que pareciera. Ese hombre le había asegurado que le pertenecía y ella no quería renunciar a él. Recorrió los intensos y perfilados labios masculinos con la punta de sus dedos, luego sus sonrosadas mejillas, quería llenarse de su imagen y de su aroma, por el tiempo que tuviera que prescindir de sus cuidados. Hugo tenía un rostro elegante y varonil, con la mandíbula definida, la nariz griega y aquella mirada penetrante que la reclamaba entera, que lograba descolocarla, que le removía hasta la fibra más insensible de su cuerpo. Besó sus ojos y continuó con sus pómulos, hasta que él, deseoso, asaltó sus labios, con la boca entreabierta, la que cerró tras atrapar la de ella. María Teresa lo obligó a detenerse y continuó probando el sabor de su piel, era su turno de mostrarse complaciente, de explorarlo y de reencontrarse con todos los rincones que deseaba conquistar. Bajó por su cuello hasta deleitarse con su garganta, luego degustó sus filosas clavículas, hizo una escala en los voluptuosos músculos del pecho, continuó su recorrido por el abdomen hasta detenerse ante el guardián que permanecía esperándola.

Hugo cerró los ojos complacido y se dejó agasajar por la pasión que los dominaba. Cuando ella le tomó con firmeza su hombría con intenciones de probarla, sorprendido, le sujetó el brazo y la detuvo.

—¿Qué haces, mi bien?

Un poco tarde, su cálida lengua ya había descendido, aquel contacto lo hizo sacudirse en un corto espasmo de placer. Deseaba a rabiarse que continuara después de haber sentido el tibio roce, pero los celos hicieron mella en su seguridad. No pudo evitar torturarse al pensar que su amada había aprendido esas artes en otros brazos, pero el apetito fue más fuerte que el sentido de posesión, liberó su mano y la dejó degustarlo completo, sucumbió ante el deleite. Abrió los ojos y pudo contemplarla, se abandonó al frenesí que aquella escena le provocaba, hasta que eufórico de placer la tomó en brazos y la sentó sobre sí, invitándola a poseerlo como hacía tiempo le había enseñado mientras él la ayudaba a marcar el ritmo desde abajo.

Y lo disfrutaron tanto como la espera lo había merecido, entregando todo, sin reservas, sin prejuicios y sin recuerdos de terceras personas que empañaran ese instante donde solo cabían los dos. El encuentro subió de tono cada vez más, el calor de sus cuerpos inundó la habitación.

—Te amo —le susurró muy cercano a sus labios rozándola con su aliento y mirándola al centro de los ojos—. Dime cuánto me quieres, necesito oírlo.

—Te adoro.

—Tú me haces tocar el cielo en la tierra —le aseguró tomándole el rostro entre sus manos y obligándola a no perder el contacto entre sus pupilas—, con ninguna otra lo he logrado. Estoy muy cerca de volverlo a acariciar con mis dedos, quiero que lo hagamos juntos.

Sus palabras fueron un detonante para la mujer, sus entrañas comenzaron a palpar con una urgencia demandante, él también lo sentía, como desde la profundidad de su feminidad lo abrazaba reclamando su simiente. Se agitaron frenéticamente hasta que al unísono se liberaron en una potente descarga y lo repitieron tantas veces como horas tuvo aquella madrugada, hasta que, tras varios encuentros, en los que se embistieron poseídos por el sentimiento que reinaba en sus almas, se extrajeron hasta la última gota de dicha en un glorioso final.

Extenuados y sudorosos, se dejaron caer sobre la cama sin dejar de besarse, ni de repetirse cuánto se amaban, sin que sus corazones dejaran de sufrir temiendo la llegada del amanecer.

Con doña Prudencia de guardiana del buen nombre de la futura condesa, María Teresa arribó un día después a la quinta, su corazón palpitaba de modo atronador ante la idea de encontrárselo y a la vez prefería no verlo, no sabía cómo actuar. Odiaba que su madre no detuviera el flujo de almuerzos, desayunos y tertulias donde era requerida su presencia, en primer lugar, porque Diego era pequeño y tenía que ir acompañada de un séquito de esclavas y en segundo, porque tras el encuentro amoroso, el pudor que le quedaba hacía mella en su autocontrol, no sabía cómo sostener la mirada de los suyos sin que a través de sus ojos se escaparan todos sus pecados. Tendría que medirse, estaba tan descompuesta por lo que había vivido con Hugo que temía que cualquier gesto la delatara. En la oscuridad de la noche se había perdido entre sus brazos, sin pensar en las consecuencias de sus actos; a la luz del día, todo tomaba la proporción real. Sentía que los besos de Hugo sobre su piel permanecían como huellas, acusándola de su adulterio.

Las recibió su hermana Úrsula para mayor tormento. Un dolor agudo se le instauró en el pecho al ser destinataria de sus atenciones. «¡Por Dios, no pensé que sería tan duro!», pensó. «¿Y si Altigracia tiene razón? ¿Y si Úrsula lo ha empezado a querer?», se atormentó. Estuvo segura entre los brazos de su amado, quien le aseveró que su matrimonio era un arreglo, pero su hermana desempeñaba tan bien su papel de esposa que la infidelidad se sentía real, demasiado para ignorarla.

—¿Te sucede algo, hermana? —le preguntó Úrsula y María Teresa tardó en reaccionar.

—No —dijo apenas audible y preocupada porque el desliz se fuera a reflejar en su rostro, añadió—: ¿Por qué lo preguntas?

—Estás helada —contestó.

María Teresa retiró las manos que Úrsula le sostenía afectuosamente y trató de restarle importancia a su apreciación, pero, a lo largo de la velada, evitó mirarla a los ojos, no podía, rogaba por que en verdad Úrsula estuviera implorando por librarse de Hugo para siempre. Fue un aliciente saber que por negocios él no las acompañaría; con la misma fuerza que necesitaba verlo, suplicaba que no fuera frente a los suyos.

Y mientras Altigracia conspiraba contra su padre husmeando en el pasado, con Úrsula y Margarita secundándola, María Teresa no dejaba de pensar. Se sintió tan viva entre los brazos de Hugo que no sabía cómo iba a retomar el rumbo. Desde donde las cuatro permanecían sentadas

eran blanco de las miradas de las damas de más edad. Las señoras, doña Alma, doña Prudencia y la marquesa, agasajaban a la invitada, la madre de León, mientras las más jóvenes simulaban estar sumergidas en una conversación frugal sobre la moda en París o la última ópera disfrutada en el teatro Tacón. Pero la dueña de la casa no les quitaba los ojos de encima, por eso cuando los cuatro pares de manos tomaron sus enormes faldas para levantarse y enfilarse a la biblioteca las siguió con la vista. Iban de una en una caminando por los pasillos, porque los descomunales vestidos no les permitían andar una al lado de la otra.

—¿Qué importa más el apellido o la sangre? —preguntó la hermana mayor al inicio de la fila—. Y si mi esposo estuviera dispuesto a darle mi apellido a nuestro heredero, habría sido una alternativa, una que mi padre no tomó en cuenta. ¡Los hombres nos tienen esclavizadas!

—Baja la voz, Altagracia —le suplicó Úrsula y le señaló con sutileza al sitio cerca de ellas, por donde acababan de pasar, y donde el marqués conversaba con su consuegro—. Nuestro padre, en secreto, debe odiar al conde de Marmosa, pues goza de la buena voluntad de Dios: un hijo y ahora un nieto. María Teresa, hablando de nombres y apellidos, pensé que tu criatura llevaría el nombre que ha honrado a los primogénitos de la familia de tu marido.

—Úrsula, lo decidimos a última hora. ¿Qué más da? —respondió la aludida.

—Los hombres piensan que se perpetuarán a través de su heredero —emitió Altagracia resentida, sin poder ocultar una mirada lasciva en dirección a su progenitor—. Tengo miedo —reveló al fin lo que la acongojaba—. Mi padre esquiva a todos mis pretendientes, me dejó a merced de Hugo y, ante su rechazo, no tengo más opción que terminar como María Inmaculada, me quitarán de en medio.

—No lo permitiremos —la calmó Úrsula—. Mientras yo viva no dejaré que te toquen un cabello.

Se colaron en la biblioteca y tomaron asiento.

—Espero que no nos echen en falta —dijo Úrsula.

—A la marquesa nada le pasa desapercibido —les recordó Margarita.

—Veamos qué otros secretos guarda nuestro bisabuelo para conservar a los Morell en su atesorado título nobiliario de Castilla —insinuó abriendo la palma de la mano y mostrando la llave—. Esta sirve, lo he comprobado, pero no tengo forma de acercarme al despacho de nuestro padre, mi madre no me quita la vista de encima. Tendría que ir una que esté en bien con ellos.

—A mí ni me mires. Sabes que el tema del heredero del marquesado tiene a mi padre con los nervios exasperados, hasta que no engendre al primogénito no soy santo de su devoción —se escudó la segunda.

—Traeré el bendito libro —resolvió María Teresa al sentir el peso de todas las miradas recayendo sobre sí, ese asunto ya comenzaba a robarle el sueño a ella también.

Les lanzó una mirada displicente y las dejó a la expectativa. Si se iba a ir lejos con Hugo, al menos, podría dejar a sus hermanas con aquel asunto esclarecido.

Llegó al despacho de su padre con Perla de escolta, le pidió dar dos toques en la puerta si veía

moros en la costa; la dejó entornada y entró, colocó la llave en la cerradura y esta giró sin reparos. Ahí estaba el libro familiar, lo hojeó con prisas, hablaba de la historia del marquesado, era una especie de diario iniciado por el bisabuelo, de su puño y letra o mandado a hacer, la caligrafía era meticulosa y la ortografía de excelente calidad. Entre los datos del libro, se relataban sus hazañas militares que le valieron para ser condecorado. Su nobleza no se extendía a otros ascendientes. El árbol genealógico de sus antepasados lo dejaba en claro, su ilustrísimo Archibaldo Morell fue el primero en gozar de un título de Castilla. Observó el nombre de su bisabuela, Victoria era su tercer nombre; en otras páginas encontró la referencia de que falleció un año después de la muerte de don Juan, el padre de don Héctor; don Bonifacio su abuelo, había perecido doce meses antes. Así el difunto marqués quedó sin hijos varones, solo una hija que había tomado los hábitos y sus dos nietos. Continuó a los siguientes folios en busca de alguna pista del paradero de su bisabuela, pero la duda la hizo volverlos a toda prisa para observar detenidamente la fecha de defunción de Juan Morell; sacó cuentas y concluyó que la anterior marquesa no podía ser la Victoria a la que se refería don Héctor, para la fecha del remitente de la carta ya estaba muerta, a no ser que hubiere algo turbio al respecto, pero no parecía. La voz de su padre cerca de la puerta la puso sobre alerta, sus pasos aproximándose le dispararon el corazón. Con el libro aún en la mano, empujó la gaveta y corrió a esconderse en la salita contigua, la que sería su condena si a su padre le daba por entrar, no tenía salida. Rogó por que no notara que el primer cajón de su escritorio estaba sin cerrar y que el libro familiar estaba ausente.

Escuchó al marqués tomar asiento e invitar a sentarse al sacerdote que guardaba una estrecha relación con la familia, el padre Miguel.

—¿Una copita de coñac?

—Gracias, su excelencia. ¿Cuál es ese asunto engorroso del que desea hablar?

—Como no es secreto para usted, sabe que le exigí a Hugo Buenaventura desposar a una de mis hijas para acceder al marquesado. Llevan varios meses de casados y las ansias comienzan a invadirme. No hay heredero.

—¿Por qué la prisa? Son tan jóvenes.

—Mi otra hija concibió a un par de meses de casada.

—Los tiempos de Dios son perfectos.

—Temo, y espero en verdad equivocarme, que ese matrimonio no se haya consumado.

—Es una acusación muy grave.

—Usted es su confesor, sáqueme de la duda. Úrsula no podría guardar un secreto así sin buscar el perdón de Dios, es tan arraigada a la fe.

—No puedo romper el secreto de confesión.

—Pero si conoce los motivos, ayúdeme a encontrar una forma de quitarme esta inquietud de adentro.

—En este caso, admito que, desde su regreso de Europa, su hija no acude conmigo para esos menesteres.

—Mi hija es hermosa, ¿qué hombre en su sano juicio no se sentiría tentado por ella? Un matrimonio en los primeros meses es como una llamarada, no saldrían de sus aposentos.

—Teme usted que el varón tenga inclinaciones pecaminosas, que no le cumpla a su hija. ¿Duda usted de su hombría?

—De su hombría no, Hugo tiene una amante y sé de buena fuente que su masculinidad no está en duda. Es mi hija, es tan devota que es casi una santa.

—Alabado sea Dios en su infinita misericordia por darle una hija tan religiosa —dijo el cura y se santiguó.

—Eso no me sirve, con todo respeto. Quiero un heredero. Hugo necesita una mujer que lo incite a cohabitar en el lecho, no que se la pase postrada rezándole a sus santos. Espero no ofenderlo, padre.

—Entiendo su aflicción, hijo, pero no podemos ir en contra de los designios del creador.

—No debí aceptar cuando Hugo pidió cortejarla, mi hija no se entusiasmó con la petición, solo obedeció. Creo que Altagracia, la mayor, tiene las armas para conducir a la oveja descarriada de Hugo al redil.

—¿Qué insinúa? No se deje embargar por las vacilaciones. Es pecado lo que pretende.

—Traeré a un doctor experto en corroborar la honorabilidad de una señorita; si Úrsula continúa siendo virgen, le pediré su valioso apoyo, padre, para que interceda y anule el matrimonio. Si los esposos no cumplen con sus obligaciones maritales, tampoco es de Dios, habrá que disolver ese vínculo y procurarle a mi heredero una esposa dispuesta a darle hijos.

El sacerdote respiró hondo, sopesó las palabras con calma, finalmente le palmeó el hombro y agregó:

—Un matrimonio sin consumar después de tantos meses de casados es inadmisibile; si existe modo de comprobarlo y resulta que no hay vínculo carnal, cuente con mi apoyo para pedir la anulación, pero le pido que les dé un par de meses antes de iniciar sus averiguaciones. No se apresure.

María Teresa se quedó de piedra al escuchar cada frase; con el libro aún en las manos, mientras su progenitor y el sacerdote se perdieron en otros temas triviales, pasó las páginas con sumo cuidado, estaba segura de que ese libro que el marqués se esforzaba en mantener a resguardo debía tener algo más, pero su pesquisa no arrojó otro dato que llamara su atención.

Oyó la puerta cerrarse y acechó por una rendija para asegurarse de que su padre se hubiere marchado; al encontrar el despacho vacío, salió de su escondite. Como el libro no tenía otros secretos, se afanó en revisar la gaveta, debajo de otros documentos había una cajita de sándalo similar a las encontradas en los aposentos de sus padres, intentó abrirla, pero estaba heréticamente cerrada. Recordó las diminutas llaves halladas en la caja de menor tamaño, justo sobraba una. Colocó todo en su sitio, cerró el cajón y se esfumó. Al pasar bajo el dintel se llevó un susto terrible al toparse con Altagracia, Úrsula y Margarita, que habían sido avisadas por Perla de lo ocurrido.

—¡Gracias a Dios no te sorprendió! —dijo la mayor.

—Me escondí en la habitación contigua, estuve a punto de ser descubierta—. Iba a decirles lo que había escuchado, pero a ninguna les iba a gustar nada; se debatía en si debía alertarlas o no, su padre estaba resuelto. Prefirió hablarlo primero con Hugo—. Nuestra bisabuela no puede ser la Victoria que don Héctor buscaba, para cuando se escribió esa carta ya había fallecido.

—¿Qué? ¿Quién fue entonces? —preguntó Altagracia—. ¿Viste algo más en el libro?

—En el libro no, pero encontré otra caja de sándalo, la llave está en la alcoba de nuestros padres.

—Vamos, ahora.

—Altagracia, toma la llave de la gaveta superior, lo dejo a tu juicio. Creo que, si nuestro padre se ha tomado tanto trabajo para ocultar el contenido de esa caja, es porque no nos va a gustar nada lo que hay dentro.

—Bien lo dices, imagino que por experiencia propia. Nuestro padre no es el único con secretos.

—¿De qué hablas? —preguntó María Teresa azorada. Temió que su hermana hubiera descubierto que lo que la unía a Hugo iba subiendo de intensidad al punto de romper con todos los conceptos morales.

—Lo digo por los libros subidos de tono de George Sand que ocultas en el baúl de tu habitación de soltera.

—¡Válgame Dios! —expresó aliviada, ya no le preocupaba que su hermana la delatara con su madre, se habían vuelto aliadas en el asunto de María Inmaculada, tendría que cerrar el pico en cuanto a las novelas.

—Como hermana mayor las confisco; con razón has sido la primera en casarte, bien sabías lo que ibas a encontrar en los brazos de un caballero. Es imperdonable que no las hayas compartido con todas las Morell.

—No sabía si sería de tu agrado y el de Úrsula.

—Yo he leído todas —admitió Margarita con una tímida sonrisa.

—¡Entonces las únicas ignorantes en la materia somos las de más edad, par de incordios!

—Yo paso, no estoy interesada en saber —comentó Úrsula y nadie le insistió en que leyera, su vocación religiosa era suficiente motivo y la dejaron en paz.

—Pues entonces soy la nueva propietaria, no creo que a tu marido le haga gracia que los conserves —mencionó para referirse a María Teresa, la que aceptó el latrocinio de sus amados libros. En el fondo, le daba alegría compartir su secreta pasión con Altagracia y ella tenía razón, no podía llevárselos a su residencia, prefería que alguien más se deleitara en sus páginas.

María Teresa fue por la llavecita de la caja a la par que Altagracia entró al despacho de su padre para sustraerla, quedaron en encontrarse en la biblioteca. Perla la siguió diligente, como todos estaban disfrutando de las visitas, fue fácil introducirse en la habitación de sus padres y extraer la llave; probó antes con cada una en su respectiva cerradura para identificar la que sobraba, con la adecuada en un puño se dirigió presurosa al encuentro de sus hermanas. Hugo la sorprendió a mitad del pasillo, al inicio se quedaron mudos hasta que él reaccionó, le ordenó a Perla encubrirlos y quedarse en un rincón para avisarles si alguien se acercaba. La esclava obedeció con el Jesús en la boca. Hugo tomó a María Teresa de la mano, que ella se negó a abrir, y la condujo a una de las habitaciones vacías disponibles para futuros invitados. Le elevó los brazos, los pegó al reverso de la puerta cerrada y la besó con ansias.

—No aguantaba un segundo más sin hacer esto —le susurró entre beso y beso, devorándola lentamente, como si su último encuentro hubiese ocurrido siglos atrás y estuviera a punto de morir consumido por el deseo.

—¿Qué haces? ¿Estás demente? —inquirió sin resistirse a sus caricias, el corazón desbocado bombeaba sangre con mayor rapidez a cada parte de su cuerpo.

—Tomo un pequeño aliciente para seguir viviendo, no puedo respirar lejos de ti —le musitó meloso rozándole los labios.

—Alguien podría vernos, la quinta está llena —intentó entrarlo en razón, pero tampoco tuvo fuerza de voluntad para despegarse de su lado.

—Están entretenidos en la planta baja, descuida, tomé providencias.

—Nos arriesgamos demasiado.

—Esta noche iré a verte, aguarda por mí después del cañonazo de las nueve.

María Teresa lo alertó sobre las intenciones de su padre y su conversación con el sacerdote. Hugo le restó importancia sin renunciar a besarla y, como no logró que ella dejara de atormentarse por lo escuchado, le reveló parte de sus planes para que recobrara la esperanza.

—Tengo algo que contarte, es una caja que será nuestra salvación. —Ella palideció sin entender cómo él sabía sobre las cajas de sándalo, tembló con la llave apretada en su puño—. Llevo un tiempo haciendo negocios por mi parte, no quiero volver a verme en una situación como la anterior, en que se me dificultaba huir porque dependía completamente de tu padre.

—¿Qué momento empleas para tus negocios? Sé que mi padre no te deja ni a luz ni a sombra.

—Me las he arreglado, Carlos Enrique del Alba me dio un sustancioso capital que invertí en maquinarias para modernizar ingenios, hice tratos con hacendados en Oriente. De algo me tiene que servir todo el conocimiento que he adquirido al lado del marqués. Con las ganancias, luego de devolver el préstamo, compré unas tierras en un valle muy próspero en Vuelta Abajo. Poseo las orquídeas más bellas que jamás había visto, de ahí procede la que te regalé la noche pasada.

—¿Las orquídeas serán nuestro sustento? —preguntó sin entender nada.

—Las exportaremos, pero ese no es el producto principal. El valle tiene un tabaco negro muy codiciado, lo recibí de un conde que regresó a España con los bolsillos llenos y liquidó todos sus bienes. Invertí mis ahorros en algo que nos permitirá empezar nuestra nueva vida en Estados Unidos, nuestra propia marca de tabaco.

—¿Competirás con las tabaquerías Morell de mi padre? Se pondrá furioso.

—El marqués se ha enfocado en Europa. Tendremos distinto mercado, exportaré a Estados Unidos donde fijaremos nuestra residencia, me he asociado con Carlos Enrique, construiremos nuestro propio patrimonio. Pasé esta mañana a la Imprenta Litográfica de la Real Sociedad Patriótica de La Habana por la muestra y es una obra de arte. Me la entregaron esta mañana, estaba impaciente por mostrártela.

Metió su mano en la americana y le enseñó orgulloso la primera caja con la litografía incorporada; destacaban el color blanco y el dorado, y en el centro la imagen de una bella criolla con dos orquídeas violetas en el cabello que emergía de una verde vega de tabacos; el nombre *Habanera* destacaba en letras grandes, así como la dirección de la fábrica.

—Es muy bella, ¿en qué modelo te habrás inspirado? —averiguó devanándose los sesos y acariciando la espectacular cabellera morena que lucía la mujer de la caja.

—En ti y en nadie más —dijo rozándole los labios y acercándose para degustarlos a profundidad.

—Tan rubia como yo —lo interrumpió inquieta separándose de golpe y huyendo de su encerrona.

—El tono del pelo obedece a los efectos del mercado, Carlos Enrique consideró que una habanera, criolla y castaña sería más atrayente para quienes buscan el puro originalmente cubano.

—Eres un pillo, solo espero que esta criolla no aparezca luego a reclamarme tus labios —exigió tomándolo por la solapa izquierda y robándole un beso que lo dejó sin aliento, para luego abandonarlo con el ánimo alborotado y sin premio de consolación—. Tengo que irme, esto es una locura, ya nos deben echar de menos.

—Te lo imploro, regálame un par de minutos, necesito ardiente y desesperadamente adherirme a la tibieza de tu piel —le soltó muy cerca del oído y enterró su cálida boca en su cuello.

—Eres un bribón.

—¿Estás celosa? Observa de cerca a la habanera.

Ella la detalló desde la frente a la barbilla y reconoció en la joven morena sus rasgos, dotados

de un tinte más subido que el tono natural de su piel, con ojos y cabellos más oscuros que los propios.

—¿Seguro que lo hiciste para apegarte a la demanda del mercado? Creo que lo hiciste para que un marido celoso no se pregunte, ¿qué hace su esposa en la tapa de los habanos del futuro marqués de Morell de Santa Ana?

—Si al final la lista eres tú.

La regresó a la posición inicial, de espaldas contra la puerta sujetando sus muñecas cerca de la madera, para obligarla a permanecer encerrados en la quietud del cuarto de invitados, con la finalidad de colarse debajo de sus enaguas, rogando por que los artilugios de la moda femenina no fueran un obstáculo esta vez para satisfacer prontamente su hombría desbordada de deseos. Rumbo al sur, le deslizó las manos por encima de las suyas y al notar la dureza del puño aún cerrado, intentó abrirlo para relajarla; ante la resistencia de María Teresa, con gesto inquisitivo intentó indagar qué ocurría. Y ella se despegó de su cuerpo.

—Tengo que irme, mis hermanas están aguardando por mí.

—¿Qué tienes en la mano?

—Nada —le dolió mentir.

—Entonces ábrela.

—No puedo —dijo tragando, mirándolo a los ojos ante la duda de aquel.

—¿Secretos conmigo?

—Es un asunto de mis hermanas, no puedo revelártelo sin su consentimiento.

—De acuerdo —dijo liberándole los dedos apretados, y embistiéndola suavemente mientras deslizaba sus manos debajo de la falda, añadió—: Tampoco tengo interés en entrometerme, solo quiero lo me pertenece.

—Has perdido el juicio, no podemos bajo este techo; mis padres, Úrsula.

—Será rápido, solo un adelanto de lo que nos depara esta noche.

—Creo que no te conformarás con algo fugaz y terminarás complicándonos, no es el lugar más apropiado estamos rodeados de personas. Además, mis hermanas me esperan para una tarea urgente.

—Intuyo que para algo relacionado con tus secretos. No puede ser que me abandones así.

—Lo siento.

Él hizo un gesto para tranquilizarla, bajo ninguna circunstancia quería imponerse ni irrumpir en la libertad de actuar de su amada, aunque saber que tenía asuntos ocultos no dejaba de preocuparlo.

—Solo cuídate —le susurró luego de darle un sonoro y corto beso en los labios.

Tras su huida, Hugo pegó su frente sobre la caoba de la puerta, inspiró para someter sus deseos y obligarlos a controlarse y aguardar.

Altagracia casi inmola con la mirada a María Teresa al verla aparecer en la biblioteca tras la

demora, estuvo a punto de salir a buscarla en persona. Úrsula las instó para que no perdieran el tiempo en discusiones. Margarita tomó la llavecilla, la coló dentro de la cerradura y giró sin dificultad. Úrsula levantó la tapa, dentro unos papeles amarillos por el paso del tiempo aguardaban impacientes.

—Otras letras, ¿quién se anima a leerlas? Tal vez aquí encontremos algo sobre el paradero y la identidad de Victoria.

Altagracia la apuró para que diera lectura al contenido; con un nudo en la garganta, María Teresa salió unos segundos para cerciorarse de que nadie estaba cerca y le dio instrucciones precisas a Perla de qué hacer para que esta vez nadie las interrumpiera.

—Son cartas —dijo Margarita con la voz entrecortada—. Firma María Inmaculada y están dirigidas a don Juan, mi abuelo.

Margarita, con su voz de ángel, leyó casi en un susurro, como si temiera que el aire esparciera el sonido por los pasillos de la quinta.

Hermano Juan de mi alma:

Sé que por orden de mi padre has renunciado a mi cariño, que ahora me desconoces porque decidí desafiar el destino que me impuso nuestro padre y escapar del convento con José, soportando la ira de Dios. Me consta que no confrontarás a nuestro progenitor y que no habrá respuesta a esta carta, pero, conociendo el dolor que hay en tu corazón, en el de nuestro hermano Bonifacio y en el de nuestra madre, por no tener noticias mías, les escribo para que tengan un aliciente en tan brusca separación. Tus cartas fueron mi único incentivo en mi encierro; sé que te impusiste a nuestro padre e intentaste hacerle cambiar de parecer, pero es duro como la piedra cuando son lastimados su orgullo y su honor. Y sé que, nuestro padre, aunque me extrañe, no deshará el juramento de refundirme en un convento por osar retarlo, por mi lengua afilada que no se contenta con mi suerte como mujer. Te suplico que no me repudies, no me condenes tú también por entregarme al amor; no nací para la contemplación, quiero de la vida todo lo que mi padre me ha negado. No me retires tu afecto porque he decidido corresponder a José contra lo dispuesto por nuestras familias.

José es un hombre maravilloso, obligado a convertirse en religioso por ser el quinto hijo de un noble, sin riquezas que heredarle a otro que no fuera el primogénito. Decidimos abandonar nuestras vestiduras y el compromiso implícito en ellas, nos hemos casado ante Dios y hemos comenzado una vida modesta, sin dote y sin fortuna, lejos de personas que puedan reconocernos. Cuida de nuestra madre, no permitas que sufra, sé que mi padre le prohíbe verme o recibir mis cartas. Dile que estoy embarazada y que no me importa la modestia de nuestra casa y nuestra mesa, nos queremos y hemos decidido seguir adelante. Sé que mi madre tendrá un poco de felicidad con esta noticia, entre tanto dolor por la distancia que nos separa. Ojalá algún día podamos volver a abrazarnos.

Tu hermana que no te olvida.

María Inmaculada

—Al final fue feliz, pensé que había muerto en un convento. ¡Necesitamos el libro de familia para repasar la fecha de su deceso! —dijo Altagracia.

—María Inmaculada conoció el amor y huyó con don José para casarse, conoció la dicha de ser madre —manifestó María Teresa decidida a seguir sus pasos junto a Hugo, aunque perdieran

riqueza y poder.

—Creo que nos hemos angustiado en balde, María Inmaculada supo defenderse y encontrar la felicidad por encima de la imposición de su padre. No le importó la pobreza con tal de ser libre para amar y ser amada —agregó Úrsula.

—Otra carta —dijo Margarita—. Igualmente, dirigida a mi abuelo.

Hermano mío:

Tras escribirte sin éxito y sin respuesta de tu parte, solo puedo pedirte perdón si con mis actos te he ofendido a ti también como futuro marqués de Morell de Santa Ana. Esa maldición que salió de mis labios no buscaba herirte, sabes que me arrepentí tras terminar de pronunciarla. Juan, estaba desesperada, impotente ante mi padre que me arrastraba al convento en contra de mi voluntad y hablé sin pensar, solo quería herir el orgullo de nuestro padre, lastimada por su hosquedad.

Sé que mi familia no aprobó mi matrimonio en contra de los designios del señor marqués, pero igual sé que en el corazón de mi madre y en el tuyo aún hay mucho amor por mí, no puedes olvidar el cariño con que crecimos. Recorro a ti porque sé de tu alma bondadosa. La vida me ha conducido por parajes desconocidos y ahora mismo, cansada de luchar me pregunto: ¿por qué Dios me abandona? ¿No era suficiente el dolor causado por el rechazo de mi padre? Uno que traigo desde la cuna, cuando la partera le anunció que era una niña, esa palabra que él rogaba por no escuchar, ansioso por un heredero varón. Solo tú y yo conocemos esa verdad de nuestra madre que me impulsó a tener aspiraciones justas para con mi nombre y mi apellido, esas que nos enfrentaban a ti y a mí, ese secreto que escuchamos de niños agazapados tras una columna, una verdad que no teníamos edad para entender y la que juramos guardarnos en lo más profundo de nuestras memorias para que nuestra familia no se destruyera, para que el amor de nuestro padre no mermara en cada uno de nosotros. Secreto que me ha valido tantas lágrimas, pero no me arrepiento, se lo debo a mi madre, mujer como yo, con mis mismas guerras y sufrimientos.

Hoy te comparto mi dolor, he desafiado a mi padre, a la vida y a Dios; tengo el bien más preciado en mis brazos, una criatura que me inspira el amor más grande que jamás pude sentir. Y, tras tanta dicha, me han arrebatado a mi esposo en una reyerta callejera que no le incumbía, solo por estar en el lugar y la hora equivocados, un hombre que ha fallecido en la flor de su juventud, quedando mi hija y yo sin el sustento y el amor de un padre fervoroso, como solo José ha podido serlo. No he pedido ayuda a su familia, ellos no consintieron nuestro casamiento y no quiero recibir más humillaciones, con la de mi propio padre me basta. Juan, te lo ruego, no me desampares. Aún me gano la vida echando andar la pequeña tienda que José logró levantar con el esfuerzo de sus manos, pero con una niña pequeña en brazos, la labor se me hace más cruenta y la soledad lejos de mis hermanos, mis cuñadas, mis sobrinos y mi madre es desoladora.

Tu hermana que no te olvida.

María Inmaculada

Las cuatro señoritas se quedaron sin habla, se arrepintieron de todas las palabras pronunciadas en favor de la suerte de María Inmaculada, la compadecieron y buscaron con los ojos una respuesta sobre su destino en la última carta. ¿De qué secreto hablaba? Desesperadas por saber, buscaron el otro documento para que les esclareciera el asunto. El aviso de Perla llegó de inmediato para indicarles que había escuchado pasos en el corredor, que alguien se acercaba. Altigracia tomó la prueba de su delito y la ocultó a su espalda; cuando la puerta se abrió, las cuatro estaban alineadas, una al lado de la otra, con expresiones en sus rostros de no romper ni un

plato. Josefa se les quedó mirando con inquietud, sabía que ellas se traían algo, no en vano la primogénita la sobornaba con alhajas muy en contra de su voluntad.

—Su merced las manda a llamar, servirá unos refrescos y unas pastas.

—Enseguida vamos, adelántate.

Tras cerrarse la puerta todas tomaron aire, Altagracia cogió la última carta y la introdujo en su escote ante la mirada reprobatoria de sus hermanas. Luego sostuvo la caja con su diminuta llave, así como la otra del escritorio de su padre, y le ordenó a Perla regresarlo todo a su lugar.

—¿Yo? ¡Ay, amita, líbreme de la ira del amo! —pidió Perla asustada. Altagracia con resolución se quitó una sortija y se le dio a cambio, la esclava se rehusó—. Ni por todo el oro del mundo me enfrento al cuero del amo. ¿Por qué no se lo pidió a Josefa? Ella de seguro acepta.

—Yo me ocupo, Perla tan solo cubrirá mis espaldas —resolvió María Teresa para librarla.

—Pero nos están esperando, sospecharán si no aparecemos de inmediato —reclamó Úrsula.

—Soy la única con una excusa creíble. Digan que pasé un minuto a ver a Diego. Seré diligente, no tardaré. —Y antes de irse le dijo con voz imperativa a su hermana mayor—: Dame la carta, la leeré y me las arreglaré para regresarla a su sitio, es mejor de una vez, son demasiados cerrojos que burlar, no correremos con igual suerte otro día.

—Léela y trasmítenos cada una de sus letras —dijo Altagracia, quien indecisa terminó por aceptar.

Perla le agradeció a María Teresa por ocuparse en persona de tan engorroso asunto, la mulata llevaba días padeciendo de agruras sin querer angustiarse con sus padecimientos. Y es que la vida de su ama tenía muchos altibajos que terminaban por volverla su cómplice.

—Tranquila —le dijo María Teresa a la joven esclava mientras avanzaban al despacho de su padre—. Sé que la ira de mi padre caerá con más peso sobre tu espalda que sobre la mía, te prometí que no recibirías ni un latigazo más en mi nombre. No hay nada que temer. Parece que todos han sido convocados en el salón, saldré en un minuto. Solo vigila para que no me atrapen con las manos en la masa. Si alguien se acerca toca fuertemente dos veces y escabúllete, yo me las arreglaré para desaparecer también.

Tras encerrarse entornó los ojos ante el texto de la última carta, rogaba a Dios mientras leía, suplicando por que don Juan Morell hubiera socorrido a su hermana; abandonarla a su suerte con una criatura en brazos habría sido detestable.

Hermano Juan:

Un año después de mi última carta sin respuesta me cuesta aceptar que te has olvidado de mí. No sé de qué otro modo pedirte perdón; si me lo permites, acudo a tu encuentro y te lo pido postrada de rodillas. Las lágrimas por el dolor de tu rechazo han abandonado mis ojos, ya secos de tanto sufrimiento. Pero he tenido la fuerza contra todo pronóstico de luchar por el alimento y la cama de mi hija y míos. Humildemente hemos salido adelante contra la afrenta de mi padre, que me desconoce por haberlo desafiado y que miente a todos cuando preguntan por mí, informándoles mal al indicar que vivo feliz dedicada a la labor religiosa.

La vida ha sido dura y me he enfrentado a ella, mi hija es una niña fuerte, una Morell que ha crecido lejos de los suyos, pero que tiene el sello del apellido en su rostro, se parece a su abuelo, quien tal vez ni siquiera sabe de su existencia. Si te escribo en este momento doblegando mi orgullo es para suplicarte, con las pocas fuerzas que me quedan, que no la abandones a ella, tómalala como tu pupila y procúrale una vida y un matrimonio decente. Yo estoy muriendo por una terrible enfermedad que se ha metido en mis pulmones y me deja sin fuerzas para respirar. Dice el doctor que me ha consumido el desgaste físico y que por eso no puedo combatir este mal. Yo sé que moriré de desilusión y me siento culpable por no arrancarme del alma esta congoja a la que me ha arrastrado la soledad, porque Victoria no lo merece y me siento la peor madre del mundo por no estar fuerte para ella, por rendirme, por no seguir luchando.

Perdóname por mis terribles pensamientos, he llegado a creer que me has retirado tu apoyo porque temes que revele la verdad, que Bonifacio y tú no son hijos de mi padre y sí del verdadero amor de nuestra

madre. Sabes que jamás lo haría, ella no lo merece.

Solo te pido, a cambio de mi silencio, amparo para Victoria. Descansaré en paz si la cobijas bajo tu protección, no te pido que le restaures sus derechos como la única descendiente legítima del marqués de Morell de Santa Ana, ni siquiera te exijo que le des lo que merece de acuerdo a su linaje, ya no lo quiero, el marquesado ha sido nuestra cruz, solo concédele un techo, seguridad para terminar de crecer y tener un futuro digno y, si tu corazón conoce la piedad, dale el cariño que me negaste.

María Inmaculada Morell, tu hermana

María Teresa se llevó las manos al rostro empapado por las lágrimas, tragó en seco e intentó recuperar el ritmo habitual de su respiración. Detestó a sus antepasados por abandonar así a su tía abuela, compartió el dolor de María Inmaculada tantos años después y sufrió de agonía por el destino de Victoria. El destino de esa niña, que para este entonces debía ser una mujer contemporánea con su padre o un poco menor, se volvió algo imperioso para ella. Rogó a Dios por que don Juan hubiere socorrido a la pequeña Victoria, pero, tomando en cuenta que jamás, salvo en la carta de don Héctor, ni ella ni sus hermanas la habían oído mencionar, dudó del abuelo de Hugo y Margarita. Repasó en su mente el árbol genealógico de la familia: don Juan era el segundo hijo después de María Inmaculada, él por ser el heredero varón más próximo en línea de nacimiento estaba destinado a ser el siguiente marqués, por eso María Inmaculada se dirigía a él buscando apoyo. Ya sabía el secreto, al que en repetidas veces María Inmaculada hacía alusión en sus escritos. Tendría que poner a Margarita y a sus hermanas al tanto, aunque con su revelación saliera a la luz que la legítima heredera del marquesado era Victoria, dejando a Altagracia, Úrsula, Margarita, Hugo y a ella misma como impostores.

Secándose las lágrimas, metió la última carta en la caja de sándalo, la cerró, la introdujo en la primera gaveta, le pasó llave e intentó salir. El accionar del pomo de la puerta la paralizó, su padre estaba ante sus ojos en menos de un pestañeo acompañado de Hugo; los dos hombres se quedaron mudos, sin habla al encontrarla allí.

—¿No es el lugar donde creí hallarte? ¿Qué haces aquí mientras todos aguardan por ti en la sala?

—Padre... yo...

Se le hizo un nudo en la garganta, su astucia para hilar una frase con otra y salir del paso no salió a relucir, se quedó embotada, solo podía pensar en María Inmaculada y Victoria, y en el hecho de que su padre sabía toda la verdad.

—Te escucho —dijo con paciencia el marqués.

—Vino usted a buscar a su padre al despacho —salió en su defensa Hugo—. ¿Quería pedirle algo? ¿Tiene algún problema ahora que su esposo está de viaje y la apena solicitar ayuda de su excelencia? Me ofrezco para auxiliarla en lo que necesite.

—Eso es exactamente, vine y al ver el despacho vacío me quedé pensando en cómo pedirle algo muy importante, padre, pero no tiene nada que ver con mi esposo. Pretendo abogar por la libertad de Perla. No quiero prescindir de ella y ya he abusado mucho tiempo al tener a su esclava

a mi servicio.

—Tantas veces he intentado obsequiártela y te has rehusado, refiriendo que pasaría a pertenecer a tu marido y que así dudarías de su fidelidad. Algo absurdo a mi parecer, pero no discuto tus motivos. Puedes tenerla todo el tiempo que la necesites.

—Temo que cuando Hugo se convierta en marqués las cosas puedan cambiar.

—No tengo intenciones de privarla de su esclava, señora. Pero, si le da tranquilidad, no tengo objeción en que sea liberada, si cree que es la mejor solución para que ella permanezca a su servicio —intervino el heredero.

—¿Han perdido el juicio los dos? ¿Qué garantiza que Perla siga al servicio de mi hija una vez libre? —indagó desconfiado el marqués.

—Le pagaré como a los mulatos libres —argumentó María Teresa.

—¿Justo como hizo Hugo con Matías que ahora lo tiene como un empleado de confianza? Al final creo que Hugo es una mala influencia para mis hijas. Por favor, María Teresa, ve con tu madre y hermanas a atender la visita, no es asunto para mujeres disponer de la propiedad de los esclavos —sentenció.

—¿Al menos lo pensará?

—Hija, si me miras así, ¿qué remedio me queda? No te aflijas por nimiedades, anda, déjanos a solas, tenemos algo urgente que atender.

El padre de León se reunió con ellos y se encerraron a hablar de negocios, mientras ella con la diminuta llave en su puño se dirigió hacia el salón con un suspiro atravesado en el pecho. La esclava se le reunió antes de entrar a la estancia donde las damas conversaban.

—¿Su merced, qué nervios! —le susurró Perlita.

—Tranquila, pude librarme de sus sospechas.

—¿Y la llavecita?

—Esa no pude guardarla, lo intentaré después.

—Démela, yo me encargo —pidió Perla resuelta.

—No, no quiero meterte en problemas. ¿Qué explicación darías tú si te encuentran esculcando en los aposentos de mis padres?

—Me las arreglaré, de los cobardes no se ha escrito nada.

Esa noche en la calidez de su alcoba, cuando el intrépido amante llegó a su encuentro, le agradeció por cubrirla en la tarde.

—No sé qué te traías en el despacho de tu padre, pero ten cuidado —le advirtió Hugo—. Si puedo ayudarte cuenta conmigo. Su excelencia es otro cuando se siente desafiado.

—Gracias por salvarme.

—Todavía no entiendo cómo te falló el ingenio para salirte del paso.

—Algún día te contaré lo que nos aflige a mis hermanas y a mí, no es algo que necesites saber aún. —No mencionó que Margarita también estaba involucrada para que Hugo no la interrogara.

—Sabes cómo alimentar mi curiosidad, ahora cómo sacio la sed de conocer qué se traen entre manos.

—Lo de Perla es verdad, quiero que sea libre. Más ahora, ha sido leal conmigo, como una amiga y la quiero. ¿Me ayudarás a conseguir su libertad? Antes que el telón de nuestra puesta en escena caiga y ella también salga perjudicada, no sería justo.

—Lo haré. Puedo comprarla y liberarla como hice con Matías.

—Mi padre sospechará de nosotros, es mejor que solo secundes mi petición y le hagas entender a mi padre que es razonable.

—Haré lo que me pides.

—Ahora, si me permites, hay un asunto urgente que no puede esperar —dijo muy serio y ella se turbó intrigada por el tema; cuando Hugo la tumbó sobre el lecho e intentó sumergirse bajo su bata dejó aflorar una sonrisa—. Quiero borrar la tristeza que te aflige, es imperioso.

—Eso o cobrarme la deuda de la tarde. No olvido que quedaste penando.

—¿Y lo dices así? ¿Sin una gota de remordimiento? Eso merece un castigo.

Ella soltó una risa pícaro y él le dedicó la más sugestiva de sus miradas. La giró de espaldas sobre el lecho y le apartó el frondoso cabello. Tomó del borde su bata de encajes y se la llevó lentamente entre sus dedos; la imagen de su mujer envuelta en un delicado camisón envió una corriente eléctrica a su entrepierna. Se lo sacó sin esfuerzo por encima y se afanó hasta dejarla completamente desnuda a luz de las velas. Se deleitó en la perfecta línea de su cuerpo que formaba una depresión en la parte baja de su espalda, que luego se alzaba respingona hacia su retaguardia; seguía impresionándole la estrechez de su cintura en comparación con la amplitud de

sus caderas. Podría recostar ahí su cabeza y tener el sueño más sosegado, pero eso sería después, cuando su apetito voraz fuera saciado.

Le deslizó un dedo por la curvatura y ella se estremeció ante su tacto certero. La acarició con sus manos, ávidas de agasajar cada centímetro de su piel y sin pensarlo dos veces soltó el pañuelo con el que adornaba su cuello, su chaqueta, su chaleco y la camisa, para seguir con sus zapatos y sus pantalones; con prisas se desnudó por completo y desperdigó sus vestiduras por el suelo de la habitación, estaba desesperado por aterrizar sobre ella y resguardarla con su calor corporal. Cuando sus anatomías se rozaron gimió de placer. Tanto la deseaba. La llenó de besos húmedos y tibios, adoraba su sabor inconfundible, comenzó por la oreja, luego el cuello y fue bajando lentamente a la par que los gemidos de María Teresa iban recompensando sus esfuerzos.

Cuando el varón le pidió hincarse de rodillas sobre el colchón ella tembló, esa posición le trajo el recuerdo desagradable de su noche de bodas con León, de su lujuriosa invasión.

—¿Qué sucede, hermosa? —inquirió en un susurro al notar su sobresalto.

—Nada, amor —dijo una mentira piadosa, no podía revelarle que, si se dejaba poseer de aquella forma, que él le solicitaba, sería como traer a un tercero a su relación y recordar todas las veces que, por un arreglo matrimonial, fue poseída por León Villavicencio.

—¿Tienes miedo? —intuyó.

—No es eso.

—Noto cómo tiembles. Ven, nunca te obligaré a nada —la calmó volviéndola de frente y abrigándola en su pecho sobresaltado—. ¿Hay algo que me estés ocultando?

—No ha sido fácil ser la esposa de él, no imaginas la amargura y la culpa que me produce reconocer que he tenido que entregarme a otro hombre y ahora presentarme ante ti como si aún te mereciera.

—Yo sí he pecado y tú me has aceptado de vuelta. Tú solo has sido víctima de las circunstancias.

—¿No sientes rencor por que haya terminado en los brazos de León?

—Jamás.

—Quiero intentarlo —decidió volviendo a la posición inicial.

—Mi vida, no es necesario, puedo hacerte mía como más te satisfaga.

—Tómame de todas las maneras posibles, quiero borrar los recuerdos y que cada experiencia en mi memoria se llene de ti.

Le acarició la cabellera y volvió a correrla hacia su costado derecho para despejar su superficie. Recorrió su silueta con la calidez de su lengua, embebido de su resolución. A él también lo atormentaban los demonios cuando la imagen de León poseyéndola se le colaba en la cabeza, no soportaba imaginar que la hubiera tenido, que hubiera disfrutado de su mujer. Cerró los ojos y espantó los fantasmas, no iba a permitir que se colaran en la habitación, es más, estaba dispuesto a desterrarlos, para que tampoco la abrumaran a ella.

Sus besos húmedos la estremecieron, sobre todo los que le depositó justo en su flor, la asió por

las caderas y la devoró con ansias, mientras ella se sorprendía por la respuesta exacerbada de su sexo. Nunca había sentido igual, los ágiles dedos de su amante acompañaron los movimientos de su boca. Ella gimió ante las pulsaciones que experimentaba y, llena de titubeos, preguntó lo que se le atravesó en el pensamiento de manera posesiva:

—¿Tu boca, amor, ha dado iguales atenciones a alguna de tus meretrices de turno?

Él sonrió al entender sus celos, también lo habían abrasado, se detuvo un instante para declarar:

—Lo que tú me das jamás lo he tenido con otra y pretendo que no puedas olvidar lo que yo te ofrezco. Solo déjate llevar mientras hago mi trabajo.

Sin dilatarse más continuó devorándola entre las piernas. Ella gritó con fuerzas ante el ataque, se obligó a moderarse, no quería alertar a los que dormían en el palacete. Su mente se liberó de las sombras de antiguos amantes que hubieran compartido la cama con cualquiera de los dos. Solo quería continuar supeditada a ese elixir que las caricias de Hugo hacían secretar a su cerebro. Los lametones subieron de intensidad y la rubia terminó convulsionando contra el rostro de su hombre. Él se bebió complacido su liberación, a la par que frotaba su hombría totalmente excitada y lista para conquistar terreno; la condujo a la abertura y ella se inclinó aún más para indicar que estaba dispuesta a recibirlo.

Hugo entró lentamente y el contacto de sus sexos los estremeció. Sus músculos se contrajeron ante el enorme placer que sentía, la embistió con suavidad y la envolvió hasta que sus pectorales duros como piedras se afincaron en la sedosidad de sus omóplatos. María Teresa se volvió para besarlo y él le susurró sobre los labios varios «te amo, te adoro, te idolatro». Atrapó sus senos con la mano izquierda y los apretó alternando de uno a otro, según se lo exigía su deseo, la mano derecha la bajó al pistilo de su flor y le prodigó dulces mimos que fueron subiendo de intensidad a la par de los embistes con los que entraba y salía de su cuerpo.

—Cuando creo que mi pasión es inmensa, mi corazón me sorprende latiendo más fuerte por ti. ¿Cariño mío, cuánto más te querré? —preguntó Hugo entre suspiros ahogados.

Ella despegó sus manos del colchón y se dejó sostener por sus fuertes y musculosos brazos, su revelación y la fuerza de sus arremetidas la condujeron al punto de no retorno.

—¡Oh, por Dios, Hugo, no me abandones! Moriría si no vuelves a tenerme así.

—Estaría loco si me privo de tu cuerpo —emitió eufórico ante la proximidad de su orgasmo.

—Amo todo de ti, tu forma de seducirme, de tocarme y de hacerme explotar —soltó justo cuando comenzó a liberarse.

La satisfacción de su amada lo catapultó a la gloria, empujó profundamente cuando la descarga caliente atravesó la longitud de su virilidad y fue expulsada acompañada de palpitations desquiciantes. Ambos convulsionaron a la par hasta que cayeron rendidos y satisfechos sobre el lecho sin despegarse.

—Jesús, esto fue... —musitó él sin aire, con una pícara sonrisa de gozo.

—Lo mejor de mi vida —le robó la palabra y él lo agradeció, estaba tan agitado por el esfuerzo que no podía hablar.

La besó en la dorada y salvaje cabellera.

Hugo estaba tan embriagado de dicha que olvidó la fecha de caducidad. María Teresa cerró los ojos para no seguir atormentándose con los pesares, se perdió en sus brazos cada noche que escaló como un ladrón hasta sus aposentos y experimentó la felicidad más grande embebida en sus besos. Mientras doña Prudencia se jactaba de lo bien que desempeñaba su papel, Hugo se colaba en los aposentos de María Teresa todas las noches a recuperar el tiempo perdido, había tanto de qué hablar, tanto que conocer, que explorar, que terminaron por hacerse expertos el uno en el otro. Perla sufría de ansiedad más que los amantes. Ellos se alteraban si algo no salía como esperaban y no podían encontrarse, la esclava en cambio sufría de agruras por la situación sostenida, más cuando María Teresa le exigía que le trajera a Diego y se encerraban en aquella habitación a jugar a la familia feliz.

Altagracia y Úrsula la procuraron, sin gota de paciencia, para obtener la respuesta que devalara los misterios sobre Victoria, confiadas en que estaban encerrados en las letras de la última carta que no habían podido leer, y María Teresa prefirió enterrar la vergüenza Morell y no hacerlas partícipe de que al final ninguno de los herederos era merecedor del título. Las dejó estupefactas al informarles que ese texto no tenía nada revelador. Los marqueses, por su parte, sermonearon a Hugo y Úrsula para que terminaran de procrear al heredero.

Y el amor haciéndose gigante en sus corazones. Tres semanas de vivir en aquellos devaneos, en que delante de los suyos disimulaban un trato distante y, en cuanto les daban la espalda, se encontraban en las escaleras o en los pasillos, se acariciaban o se besaban fugazmente, guardando las apariencias y tomando todos los cuidados. Y en medio de aquella debacle eran muy privilegiados por tenerse, a pesar de la incertidumbre. María Teresa llegó a pensar que nunca se recuperaría de la noche de bodas con León, de la culpa que sentía tras cumplir con sus «derechos maritales», siéndole infiel a su verdadero esposo, pero cuando Hugo la tocaba olvidaba cualquier dolor que aquejara su corazón, él sacaba a relucir lo más bello de su ser.

Una noche, Hugo se sentó sobre el suave colchón, se recostó en el poste de la cama, con el niño dormido en brazos, admirando a su criatura, mientras María Teresa se recreaba en la tierna escena que tenía ante sus ojos. Unas lágrimas bajaron por sus mejillas al recordar que la fecha de término de aquellos dulces momentos que compartían estaba próxima. Él lo notó, colocó con cuidado al niño sobre la cama, le depositó un beso en la cabecita y se acercó a su mujer.

—Sé lo que te agobia —dijo abrazándola por la espalda y pegando sus labios en la sedosa piel de su nuca.

—Esto se acaba —susurró.

—Estaré atento, si León se descuida vendré a visitarte.

—¡No! No podría vivir con el sufrimiento de que nos sorprenda y termine matándote.

—O a los dos. Le he dado vueltas al asunto, tendremos que abandonar la isla. ¿Entiendes que no hay otra salida? Aún no decido cuándo es el mejor momento. Quisiera cerrar antes un negocio que

me generará un fuerte ingreso que más tarde vamos a necesitar, pero para esa fecha León habrá regresado.

—¿Estás dispuesto a renunciar a tu herencia por nosotros?

—Sabes que sí. —Le dio un beso sonoro en el cuello.

—¿Y nuestra familia? ¿Qué será de ellos? Los arruinaremos para siempre.

—Úrsula podrá demostrar que el matrimonio no fue consumado —argumentó con suma seriedad—, hará lo que siempre ha querido, entrar al convento. Tu padre no tendrá más remedio que aceptar a Altagracia como la nueva heredera, lo que tu hermana mayor siempre ha deseado. Mi madre y Margarita vendrán con nosotros.

—Mi familia estará en boca de todos, no podrán levantar cabeza.

—Tarde o temprano se recuperarán. Ahora tenemos una razón de peso, debemos hacerlo por nuestro hijo. Me ocuparé de preparar el viaje, has un escueto equipaje, nos iremos en barco, de una vez, antes que León regrese. No les faltará nada, tengo mis propios recursos, desde que te perdí decidí no volver a depender de la benevolencia de nadie.

—¿A dónde iremos?

—A Estados Unidos, necesitamos estar fuera del alcance de los Villavicencio y sus contactos, en España seríamos vulnerables. Mañana mismo prepararé nuestro viaje, nos iremos como te sugerí, antes del arribo de León. Quedarnos a buscar una solución sería muy arriesgado. Tendremos que arreglarnos con lo que he reunido, es una suma considerable, estaremos bien.

La vio sollozar y le dolió su pena, él también se sentía devastado por dentro, no deseaba decepcionar al marqués, a pesar de su crueldad para conducirlo por el camino trazado, tampoco a Úrsula, ni a los demás miembros de aquella familia que lo acogió; independientemente de los sinsabores que había vivido bajo su techo, eran mayores los gratos momentos. La invitó a acostarse con el pequeño en medio de ambos, quería vigilarles el sueño a los dos. Estiró el brazo para prodigarle caricias a su amada, para conducirla al descanso y, sin darse cuenta, mientras la observaba dormir, a la vez que pensaba en apartarlos de León, lo venció el cansancio.

El golpeteo de una piedra una y otra vez sobre el marco de la ventana los hizo despertar sobresaltados. El sol ya se había levantado. Ni siquiera el pequeño sollozó por la madrugada para demandar atención. Los había vencido el sueño, sería más difícil para Hugo escabullirse sin que los esclavos o los hombres de León lo detectaran. María Teresa tomó al niño que comenzaba a despabilarse y se lo colocó en el pecho antes que llorara a puro grito y atrajera a la servidumbre.

—¿Cómo vas a salir de la propiedad? —le preguntó angustiada.

—Lo resolveré, no te aflijas.

—Odio que seas tan arriesgado.

—Puedo escapar y, si ocurre lo peor, tengo hombres afuera que superan en número a los que custodian el palacete.

Hugo se asomó con cuidado por una rendija de la ventana, las piedras que repiqueteaban en el cristal eran arrojadas por Matías; le hizo una seña para darle a entender que ya iba a bajar, que

aguardara por él, cuando vio que estaba más impaciente de lo esperado en esa situación. El mulato intentó explicarle con el movimiento de los labios y los gestos, Hugo entendió de inmediato. Se retiró del ventanal mientras veía sus pertenencias desperdigadas por la estancia, se apresuró en reunir las, se vistió y se calzó a toda prisa.

—¿Qué sucede? —preguntó María Teresa sin dejar de mecer al niño en sus brazos.

La transparencia de su rostro dejó entrever que había problemas. La instó para que hiciera silencio mientras verificaba si tenía vía libre para descender, la maniobra tomaba pocos minutos y dependía de llevarla al cabo con agilidad y sigilo. La besó en los labios, al niño en la frente y cruzó una pierna sobre el alféizar de la ventana.

—¿Crees que puedes lograrlo? Igual puedo convocar a los hombres de León en la sala principal y a la servidumbre para que puedas salir sin que te vean.

—No hay tiempo, amor. León ha regresado. Está subiendo —soltó al fin pasando el otro pie por el muro de la ventana y quedando parado sobre el alero.

Unas voces fuera de la puerta los hicieron moverse con prisas. María Teresa recordó que la noche anterior había cerrado por dentro con llave, eso les daría un par de minutos.

—Si se asoma podrá verte. Escóndete hacia el alero lateral y descende, desde ahí no podrá divisarte. Pase lo que pase no regreses, recuerda nuestros planes, nos iremos los tres. Si te descubre aquí estamos perdidos, piensa en Diego. Prométemelo— le exigió desesperada y temblorosa; conocía la mirada de Hugo y sabía que en ese justo instante lo que deseaba era enfrentar a León.

—No sé si pueda, no quiero dejarte con él.

—¡Júramelo, te lo imploro! No puedo renunciar a nuestro hijo; si te descubre se desquitará con lo que más nos duele, legalmente es su padre, me acusará de adúltera, lo apartará de mí. —El ruido del toque de los nudillos de León sobre la madera los apuró.

—Me morderé la lengua y huiré como un cobarde.

—No lo eres, te amo.

Los golpes de León subieron de tono, así como sus gritos:

—¡María Teresa, abre la puerta!

—Ya estoy yendo, ya llego —le contestó en voz alta a la vez que le daba a Hugo unos segundos para que comenzara a bajar.

El ruido de los puñetazos desenfrenados de León la obligaron a correr; cuando María Teresa llegó para abrir la puerta se le vino encima tras un empujón de León, la esclava de servicio había conseguido una copia de la llave. Perla acudió asustada y doña Prudencia quedó consternada por la actitud del joven señor, lo siguieron detrás. León detalló a su esposa de pies a cabeza, llevaba puesto el camisón y una bata, sostenía al niño en brazos, el que comenzó a llorar por el ruido. Ella se esforzaba por calmar al bebé y que retomara el pezón, y a la par ponía el mismo empeño en serenar al marido enojado.

—¿Por qué te encierras? —le demandó León.

Hugo lo escuchó perfectamente. No pudo cumplir la promesa, no sin asegurarse que ella iba a estar bien. Quedó sobre el alero, escondido detrás de la pared exterior. Apretó la mandíbula al escuchar el tono acusatorio de León, sus nudillos sobre las rosetas quedaron blancos de la fuerza que hizo con las manos para contenerse y no salir a enfrentarlo. Su promesa y el peligro que representaba para María Teresa y Diego que abandonara su escondite y se ofreciera como prueba verídica de la traición le hicieron aguantar. Contuvo la respiración hasta que la oyó defenderse con la misma valentía utilizada para desafiar a su padre en otras ocasiones.

—Me encerré para amamantar a Diego —dijo ajena a que Hugo permanecía atento.

—¿Y es necesario tomar tantas providencias? —reclamó León exasperado.

—Hay esclavas fieles a tu madre, ya sabes que no quiere que me ocupe de alimentarlo. Mi abuela tampoco sabía. Lo siento —indicó en dirección a la aludida—: No se merece que tenga secretos con usted, pero todas exigieron que tomara un ama de leche y yo quería estar más cerca de Diego.

—¿Eso? ¡Por Dios no imaginas todas las ideas que desfilaron por mi cabeza! —espetó León sonado convencido y pidiendo al resto que los dejaran a solas.

María Teresa suspiró aliviada por encontrar un pretexto que los salvaría y aplacaría la ira del león. Hugo sonrió desde su escondite al saberla tan lista y continuó escuchando.

—Perla, llévate al pequeño —le dijo María Teresa a la esclava que estaba pálida por el susto.

—No vuelvas a encerrarte jamás —concluyó León.

—No quise causarte un pesar.

—Me dijiste que le pondrías fin a esta situación. A partir de hoy dejarás de amamantarlo y no quiero escuchar reclamos al respecto. Teníamos un acuerdo.

—No lo he olvidado. ¿Por qué no me esperas en el comedor para desayunar? Estaré lista en breve, solo tengo que vestirme.

—En serio se me ha quitado el hambre. No he dormido nada, aprovecharé para recostarme.

—Descansa entonces, me alegra que ya estés de vuelta.

Hugo respiró hondo sin darse el lujo de que el sonido de su respiración fuese percibido, sintió alivio y solo entonces descendió con cuidado de no ser descubierto. Los hombres de León estaban extenuados por el viaje y fue fácil burlarlos, Matías lo recibió abajo con su corcel y emprendieron la marcha.

María Teresa ordenó que prepararan el baño para el señor, así podría reposar más apaciblemente. La mirada de León comenzó a relajarse hasta que se tropezó con la silueta de una tela oscura; su expresión volvió a tensarse al descubrir en un rincón de los aposentos un pañuelo negro de hombre, de los que se anudaban al cuello, esos que se habían puesto de moda en La Habana para sustituir a la corbata por ser más ligeros; lo observó y en primera instancia no le dio importancia, pero luego se acercó y lo levantó del suelo, lo detalló detenidamente e indagó su procedencia:

—¿Qué es esto?

—Un pañuelo —admitió María Teresa tragándose sus impresiones.

—Eso ya lo sé. ¿De quién es? ¿Qué hace en nuestra alcoba?

—Es tuyo, tal vez se cayó y quedó olvidado en ese rincón —dijo disimulando con ahínco los temblores que comenzaron a apoderarse de su cuerpo.

—No es mío —negó con la cabeza—. ¿Qué diablos significa esto? ¿Me quieres tomar el pelo? ¿Por eso querías quedarte? ¿Quién es tu amante, ramera? ¿El mismo que robó tu virginidad? —la incriminó alzando la voz.

—¿Estás loco! ¡Vuelves con tus celos desmedidos! ¡Es tuyo, ese maldito pañuelo es tuyo! —mintió con ahínco para defenderse a la vez que la última imagen de Hugo sin nada en el cuello volvía a su memoria.

—No lo había visto en mi vida.

—Tienes tanta ropa que no creo que recuerdes cada prenda. Me acusas injustamente. No toleraré que me calumnies. Mide tus palabras y tus actos, recuerda lo que me has prometido, después no regreses arrepentido porque no toleraré tu desconfianza y tus ofensas una vez más.

—Te advertí que no te pasaras de lista.

—Estás demente...

La hizo callarse con un golpe contundente sobre la mejilla. Ante el escándalo, doña Prudencia llegó asustada acompañada por Perla. León, olvidando las buenas costumbres, echó a la señora que se quedó pasmada por el comportamiento del esposo de su nieta.

León, desbordado por los celos y la desconfianza, comenzó a registrar las pertenencias de María Teresa, comenzó con el chifonier, le arrancó los cajones y los vació en el piso, tras esculcar en su contenido y no encontrar nada que correspondiera a su interés, se ensañó entonces con la cómoda, revisó por doquier y al terminar con esta hizo lo mismo con el secreter, lleno de gavetas y compartimentos ocultos, en el más difícil de encontrar, halló unos sobres unidos por una cinta de seda de color roja. María Teresa quedó espantada y rogó que para ese entonces Hugo estuviera muy lejos.

—Sabía que me mentiste la noche de boda sobre tu virginidad, pero creí que al convertirte en mi esposa al menos me guardarías fidelidad. ¿Me continúas engañando?

—No sé qué son esos papeles.

—¿No sabes? —inquirió León enfurecido desatando el lazo y devorando su contenido—. ¿No reconoces las cartas de amor con las que me has visto la cara desde antes de casarnos? No tienen fecha, ni nombres, pero me basta con la letra para encontrarlo y cuando lo haga tendrá que responder ante mi ira.

—No olvides que esos muebles estaban ahí cuando adquiriste el palacete, ni siquiera sabía de ese compartimento. ¡León, no toleraré nuevamente tu recelo!

—¡Maldita! —gritó tomándola por el cabello y acercándole el rostro a los documentos—. Júrame que no los habías visto en tu vida.

Las cartas olían a violetas, eso daba cuenta de las veces que María Teresa las había repasado,

dejando su inconfundible aroma impregnado en ellas. León ya no se contuvo, todas las sospechas que había guardado desde la noche de bodas explotaron en su pecho con irrefutable certeza. Y, mientras ella más lo negaba, la fiera que habitaba en él más se desbordaba. Dos golpes sobre su tórax se sucedieron uno tras otro, concatenados y violentos. Ella intentó defenderse, lo empujó como pudo, pero la superioridad física de León terminó por someterla y cayó al piso, la pateó en el abdomen y desquitó toda su furia también en ofensas, hasta que apareció el marqués de Morell y Santa Ana, quien había llegado a todo galope tras la misiva urgente enviada por doña Prudencia.

León se detuvo al ver a su suegro.

—¡León! ¿Has perdido el juicio? ¿Cómo osas tratar así a mi hija? —lo desafió su excelencia.

—Su hija me ha ofendido y es mi derecho como marido castigarla por infiel, ni usted que es su padre puede prohibírmelo.

—¡Como marido tienes derecho a corregirla, pero como mi hija no! ¡Suéltala de inmediato o no respondo de mí! —ordenó con una mano en la pistola que siempre llevaba consigo.

—¡Su hija es una mujerzuela, siempre lo fue! —vociferó dejando de maltratarla y lanzándole las pruebas encontradas al marqués.

—León está mal de la cabeza, padre. Ese pañuelo es suyo, pero no lo recuerda y esas cartas no son mías, jamás las había visto, está enfermo de celos. Por favor, sáqueme de aquí, a mi hijo y a mí —suplicó María Teresa con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Diego no va a ninguna parte y mi esposa adúltera tampoco —afirmó León.

—Que esto no se repita o nos veremos en el campo de honor. Confío en la palabra de mi hija, esas pruebas no significan nada. Haré que venga el doctor de inmediato.

—Ahora entiendo muchas cosas —concluyó León y salió lleno de furia, armado y dando gritos, ordenándole a sus hombres que registraran la propiedad.

María Teresa se soltó a llorar en cuanto León abandonó sus aposentos. Respiró hondo, se revisó las zonas del cuerpo que le dolían y sangraban, se secó las lágrimas y se asomó por la ventana llena de nervios, temía lo que hiciera León si encontraba a Hugo intentando escapar, pero no encontró ni rastros de él.

El marqués aún daba vueltas afuera de la habitación mientras el doctor la examinaba. León había salido con la mitad de sus hombres y la otra la había dejado apostada en lugares estratégicos para vigilar el palacete. El médico salió negando con la cabeza, estaba horrorizado por el estado en que encontró a la señora, dejó remedios para tratarla y dio su parte:

—Es un milagro que usted haya llegado a tiempo, no hay huesos rotos, los órganos vitales tampoco parecen comprometidos, pero estará adolorida los próximos días. Hay que observarla por si hubiera otra complicación a parte de la pérdida.

—¿A qué pérdida se refiere?

—Su hija estaba embarazada, ni siquiera ella misma lo sabía, unas seis o siete semanas de gravidez.

Su excelencia Rómulo Morell quedó estupefacto, pagó los honorarios del doctor con creces y le

exigió completa discreción al respecto. Doña Prudencia a su lado no dejaba de llorar y de jurar que los celos de León eran infundados, que ella misma había cuidado a María Teresa y las acusaciones no tenían fundamento. El marqués le pidió al servicio que le hiciera una tila a la señora para que se tranquilizara y ordenó que la condujeran a la quinta.

Se introdujo en los aposentos de su hija y despidió a Perla. Verla postrada, adolorida y todavía con ganas argumentar su inocencia le reiteró la gravedad de la situación.

—¡Madre mía! ¿Eres consciente de lo que te acusa tu esposo? ¿Adulterio? María Teresa, ¿cómo puedes haber sido tan insensata? Dime que no es Hugo, por favor. —El silencio de ella lo hizo corroborar lo que se temía. Se llevó las manos a la cabeza, se sentía un tonto por haber sido engañado por los dos en sus propias narices. Tomó uno de los trozos de una de las cartas que permanecía en el piso y quedó perplejo ante la letra que reconocería entre mil, la de su protegido —. Perderás a tu hijo, tienes que convencer a León de que te perdone o te quitará a Diego para siempre.

—Aunque León tiene esas cartas con la letra de Hugo, le he dicho que no son mías, que debieron estar en el mueble y ser de su anterior dueño. No se rebajará a preguntar y quedar como marido engañado, es muy orgulloso. Y ese pañuelo no significa nada, continuaré afirmando que es suyo.

—Y lo tienes que seguir haciendo o lamentarás las consecuencias. ¿En qué estabas pensando? ¿En qué pensaban Hugo y tú?

—No pensé, padre, no pensamos. Estamos enamorados. Usted es testigo que los dos intentamos seguir el camino que marcó para nosotros, pero ya no pudimos más.

—¿Y tu hermana? ¿Tampoco consideraste el dolor de Úrsula? Tienes que parar, los dos tienen que frenar y darle valor a lo que en verdad importa: Diego, no lo condenes a crecer lejos de ti. Y tu otra criatura, la que acabas de perder. León aún no lo sabe, pero se sentirá devastado cuando se entere de que es responsable de la pérdida de su segundo hijo. Era suyo, ¿verdad? —averiguó con el Jesús en la boca. Ella asintió—. Tú lo has arrastrado a cometer ese pecado, no apruebo su violencia, pero es que tu falta es inmoral, hija mía. Te exijo enmendarte. Hugo no puede saber lo que te ha hecho tu esposo, si en verdad lo amas déjalo fuera de tus problemas de alcoba, es impulsivo, terminará por matar a León o muerto. Ya no quiero más desgracias en esta familia. ¡Maldita seas, María Inmaculada! —se lamentó agobiado.

—¿Y usted por qué la culpa a ella? —dijo desgarrada por el dolor físico, pero sintiéndose en deuda con su tía abuela.

—Esa mujer nos maldijo y por eso toda la sarta de desgracias que nos persiguen.

—Algo muy malo debieron hacerle a esa pobre mujer para que maldijera a su propia familia.

—¿Y tú qué sabes de mi tía? Ella estaba loca, no fue una mujer decente, fue... —hizo silencio antes de arrojar más información sobre la difunta.

—¡Loca como yo o como Altagracia, que no nos conformamos con este lugar tan redimido al que ustedes los hombres nos condenan! ¡Obedecer y obedecer! —contendió y se le atravesó un

quejido de dolor que la hizo callarse.

—Ese asunto no te compete, olvida a María Inmaculada y no intentes seguirle los pasos o terminarás como ella —le aconsejó el marqués poniéndose de pie para marcharse.

—Espere, usted ¿qué hará? ¿Le reclamará a Hugo?

—Lo dejaré fuera de esto, si lo sabe cometerá una locura y terminará de enterrarnos en la vergüenza. Son dos adúlteros y la ley es muy severa para tan vil ultraje, más cuando va acompañada de un nombre rimbombante como el del sobrino del Capitán General. Lo que parece que mi heredero y tú han obviado por sucumbir ante las bajas pasiones. Pero no dejaré que nos hundan, buscaré la forma de que queden a solas, para que conversen y terminen con él de una vez por todas. Eso si lo quieres vivo, a León ahora mismo le tiembla la mano por dar con su nombre y cobrar justicia.

Hugo estaba desesperado, no se le quitaba de la mente que había perdido el pañuelo, no recordaba si dentro de los aposentos de María Teresa o en su frenética huida. Rogaba por que ella hubiera dado antes con el finísimo accesorio. Tras el episodio, transcurrió una semana en la que su amada se volvió inaccesible para él. La quinta estaba sumida en una quietud insoportable, sin tertulias ni reuniones en las que pudiera encontrarla para fijar una fecha de partida. A punto de presentarse en su morada, mandó a Margarita de emisaria, solo para decepcionarse al comprobar que María Teresa no pudo recibirla.

—Me dijeron que no se encontraba, que estaban de visita en casa de sus suegros. Te advertí que era mejor mandar con un esclavo una petición, para asegurarnos de que pudiera recibirme —informó de sus pesquisas Margarita.

—Fuiste en horario de visita. Es tu amiga, nunca fue tan formal contigo. ¿Qué está sucediendo? ¿A nadie en esta casa se le hace extraña la ausencia de María Teresa? Una semana ya y los marqueses no han pronunciado siquiera el nombre de su hija menor —reflexionó Hugo en voz alta.

—Altagracia está desesperada por verla para otros asuntos y también se le ha negado, asumimos que está muy ocupada. Es solo una semana, tienes que calmarte o te delatará tu impaciencia, ya vendrá.

Un esclavo de los que servían en el palacete llegó a caballo con una carta para la marquesa. Hugo y Margarita intentaron indagar sobre su contenido, lo único que pudieron averiguar fue que el remitente era de María Teresa. Tuvieron que aguantar la ansiedad al ver a la dama partir a toda prisa sin dar motivos.

Cuando su excelencia Lucrecia de la Concordia estuvo junto a su hija, secó con un pañuelo una lágrima que se asomó al borde de uno de sus ojos, respiró fuerte e indagó acerca de cómo se sentía.

—No puedo seguir casada con León, nunca quise decirle, madre, pero es un hombre violento. Convenza a mi padre para que me ayude, si le denunciemos, tal vez la ley me permita divorciarme —pidió apoyo María Teresa.

—¿Para esto me has hecho venir? Pensé que estabas arrepentida, estoy tan decepcionada por tu falta de decoro. León tiene derecho a entrarte por el camino de la decencia y la razón. ¿Adulterio? Debería darte vergüenza, pedirnos auxilio en una situación que has provocado por tu ligereza —

inició con sus reclamos.

—Fue mi abuela quien los puso al tanto.

—¿Cómo has podido hacer partícipe a tu abuela de esta situación tan bochornosa que debería enterrarse entre marido y mujer? Con ella bajo tu techo y tú... como una loca perdida, con el esposo de tu hermana. ¿Cómo se te ocurre traicionar a tu marido?

—¿Usted aprueba la golpiza que me dio?

—Por supuesto que no, hija mía. Tengo el corazón hecho pedazos y desde que tu padre me relató lo sucedido estoy sufriendo de insomnio, pero entiende que ha sido tu culpa. ¿Ese hijo que perdiste era de tu amante o de tu esposo? —preguntó en un susurro.

—Si el médico no se equivocó en las semanas era de León.

—¡Jesús! ¿Podría ser si no se equivocó en el tiempo de gestación? Ni siquiera estás segura. ¿Él ya sabe que estabas de encargo? —preguntó y María Teresa asintió—. ¿Qué dijo al respecto?

—Está destrozado, él deseaba mucho un hijo y lamentablemente lo perdimos.

—Al menos lo reconoció, otro en su lugar hubiese dudado de su paternidad. Tu padre y yo tememos que León utilice su influencia para dirigir el peso de la ley contra ti, pero tu esposo te ama, aprovecha ese soplo de devoción que aún siente para enmendar tu proceder.

—Madre, León me detesta. Solo quiere encontrar a quien ha osado agraviar su honor para saldar cuentas. Si la he hecho venir es para suplicarle que me ayude, temo que se ensañe conmigo. No sé a quién más recurrir. Hay una forma de anular mi matrimonio con León y usted puede auxiliarme.

—¿Has perdido la cabeza? Ni aunque existiera un motivo para anular el matrimonio tu padre lo consentiría. Arruinarás a toda la familia.

—Si aceptó venir para recriminarme por mis pecados, se lo hubiera ahorrado. Es verdad, he fallado, falté a mi matrimonio, a mi hermana y a mi familia, pero entienda que todos ustedes me han orillado a esto, nos han arrastrado a Hugo y a mí al borde del abismo.

—Una mujer respeta las normas de su marido y las de la iglesia.

—¿Así como las respetó su esposo? Un padre no obliga a una hija casada a contraer nuevas nupcias.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando Hugo y yo huimos, nos casamos, mi padre se encargó de anular el compromiso.

—Eras virgen cuando te casaste con León; si ese matrimonio existió, no tiene validez, está certificado por el médico.

—No lo era, Diego es la prueba, nació justo nueve meses después de consumir mi casamiento con Hugo. Me callé por miedo, por la amenaza del punto de oro, porque no siguieran lastimando al hombre que amaba y que sigo adorando. Si usted habla con mi padre, si ablanda su corazón, él puede decir qué hizo con el acta que me une a Hugo como su legítima esposa.

—¡Un bastardo no! ¡Por Dios! —Las lágrimas de desesperación bajaron por su rostro, las secó, tomó aire e intentó mantener la compostura—. No remuevas ese avispero, no hay cómo salir bien

librados, no condenes a tu hijo al escarnio público. ¿Entonces Diego es el hijo del heredero? —Su excelencia Lucrecia de la Concordia se paró temblando, emitió un sonido sin forma y luego otro, luego tomó una gran bocanada de aire para lograr mantenerse en pie—. Hija mía, no me pidas que te ayude a terminar de hundir a la familia, te imploro que recapacites y que entres en razón. Piensa en tu hijo, no lo hagas pagar por tu liviandad.

—Usted jamás me entenderá y no la culpo, para comprenderme tendría que haber vivido lo que me tocó sufrir —indicó aferrándose a su dignidad—. Vaya con Dios.

En la quinta, Hugo, desolado y sin dejar de rondar el salón a la espera de la marquesa para obtener algún dato sobre María Teresa, vio arribar a un señor muy diligente; un esclavo dio aviso al marqués que había llegado quien esperaba, los vio encerrarse en el despacho y sin ser requerido enterró sus dedos sobre las teclas del piano, solo la música podía devolverle la fe ante tanto silencio.

La esclava de compañía de Úrsula lo interrumpió nerviosa:

—Mi amo, la niña Úrsula lo necesita urgentemente.

—Voy en cuanto termine de tocar esta pieza. —Retomó la lectura de la partitura y el movimiento de sus dedos.

—Amo, discúlpeme por interrumpirlo, es una emergencia, su esposa lo necesita de inmediato, me rogó que sea discreto.

Dejó todo y sin siquiera cerrar el piano marchó con paso diligente hasta sus aposentos, descubrió a Úrsula hecha un mar de lágrimas. Le tomó los brazos, le depositó un beso en la frente e invitándola a tomar asiento a su lado intentó sosegarla.

—¿Qué sucede, mi bien?

—Ha llegado el momento —dijo ella.

—¿De qué estás hablando?

—Me gustaba ser tu esposa, Hugo, pero no puedo seguir prestándome a esta farsa. Dime la verdad, ¿sigues amando a María Teresa?

Él dudó en contestar, las lágrimas de Úrsula lo desconcertaron, por un momento la incertidumbre de María Teresa también se le coló dentro, temió que Úrsula lo estuviera empezando a querer de una forma más íntima. Eso sería caótico, no tendría coraje para romperle el corazón.

—¿Qué pasa, mi cielo? ¿Qué te acongoja?

—¿Por qué no me respondes, aún sigues amando a mi hermana? ¿Qué soy para ti, Hugo?

—Son muchas preguntas, prefiero no contestar.

—Pues tendrás que hacerlo y pronto. Nunca me ha gustado la mentira y, si accedí a desposarte, fue porque mi padre no me dejó otra alternativa. Hoy sé que la tengo, quiero luchar por mi destino como María Inmaculada.

—¿Quién es esa mujer?

—Nuestra tía abuela, María Inmaculada enfrentó todo por amor.

—Úrsula, sabes que te apoyaré siempre.

—No seguiré prisionera de tus caprichos, no continuaré siendo tu alcahueta, mientras soy la única que no es feliz. Libérame, basta una palabra tuya para dejarme ir. Haz que anulen este matrimonio o terminaré confundida. Esta no es mi vida. Mi padre ha traído a un médico que se dedica a comprobar si una mujer sigue siendo virgen. Desconfía de nosotros.

—¡Por Dios! —expresó recordando la advertencia de María Teresa.

—No puedo pasar por esa vergüenza —dijo y sus lágrimas torrenciales se desbordaron—. Me lo ha comunicado, ahora están hablando en su despacho, mañana me examinará, así que, si no estás dispuesto a tomar mi virginidad esta noche y convertirte de una vez en mi marido, enfóntalo y consigue la anulación de este matrimonio.

—¿Tú que quieres hacer? —indagó y le tembló la voz, temió que tuviera sentimientos nuevos por él.

—No quiero intentarlo si la sigues amando, no quiero ser la segunda opción de nadie. Yo no te amo —le aseveró mirándolo a los ojos y él soltó el aire que se había quedado apelmazado en los pulmones—, pero, si me sigues tratando como si me quisieras, temo terminar creyéndome mis propios engaños.

—La amo, ya no puedo seguir callándolo —admitió mirándola a los ojos.

—Lo sé, no tienes que avergonzarte, siempre lo he sabido y en verdad quiero que sean felices. —Se secó unas lágrimas que se le escaparon; el rostro de él estaba muy compungido, temía por la suerte de ella en adelante—. No te agobies, Hugo. Estaré bien.

—Siempre que me necesites acudiré a tu lado, como un hermano, te aprecio demasiado, Úrsula, eres mi mejor amiga.

—Y tú también.

—Tu dote está intacta, puedes tomar los hábitos o desposarte con alguien que te merezca, pero tendrá que probarme que está dispuesto a todo por ti.

—Ahora lo único que me preocupa es que no me quites a esos dos caprichosos que no sé cómo me las arreglaré para llevar al convento —añadió para aligerar la tensión del momento.

—Extrañaré a esos revoltosos inquietantes, les ordenaré que te protejan.

—Sé cuidarme.

—Me llenaré de valor para enfrentar a tu padre, en un día a más tardar.

La besó en la frente antes de salir, tragó en seco y le lanzó una mirada de resolución.

La mañana siguiente, temprano, sintiéndose desamparada por las palabras de su madre, María Teresa enterró la cara en la almohada para gritar su frustración, León la tenía prisionera mientras se encargaba de descubrir la identidad de Hugo. La había amenazado de lo que haría con ella en cuanto pudiera comprobar el adulterio. Mientras ella podía dar santo y seña de la casa de la querida de León o hasta de los burdeles que frecuentaba, eso no era considerado infidelidad, el hombre necesitaba desahogarse cuando la mujer estaba embarazada, cuando estaba indispuesta para responderle en la cama o simplemente cuando se le daba la gana. María Teresa hizo una lista mental de los detalles compartidos en las cartas de Hugo en busca de un dato que lo delatara, pedía a Dios que León no lo encontrara, no soportaba imaginar que el desenlace de ese enfrentamiento terminara en tragedia.

—¿Cómo podemos librarnos de este abismo que amenaza con tragarnos? —se lamentó, pensó en su hijo, en el amor de su vida y en ella misma—. Tiene que haber una forma; si existe una salida la voy a encontrar. Lo que no haré es rendirme, eso jamás.

Se levantó con trabajo, el dolor muscular hacía mella en sus fuerzas. Contempló su rostro en el espejo, no lucía ninguna lesión a diferencia de su cuerpo. Pidió a Perla que la ayudara a vestirse, eligió el conjunto más encubridor sin importar que el sol asesinara fuera del palacete, tenía que hacerlo para cubrir su vergüenza. Como temía no sobrevivir a la siguiente agresión, hizo lo que su corazón le pedía, no podía quedarse cruzada de brazos a la espera de la furia de su esposo.

Se persignó antes de entrar al despacho del futuro conde, ya se había mandado a anunciar con una esclava, él la recibió con un odio que se le desbordaba por los ojos, listo para lanzar una negativa antes de escuchar su petición.

—Por favor, escúchame, necesito acudir a la iglesia por el consejo del padre Miguel, necesito que me ayude a encontrar una luz que me haga entender los designios de Dios.

—¿Pretendes confesar tus pecados? Imagino que ya no soportas la carga sobre tus hombros. ¿Admites tu adulterio?

—León, acabamos de perder un hijo, necesito...

—¿Era mío o de tu amante?

—Ignoraré tus ofensas. También deberías pedirle perdón por privar de la vida a ese angelito, tu hijo.

—Te doy mi consentimiento para acudir a confesarte, mujer pecadora —soltó sin dejarla terminar la frase—. Dile a Dios que soy inocente, que perturbaste mi juicio; te exijo contribuir a silenciar mi conciencia, porque, si ese hijo que perdiste era mío, entonces estoy condenado para siempre y la única culpable eres tú.

Le concedió permiso para acudir a la iglesia con la intención de sobornar al sacerdote por el secreto de confesión, ordenó a sus hombres que la custodiaran todo el trayecto. María Teresa fue conducida como un reo que marchaba a su propia muerte. Acudió donde el padre Miguel, confesor de su familia por años, se persignó antes de entrar porque iba a develar asuntos que dañarían la integridad de otras personas y eso no la hacía feliz.

—Hija mía —musitó el sacerdote contrariado al notar el pesar en su mirada.

—Necesito confesar mis pecados, padre.

—Hace mucho tiempo que no te veía por aquí.

—Y hace mucho que me confieso a medias, esa es mi mayor falta, porque lo que oculto es tan grande que solo he podido confiárselo a Dios en la soledad de mis aposentos.

—Te escucho.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —pronunció mientras hizo la señal de la cruz.

—El Señor esté en tu corazón para que te puedas arrepentir y confesar humildemente de tus pecados.

—Bendígame, padre, porque he pecado. Hace tanto que guardo mis agravios que ya no puedo continuar con la enorme carga que me agobia. No soy la esposa de mi marido y él no es el padre de mi hijo. Me casé con otro hombre primero, consumamos nuestro matrimonio y de ese encuentro nació Diego. Mi padre, movido por mantener su palabra a los Villavicencio, no quiso aceptarlo y buscó enmendar lo sucedido, anulando nuestro casamiento, dado que por temor a su furia sostuve que seguía siendo casta, pero no lo era.

—Si usted tuvo un hijo de su primer esposo evidentemente no era virgen, hija mía —resolvió el padre lanzando una mirada en dirección al Creador, buscando su apoyo para tan complicado dilema.

—Con el hombre que mi padre me casó no me siento a salvo, es violento y me ha agredido, el doctor puede atestiguarlo. Vine a confesarme porque quiero tener mi alma limpia ante Dios si en su furor León me quita la vida.

—Eso es inconcebible. Nada lo justifica, pero, ¿qué ha motivado a tu esposo a perder la calma para castigarte así? ¿Después de casada con él, le has faltado de alguna forma?

—Intenté serle fiel, pero fallé; mi corazón solo le pertenece a mi legítimo esposo ante las leyes del cielo.

—Es inadmisibile que vivan en tanto pecado, es necesario buscar una solución cristiana para

este vergonzoso asunto.

—Ayúdeme usted, padre. Lo libero del secreto de confesión, del que seguro no lo liberaron ni mi padre ni mi madre, porque dudo que no hayan venido hasta el Señor a acallar sus conciencias.

—Hija mía, yo... no puedo responder por el secreto de confesión ajeno.

—Apelo a su conciencia, usted se mueve en la esfera eclesiástica y puede y debe devolverme a mi legítimo esposo, a quien se le ha pisoteado su derecho. La iglesia debe velar porque cada niño crezca reconocido por su verdadero padre, usted es el emisario del Señor.

Se puso de pie y sin escuchar ni el acto de constricción ni su penitencia caminó a través del amplio corredor con Perla detrás hasta la salida, el espíritu de María Inmaculada la dominaba.

—Hija, aguarda...

No se detuvo, continuó segura, satisfecha de haber dado el primer paso, conocía al padre Miguel desde hacía años y sabía que no podría soportar la culpa de guardarse tal secreto, liberado del silencio que su sotana le obligaba a guardar. Pero más que la reacción del sacerdote la sorprendió encontrar su carruaje aguardándola solo con el cochero, los hombres de León se habían retirado.

—¿Y los esbirros del amo? —indagó la esclava asustada— ¡Ay, mi niña, esto me aterra! La calma está justo en el ojo del huracán.

—Para mí también es inquietante —admitió.

—¿Qué le dijo a ese cura? Algo que de seguro enojó mucho al demonio de su marido.

—No puede haberse enterado tan rápido, ni que fuera brujo.

—Ese hombre tiene pacto con el diablo.

—León se trama algo, seamos cuidadosas. Sus hombres no estén a nuestra vista eso significa que están escondidos para vigilarnos, esto es una trampa.

Un corcel con andar elegante se coló en su campo visual, lo montaba un señor de buen ver, gallardo, con los labios carmesíes sellados y unos ojos oscuros que le sonreían. Hugo no podía disimular cuánto había sufrido la separación y con un soplo de esperanza en el semblante cabalgaba hacia ella. María Teresa sintió un dolor agudo, una flecha directa al corazón que le atravesó el pecho. Nadie le había advertido a Hugo que León había iniciado una cacería, ni el marqués ni ella misma, con la intención de protegerlo lo habían lanzado a las fauces sedientas de la fiera.

—¡De inmediato a la casa! —ordenó María Teresa al cochero, quería impedir el encuentro a toda costa.

Los caballos movieron sus cascos sobre los adoquines, a un trote ligero y acompasado. Le pasó por delante, lo saludó con un escueto movimiento de cabeza, sin siquiera tomar en cuenta el protocolo que para personas que mantenían un vínculo se seguía. Él quedó abatido, desconcertado, con las palabras atoradas en la garganta, sobre todo porque vio socavado el empeño que puso durante esos días para conseguir un momento a solas. Matías había aguardado agazapado vigilando el palacete con otros dos hombres y mandó un jinete a informarle a Hugo que María

Teresa estaba en la catedral. El futuro marqués no lo pensó dos veces y galopó a su encuentro, por eso su rechazo le golpeó muy profundo.

Obedeció a su impulso, fue a su encuentro, pero la necesidad de perseguirla a trote quedó interrumpida cuando la mirada de María Teresa le advirtió del peligro. Saberla amenazada por una maldad de la que desconocía su faz, solo encendió la flama de la imprudencia en el heredero. Disparado, como movido por los hilos del mal, agitó su caballo para perseguir la calesa y su acecho se avivó al comprobar que ella no se detenía. Apresuró el paso hasta interceptarla interponiendo su caballo frente al carruaje, justo a la altura del palacete.

—Hugo Buenaventura Morell, usted es la última persona que pensaba encontrarme —lo sorprendió León apareciendo de la nada.

El instinto lo previno, entendió lo que temía María Teresa, trató de zafarse de la encerrona.

—Buen día. Mi esposa estaba preocupada, lleva días sin tener noticias de su hermana, me envié por razones —formuló una coartada.

—Pase usted a la casa, no está bien que lo deje en la entrada. Así puede comprobar cómo se encuentra mi señora, aunque hubiese sido más sencillo mandar a un esclavo o que doña Úrsula viniera en persona, las puertas de nuestra residencia siempre están abiertas para la familia.

León, con un aliento gélido que exhalaba sin poder ocultarlo, obligó a María Teresa a atenderlos. La hizo sentarse unos minutos con ellos en el amplio salón y la instó a dar cuenta del motivo de su ausencia en la quinta durante la semana transcurrida. Tras otras frases usuales en una visita, en las que León se esforzó para dar prueba de su cortesía y esmerada educación, Hugo manifestó:

—No era mi intención visitarlos, lamento ser breve, pero requiero retirarme para atender mis obligaciones. Mi esposa estará feliz de saber que su hermana está bien.

—Aprovechando que está aquí y sin abusar de su buena disposición, ¿podríamos concertar una cita para verificar los avances de la construcción de las líneas ferroviarias? Me encantaría ver con mis propios ojos los números. ¿Usted es quien lleva ese negocio? —preguntó León.

—Sí, estoy a cargo. Hasta ahora su padre y su abogado se han ocupado en persona del trato que tienen con su excelencia, el marqués de Morell, yo solo lo represento.

—Hace bien, como futuro heredero.

—Si lo desea puede indicar una fecha para ponerlo al tanto de los avances.

—Mañana mismo, estoy ansioso por leer cada uno de los documentos que usted lleva. Hasta el momento, mi padre ha vigilado ese asunto mientras yo me enfoco en otros negocios, pero me he dado el tiempo para empaparirme de tal cuestión. ¿A las diez, le parece bien?

—Por supuesto.

—Entonces no se hable más.

—Les agradezco sus atenciones, necesito volver a mis deberes. Doña María Teresa, le daré sus saludos a mi esposa, Úrsula estará contenta de saber que se encuentra usted mejor que nunca.

—¿De qué otra manera sería? —formuló León.

Y antes que Hugo, realmente preocupado, sin restarle importancia al trasfondo de la mirada de su oponente, atravesara la puerta de salida, María Teresa le pidió:

—Aguarde. —Hugo se detuvo y León la miró dubitativo—. Ya que está aquí, ¿podría abusar de su confianza? Necesito enviar a Perla a la quinta, ya no requiero sus servicios, aquí sobran las esclavas y mi padre me manifestó su interés en liberarla como premio a su lealtad y diligencia.

—Cuenta con ello.

—No tarda en salir, solo deme un minuto para despedirme, han sido muchos años a mi servicio.

—Si te place, puedo comprarla para ti —indicó León lascivo.

—No, mi padre tiene otros planes para ella.

Perla abrió los ojos desmesuradamente cuando en pocas palabras María Teresa la puso al tanto:

—Tienes que advertir a Hugo, bajo ninguna circunstancia León puede ver anotaciones hechas de su puño y letra, sospecha de él y solo busca comprobarlo con su escritura.

—¿Y no se le ocurrió otra forma de advertirle que despacharme para siempre de su vida?

—Perla, León no es tonto. No te dejaría ir para volver y ya es demasiado peligroso para ti seguir aquí. Aprovecha la situación y ponte a resguardo.

—¿Y para salvarme la tengo que dejar sola con ese demonio?

—Date prisa, no hay tiempo que perder. Y recuerda, bajo ninguna circunstancia puedes decirle a Hugo que León me ha violentado, eso solo traería una desgracia. Ponlo al tanto de lo que hablé con el padre Miguel, que exija su derecho de esposo. Dile que aguardaré la oportunidad de escaparnos en cuanto León se descuide.

—Que los *orishas* me la protejan, mi niña.

Hugo le ordenó a Perla que subiera al caballo con Matías y, ante la mirada fiera de León, partió con los hombres que lo escoltaban.

María Teresa se encerró en su habitación en cuanto Hugo y Perla salieron del palacete, antes había pasado a darle un beso y un abrazo a su hijo. Las manos le temblaban y la piel se le había quedado muy fría. Conocía a León y había aprendido a anticiparse a sus ataques de furia. Solía gritarle y asustarla, pero sus agresiones físicas se habían limitado a su noche de bodas y a la mañana en que descubrió el pañuelo de Hugo en su alcoba matrimonial. Rogaba a Dios para que alejara a León de su camino, pero no había terminado de recitar sus oraciones cuando su esposo llamó a la puerta de la habitación; desde el conflicto, él había abandonado el lecho conyugal y había dormido en uno de los cuartos para invitados. Por eso sus toques firmes sobre la madera la sobresaltaron.

—¿Qué deseas? —averiguó temerosa sin decidirse a abrir.

Y no hizo falta respuesta, escuchó los pasos de una esclava amedrentada y el tintinear de las llaves, seguido del crujir de la cerradura.

—¿Así recibes a tu marido? —interrogó mostrando en su mano derecha el látigo de cuero trenzado que utilizaba para castigar a la dotación.

—Lo siento.

—Trae a Diego —le ordenó León a la esclava.

—Mi hijo no —suplicó María Teresa.

—Tu hijo, quiero verlo de cerca. Tal vez si lo miro a los ojos me revele de quién es bastardo. Quizás, después de todo, la letra del heredero es un mero trámite que carece de valor ante una prueba más contundente.

La esclava nerviosa obedeció a su amo y permaneció junto a ellos con el niño en brazos. León le dio una mirada malévolamente al infante que jugaba ingenuamente con un juguete de madera, un pequeño corcel de caoba. León negó con el ceño fruncido luego de su riguroso examen.

—¿Hugo? ¿En serio? ¿El esposo de tu hermana? ¿Es que esto puede volverse más repulsivo? ¿Qué otros impúdicos secretos ocultan en tu familia, además de compartir a un mismo hombre en la cama?

León azuzó el látigo. María Teresa no respondió, no importaba si se defendía, si lo agredía o si

intentaba conducirlo a la calma; él ya sabía cómo castigarla, solo estaba esperando por un detonante que avivara su ira. Pero esta vez ella se juró que sería diferente, se preparó para enfrentarlo, ya no tenía miedo. Fijó su objetivo en lo único que podría darle ventaja, tomando en cuenta que él la superaba físicamente. Y, mientras él se relamía los labios ideando un castigo, se abalanzó sobre su costado, lo empujó, tomó su pistola y le apuntó a la cabeza.

—Dame las llaves —le ordenó María Teresa a la esclava sin quitar la mira de su objetivo. Tenía el firme propósito de dejarlo encerrado, tomar a su hijo, un caballo y huir a todo galope.

La risa sardónica de León llenó toda la habitación.

—¡Eres una arpía infiel!

—No quise que nada de esto ocurriera, solo quiero irme con mi hijo.

—Con el bastardo del futuro marqués. ¿Dejará a tu hermana para huir contigo? ¿Dejará la cuantiosa herencia de tu padre por ti? ¿Diego es su hijo? Confiésalo. Tengo derecho a saber.

—No diré nada al respecto.

—¿Me culpas por el niño que perdiste? ¿Era mi hijo o de ese infeliz que tienes por amante?

—Ni siquiera nombres al pequeño, te encargaste de que no naciera.

—¡Porque tú me sacaste de mis cabales! Exijo saber si Diego es mío.

—No responderé ninguna de tus preguntas.

—Te llevaré a los tribunales, pagarás por cada una de tus ofensas y servirás de escarnio público para las adúlteras.

—Si te complace en convertirte en el cornudo de moda ante la crema y nata de toda La Habana, adelante. ¡Denúnciame!

—¿Vas a dispararme?

—Si me obligas.

—Entonces moriremos los dos —dijo León sacando otra arma, apuntándole y disparando. Ella lanzó una lánguida mirada a su hijo, cerró los ojos para esperar el impacto del proyectil e hizo lo mismo que León, accionó el gatillo.

El disparo de León pasó sibilante muy cerca de la mejilla de María Teresa, sin rozarla y el de ella no expulsó nada, su arma fue disparada inútilmente, estaba vacía. Los ojos de León se desorbitaron y sus fauces se abrieron para gritar con furia:

—¡La segunda vez no fallaré a propósito, solo quería comprobar hasta dónde estabas dispuesta a llegar!

—Fue en defensa propia.

León le ordenó a la esclava retirarse, la mujer estaba pálida del susto y temblando con el niño aún en brazos. Obedeció a duras penas, con el corazón compungido por su señora y las piernas tambaleantes por la situación. Temerosa al ver al señor armado, alcanzó a pedirle a un esclavo que corriera a avisar a los Villavicencio. León de un manotazo tiró al suelo la pistola que aún María Teresa sostenía en la mano, el siguiente golpe desmesurado fue sobre su níveo rostro y de rebote ella salió disparada de la habitación. La arrastró hasta el borde la escalera y de una

bofetada la hizo rodar escalones abajo.

—¿En defensa propia osaste dispararme, maldita? Yo diré que has sufrido un accidente y lloraré sobre tu tumba como el más afligido de los maridos.

Hugo y su comitiva siguieron la marcha, iban lento al paso que ordenaba el señor, era como si una fuerza magnética no lo dejara avanzar y lo impulsaba de regreso junto a María Teresa. Al compás del trote de su corcel, seguía repasando cada una de las palabras brevemente intercambiadas con León, su instinto lo atormentaba poniéndolo sobre aviso tras la actitud fría y malévolamente de su conuñado. Tras un corto recorrido sobre los sonoros adoquines levantó la mano para detener la partida. Asió con fuerza las riendas y se colocó al nivel de Perla y le soltó sin más

—Habla, si tu ama te ha mandado conmigo es porque tienes algo urgente que decirme.

—Mejor a solas.

—Habla de una vez —la instó nervioso.

—León sospecha, tiene las cartas, pero no ha podido descubrir quién se esconde tras las letras, por eso quiere ver su caligrafía, señor.

—¡Diablos! ¿El malnacido encontró mi pañuelo? —Perla asintió—. ¿Y qué ha hecho con María Teresa? ¿Se ha ensañado con ella, la ha lastimado?

Perla respiró hondo y negó con la cabeza recordando la promesa hecha a su ama, pero, sintiéndose nefasta, temiendo que esa fuera la última vez que la viera con vida, habló. La cabeza de Hugo se llenó de imágenes, en todas estaba León, la forma en que apretaba sus puños o contraía la mandíbula, su sobrada hipocresía disfrazada de palabras corteses, imágenes construidas del supuesto ataque a la prostituta relatado por don Horacio. Se sostuvo las sienes con sus manos, atormentado y obedeciendo una corazonada actuó:

—¡Matías, lleva a Perla a la quinta! Los demás conmigo.

—Hugo —rebató el mulato libre—, que la lleve otro, yo voy contigo.

—¡Haz lo que te digo, por un demonio! —gritó.

—¡No!

—De acuerdo, acércate, harás esto. —Le susurró algo en voz baja—. Adelántate, llega antes que nosotros y no falles. Lleva tu arma.

—¿Y usted?

Hugo ordenó a otro de los hombres que llevara a Perla. Partieron a todo galope. En escasos minutos estaban frente al portón del palacete, afortunadamente no habían avanzado mucho. Los hombres de León le impidieron la entrada, pero él continuó adelante, ninguno se atrevió a dispararle sin la orden precisa de su patrón, Hugo se introdujo sin miramientos por la puerta principal y unos esclavos le salieron al paso.

—Busco al señor, tengo un asunto urgente que tratar con él —dijo con firmeza escudriñando cada rincón buscando indicios de María Teresa.

Los esclavos comenzaron a intentar ahuyentarlo cuando la voz de León los hizo huir en

estampida.

—No tardó nada en regresar, don Hugo. Por cierto, lindo pañuelo, pero el negro le queda mejor.

—¿Dónde está María Teresa?

—En sus aposentos. Es una visita inapropiada, pero en eso tiene usted experiencia. ¿Subirá por el paso habitual o prefiere colarse como un ladrón a escondidas de mis sirvientes?

—Exijo ver a María Teresa ahora.

—No está disponible, no puede recibirlo, no se siente bien. —Acentuó su cinismo con una corta sonrisa.

Hugo caminó hasta él y León le salió al encuentro, se midieron la estatura y se desafiaron con las miradas, como dos perros crispados antes de una pelea. Hugo lo empujó y León dio dos pasos hacia atrás para no perder el equilibrio.

—Pensaba sobornar al sacerdote por el secreto de confesión, pero usted me ha ahorrado el trabajo. ¿Tan ferviente es lo que los une que ha dejado al margen su honor para correr tras una mujerzuela?

—Exijo ver a María Teresa ahora y cuide su lengua o me verá obligado a enseñarle por las malas el respeto —sostuvo Hugo aguantando las ganas de derribarlo de un puñetazo por ofenderla.

—Usted no tiene modales, no puedo esperar menos de un arribista. Los acusaré de adulterio, los llevaré a los tribunales, lo arruinaré y con ello a toda su familia.

—No tiene pruebas —dijo sacando a relucir su lado más soberbio, cansado de disimular ante aquel hombre que detestaba.

—Tengo su maldito pañuelo —agregó León sin quedarse atrás dejando también fuera su mal disimulada cortesía.

—No tiene mis iniciales, ni siquiera recuerdo donde lo compré, eso no confirma nada.

—Tengo sus desconsoladas cartas —agregó riendo, sabiéndose ganador y decidido a hundirlo.

—No suelo firmar nada que me pueda comprometer.

—Su caligrafía lo delatará. Esas cartas serán su condena.

—¿Está seguro? —Matías apareció detrás de ellos con las cartas hechas añicos sobre sus manos—. No llore, León —dijo sarcásticamente—, de todos modos, no eran suficientes pruebas para la justicia, tendría que atrapar a los amantes adúlteros en el acto. Ahora dígame, canalla, ¿dónde está María Teresa?

—Hugo —lo llamó Matías con pesar en la voz—, ven.

Sacó su pistola al ver que León hacía lo mismo y, mientras se apuntaban, caminó hasta los bajos de la escalera para encontrarla inconsciente; una esclava intentaba socorrerla lamentándose por la suerte de la señora.

—Pagarás con tu vida, infeliz —lo amenazó con el corazón en un puño al verla desmadejada sobre las losas de mármol sin más auxilio que la temerosa esclava.

—Si antes no me cobro la tuya —le respondió León accionando el gatillo.

Justo en ese instante, arribaron al unísono el marqués de Morell de Santa Ana y el conde de

Marmosa, intentaron persuadirlos de deponer las armas. Los hombres del primero terminaron por introducirse en el salón, los de Hugo tenían sitiada la salida. León dio la orden para que los suyos se apostaran y atacaran a los que no habían sido invitados.

—León, te exigí que no volvieras a tocar a mi hija o nos veríamos en el campo de honor —gritó el marqués.

—Su hija no tiene decencia. La he tratado como la ramera que es —contestó el yerno.

—Te advertí, hombre del demonio —le dijo el marqués amagándolo con su pistola en la frente mientras León le devolvía el gesto, pero contra su pecho—, que no volvieras a lastimarla. Ahora mismo me la llevo y ni tú ni nadie podrán impedírmelo.

—Mi esposa no saldrá de aquí sin mi consentimiento.

Hugo, cubierto por Matías que apuntaba a León, se acercó a María Teresa lleno de impotencia, le acarició los cabellos con las lágrimas acumuladas en su interior, su respiración era lenta, suspiró de alivio al saber que aún estaba viva. Con temor de hacerle más daño, pero decidido a llevársela, la levantó en brazos y le ordenó a otro de sus hombres:

—Busca al infante en sus aposentos, también se viene con nosotros.

—No se llevarán ni a la adúltera ni al bastardo —vociferó León.

Su excelencia Rómulo Morell quedó perplejo, sin embargo, no hizo comentario al respecto. El conde de Marmosa también sacó su pistola y tomó partido por su primogénito, exigió:

—Ya oyeron a mi hijo, ustedes pueden irse, pero María Teresa y Diego se quedan hasta que los tribunales dispongan otra cosa.

—¿Está seguro de que desea llevar este caso a las autoridades? —preguntó el marqués—. Su hijo se ha tomado la justicia por su propia mano, pero además basada en unos celos enfermizos e infundados. Toda mi familia y yo creemos en María Teresa.

—No tienen caso contra nosotros ni pruebas que respalden su calumnia —amenazó Hugo—. En cambio, León tiene acusaciones en su contra que ustedes se han encargado de sepultar con el apoyo del Capitán General. La balanza se inclinará a favor de nuestra conducta intachable ante la sociedad.

—Ese bastardo es la prueba de una traición que se inició mucho antes de casarnos —acusó León señalando al pequeño que venía en brazos de uno de los hombres de Hugo.

—¡Lárguense! —gritó el conde—. ¡Y llévense a toda su escoria Morell consigo!

—Nos vemos mañana al amanecer en el campo de honor, trae a tu padrino —retó León a Hugo, lanzándole el pañuelo negro en el rostro, luego de liberarse del amague del marqués con un empujón.

Cuando la marquesa los vio entrar con María Teresa desfallecida en brazos de Hugo, comenzó a lamentarse arrepentida:

—¡Hija mía, lo siento! No te escuché. No acudiste a mí a causa de mis reclamos, ni a tu padre, ni a tu abuela o a tus hermanas por culpa de mi necedad. Y ese mal hombre se ha ensañado contigo

tanto que te han traído a mi techo derruida. ¡Perdóname, mi amor! —imploró tomando en brazos a su nieto y acercándose a comprobar el daño de su hija, suplicando porque pudiera salvarse.

Ante los gritos de la marquesa toda la familia se reunió en el salón. Doña Alma pidió a Margarita que cargara a Diego y ordenó que prepararan una tila para calmar los nervios de la madre y la abuela que no cesaban de llorar. Hugo subió los escalones con su amada en brazos y la depositó sobre su cama de soltera, las hermanas presurosas comenzaron a prepararla personalmente para la pronta llegada del doctor, le limpiaron las heridas y le dieron a oler sales para hacerla volver en sí.

El doctor que la examinó quedó espantado al comprobar hasta dónde había llegado la crueldad de León Villavicencio, negó con la cabeza, convencido de que el daño se habría evitado si la familia o la señora hubieran denunciado al marido agresor. Le suministró primero una droga para el dolor, que la sedó y la dejó dormida por más tiempo y procedió a atenderla.

Hugo, en mangas de camisa, en la habitación contigua, manchado por la sangre de su amor, miraba a un punto en la nada, con la mente perdida en los sucesos. Úrsula intentó reconfortarlo:

—Mi hermana es fuerte, Dios la salvará —dijo secándose las lágrimas, pero ni su propia fe le daba la seguridad, terminó llorando desconsoladamente ante la idea de perderla. Hugo la abrazó con fuerzas dándole ánimos también a su vez.

—¡Hugo, a mi despacho! —lo llamó el marqués.

Él se separó de Úrsula con un beso en la frente. La dejó junto a Altagracia, mientras ambas se daban fuerzas la una a la otra. Siguió a su benefactor, que, tras introducirse en su despacho y dar vueltas alrededor de su escritorio, sirvió dos copas de coñac, una para cada uno y luego de beber, habló:

—No pierdas de vista que León te ha retado a duelo, mañana al amanecer.

—No lo he olvidado, excelencia.

—¿Estás en forma?

—No se preocupe, me encargaré de ese maldito, pagará cada una de sus afrentas.

—Hace meses que no practicas.

—Por el exceso de obligaciones, pero no se preocupe, no he olvidado mis lecciones. Le agradezco haberme dado la oportunidad de tomar las mejores clases, jamás pensé que tuviera que ponerlas en práctica para sobrevivir.

—Puedo ser tu padrino.

—Lo será Carlos Enrique del Alba, le enviaré una misiva en breve. Usted cuide a María Teresa por mí.

—León te conoce, te ha medido en el club de esgrima, sabe que eres mejor espadachín que él, no elegiré la espada. ¿Cómo va tu tiro al blanco?

—No se angustie por mí, sé defenderme.

—¿Por qué te enfrentaste a él sin avisarme? Tuve que enterarme por una esclava que estaban en peligro.

—Lo siento.

—Perdóname tú a mí, comprendo por qué lo has hecho, he sido despreciable. Siempre te he querido como a un hijo y nunca supe demostrártelo de la manera adecuada. Esa vez que mandé a que te golpearan, no una, dos veces, estaba desesperado, no sabía cómo hacer para que me obedecieras, creía que hacía lo mejor para la familia. Estaba totalmente errado. Cuando mi primo Héctor me habló de ti, jamás pensé que terminarías por ganarte mi afecto palmo a palmo.

—Todo está olvidado —resolvió Hugo dejando la copa sobre una mesa y brindándole un afectuoso abrazo al señor.

—No me defraudes, muchacho. Tienes que vivir, mis mujeres te necesitan para cuando los años comiencen a pesarme.

—Las damas de esta casa son fuertes, saldrán adelante y usted es joven todavía.

—Quiero que guíes a mi nieto y seas un padre para él. ¿Es verdad que es tu hijo?

Hugo asintió con orgullo.

—Mi matrimonio con Úrsula no se ha consumado, ella quiere ser monja y pretendo apoyarla en sus aspiraciones.

Su excelencia Rómulo Morell se acercó a sus libros y contó mentalmente para recordar dónde lo había guardado, hasta que eligió el adecuado, lo abrió y extrajo del interior un documento, se lo extendió:

—No pude deshacerme de esto, no sé por qué. Borré todas las pruebas del asentamiento menos esta, no tuve valor para destruirla, una especie de corazonada.

Hugo miró perplejo el acta de su matrimonio con María Teresa, respiró hondo, viendo un punto de luz en el horizonte.

Al amanecer, en el lejano campo de honor, Carlos Enrique del Alba como un enviado de la muerte se acercó a la caja con las dos pistolas idénticas para cerciorarse de que estuvieran en óptimas condiciones. No lo dudó ni un minuto; en cuanto Hugo lo puso al corriente del duelo, decidió apoyarlo. Sabía, desde que su amigo se cruzó en el camino de León, que la historia terminaría así, con los dos hombres enfrentados por una mujer. Su habitual buen humor lo había abandonado, cada paso debía ser cuidadosamente medido, León era traicionero y acostumbraba a salirse con la suya sin importar las normas convencionales. Más que un duelo en norma, el propósito de Villavicencio era matar a quien usurpó su lugar en su alcoba. Con frialdad, Carlos Enrique constató que los dos médicos estuvieran listos para prestar auxilio a quien resultara con lesiones graves, revisó las reglas con el padrino de la contraparte, mientras el padre del ofendido permanecía a un extremo de testigo ocular junto a su abogado, decidido a velar por los intereses de su primogénito tras presenciar la solicitud de satisfacción. El segundo de Hugo se opuso a las exigencias de León Villavicencio de última hora, quería ser el primero en disparar, no hubo acuerdo y quedó lo estipulado con anterioridad, dispararían al unísono a la señal, de lo contrario sería un asesinato. Con el otro requerimiento de León no tuvo igual suerte, porque Hugo, envalentonado, había dicho con anterioridad no temerle a la fiera y admitir cualquier pretensión. El señor del Alba se le acercó al ofensor para infundirle confianza y refrescarle la memoria, le comunicó el resultado de sus negociaciones:

—El duelo será a muerte, el marido cornudo no aceptó a primera sangre, tampoco a herida severa —hizo hincapié Carlos Enrique, quería que fuera consciente del resultado de su impulsividad. Hugo lo escuchó y carraspeó.

—Hay ciertas providencias que debes tomar si mi mano falla, de mí dependen los destinos de Úrsula, María Teresa y Diego —dijo con extrema seriedad.

—Ni lo menciones. El honor está de tu lado y la puntería también.

—León es buen tirador, por fortuna no disparará primero.

—Proposición en la que no nos convenía ceder, tampoco debimos aceptar un duelo a muerte.

—Ya es tarde para rebatir, a veces el coraje es mal consejero —admitió el heredero.

Hugo, vestido de negro, con aquella chaqueta-frac que le estilizaba la figura y le daba un aire de príncipe de los infiernos, tomó el arma en su mano. Con el ceño fruncido, se colocó en el sitio

de rigor, de espaldas a León. Contaron quince pasos, se giraron a la par y el caballero de los arcos de Cupido carmesíes aguardó listo para recibir el ramalazo, pero con su dedo en el gatillo y los sentidos agudizados, ávido por sobrevivir. En ese momento, varias ideas desfilaron por su cabeza hasta que las palabras y las frases colapsaron, vio a María Teresa despertar y sufrir una profunda angustia ante la noticia del duelo. Disparó y sin cerrar los ojos para no perder un segundo en contestar de ser necesario esperó el impacto, el que se introdujo en un escudo que apareció de la nada. El marqués se había cruzado ante Hugo y su atacante recibiendo un disparo en el abdomen, robándose una acción que no le correspondía y desviando, a propósito, por la colisión, el brazo de su protegido, así como su disparo. Tras aguantar como un titán, reclamándole a León por ensañarse con su princesa, el padre, indignado, disparó en el turno robado. León cayó al suelo de inmediato con una herida mortal en el corazón, mientras sus acompañantes corrían a socorrerlo. Tras él, el marqués también se abatió sobre la hierba salpicada por el rocío.

—¿Excelencia, por qué me ha quitado la posibilidad de defender mi honor? —le reclamó Hugo mientras lo acunaba en sus brazos, tapándole la herida inútilmente porque la sangre se le escapa al marqués a borbotones.

—El decoro tiene otro sentido para mí, lo he recobrado, he saldado la deuda de los Morell con María Inmaculada, mi alma ha encontrado la paz. Ahora te toca a ti cumplir tu promesa, protege a mis hijas y dale a Diego el lugar que se merece, como nuestro único y legítimo heredero.

—Excelencia, el médico lo salvará, resista, usted es un hombre fuerte, saldrá adelante.

—Escúchame —articuló con dificultad—. Busca a Victoria, si aún vive debes encontrarla. Victoria es... —hizo una pausa para recobrar el aliento, agotado por la pérdida del líquido vital, intentó proseguir y su estado delicado lo obligó a guardar silencio.

—Guarde las fuerzas, el médico ya está aquí.

Carlos Enrique del Alba evaluó el daño con prisas, la herida había penetrado el abdomen, rogó por que no estuvieran comprometidos los órganos, no era médico para aseverarlo, se aferró a la única posibilidad que tenían; si recibía atención clínica urgente, tal vez podría salvar la vida. Todo estaba dispuesto para brindarle atención al único sobreviviente y, mientras los doctores corrían para socorrerlo, sin previo aviso, el padre de León Villavicencio obnubilado por la furia y ahogado en su propio dolor, hizo justicia con su propia mano: le disparó al marqués un tiro en la frente, mandándolo al otro mundo. Los signos vitales de su excelencia Rómulo Morell y Ramírez de Aguilar, marqués de Morell de Santa Ana, se apagaron como la flama de una vela ante una tempestad.

Todo fue tan rápido que el orgullo y la dignidad pasaron a segundo plano; el conde, cegado por su pena, pretendió también cobrar venganza con la vida de Hugo, que sostenía el cuerpo inerte de su benefactor, el que había exhalado el último aliento en sus brazos. El agresor apuntó a la sien de Hugo, decidido a ponerle fin, pero la rápida reacción de Carlos Enrique, que lo encañonó con su arma, lo dejó inmóvil:

—¡Recoja el cadáver de su hijo y retírese! ¡Ya dos hombres perdieron la vida! ¡Es suficiente!

No me obligue a matarle. Me haré cargo del acta del desarrollo y conclusión del duelo con su abogado, afirmaré que don Rómulo y su hijo se enfrentaron en duelo resultando ambos heridos de manera mortal.

—Usted pretende salvar el honor del marqués después de fallecido y a su vez limpiar el nombre de este malviviente —masculló desesperado.

—Hugo es el nuevo marqués de Morell de Santa Ana, le exijo respeto para su excelencia, suficientes agravios para un día.

El conde terminó por aceptar ante la insistencia de su abogado. El caballero, compungido escupió en el piso, en señal de repudio a Hugo Buenaventura y a todo lo que representaba; tomó el cadáver aún tibio de su hijo y emprendió la retirada.

La pena de la marquesa y sus hijas cubrió la quinta con un manto tan negro como su desdicha. Hugo aún no podía reaccionar, las imágenes se sucedían unas a otras sin un flujo habitual. Altagracia, valerosa, intentando darle soporte a la madre a instancias de su propio tormento; Úrsula, pesarosa, con los lagrimones bañándole el rostro y palabras compasivas para la familia; doña Prudencia, asombrada, con el rosario en la mano y sumergida en sus oraciones; la marquesa, destrozada, como si le hubieran borrado de un plumazo la mitad de su ser; Margarita, conmocionada; doña Alma, sin palabras ante lo cerca que estuvo de perder a su hijo.

Hugo continuó sentado, sin reaccionar, mientras todos a su alrededor se movían como hormigas acompañadas por una sonata en un piano que solo él escuchaba en su cabeza. Una marcha fúnebre, dolorosa, guio el camino de sus silentes lágrimas hasta estrepitarse contra el piso de mármol. Sus recuerdos se sucedieron unos a otros, desde sus doce años hasta entonces, lo comprendía, tal vez no fue tan comprensivo o amoroso como su verdadero progenitor, pero el difunto había sido otro padre para él. Su arrojo, su sacrificio aún lo atormentaba, pensaba en todo lo que podía haber hecho para evitar su muerte, pero el tiempo era implacable y no retrocedía.

La duda lo carcomía, las últimas revelaciones de su protector carecían de sentido para él. La marquesa no estaba en condiciones para responder quién era Victoria y por qué el marqués había sido tan insistente en el tema. Unos brazos suaves le sostuvieron el rostro, unos labios cálidos le depositaron miles de besos en las mejillas, mientras le traspasaban la humedad de las lágrimas lloradas. Elevó su mirada para ver a su madre, entendió su angustia sin la necesidad de una frase. Le devolvió el abrazo, la besó en la frente para tranquilizarla. Contenido por doña Alma, trató de hacerle frente a la situación; el espíritu que lo había abandonado tras la angustia de la pérdida regresó a su cuerpo. Recordó las palabras de su predecesor, tenía que velar por las mujeres. Respiró hondo para que el dolor que le quemaba el pecho no se le escapara por la boca y dispuso todo para el velatorio.

Tras dar indicaciones a empleados y esclavos acudió a los aposentos de María Teresa, donde Perla le suministraba cuidados, permanecía con los ojos cerrados. La esclava le dijo:

—Ya despertó. Se alteró mucho al saber del duelo, la cocinera le dio un mejunje para hacerla

dormir, estaba tan desesperada que lo habría ido a buscar al campo de honor.

—¿Diego? —preguntó por su hijo.

—Tomó su leche y volvió a dormirse.

Se le acercó a María Teresa, se sentó en el borde de la cama y con un dedo le recorrió el perfil.

—¿Tardará en despertar?

—No lo sé, mi amo, ya lleva varias horas durmiendo.

Los ojos de la aludida se despegaron de par en par, como si esa presencia y el sonido de aquella voz varonil pusieran en marcha todo el mecanismo de su anatomía. Respiró hondo al saberlo vivo. Se sentó en la cama para poder abrazarlo y esculcarlo con las manos ávidas por dentro de la chaqueta-frac, en los hombros, las piernas, necesitaba desesperadamente revisarlo para cerciorarse de que venía en una pieza; la sangre casi seca sobre sus vestiduras la alarmaba.

—Estoy bien —le susurró muy cerca, con voz firme, sin que aquellas simples palabras borrarán la solemnidad de su rostro—. ¿Y tú, amor, cómo te sientes? Pensé que te perdía.

La abrazó con cuidado, con miedo a que se quebrara en mil pedazos, como una copa de delicado cristal. La examinó también para sopesar las huellas del abusivo ataque de León Villavicencio. Ella enterró sus manos en el cabello oscuro de Hugo, lo besó en los labios, sin dar respuesta a su pregunta, sin importar que legalmente aún le perteneciera a otra mujer, una que también vivía bajo el mismo techo. Las lágrimas bañaron el rostro de María Teresa, suspiró de alivio y sin soltarlo indagó:

—¿León está herido?

—Falleció de un disparo —respondió Hugo y ella tragó en seco.

—¿Por eso la sangre? —preguntó y él negó.

—Alguien dio su vida por mí —pronunció y al final se le quebró la voz.

—¡Por Dios, Hugo! ¿Quién?

—Tu padre —dijo con firmeza.

La cubrió con su cuerpo para protegerla, mientras el dolor se le colaba dentro de forma violenta arrasando con todo a su paso. María Teresa sintió un fuego quemarla por dentro, uno que se escapó por su garganta con un quejido, pero no fue suficiente, gritó desconsolada sin poder creerlo. Los momentos más bellos junto a su padre desfilaron por su mente rescatando la grandeza del marqués, dejando atrás los vestigios de poder con los que la había obligado a desposar a León, error que le costó caro a todos, en especial al difunto. Sin soltarla, Hugo le relató lo ocurrido, la valentía del señor, su arrojo, su sacrificio, incluso le reveló aquellas palabras y el nombre de mujer, que no tenían ningún sentido para él. El marqués había dado su vida por su heredero.

—¿Victoria? —repitió María Teresa el nombre referido por el marqués antes de fallecer—. Mi padre quiso que la buscaras, piensa que aún está viva.

—¿Quién es Victoria?

—Es la hija de María Inmaculada, la hermana de nuestros abuelos.

—¿Tienes idea de por qué quería que la buscase?

—Victoria es la única heredera del marquesado, lo descubrí hace poco, hasta ahora no se lo había revelado a nadie —emitió mirándole a la profundidad de los ojos, con los propios encharcados en llanto.

Una semana después, María Teresa ya se podía poner de pie, aún le dolía una pierna al dar unos cuantos pasos, tenía los omóplatos inflamados y en su rostro un hematoma había comenzado a tintarse de amarillo. Vestida de luto aguardaba el regreso de su familia en el vestíbulo, habían ido a escuchar una misa para su padre, quien ya había recibido cristiana sepultura. No los había acompañado por dos motivos: no alimentar el chisme maledicente y recobrase de sus lesiones. Las habladoras no se hicieron esperar y, aunque los Villavicencio fueron herméticos, tal cual los Morell, en el penoso incidente que terminó con dos vidas, la gente se preguntaba: «¿Por qué María Teresa no había acudido al entierro de su padre y de su difunto esposo? ¿Qué hecho tan grave había enfrentado a las dos familias? ¿Por qué las líneas del prometedor ferrocarril habían dejado de instalarse, aunque representara una pérdida económica cuantiosa para el acuerdo Villavicencio-Morell?». Lo que sí tenían claro las lenguas viperinas y ávidas de desentrañar los más turbios secretos ajenos era que las dos familias habían roto sus lazos para siempre y de manera despiadada.

Todos llegaron con la expresión adolorida, pero la marquesa, siendo testigo de la entereza de Hugo en ese penoso acontecimiento, le demostró su apoyo con estas palabras:

—Hugo Buenaventura Morell y Sequeira, marqués de Morell de Santa Ana, es momento de seguir adelante con tus responsabilidades; se respetará lo escuchado en la lectura del testamento, cuenta con mi apoyo.

—¿Sabe que he pedido la anulación de mi matrimonio con Úrsula? ¿También apoyará esa decisión que su hija y yo hemos tomado de mutuo acuerdo? —preguntó.

—Me da tranquilidad saber que ese matrimonio no fue consumado, no podías quedarte con las dos hermanas. Úrsula tendrá una nueva oportunidad. He enterrado mi vergüenza para salvar a mis hijas, admití la boda de María Teresa y he citado al párroco que los casó para que dé fe de su verdad. He hablado con el padre Miguel, quien también está consternado por los sucesos y hemos pedido la anulación, a su vez, del vínculo que unió a mi hija con León. Ha sido de utilidad el certificado que los unió en santo matrimonio. De más está decir que la iglesia nos impondrá grandes penitencias por nuestras mentiras y omisiones; por ser testigos de dos matrimonios fuera de lo esperado por las leyes eclesiásticas, el coste será elevado.

—Me encargaré de ese asunto. El sacerdote que nos casó, al verse fuera de peligro, ha dado la

cara y es un testigo importante para permitir que nuestro matrimonio sea legitimado.

—Legítimo es, pero no por eso podemos dejar de lado que estaremos en el ojo del huracán por mucho tiempo. Tú no puedes irte, tienes obligaciones que cumplir, pero María Teresa podría viajar con su abuela a otras tierras hasta que la tormenta se calme, que se cumpla el luto, que lleguen las anulaciones pedidas y que la crema y nata se interese por otra desgracia lejos de los muros de la quinta. Al menos los Villavicencio no han puesto objeciones, han colaborado en los trámites, son los primeros en querer a María Teresa y a Diego distantes de la jugosa herencia de León Villavicencio.

—No iré a ninguna parte —afirmó María Teresa.

—Hija, es imperioso dejar transcurrir el tiempo, no puedes estar desposada de la noche a la mañana con el antiguo esposo de tu hermana; habrá que pedir dispensas a la iglesia por una unión de esa naturaleza —dijo agobiada por sus propias conclusiones.

—Mi matrimonio no fue consumado; yo deseo tomar los hábitos, es lo único que siempre he querido. ¿Calmará su conciencia entregar una hija a la fe católica? —inquirió Úrsula.

—Úrsula, ¿me abandonarás ahora que tu padre se ha ido? —reclamó la marquesa.

—Usted tiene razón, debemos ser sensatos, pero de la manera correcta —dijo Hugo dejándolas a todas boquiabiertas—. Úrsula marchará al convento, María Teresa a Europa, yo la acompañaré. No puedo tomar el título, sería como robarle a la tía abuela María Inmaculada su derecho una vez más. Mi difunto tutor en su lecho de muerte me pidió encontrar a Victoria, la verdadera heredera del marquesado; nuestros abuelos Juan y Bonifacio, aunque fueron reconocidos y asentados como hijos legítimos de su ilustrísimo Archibaldo Morell no lo eran, fueron fruto de un amor entre nuestra bisabuela y otro hombre.

—¡Jesús! ¡María Santísima! —dijo doña Prudencia santiguándose—. ¿De dónde ha salido esa mujer?

Úrsula, Margarita y Altagracia quedaron estupefactas al oír la respuesta a la duda que las había atormentado desde que leyeron acerca del secreto que don Juan y María Inmaculada habían descubierto y decidido callar.

—Hijo —dijo doña Alma con una mano en el corazón—. Victoria no puede recibir la herencia, ella ya descansa en los brazos del Creador.

—Entonces, su excelencia nunca obtendrá el descanso eterno —concluyó Hugo y la marquesa ahogó un repentino suspiro—. De todos modos, me iré, no puedo aceptar ser marqués en esos términos. Altagracia merece el título más que yo.

—Tampoco lo quiero —rehusó la aludida con la mirada perdida, tratando de encontrar en el pasado algo de piedad para Victoria y María Inmaculada, lo que nunca tuvieron.

—Pero lo defendiste con tanto ahínco —espetó Hugo.

—Así no, sabiendo que no me pertenece.

—Dice bien, Altagracia, hijo mío —agregó doña Alma—. Es tuyo, por naturaleza y por la voluntad de Dios. Y, si lo tomas, el marqués descansará en paz, también María Inmaculada y

Victoria, tu verdadera madre.

El silencio se esparció como el arremeter de una ola furibunda, todos giraron hacia doña Alma, la marquesa asintió, dándole la razón y la autorización para hablar con estas palabras:

—No sabía que Victoria había fallecido, mi esposo tampoco —admitió su excelencia Lucrecia de la Concordia.

—Victoria llegó siendo una pequeña niña al hogar de don Juan y su difunta esposa —relató doña Alma—, no podían revelar quién era, sin que su ilustrísimo Archibaldo Buenaventura Morell González, el primer marqués de Morell de Santa Ana, desenredara la madeja y diera con la verdad, que era la única heredera de sangre y legítima, porque María Inmaculada se casó con el padre de la criatura, un hombre de ascendencia noble, aunque sin título. Don Juan sería el heredero del marqués, tal vez por eso guardó silencio, le dio techo, cobijo, pero ni su conciencia ni el amor que le inspiró Victoria le hicieron abrir la boca. Ni siquiera cuando la familia de su padre, el difunto don José, regresó para exigirla y llevársela siendo una adolescente. Murió don Bonifacio, luego don Juan y mi querido Héctor mantuvo la relación con su prima a través de largas cartas. Se adoraban, pasaron toda su niñez juntos y parte de la adolescencia. Ambos eran dos románticos que defendían el amor por encima de cualquier imposición social o familiar. Héctor se desposó conmigo y fue desheredado. Victoria se enamoró del hijo de un prominente duque; como las circunstancias del nacimiento de Victoria eran un poco oscuras y ella no tenía fortuna, su suegro desestimó la petición de su hijo. Los amantes huyeron y se casaron en secreto.

Doña Alma hizo un alto. Hugo daba vueltas por la habitación apabullado por la suerte de su madre natural. María Teresa se le acercó y le tomó las manos, se las besó sin pudor delante de las mujeres de su familia. La marquesa disimuló y miró para otro lado y fue en persona a servirse un coñac, lo nunca visto.

—Termine de una vez —le soltó a doña Alma tras dar un largo sorbo—. Solo falta que el hijo del duque haya sido el primero en la línea sucesora del ducado.

—Es que los hombres no se cansan de pisotearnos —masculló Altagracia convencida de no tomar un marido, su odio por la alevosía e impunidad con que los hombres trataban a las mujeres, incluso hermanas e hijas, le erizó los vellos de la nuca.

—Suaviza el tono, Altagracia. No todos son iguales, tu padre... —se interrumpió la marquesa al reconocer para sus adentros que su difunto esposo también había callado para no perjudicar su fortuna.

—Mi padre también guardó silencio, por eso sacrificó su vida por Hugo, porque ya no podía con la culpa; al menos él tuvo conciencia al final de sus días.

—Dios lo perdone en su infinita misericordia —dijo Úrsula—. No somos quiénes para juzgarlo.

—Tienes razón, Altagracia —añadió doña Alma—. Al menos, para las mujeres Morell la suerte no ha sido bondadosa. El esposo de Victoria era el heredero al ducado, murió mientras huían juntos, tras el atentado de un primo, siguiente en la línea para obtener el título, quien se

aprovechó de la situación. Ella estaba encinta, lo que el perpetuador desconocía. El duque al saber del embarazo la quiso de vuelta con su legítimo heredero; ella no volvió, prefirió esconderse con nosotros. Hugo nació bajo nuestro humilde techo, aún no teníamos a Margarita. Fue muy duro el primer año, el primo ambicioso quedó a cargo de encontrar al heredero, el duque no sabía que fue el responsable de la muerte de su hijo. Victoria nos convenció de adoptarlo, solo quería salvarle la vida y que fuera un niño feliz. Huyó sola, para alejar a los lobos de la criatura.

—¡Jesús, María y José! —murmuró doña Prudencia.

—¿Cómo pudo vivir todos estos años sin decirme la verdad? —preguntó Hugo destrozado, intentando sin éxito mantener la compostura.

—Por amor, por el mismo amor con que tu madre se sacrificó por ti. Desesperados, pedimos apoyo a la única persona que podía ayudarnos a encontrar a Victoria, pero el difunto marqués no reaccionó a tiempo. Tras la muerte de su suegro, el nuevo duque la capturó, la encerró en una torre para exigirle develar el paradero de su rival. Murió en cautiverio. Cuando su excelencia Rómulo Morell apareció en nuestras vidas, callé la suerte de Victoria; sin ninguna razón de su paradero, tuvo que desistir de buscarla y se enfrascó en enderezar los hechos, volviéndote su heredero.

—¿Y nuestro bisabuelo lo supo, que María Inmaculada era su única hija legítima? —preguntó Hugo devastado por la madre que nunca abrazaría y por el padre que ni siquiera lo vio nacer.

—Antes de morir, mi esposo le entregó las cartas que habían pertenecido a don Juan —dijo doña Alma—, pero era demasiado tarde, el marqués ni siquiera podía emitir palabra, solo sus ojos se humedecieron antes de abandonar este mundo.

—Suficiente —dijo Hugo tomando las manos de María Teresa y besándolas con devoción—. No quiero el marquesado, tampoco el ducado. Al final de sus vidas mi abuela y mi madre renegaron de ellos, no puedo aceptarlos si pretendo honrar sus memorias.

—Tienes que aceptar, solo así se hará justicia —expresó Altagracia.

—Y puedes conseguirla si te lo propones —añadió doña Alma—. Tengo los documentos que acreditan como legítimo tu nacimiento y el matrimonio de tus padres. Mi difunto esposo quiso mantenerte alejado de tan triste historia para protegerte, Hugo.

—Pero no lo quiero, con tanto de fondo no creo poder soportarlo.

—¡Bendito Dios! ¡No nos recobramos de la sucesión del marquesado y ya nos veo marchando ante la reina a demandar el ducado! —añadió doña Prudencia abanicándose sin cesar, pasando por alto la renuencia de Hugo y el escozor que le producía el tema.

—Si es lo que deseas estaré a tu lado, te seguiré al fin del mundo —admitió María Teresa al verlo agobiado con toda la responsabilidad que se le sobrevenía de golpe.

—Mi sueño es irme a América y no atarme a un título, ni siquiera porque de esa forma cumpla con un derecho que le fue arrebatado, primero a mi abuela y luego a mi madre. Amor mío, zarparemos en el primer vapor rumbo a una nueva vida con nuestro hijo —añadió Hugo disfrutando la brisa imaginaria que le venía de la mano de una nueva aventura.

—Entonces será tu asunto designar un heredero, no sabes si tu hijo piense diferente a futuro. Yo

me retiro, en esas condiciones tampoco seré marquesa —reconoció Altagracia.

—Cálmense todos, estos días han sido muy duros para la familia. Será bueno que nos retiremos a descansar para asimilar la vorágine de sucesos. Solo espero que no haya más secretos en esta familia. ¿Madre, doña Alma, abuela, alguien tiene algo más que añadir? —preguntó María Teresa y todas negaron—. Mi esposo y yo nos retiraremos a nuestros aposentos, necesitamos tomar decisiones acerca de nuestro porvenir.

—¿A sus aposentos? —inquirió la marquesa carraspeando—. ¿No será más decente esperar a la resolución de las solicitudes de anulación y que mientras tanto duerman en cuartos separados?

—Lo que sucede de la puerta de la quinta para dentro es solo asunto nuestro, madre, y ya me cansé de perder el tiempo viviendo a expensas de las expectativas de otros —acotó María Teresa.

Las jóvenes Morell miraron a las tres mujeres de más edad con aires de suficiencia, lo que hizo a doña Prudencia santiguarse una vez más, a doña Alma sonreír al comprender que nada las detendría y a la marquesa resignarse, con la nariz elevada al cielo, reconociendo que sus niñas ya no serían las mismas.

Epílogo

Hugo la miraba con la sonrisa enamorada, embobado, lleno de amor, el mismo que una señorita de guedejas rubias y labios color frambuesa le arrebató cuando se opuso ante su padre para encarar su destino. Solo a ella podría amarla y desearla con tanta fuerza que se quebraba por dentro si retrasaba el momento de apoderarse de sus labios. Esta nueva María Teresa, aguerrida, junto a Margarita, Altagracia y Úrsula, dispuestas a luchar por hacer valer sus derechos le ponía los pelos de punta, pero a la vez, esa vitalidad era la que lo tenía como un loco enamorado.

Diego crecía fuerte y rodeado de amor, ya contaba con dos años de edad, su primer hermano venía en camino. Hugo se encargaría de dejar a cada uno de sus hijos a buen recaudo, había pactado con María Teresa que su linaje no se enfrentaría entre sí por tierras, dinero y títulos. Les enseñaría a compartir, a trabajar y dejaría un explícito testamento, donde los bienes heredados fueran fuente de bienestar y no de disputas. Su riqueza era vasta, provenía de su esfuerzo, del marquesado y del ducado que había recuperado gracias a las pruebas aportadas y a las diligencias realizadas por doña Prudencia, que, presentando el caso ante la realeza y las autoridades, había sacado a los usurpadores lejos de sus tierras, las que conocería muy pronto. Doña Prudencia tuvo su mérito al esclarecer lo sucedido.

Con el paso del tiempo el luto terminó. La familia Morell volvió a renacer en las más afamadas casas de prestigio. Con las buenas nuevas, las invitaciones para bailes, tertulias y celebraciones no cesaron de llegar. Doña Lucrecia de la Concordia se hacía ilusiones de los maridos que podía pescar para sus hijas, mientras una soñaba con su independencia y la otra con su devoción a Dios.

Era el momento idóneo para echarse al mar. El equipaje estaba listo. Hugo partía rumbo a España a tomar posesión de su herencia, lo acompañaba su esposa legítima y su hijo. Se despidieron de todos. Perla quedó libre y decidió emplearse con la modista francesa para conquistar su destino. Matías quedó como el hombre de absoluta confianza de su excelencia al frente de la quinta, junto con el honrado administrador de toda la vida, supervisados por su hermano del alma, Carlos Enrique, y por las mujeres Morell, quienes también velaban por el patrimonio familiar, porque Hugo había decidido dotar a cada una con jugosas partes de la herencia, para que no tuvieran de qué preocuparse.

El vaivén del agua sobre la que se mecía acompasadamente el barco era un dulce arrullo para Diego, quien ya se había dormido. La noche caía y en el horizonte las estrellas resplandecían

como faros mostrando el camino. María Teresa dio un beso a su pequeño hijo y abandonó el lujoso camarote, dejándolo al cuidado de su nana y al resguardo de uno de los hombres de Hugo que hacía guardia en la puerta del joven heredero. No hacían mal en tomar precauciones, no después de todo lo acontecido. Se introdujo en la intimidad de su recámara, donde aguardaba su esposo en mangas de camisa, con una pluma en la mano ilustrando sus memorias en el libro familiar.

—¿Pretendes regresar? —le preguntó.

—Por supuesto, esta isla antillana se me ha metido debajo de la piel, pero no niego que me da gusto volver a mi patria, lejos de la esclavitud. Cuando regrese a Cuba, vendré con mi idea cimentada, cumpliré mi sueño y liberaré a todos los esclavos, podrán ganarse la vida trabajando, como lo ha hecho Perla, emplearemos a los que deseen quedarse.

—¿Sabes lo que dicen en la Corte de las excentricidades de nosotros los indianos? ¿Cómo les harás frente a las provocaciones?

—Si he sobrevivido a las tuyas no creo que un puñado de aristócratas puedan intimidarme —dijo y la sorprendió tomándola por la cintura—. Dijiste que me seguirías hasta el fin del mundo. ¿Eso fue antes de confabularse con las otras Morell para defender los derechos de las damas?

—Sabes que eres mi debilidad, sobre todo tus labios pecaminosos, manzana de la discordia.

—Resultó que doña Prudencia terminó por volverse mi aliada —alegó en su defensa.

—Luego de profanar los aposentos de su nieta bajo su esmerada supervisión, es todo un logro, creo que al final comprendió que el lobo no era tan fiero.

—Y que la joven doncella no era tan mansa, ni desvalida —dijo acomodándola sobre el lecho—. ¿Puedo hacerte mía?

—No, sabes que estoy esperando un hijo, dice mi madre que puedo hacerle daño a la criatura si cohabito en el lecho con mi esposo.

—Tu madre y tu abuela podrían hacer un libro con todos sus prejuicios, eso no es cierto. ¿O también estarás de acuerdo con la usual costumbre de que el esposo tome una querida durante la gravidez?

—¡No te atreverías! —exclamó aprisionándolo por el cuello sin dejarle otra escapatoria y robándole un beso cargado de erotismo, para hacerlo sucumbir ante sus encantos y alejar cualquier idea que le estuviera rondando.

Él se dejó devorar los labios, mientras intentaba contener su sonrisa; le encantaba cuando se encendía como una flama que va de menos a más, y sabía justo qué palabras utilizar para provocar ese efecto en María Teresa.

—Amor, déjame entrar en ti, seré delicado. No me condenarás a la castidad durante cada día de este larguísimo viaje.

—Mejor te contento de otra forma; mientras mantengas a tu serpiente lejos de mi florecita, el embarazo no correrá peligro.

—No. Eso solo avivará mi deseo, tengo predilección por lo prohibido, más cuando la tentación

eres tú. Me harás tocar en la puerta de cada camarote hasta dar con el médico para que te explique que estás equivocada.

—¡Serénate, Hugo!

—Mi serpiente arde por encontrar su cálido refugio —dijo exasperándose, pero de deseo.

—Mis besos tendrán que ser suficientes para calmar tu fervoroso ardor.

—De acuerdo, los besos tendrán que ser suficientes —indicó liberándola de sus prendas con presteza, una a una, dejándola desnuda ante la luz de la luna que se colaba por el ventanal.

—¿Qué haces?

—Recorrerte a besos.

La miró desafiante, le tumbó con delicadeza la cabeza hacia atrás y comenzó a degustarla sin prisas por el cuello, bajando lentamente hacia el sur, guiado por el destello del reflejo de los astros sobre las curvas de su marquesa y duquesa. Puso especial énfasis en su ombligo y continuó mientras ella se perdía en la humedad de los labios de su galante esposo.

—Detente —suplicó la mujer.

—Los besos son inofensivos, pero si lo ordena la señora tendré que frenar. Tal vez no me he esforzado lo suficiente. ¿Qué tal este? —preguntó besándola en la cadera con extrema dulzura, dejándole pequeños y delicados mordiscos a lo largo del afilado hueso y emprendiendo la avanzada hacia el interior de sus muslos—. Tus órdenes son sagradas, amor, dejaré de torturarte con mis labios.

—No pares —musitó algo confusa.

—Amor mío, mi cabeza está por colapsar. ¿Cómo puedo complacerte?

—Eso no necesitas preguntarlo, eres experto en amarme, solo no te detengas.

Ella se rindió ante el efecto que sus labios seductores ocasionaban sobre su piel, imaginaba que, si tintaran, dejarían un rastro carmesí por todo su cuerpo, como si fuera acariciada por un ávido pincel. La brisa que llegaba de rebotar con las olas los envolvía, el salitre se pegaba en sus cuerpos y podían probarlo como un suave elixir que dotaba el momento de una mágica complicidad. Beso a beso se dejaron vencer, acariciándose con premura, hasta entregarse en cuerpo y alma. Y mientras cabalgaban lentamente, perdidos en ese valle de agua y sal, se prometieron fidelidad más allá de esta vida. Solo tuya, solo tuyo. Mi amor, tu amor.

Próximamente

Un ángel se enamora

Mile Bluett

Amor amor, 2

Capítulo 1

La Habana, Cuba

Abril de 1859

¿Se puede vivir sin amor? El amor todo lo puede, todo lo transforma, aunque parezca que el abismo es el único destino y que la esperanza ha muerto al ser sofocada por las diferencias más cruentas.

Damián Villavicencio estrenaba apellido; aún observaba aquel documento que le había entregado el abogado, dudando al extremo de la realidad. Se frotó los ojos; tal vez lo estaba soñando. Su padre, un conde con el que no había compartido más de tres palabras, le había dejado todo, salvo una jugosa renta mensual que había legado a su viuda. Enfermo de dolor, el caballero se había quitado la vida tras la pérdida de su primogénito en circunstancias bastante penosas. Damián ni siquiera había sido avisado de su muerte hasta cinco días después; tampoco había acudido a su funeral, hasta que el abogado, sorprendido por el último testamento del noble, lo llamó ante su presencia.

Su ilustrísima Suplicio Salazar y Alcántara, viuda de Villavicencio, la condesa de Marmosa, lo miró de arriba abajo y comenzó a recitar sus oraciones a punto de colapsar por tan inesperada noticia. No había herederos, pero ella hubiera preferido que el apellido se perdiera, que el título pasara a otras manos y que los bienes terminaran en la caridad, cuando Dios se la llevara de este mundo, lo que suplicaba que fuera pronto, torturada por el dolor.

—No puedo creer que mi esposo haya legado su patrimonio a este bastardo que, por demás, es

pardo —alegó con desprecio.

Damián recibió su comentario como un golpe en el rostro; la miró desde su metro noventa de estatura con deseos de responderle, pero se tragó sus palabras; estuvo a punto de dar la vuelta y dejarla con dos palmos de narices, pero no todos los días un hombre como él recibía tal oportunidad. Tenía que aceptar por sus hermanos, que no habían corrido con igual suerte y a los que necesitaba rescatar de la más terrible de las opresiones: la esclavitud.

Aún se recuperaba del golpe mientras el abogado leía el testamento. ¿El conde, su padre? Ese ser que lo había despreciado toda su vida, a quien había servido y tratado de agradar en vano. Sacudió la cabeza para concentrarse en el listado de bienes que recibiría; estaba tan estupefacto que perdía el hilo de la lectura una y otra vez. Sus ojos eran de un azul verdoso intenso; su piel era más clara que la de los esclavos, incluso más que la de muchos mulatos libres. Por eso pensó que su padre sería un blanco. Sospechó del administrador del conde, quien lo había tomado como aprendiz desde los trece años de edad, pero del amo jamás lo había creído. Miró al viejo administrador en un extremo de la sala, atento a la lectura, y se sintió en deuda con él; lo había detestado en secreto, creyéndolo su progenitor, por no haberlo reconocido, suponiendo que lo había desairado por bastardo y por el color de su piel. ¡Qué equivocado había estado toda su vida!

La condesa lanzó un suspiro, y hubo que socorrerla a punto del desmayo cuando escuchó que los cafetales de la parte más occidental de la isla, los palacetes, la quinta, el oro, las joyas, el dinero, los esclavos, los caballos y el infructuoso negocio del ferrocarril, que estaba en disputa con otra de las familias encumbradas de La Habana, pasaban a manos del mulato. La seguridad nunca la había tenido, pero suponía que Damián era hijo de su esposo con la esclava que había comprado mucho tiempo atrás y que lo había embrujado y obnubilado los sentidos.

—Esto debe ser una equivocación. La diabla de su madre no tuvo sus asuntos con mi difunto marido, un hombre decente. Mi esposo no puede dejar a este esperpento como heredero. Es de color, bastardo, de quién sabe qué hijo de vecino; no tiene sangre de los Villavicencio. Es una ofensa, una cruel broma del destino o de nuestros enemigos que quieren terminar de derrotarnos. ¡Usted! ¡Maldito infeliz! —dijo apuntando con el dedo al abogado—. ¡Se ha unido a este otro —señaló al administrador— para despojarnos de nuestro patrimonio ahora que hemos caído en desgracia! El Capitán General no permitirá tal afrenta —se refirió al esposo de su hermana—. ¿No me diga ahora que también pretenden que sea conde?

—Su esposo no lo dejó dispuesto; no le legó el título: no lo consideró prudente.

—Al menos tuvo un soplo de cordura antes de quitarse la vida de un deshonesto disparo. ¿Y quién ostentará el título? ¿No dejó nada estipulado al respecto? Al menos podré seguir disfrutando de las atenciones que me confieren por ser la condesa de Marmosa; mientras no contraiga nuevas nupcias, nadie puede despojarme de esos privilegios.

—Señora, lamento comentarle que ya no; el conde, antes de morir, vendió el título al mejor postor.

—¡Pero qué locuras está diciendo! Ha escuchado, como los aquí presentes, que nuestras arcas rebosan de oro. ¿Por qué haría semejante desfachatez?

—Sabía que sería imposible convertir en conde a su heredero, por su origen y por la falta de legitimidad de la sangre, y quiso dejarle los beneficios de esa venta. Cometió muchos errores; ni siquiera investigó al respecto. Estaba poseído por la rabia y por el dolor; no nos corresponde juzgarlo.

—¿Y mi tormento? Me dejó sola, sin mi hijo y sin él; me despojó del título, los cafetales, la riqueza. ¿Ahora tendré que vivir supeditada a ese maldito pardo?

—Hay una cláusula en el testamento donde su heredero, para acceder al patrimonio, se compromete a velar por usted. Si él acepta la herencia, se amarra a atenderla como lo haría un hijo con una madre. Su esposo la ha acercado a Damián para que la cuide y la reconforte en su dolor. En medio de su desesperación, buscó la forma de dejarla protegida. Pronto el joven, quien además es el nuevo propietario, se instalará en el palacete, como dispuso el difunto conde.

—¿Su bastardo? ¿El hijo de esa diabla? Él me odia, se lo puedo ver en los ojos. No lo quiero bajo mi techo.

Damián aguantó los insultos como una roca. Don Mateo, el administrador, lo tomó del antebrazo para instarlo a tener paciencia. El mulato solo apretó el sombrero que tenía en sus manos hasta destruirlo. No le importó la angustia de la señora, que en su infinito egocentrismo lo insultó de todas las formas posibles, haciéndole sentir el desprecio que lo había perseguido durante cada etapa de su crecimiento. Ahora, a sus veinticinco años, en plena hombría, aquella herencia le caía en sus manos, lo cual le permitiría cobrarse cada una de las ofensas del pasado. Sintió ira, ganas de hacerle pagar a doña Suplicio por todos los desplantes que había tolerado de esa familia, pero don Mateo intentó sosegarlo una vez más, haciéndole recordar los principios que le había inculcado desde que lo había cobijado bajo su sombra. Incapaz de soportar la avalancha que se le vino encima, salió desesperado. Tomó el corcel en el que había llegado y se perdió sobre los adoquines de las calles habaneras rumbo a las afueras de la ciudad, lejos de las pomposas edificaciones, donde la libertad y el aire fresco lo invadieron por completo.

Agradecimientos

Todas mis novelas son especiales para mí, pero este proyecto tiene una carga extra de emoción.

Mi agradecimiento siempre va dirigido a mi familia porque en verdad me apoyan demasiado, sin ellos de igual modo escribiría, pero hubiera sido con más sacrificio. A mi madre, mi esposo, mi hijo, a mi padre, mis hermanos. A mi prima Janette, con quien quisiera conversar y reír más, y siempre me dice: «Ya sé, estás ocupada escribiendo», por amar mis historias y esperarlas con ilusión. A mis tíos Marlene y Alberto, que siempre contestan cuando tengo dudas o necesito un impulso extra. A mi padre, por sus mensajes bonitos en Facebook. A mi suegra, por leer mis historias y ayudarme a encontrar errores, y a todos mis primos y maravillosos tíos. A mi red de fabulosos amigos.

A la fantástica editora Lola Gude, quien me abrió los brazos una vez más cuando conoció de este hermoso proyecto; sabes que te agradezco infinitamente por abrirme las puertas a Selecta, Penguin Random House, Grupo Editorial; por tu amabilidad desmedida, tu pronta respuesta y tu cálido trato. A todo el equipo de Selecta involucrado en el proceso de creación, promoción y distribución del libro, nuevamente, muchísimas gracias.

Gracias a mis amigas del Club de las Crazy, Maricela, Rotze, China y Kris. A mi estimada Cecilia Pérez, por el impulso que les da a mis libros para que llegue a cada lectora. Muchísimas gracias a quienes desde diversos frentes apoyan en la promoción: los blogueros que ayudan con sus entrañables reseñas que me hacen saltar de emoción, los administradores de grupos en Facebook con sus dinámicas, sorteos y carisma; la inmensa red de escritores y de amigos que ayudan con promoción, sugerencias y ánimos. A mi queridísima Roxy González, por ayudarme a administrar mi grupo de Facebook. A Románticas-Novelas con corazón, administradoras e integrantes, porque sigamos creciendo y trabajando a la par por nuestros sueños.

Y el más importante, mi agradecimiento especial para mis lectoras —si hay hombres, que salten y los incluyo, no es discriminación—. Para quienes disfrutan mis escritos, mujeres apasionadas y románticas, para quienes escribo, las que me llenan de dicha cuando me contactan en mis redes públicamente o privado, para hacerme partícipe de sus impresiones sobre mis libros. Gracias por sus reseñas y comentarios, los que ayudan a darle visibilidad a la obra para que llegue a más personas.

A todos, muchas gracias.

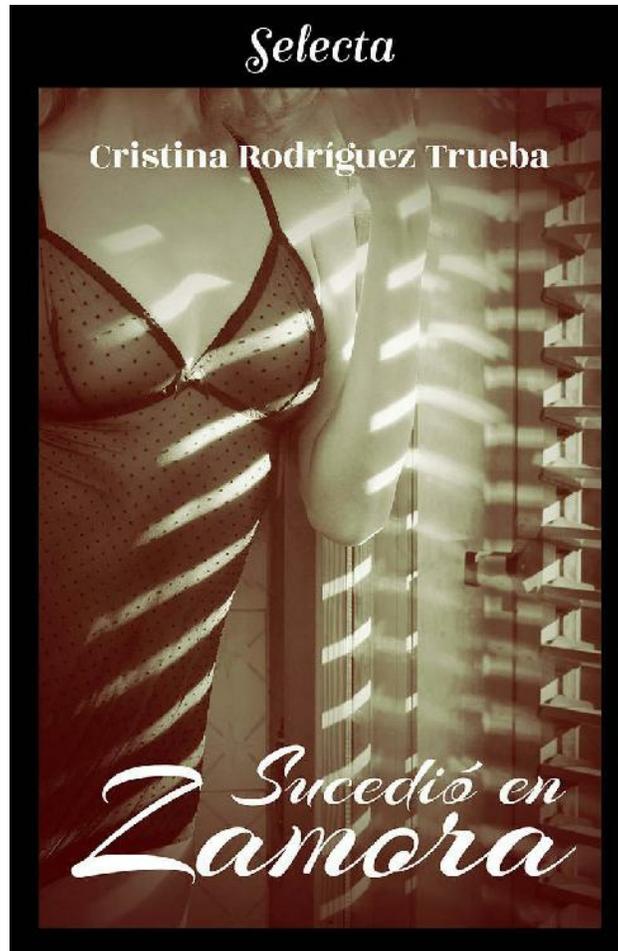
Si te ha gustado

Una esposa para el heredero

te recomendamos comenzar a leer

Sucedió en Zamora

de *Cristina Rodríguez Trueba*



Capítulo 1

—¡El agua está muy fría! —La modelo deja escapar un chillido de niña pequeña—. ¿No se podría mezclar con agua caliente?

—Eso ya deberías saberlo, bonita. No es la primera vez que trabajas para mí —le responde el fotógrafo sin dejar de moverse para encontrar el ángulo perfecto—. El agua caliente no es buena para hacer fotos de chicas en bikini porque los pechos se relajan, los pezones se duermen y la revista no alcanzará las ventas deseadas.

Me siento en una silla de playa que ha utilizado la anterior modelo. La mulata de labios gruesos tampoco ha tenido suerte. Lorenzo quería simular que sudaba bajo un sol abrasador y un chico oriental lleno de tatuajes le ha pulverizado el cuerpo, mientras ella abría la boca conteniendo los gritos para no disgustar al fotógrafo.

—Demasiado brillo en los labios.

La maquilladora se acerca corriendo para retocar a la chica. Lorenzo aprovecha esta parada para descansar los brazos.

—Quiero más mechones sueltos.

La modelo se queda muy quieta. Ahora tiene a dos personas que la acicalan y sabe que no debe pestañear de nuevo hasta que se retiren.

—Los hombres que pasan por delante del quiosco cada mañana, camino de su trabajo, necesitan un estímulo para detenerse y meter la mano en el bolsillo buscando el billete de cinco dólares. La revista tiene que susurrar a ese muchacho de Arkansas que ha venido a Nueva York buscando el sueño americano y trabaja doce horas diarias. Alguien que llegará a su apartamento y cenará solo delante de la televisión una bandeja de comida precocinada, que la mitad de las veces no terminará porque estará tan cansado que se quedará dormido en el sofá. «Cómprame —escuchará—. Soy tu revista, esa con la que te vas a meter al baño para relajarte después de adquirir y vender acciones a grito pelado en la bolsa».

Lorenzo acaricia su cámara de fotos. Habla sin dejar de caminar, no mira a nadie, pero se dirige a todos. Tomando un botellín de agua, bebe y deja el estudio en completo silencio durante cinco segundos. Se seca la boca con un gesto masculino y reanuda su discurso.

—El ejecutivo que tiene mujer, dos hijos con ortodoncias, un golden retriever, y vive en un barrio residencial, a una hora de distancia de la Gran Manzana. Tiene una casa con jardín, piscina, cinco habitaciones, cocina de concepto abierto y su refugio en el sótano. Es la habitación del guerrero, donde se reúne con sus amigos delante de una televisión de cien pulgadas. Ese también escuchará: «Méteme en tu maletín. No me toques hasta que regreses a casa en el tren de las seis y cuarto. Solo entonces pasarás mis hojas despacio y observarás mis fotos». Los miércoles los chicos tienen entrenamiento de natación y no llegarán hasta las ocho. Su mujer estará en casa preparando la cena. La revista le dirá: «Entra directamente a la cocina, deja caer el maletín, besa a tu mujer en el cuello. Se dará media vuelta sorprendida porque hace mucho tiempo que no lo haces. Entonces, aprovecharás ese momento de desconcierto para llevarla en volandas hasta la

mesa donde, animado por mis páginas llenas de imágenes de chicas con escuetos bikinis y pezones duros, echaréis un polvo apoteósico que os dejará sonriendo como tontos el resto del día».

Todos asienten como si Lorenzo acabase de hacerles una revelación que cambiará sus vidas. Sonríe moviendo condescendiente la cabeza a ambos lados. Ocho meses viviendo con Lorenzo contienen suficientes días, horas y minutos para memorizar sus frases estrella, las que tantas veces he escuchado en las reuniones de trabajo, en nuestras cenas de amigos y cuando estamos solos después de un largo y agotador día de trabajo e intercambiamos impresiones. ¡No soporto sus discursos! Últimamente, me pregunto por qué continuamos juntos.

No puede verme, no es bueno interrumpir cuando está creando y todavía hay dos modelos vestidas con diminutos conjuntos de dos piezas esperando. Me relajo deslizándome hasta encontrar una postura cómoda y recuerdo...

Nos conocimos en Florida. ¡Aquel sí que fue un viaje extraño! Yo había empezado a trabajar en mi actual empresa hacía pocos días y mi jefe había requerido mi presencia en ese viaje como su ayudante personal. Llevaba cuatro años viviendo en Estados Unidos, trabajando siempre en la industria de la moda, y nunca me habían pedido que me desplazase para contemplar una sesión de fotos.

Mi especialidad son las ventas internacionales y no necesito ver cómo las modelos posan con los bikinis para exportarlos a tiendas de lujo de los cinco continentes. A algunos compradores les gusta observar las sesiones fotográficas. En mi anterior empleo los había acompañado un par de veces. Ellos querían ver carne debajo de los bikinis y yo aprovechaba para resolver cualquier duda sobre cuestiones financieras que pudieran plantear.

En esa ocasión nadie excepto nosotros, como representantes de la empresa que los elabora, estaría presente. No me imaginaba qué tipo de ayuda podría necesitar mi jefe cuando él mismo conocía todos los datos tan bien o mejor que yo. Tuve un mal presentimiento y a punto estuve de mostrar mi desacuerdo con mi superior. Me mordí la lengua, había trabajado duramente para entrar en esa empresa y no pensaba estropearlo quejándome por tener que pasar dos días en Florida.

Mi jefe era un hombre de mediana edad. Educado y tranquilo, tenía en su despacho una foto de su mujer y otra de sus tres hijas. Cuando me le presentaron mantuvo su mirada en mis ojos y eso me dio tranquilidad.

Siempre fui una niña muy alta y cuando mi cuerpo, que hasta los doce años solo había conocido rectas, empezó a cambiar, se encaprichó de las curvas y me dejó unos hermosos pechos y unas caderas de mujer latina que poco tenían que ver con mi pelo rubio y mis ojos verdes.

Mi madre ha sido y es una mujer preciosa. «La Sofia Loren» la llaman donde vivimos, el barrio de Bilbao. Con diecisiete años tuvo un corto romance con el profesor de inglés de la academia a la se había apuntado para mejorar su nivel. El color de mis ojos y el de mi pelo le recordaron durante mucho tiempo que los errores se pagan caro y se mantuvo alejada de los hombres hasta hace seis años. Desde entonces es feliz compartiendo su vida con Armando y yo lo soy por verla a

ella sonreír.

«Cuerpo de pecadora y cara angelical». He escuchado esa estúpida frase u otras similares desde que me puse mi primer sujetador. Recibir cumplidos y piropos cuando tienes quince años y la cabeza llena de pajaritos no era bueno, me confundían y llegaron a hacerme dudar sobre cuál era el camino que quería recorrer. Ver a mi madre trabajar duramente seis días a la semana para que ni ella ni yo fuéramos una carga para mis abuelos me recordaba constantemente que la belleza es algo efímero. Dentro de pocos años los hombres dejarían de mirarme porque siempre habría otra chica más joven que yo a quien piroppear.

La mente no se arruga con el paso de los años y decidí estudiar, cuidar esa parte de mi cuerpo que solo quien me llega a conocer alaba y que hace que dejen de mirarme como si solo fuera carne y hueso en la proporción deseada.

Mi nuevo jefe parecía uno de estos inofensivos varones, alguien que me miraba como a un ser humano y no como a un instrumento para satisfacer sus necesidades. Solía hablarme de las buenas notas que obtenían sus hijas, de las trastadas de su vecino, de los maravillosos postres que hacía su mujer todos los sábados. Parecía un padre preocupado y un marido atento y enamorado.

El trayecto en avión hasta Miami fue realmente extraño. Los dos sentados y en silencio durante horas. De vez en cuando una mirada de mi jefe y vuelta a los papeles durante otra media hora. Yo no había encontrado ningún destello libidinoso en sus ojos, pero siempre hay un tipo nuevo, alguien cuyos gestos no sabes interpretar, una persona hermética que puede estar pensando en asarte a fuego lento para cenarte tranquilamente viendo un partido de baloncesto mientras te habla de los grandes beneficios que se obtienen si se invierte comprando oro.

Que él quisiera presenciar cómo les sentaban nuestras prendas a modelos sonrientes que juegan con las olas me pareció normal, aunque no tuviese necesidad de hacerlo para realizar su trabajo. Es un hombre y a nadie le amarga un dulce, pero que yo lo acompañase era demasiado raro. Ahí había gato encerrado y solo hacía falta encontrar la puerta para dejarlo salir.

Llegamos al hotel a las once de la noche y nos alojaron en habitaciones contiguas. No estaban comunicadas, ese detalle no me tranquilizó. Hubiera sido demasiado obvio, por lo que me mantuve alerta. No quería perder el trabajo. Estar dentro de aquella empresa había sido mi objetivo desde que aterrizó el avión que había tomado en Madrid, pero nunca me acostaría con nadie para mantener mi puesto.

Dormí fatal, atenta a cualquier ruido, preparando mis respuestas ante sus posibles intentos de seducción. A la mañana siguiente nos encontramos en el *buffet* del desayuno. Su triste saludo me desconcertó aún más.

El hotel estaba frente a la playa donde se tomarían las fotos. Después de intercambiar dos frases de relleno sobre el buen tiempo que hacía, salimos buscando la ubicación de la sesión fotográfica: él, sudando porque el sol calentaba con fuerza (y un traje no es la ropa más adecuada para soportar altas temperaturas) y yo, caminando de puntillas para que el tacón de mis zapatos no se clavase en la arena.

Las sombrillas que cubrían el material y la zona donde retocaban a las chicas me pareció un lugar estupendo donde quedarme quieta para mirar porque allí no podíamos hacer nada más. Mi jefe también debió pensar lo mismo. Debajo de la tela azul permanecimos mientras las modelos entraban y salían del agua poniendo morritos en posturas artificiales.

Mi jefe tenía la mirada ausente, su ceño estaba fruncido y parecía encontrarse a miles de kilómetros de distancia. Sin nada que me distrajera me dediqué a observar a las modelos, que parecían niñas. El fotógrafo era Lorenzo, un profesional con bastante prestigio que trabajaba por primera vez para la empresa y a quien yo no podía ver la cara.

«¡Juega conmigo!, ¡sedúceme!», les decía mientras sacaba cientos de instantáneas que luego examinaría con calma para elegir las adecuadas. Las muchachas sabían hacer su trabajo y se contorsionaban delante del objetivo en posturas que yo solo había visto en los campeonatos de gimnasia rítmica que emitían en la televisión. ¡Menuda elasticidad! Las caderas casi inexistentes de la chica lituana aparecían en cada movimiento. Sus pechos de adolescente llegaban a parecerse a los míos gracias al truco de abrazarse a sí misma con fuerza dejando libre la zona del escote.

Contemplando a aquellas modelos con cara añorada recordé lo que ya había rondado mi cabeza cada vez que veía una portada de una revista de moda: a muchos hombres les gustan las mujeres que parecen crías, a casi todas las mujeres nos gustan los hombres que parecen hombres. Las fotos de Lorenzo rellenarían hojas de una revista que ojearían miles de hombres. Unos cuantos tendrían fantasías mirando las inocentes miradas de las modelos que saben muy bien cómo transmitir en un solo gesto que su exterior dulce y angelical esconde una diosa en la cama.

Eso no sucede cuando se trata de buscar un cuerpo que luzca bañadores para hombres. En ellos se busca la masculinidad clara, un chico en bañador tiene que ser fuerte y viril. Un muchacho que pareciera escogido de una clase de primero de bachiller no podría salir del agua como si fuera un adonis.

Cuando yo tenía dieciséis años los chicos que me gustaban superaban los dieciocho. No estaba interesada en mis compañeros de clase, que cuando llevaban dos horas en el instituto comenzaban a impregnar las aulas de ese olor a sudor adolescente y dulce tan poco atractivo para mi sentido del olfato.

A mí me gustaban los chicos que tenían una barba uniforme y voz grave. Mi vecino Markel, con tres pelos en la barbilla, cinco en el bigote y dos en las mejillas, no me atraía, pero me persiguió durante meses. Yo creo que espiaba por la mirilla de la puerta de la casa de sus padres. Que saliera tantas veces en el momento en que yo también lo hacía era demasiada coincidencia.

Fue en aquella época cuando tomé la costumbre de subir y bajar andando. Mi madre y yo vivíamos en la sexta planta y montarme en el ascensor con Markel era peligroso. Los olores de su desodorante, de la colonia, en la cual parecía sumergirse, y del sudor que comenzaba a brotarle en cuanto me veía hacían una mezcla letal que me provocaba mareos y dolor de cabeza.

Cuando venía cargada de bolsas de la compra a casa esperaba el ascensor rezando para no verlo aparecer en el portal. Cuando mis plegarias no eran atendidas recurría al plan de

supervivencia: aguantar la respiración desde que entraba en la cabina hasta que cerraba la puerta de casa. Se le salían los ojos de las órbitas cuando hinchaba mi pecho para contener el aire.

Se marchó a California para cursar el último año de instituto. Entonces, el portal y la caja de escaleras recuperaron su olor natural, mezcla de los alimentos cocinados en cada vivienda y del limpiasuelos olor a pino que usaba la señora del primer piso, que se encargaba de limpiar a cambio de perdonarle su cuota de comunidad.

Los modelos continuaban retozando en la orilla, sonriendo a la cámara de Lorenzo. Observé a mi jefe: tenía la mirada fija en algún punto del océano Atlántico. De vez en cuando movía la cabeza a ambos lados apretando los labios. Ese hombre tenía un problema y yo también tendría otro bien gordo si mi cuerpo formaba parte del guion que diseñaba en esos momentos en su cabeza.

La llegada de Lorenzo lo sacó de su ensimismamiento. Nos presentaron y no me disgustó lo que vi. Lorenzo se había vestido para estar cómodo mientras trabajaba en la playa. El bañador rojo de surf y la camiseta blanca resaltaban su piel morena y su musculoso cuerpo. Su mano estaba caliente. Sentí cómo sus ojos me recorrían detenidamente hasta quedarse observando los míos, como si no existiera nada más en el mundo que él y yo.

—¿Modelo?

—No.

—Si te sacase tres o cuatro fotos, todas las agencias te ofrecerían trabajo inmediatamente.

—Gracias, pero ya tengo trabajo.

—Es mi ayudante personal —le aclaró mi jefe, que parecía haber recuperado la compostura.

—Una mujer bella e inteligente.

Lorenzo tomó mi mano, la acercó a sus bonitos labios y me regaló un suave beso. Sus ojos no dejaban de mirarme y a mí comenzó a acelerárseme la respiración. Mi mejor amiga, que vivía en Barcelona, había comenzado a salir con un chico. Me escribía a menudo contándome lo maravilloso que era, la emoción que sentía cada vez que se citaban para disfrutar de unas horas juntos. Es correctora de textos en un periódico y sabe utilizar las palabras adecuadas para transmitir lo que siente. Yo también quería tener esas sensaciones, amar incondicionalmente, encontrar un hombre en quien confiar, alguien en cuyos brazos sentir que mi vida estaba completa.

Una de las modelos rompió ese momento preguntando si podía salir del agua. Nos despedimos y Lorenzo aprovechó que mi jefe ya se había girado y caminaba hacia el hotel para guiñarme un ojo.

Al llegar a nuestras habitaciones le pregunté qué haríamos durante el resto del día. Nuestro avión salía a las nueve y media del día siguiente, no sabía qué esperaba que hiciera hasta entonces. Murmuró que cuando me necesitase me localizaría a través del móvil y se metió en su habitación agitando nuevamente la cabeza.

No podía irme muy lejos, así que bajé a comer una ensalada. Subí de nuevo a mi habitación,

donde pasé la tarde tumbada en el sofá, cambiando canales sin cesar con el mando de la tele y recordando la mirada de Lorenzo y el calor de su piel. Nuestro encuentro había sido tan breve que no había tenido tiempo de sacar conclusiones sobre lo que me parecía como hombre. Era guapo y atractivo, pero ¿lo era para mí?

A las siete y media sonó mi teléfono. Ya me había relajado al crearme libre de un posible encuentro de carácter no profesional. Que mi jefe me sugiriera cenar juntos hizo que saltasen todas mis alarmas. Busqué la ropa más recatada que tenía, me puse zapatos planos, recogí mi pelo en una coleta y temblando bajé al bar del hotel, donde mi jefe me esperaba tomándose un *whisky* doble.

Me sonrió lastimeramente, cogió su vaso y me cedió el paso hasta el restaurante, donde el *maitre* nos situó en la mesa más discreta que había en la sala. Aquello estaba tomando muy mala forma y me preparé para rechazar su asalto de la manera más sutil posible.

¡Menuda noche me hizo pasar el pobre hombre! Después de varias copas de vino tinto el misterio quedó resuelto. Había contratado a un detective privado para que vigilase a su mujer. Le había confirmado que tenía un amante con el cual se reunía todos los jueves al mediodía. El primer impulso de mi jefe había sido pagarle con la misma moneda, tratar de llevarme al huerto para vengarse.

El viaje había sido la excusa perfecta, pero todo se había complicado cuando había recibido el sobre con las pruebas gráficas de la infidelidad. Sin atreverse a abrirlo lo había metido en el maletín del trabajo. Todo el tiempo que yo había dedicado a pasar de un canal de televisión a otro él lo había usado para reunir valor para rasgar el papel y sacar las fotos en donde uno de sus mejores amigos, dentista de profesión, estaba haciéndole una exhaustiva revisión de los molares a su mujer con la lengua.

Había sentido ganas de matarla mientras miraba las fotos, hasta que se detuvo en una: su mujer estaba en brazos de su amante. No estaban besándose, él la abrazaba con fuerza y ella parecía que miraba el objetivo. Estaba feliz, hacía años que mi jefe no veía esa sonrisa en su mujer. Recordó el último día, cuando nació su hija pequeña. Nunca más había sonreído de esa manera para él y toda su rabia se convirtió en dolor.

Había vaciado todos los botellines de alcohol del minibar de su habitación para olvidar esa mirada y, apoyado en la barra del bar, añadido tres *whiskies* dobles a lo que flotaba en su estómago. Le retiré su copa de vino y lo obligué a cenar para suavizar los efectos que la mezcla de bebidas con altísima graduación alcohólica estaba provocando en su cerebro. Me concentré para intentar entender sus balbuceantes respuestas durante un rato, pero su congoja aumentaba por segundos por lo que opté por levantarme y llamar al camarero para pagar la cuenta.

Mi jefe estaba borracho, aunque no tanto como para dejar de ser un caballero sureño. Consiguió que el responsable del restaurante entendiera su número de habitación para que se lo anotasen en su cuenta. Aproveché que tenía que volver con la factura para preguntar dónde podría comprar pañuelos de papel. La tienda del hotel estaba cerrada. Mi jefe se pasaba la manga de su chaqueta

por la nariz y yo tenía un pequeño paquete con dos pañuelitos que no iban a soportar más que un sonado, así que entré en el baño, cogí un rollo de papel higiénico, que escondí entre mis ropas como pude, y salimos hacia la playa buscando un lugar discreto donde pasear.

Los primeros minutos traté de seguir la conversación. Quería entender lo que me estaba contando, que supiera que me importaba su dolor. Apenas lo conocía, pero me daba pena verlo sollozar, echarse la culpa porque quizá había estado demasiado ocupado trabajando y no había sido el marido que su mujer necesitaba.

Le iba pasando trocitos de papel y me los devolvía chorreando, lo cual me producía bastante asco. Encontré la solución metiéndolos en una bolsa de patatas fritas vacía que algún desconsiderado había tirado al suelo. Empezó contándome cómo se habían conocido. Lo hacía tan detalladamente que, después de un cuarto de hora y cuando todavía estábamos en el primer trimestre de nuestro equivalente a primero de bachiller, desconecté.

Era un monólogo, yo no tenía que intervenir. De vez en cuando retenía alguna palabra («baile de fin de curso», «animadora de baloncesto», «clase de Biología»...) para tener datos a los que recurrir en el difícil supuesto de que me preguntase al día siguiente por aquellos instantes.

Tener a mi lado a una persona triste y llorosa que se lamentaba de que su vida no tendría sentido si la familia se rompía me estaba comenzando a angustiar. Traté de darle a mi cerebro algo alegre en que pensar para contrarrestar tanto infortunio. La mirada de Lorenzo se coló en mi mente entre sollozos y sonados de mocos. Me sonreía mientras besaba mi mano.

Caminamos hasta que la playa se terminó. Regresamos con el embarazo y el nacimiento de cada una de sus tres hijas, y el rollo de papel higiénico casi agotado. A mi jefe tampoco le podía quedar mucho líquido por expulsar. Efectivamente, al acercarnos de nuevo al hotel, sus llantos fueron cesando para ser sustituidos por unos hipidos, ridículos para un hombre de su tamaño.

Tiré a la papelera la bolsa rebosante de papel empapado de mucosidad y el cartón del rollo de papel higiénico. Agarré del brazo al pobre hombre rogándole que se levantara de las tumbonas de la playa antes de que se quedase dormido. En el pasillo me abrazó. Lo hizo con tanta fuerza que una de las varillas del sujetador se dobló y rasgó la tela de mi blusa. Abrí la puerta de su habitación, eché la colcha y la sábana hacia atrás. Él se dejó caer para hacerse un ovillo y se quedó dormido como un bebé. Lo tapé y salí.

Eran las doce y diez. Nuestro taxi nos esperaba a las ocho de la mañana. Tendría que estar lista una hora antes para despertarlo y hacer que se duchase para regresar a Nueva York con una imagen aceptable. Yo sí que necesitaba una ducha urgentemente, para que el desagüe se llevase los mocos que tenía en las manos y seguramente en el resto del cuerpo. Me apoyé en la pared y dejé que el agua me trajera de nuevo la mirada de Lorenzo. Me metí en la cama pensando que las tres últimas horas habían tenido su puntillo.

A la mañana siguiente toqué su puerta suavemente y esperé. Volví a golpear con mis nudillos con más fuerza, rezando por que se oyeran unos pasos que se acercaran a la puerta. A punto de hacer un último intento, mi jefe abrió vestido con la misma ropa con la que lo había dejado

durmiendo en la cama.

—¿Qué hora es, Marina?

—Las siete y cuarto —dije consultando mi reloj, aunque acababa de revisar la hora antes de salir de mi habitación. Me sentía violenta mirando sus oscuras ojeras. No sabía si debía hablar de temas personales o fingir que nada había sucedido.

—Gracias por despertarme.

—De nada. Nuestro taxi llegará a las ocho. Voy a bajar a tomar un café. ¿Deseas que te pida uno?

—No, gracias. Nos veremos a las ocho en recepción.

—Muy bien. Hasta luego.

Cerró la puerta mirando hacia el suelo y entré en la cafetería aliviada por haber roto el hielo. Yo no había hecho nada malo y creía haberme comportado correctamente, teniendo en cuenta las circunstancias, pero todavía me sentía nerviosa ante las cuatro horas de viaje que tendríamos que realizar juntos.

—Marina, quiero disculparme —me dijo después de permanecer en silencio la primera media hora del trayecto—. Me avergüenzo de mi comportamiento.

—No hay razón para hacerlo.

—Yo creo que sí. Agradezco tu comprensión y quisiera pedirte un último favor.

—¿Cuál?

—Que trataras de olvidarlo. Me gustaría que nunca más hablásemos de lo que sucedió anoche.

—Ya está olvidado. —Le sonreí porque sentía empatía. Era un hombre herido y todos deberíamos poder contar con la ayuda de otro ser humano cuando la vida nos da una patada.

—Gracias. No lo olvidaré.

Y no lo hizo. Durante meses dedicó cada oportunidad para enseñarme los entresijos de la empresa. Yo, deseosa de aprender lo que la facultad no puede revelarte, aproveché muy bien sus consejos.

Lorenzo me llamó tres semanas después de habernos conocido en Florida. Había estado fuera del país trabajando y se había acordado mucho de mí. Yo también había pensado en él, aunque no demasiado, porque no sabía si era heterosexual, si tenía pareja o si estaba interesado en mí.

Además, había algo que no quería reconocer, pero que había retenido mis pies en el suelo cada vez que había empezado a fantasear con el definido cuerpo de Lorenzo: los dos teníamos contacto con el mundo de la moda. Yo pasaba las horas metida en un despacho y él lo hacía rodeado de mujeres bellas.

Mi vocecita interior me pedía que me olvidara de él. Yo era una mujer tradicional, fiel, y mi pareja también debía serlo para que la relación funcionase. Yo opuse resistencia los primeros días. Lorenzo tiene, como diría mi abuela, un piquito de oro. Me fue enredando con su verborrea argentina tan musical y solamente cuando colgué el teléfono me di cuenta de que había aceptado comer con él al día siguiente en un restaurante cerca de mi trabajo.

—¡Hola, bella! ¡Qué sorpresa!

—Espero que no te moleste que haya venido para ver tu trabajo. —Me levanto con toda la elegancia que me permite la silla de playa—. Tenía una reunión cerca y al terminar he decidido entrar. Tengo un par de horas libres. Podríamos ir a comer juntos a esa pizzería que tanto te gusta. Está muy cerca del estudio.

—Me gusta que me observes. —Lorenzo es capaz de darle un tono sexual incluso a las noticias sobre el precio del petróleo—. ¿Nos vemos dentro de media hora en el restaurante? Las chicas tienen que cambiarse una vez más y quisiera enviar algunas fotos al cliente para que me dé su opinión.

—Me parece perfecto. Aprovecharé para entrar en la perfumería para saludar a mi amiga Mary. Saboreando un posesivo beso acompañado de una palmadita en el culo, salgo sonriendo. Las primeras gotas de un chaparrón hacen que recuerde que me he dejado la gabardina, por lo que vuelvo a entrar intentando recordar dónde la he podido dejar posada.

Llovía cuando me bajé del taxi. La prenda goteaba y la dejé sobre una mesa para que escurriese el agua. Ya la veo, se ha debido de caer y ahora está debajo de los ordenadores. Me agacho, pero no sale. Se ha quedado enganchada entre la maraña de cables que oculta el suelo.

Me arrodillo y meto medio cuerpo debajo de la mesa para rescatar mi gabardina sin que se desgarré la tela o tire al suelo el contenido de la mesa. Entonces escucho a las maquilladoras nombrar a Lorenzo. Me quedo quieta porque intuyo que debo saber lo que van a comentar y está claro que no me están viendo.

—Lorenzo siempre tiene mucha suerte.

—¡Ya te digo! Cuando su novia ha entrado él acababa de sobarle las tetas a la que lleva el bikini de lunares sin ningún tipo de disimulo. En cuanto la rubia se ha marchado, la modelo se ha ido corriendo hacia los camerinos y él ha salido detrás siguiéndola como un perrito.

—¡Yo solo he estado fuera dos minutos! Habrá entrado para darle alguna indicación a la chica. ¡Serán cotillas!

—La última vez que estuvo trabajando aquí había una modelo brasileña monísima. En el cuarto donde se guardan los decorados terminaron los dos. Durante la sesión de fotos ella coqueteó descaradamente con él. Él parecía un felino que rodeaba a su presa. Cuando se metieron en la habitación estaban los dos tan salidos que olvidaron que había gente en el estudio. Aquello parecía el sonido de una película porno.

—Yo estaba de vacaciones, pero alguna vez ya le he oído su rugido de león.

¡Jod...! Lo hace, pero muchos hombres harán algún tipo de ruido cuando tienen un orgasmo, digo yo. Podría haber sido cualquiera, el de iluminación, los del *catering*.... ¿Vieron realmente a Lorenzo entrar a ese almacén? Pudo hacerlo, pero a buscar algo para que la modelo lo usase: una pelota, un libro, un timón de barco... ¡Yo qué sé!

—¡Cómo sería que, cuando llegué a casa, mi churri también entraba en ese momento y no lo dejé ni quitarse la chaqueta! Lo asalté en el salón y allí nos quedamos.

—¡Ja, ja, ja! Entonces, tuve suerte al no escucharlo. Clark está de maniobras en el Pacífico y no regresará hasta dentro de mes y medio.

—¡Mujer, tienes a Clark 2!

—Agradezco mucho que me regalases un consolador, pero no es lo mismo. He probado varias veces y me deja casi peor de lo que estaba.

Las maquilladoras se alejan. Salgo con mi gabardina despacio para no hacer ruido. Una modelo pelirroja está echándose agua con una minúscula regadera azul. La peluquera está colocando su ondulada melena, no encuentro a Lorenzo.

Camino rápido sin dejar a mi cabeza pensar. Doblo la esquina y la lluvia, que me golpea la cara, facilita que despierte de golpe. ¿Lorenzo lo hace con todas? Nunca he notado nada, siempre es apasionado en la cama. Si fuera por él, lo practicaríamos varias veces todos los días, es incansable.

¿Me habrán visto las maquilladoras y han dicho mentiras para reírse de mí? Lo dudo, no las conozco, no les he causado daño alguno. Habría que ser muy cruel para decir que es infiel y de manera continuada, sabiendo que con ello nuestra relación se rompería.

Estoy temblando. En estas condiciones no puedo acudir a comer con Lorenzo. Necesito pensar, dejar pasar el tiempo, calmarme antes de volver a tenerlo frente a mí. Saco mi teléfono móvil y le escribo una disculpa.

Marina: «Me ha surgido una reunión urgente y no voy a poder salir a comer.

Lo siento, a la noche nos veremos».

Me alejo buscando un lugar donde no pueda encontrarme. Un centro comercial es el elegido. Lorenzo los odia, y este vende bañadores y bikinis, así que, si alguien me viera y se lo chivase, siempre podría decir que estaba observando comportamientos de las compradoras para aumentar nuestras ventas.

A estas horas hay pocas personas que estén comprando. La mayoría está paseando por los pasillos porque fuera está lloviendo con ganas. Las dependientas lo intuyen, por lo que no hay nadie que me moleste para pensar en lo que acabo de escuchar.

Ellas no han visto nada, han oído gemidos. Lorenzo se ha metido en el camerino de las modelos. Yo también lo he hecho en una ocasión para entregar un bikini que acababa de salir de producción y que la empresa quería que se incluyera en el catálogo. Salir con Lorenzo ha hecho que en bastantes ocasiones participe de una manera u otra en las sesiones, aunque mi departamento gestione las ventas internacionales.

¿Y si no eran gemidos sexuales? Los estudios donde se toman las fotografías son espacios grandes. Sus techos son altos y suele haber bastantes personas que entran y salen. El ruido podría tener otra explicación. Lorenzo es muy atractivo y camelador. Es cariñoso con hombres y mujeres de todas las edades. A sus sobrinas de tres y cinco años las trata con dulzura, y a su tía abuela Filippa la abraza y la besa cada vez que vamos a visitarla a su casa de Brooklyn.

Cuando regresé de mi viaje a Miami con mi jefe, también escuché varias sandeces sobre lo que habíamos estado haciendo los dos. ¡Yo estuve consolando a un hombre lloroso que no paraba de sonarse los mocos con papel higiénico y los del trabajo imaginaban un encuentro sexual tórrido! No voy a hacer caso a esas dos cotillas. Lorenzo nunca me ha dado motivos. Esas dos tienen envidia y mucho tiempo libre.

Regreso al trabajo más tranquila, aunque la espinita continúa clavada en mi garganta. Necesito tener la mente ocupada hasta que pueda mirar a Lorenzo a los ojos y me tranquilice lo que descubra en ellos. ¡Deseo concedido! Aunque no es lo que yo hubiera elegido para olvidar la escena del estudio. Me acaban de dar una mala noticia y eso hace que aparque momentáneamente mi disgusto.

Mi jefe se marcha, deja la empresa por motivos personales. Aunque nunca más volvimos a hablar de su mujer no fue necesario para confirmar que el daño continuaba. Cuando lo conocí era un hombre que siempre tenía una sonrisa preparada y una palabra amable para todo el mundo. Estos meses he visto cómo se ha ido haciendo más hermético, con el ceño siempre fruncido cuando está solo y la cabeza inclinada mirando al suelo cuando se mueve por la oficina.

El lunes ocupará su despacho una mujer cuyo nombre me suena, y no por haber escuchado nada bonito sobre ella. Me cuentan en el Departamento de Publicidad que tiene fama de mujer ambiciosa y poco escrupulosa. Me compadecen y yo pienso que hoy está siendo un día horrible y todavía podrían suceder cosas peores.

Dicen que no hay dos sin tres. Esta frase resume perfectamente mi situación. Paso las horas colgada al teléfono, tratando con nuestros intermediarios en Europa. Van desgranando todos los problemas que tienen y que esperan que yo resuelva agitando mi varita mágica. Si la tuviese, borraría de mi mente la conversación de esas dos arpías. Y eliminaría la infidelidad de la mujer de mi jefe para que no se fuera, porque estoy convencida de que esa es la causa de su renuncia.

¡Qué tonterías! Si tuviese una varita mágica montaría mi propia empresa, una que me permitiera trabajar desde casa. Viviría en una isla paradisíaca, mi habitación tendría una gran ventana con vistas al mar azul. Las palmeras crecerían al borde de la playa y podría tumbarme en una hamaca que colgaría entre dos troncos. Como este es mi sueño y todo es posible, los cocos de mis palmeras solo caerían cuando yo no estuviera debajo.

Y, ya puesta a amueblar mi vida ideal, construiría una casa para mi madre y para Armando. Y también tendrían su espacio mis abuelos. Echo de menos a mi familia. Intento que nos veamos al menos dos veces al año, pero me gustaría que pudiéramos estar juntos varios días al mes. ¡Qué curioso! Lorenzo no aparece en mi sueño. ¿Por qué será?

Tendría una cocinera que cocinaría igual que mi abuela. Añoro sus garbanzos con sopa y las croquetas de bacalao. Babeo pensando en esos platos. ¡Ummm, el arroz con leche de mi madre! He llegado a traer en la maleta la misma marca de arroz. La leche en Estados Unidos es buena y no he notado diferencia entre el azúcar que venden en España y el que se puede comprar en los supermercados de Manhattan, pero debo ser muy torpe o tener una cazuela inapropiada. Aunque

me quedo cuchara de madera en mano pegada al fuego, removiendo durante media hora el arroz, termina siempre pegándose al fondo. El olor a leche chamuscada se esparce por el apartamento y durante horas me recuerda mi fracaso, haciendo que me sienta de muy mala leche (y nunca mejor dicho) y acabe comiéndome la tableta de chocolate a mordiscos para aplacar el antojo de sentir algo dulce.

Una llamada desde París destruye este momento y hace que tenga que volver a concentrarme en mi mundo real. La sensación agrisulce, que había conseguido anular echándole azúcar y removiendo con mi varita mágica, regresa y, aunque la conversación de trabajo me obliga a concentrarme, el cinco por ciento de mis neuronas continúan alimentando mis dudas sobre la fidelidad de Lorenzo.

—Hola, *amore*. Estoy preparando una nueva receta de pasta.

—¡Qué bien! Voy a darme una ducha.

—¿Mal día, *amore*?

¿Por qué de repente tanto «*amore*»? Me parece muy sospechoso. Lorenzo utiliza muy a menudo esta palabra para llamarme, y siempre me ha hecho sentir especial.

—Sí, mi jefe deja la empresa.

—Lo siento. —Me da un ligero beso en los labios y me pasa una copa de vino tinto, que como siempre simulo beber para no despreciar su gesto.

—Y yo. Le tengo aprecio, nos entendemos muy bien y hace fácil mi trabajo.

—¿Y ya sabes quién va a ocupar su puesto?

—Una mujer, y no he oído a nadie hablar bien de ella.

—Quizá sean exageraciones.

—Quizá... Voy a ducharme.

—Claro, *amore*, relájate. Te avisaré cuando la cena esté lista.

—Gracias. —Me guiña un ojo y le respondo con una mueca porque he olvidado cómo sonreír sin ganas.

Ducharse es un acto mecánico que deja libre la mente. Estoy juzgando a Lorenzo por los cotilleos infundados de dos mujeres que deberían estar atentas a su trabajo y no a las idas y venidas del fotógrafo.

¿He dudado alguna vez? «¡Sé sincera por una vez, Marina! —me grita una vocecilla desde algún rincón de mi cerebro—. Piensa bien lo que vas a decir antes de contestar. ¡Está bien! Es el momento, no puedo esquivar durante más tiempo a mi subconsciente. He dudado, lo confieso, he visto demasiada familiaridad con algunas modelos. ¡Vale! Con bastantes».

—La pasta estaba deliciosa. —Lorenzo se ha esforzado y eso también me hace dudar.

—Gracias. Me ha pasado la receta mi prima.

—¿La que vive en Nápoles? —Trato de conversar normalmente.

—Sí.

—Felicítala de mi parte porque me ha encantado.

—Es uno de los nuevos platos que hay en su carta, uno de los más demandados por los comensales que acuden a su restaurante.

—No me extraña.

—Ve a lavarte los dientes, yo recogeré. Espérame en el sofá, necesitas un masaje.

Me mira dulcemente y siento remordimientos. No deberían haberme afectado los comentarios sobre Lorenzo. Todo hombre es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Me quedo dormida en el sofá sintiendo las manos de Lorenzo en mis pies. Me levanto con los ojos cerrados. Lorenzo me guía hasta la cama, me tapa y me deja sola durante unos instantes. Cuando estoy a punto de perder la consciencia noto cómo se tumba a mi lado y me rodea con sus fuertes brazos. Entierro definitivamente la inoportuna conversación que tan mala tarde me ha causado. Soy una mujer feliz al lado de mi chico y no quiero que nada cambie.

¿Desear intensamente algo lo convierte en realidad? Sueño que estoy en una playa, arrodillada con una pala en una mano, cavando un agujero para enterrar algo. Lo cubro con arena, pero nunca es suficiente, siempre queda la marca. Me despierto sabiendo que nada será igual, porque yo siempre sabré donde lo escondí.

El amor todo lo soporta



Para heredar a un poderoso marqués, Hugo Buenaventura Morell y Sequeira dejará España y viajará con su familia a la isla de Cuba, pero no es el único sacrificio, debe cumplir con una exigencia: casarse con una de las hijas de su benefactor. Un matrimonio arreglado puede ser un negocio conveniente y un martirio dentro de los aposentos..., aunque no para Hugo, porque las hijas del marqués son tres beldades, escoger solo una será una tortura.

¿A quién desposará?

La mayor, dueña de sus deseos impúdicos, pero un incordio por su impetuoso temperamento. La segunda, un bello remanso de paz de ojos encantadores y su mejor amiga. La tercera, educada en Madrid, a quien no ve desde la adolescencia y permanece en su memoria como un enigma. La elegida, quien lo admira en secreto, desafiará a la familia y las normas sociales por adueñarse de esos labios carmesíes que sellaron su destino con una palabra: Amor.

La Habana del SXIX será el escenario principal de este romance de época, donde la pasión es lo único que no puede frenarse.

Mile Bluett nació en La Habana y actualmente vive en México con su hermosa familia. Estudió Derecho, Psicología y un master en Psicoterapia. Escribe desde la adolescencia y el amor a la literatura ha sido una constante en su vida.

Es autora Best Seller en Amazon. Ha publicado la saga *Herederos del mundo* (2016), distopía que consta de (I) *Atrévete a sentir*, (II) *Tierras Inhóspitas* y (III) *La Búsqueda del Arcoíris*. También es autora de los romances contemporáneos, *Buscándome te encontré I* (2017) y *No te dejaré escapar II* (2018). Su mayor éxito es la novela romántica de época *Amor Sublime* (2017). Sus obras han destacado en diversos Top 100 de Amazon.

La autora refiere: «Hay dos hombres en mi vida que son capaces de hacerme temblar el alma. Uno tiene los ojos color del amanecer y el otro de un tono de azul que aún no logro definir. Uno es mi esposo y el otro mi hijo».

«Soy una mujer orgullosa de serlo. Pienso que antes de dar un paso hacia atrás hay que dar dos hacia delante. Considero que si le pusiéramos el mismo énfasis a la inteligencia emocional que a la adquisición de conocimientos, seríamos más felices y el mundo sería menos cruel».

«Amo el agua, la cama y mi laptop. El agua porque repara y nutre cada célula de mi cuerpo, la cama porque tiene múltiples usos imprescindibles para amanecer con una sonrisa y mi laptop porque es ahí donde sucede la magia».

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Mile Bluett

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-81-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Una esposa para el heredero

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo
Próximamente
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Mile Bluett
Créditos